This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

99.8

Harvard College Library

FROM THE

BRIGHT LEGACY

alf the income from this Legacy, which was re-
in 1880 under the will of

JONATHAN BROWN BRIGHT

ham, Massachusetts, is to be expended for books
College Library. The other half of the income
d to scholarships in Harvard University for the
f descendants of

HENRY BRIGHT, JR.,

at Watertown, Massachusetts, in 1686. In the
such descendants, other persons are eligible
larships. The will requires that this announce-
be made in every book added to the Library
visions.

ERNESTO RESTREPO TIRA

Mr. Désiré Pect

ESTUDIOS

SOBRE LOS

ABORIGENES DE COLO

PRIMERA PARTE

BOGOTA (COLOMBIA)
Imprenta de LA LUZ, Calle 13, número 100
APARTADO 160, TELÉFONO 220
—1898—

68102
274

ERNESTO RESTREPO TIRADO

9722
41

ESTUDIOS

SOBRE LOS

ABORIGENES DE COLOMBIA

PRIMERA PARTE

BOGOTA (COLOMBIA)
Imprenta de LA LUZ, Calle 13, número 100
APARTADO 160, TELÉFONO 220
—1892.—

SA 7199.8

HARVARD COLLEGE
FEB 6 1907
LIBRARY.

Bright fund

PROLOGO

Natural función del padre es presentar á sus hijos á sus amigos y relacionados, cuando llega el momento de darles estado, ó en el de su entrada en el mundo. Luego no parecerá extraño que quien ha tenido á su hijo de asiduo y eficaz colaborador en la tarea laboriosa que le fue encomendada por la Comisión de las Exposiciones de Madrid y Chicago, de preparar todo lo relativo á la primera, lo presente á la sociedad y lo recomiende á su benévola simpatía.

Ernesto tiene treinta años de edad. Hizo sus estudios en París, y ha viajado mucho, tanto en Europa como en América. Hace siete años que empezó á formar una colección de antigüedades indígenas, y su afición á los estudios arqueológicos ha ido creciendo con la adquisición de nuevos objetos. Comisionado en 1887 por la Compañía Minera del Darién para hacer un viaje al interior de esta región rica y olvidada, cumplió su encargo satisfactoriamente. A su regreso á Bogotá publicó en el *Repertorio Colombiano* la relación de su viaje (en 56 páginas de texto), que fue leída con interés. En ella describe el país que recorrió y las costumbres de los indios darienitas, á quienes observó muy de cerca, procurando inspirarles confianza para ganar su voluntad. Hé aquí el modo franco como se presentó á uno de sus jefes:

"Llegámos á Tapalisa. El capitán estaba en su casa con los principales del pueblo, y sin más ceremonia hice colocar en ella mi equipaje, colgar la hamaca, y allí me instalé como lo haría en casa de un buen amigo. El capitán no lo tomó á mal; por el contrario, le agradó mucho mi modo de proceder, me recibió con los brazos abiertos, y antes de principiar á dirigirme algunas preguntas, me hizo traer una taza llena de chicha no fermentada, que bebí con placer después de un largo ejercicio á pie."

Encargado por el Gobierno del Consulado de San Francisco de California en 1888, pasó algún tiempo en dicha ciudad, y siguió luégo para Francia, deseoso de visitar la Exposición universal de París. De regreso á Colombia, en 1890, estuvo en México, donde se ocupó en estudiar el cultivo del henequén. En aquella capital se relacionó con el Director del Museo Nacional, D. Leopoldo Batres, quien se esmeró en hacerle conocer los preciosos monumentos de la antigua civilización mexicana.

Vuelto á Bogotá de su largo viaje, fue invitado con instancia, por su amigo D. Isidoro Laverde Amaya, á colaborar en la interesante publicación que con acierto dirige con el título de *Revista Literaria*. Ernesto pensó escribir algo sobre México, pero luégo cambió de idea y dio al señor Laverde, en Marzo de 1891, un artículo sobre *Los primeros habitantes*

de América. Las lecturas que se vio obligado á hacer para la redacción de éste, le hicieron cobrar afición al estudio de las crónicas, y como yá en aquel entonces se empezaba á hablar de las fiestas de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América, se propuso escribir para la *Revista* algunos artículos sobre las tribus que habitaban antes de la Conquista el territorio colombiano y sus costumbres. Entregóse de lleno, durante un año, á la lectura detenida de las crónicas, tomando apuntamientos muy ordenados de todo cuanto tiene relación con los aborígenes. No lo arredró en esta labor ni la mala letra y la incorrección que se nota en mucha parte de la copia manuscrita de las Noticias historiales de Fray Pedro Simón, ni la árida é inculta poesía de D. Juan de Castellanos; tuvo el valor de leer los dos tomos manuscritos del primero y los 110,000 versos que cuentan las Elegías y la Historia del segundo. Sólo el deseo de "beneficiar esta riquísima mina de noticias" le infundió ánimo en tan grave empeño, pues dice de verdad D. Miguel A. Caro:

"En la edición de Rivadeneyra, con sus grandes páginas y menudo tipo, no acierta uno á decidir si más está destinado á hacer sabios ó á hacer ciegos. Y si á esto se agregan, para el que abra por el principio el tomo de Castellanos, aquellas largas columnas atestadas de octavas reales, con la perspectiva de más de cien mil versos, llenos de escabrosidades de lenguaje y de métrica, es de dudar que haya en este siglo XIX muchos que lean de seguida, en condiciones semejantes, aquel escritor del XVI."

Los artículos publicados en el curso de un año en la *Revista Literaria,* refundidos y considerablemente aumentados, forman los capítulos de la primera parte de estos ESTUDIOS SOBRE LOS ABORIGENES DE COLOMBIA, que contienen además varios nuevos capítulos. La premura del tiempo y la necesidad de atender á la redacción de una *Reseña arqueológica y etnográfica de la provincia de los Quimbayas,* y á las obligaciones que se impuso como auxiliar de la subcomisión de proto-historia, no permitieron á Ernesto concluír la segunda parte, que se publicará más tarde. Yá están reunidos todos los datos necesarios para la redacción de ésta, en la que se tratará de los asuntos siguientes:

Agricultura; Industria; Fabricación de las mantas, armas, muebles y otros objetos de madera; sal, etc.

Comercio, Arquitectura, Construcción de casas, fortalezas, puentes colgantes, etc.

Orfebrería y Cerámica. Descripción de algunas piezas interesantes de oro y de loza.

Como hasta hoy se ha escrito tan poco sobre los aborígenes, Ernesto se ha creído obligado á citar con frecuencia los autores, tanto para que sea fácil verificar los hechos relatados, como porque en muchos casos éstos son de tal naturaleza que pudiera llegar á dudarse de su dicho.

Dejo con esto cumplido el deber de padre que me impuse. Del mérito que tenga este libro corresponde decidir al público ilustrado.

VICENTE RESTREPO.

ESTUDIOS

SOBRE LOS ABORIGENES DE COLOMBIA

CAPITULO I

TRIBUS QUE HABITABAN EL TERRITORIO COLOMBIANO Á LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES (1)

Siempre que se ha intentado escribir sobre asuntos relativos á la historia antigua de América, se ha tropezado con las grandes dificultades que opone la falta de documentos. Si esta queja ha sido general y se ha perdonado á historiadores que han tratado de los pobladores de México y el Perú, con mayor razón se nos excusará á nosotros, que tratamos de las tribus aborígenes del territorio colombiano. Estas, en realidad, bien pocos recuerdos han dejado de su existencia. De sus ciudades y de sus palacios no quedan ni las ruinas. Religión, tradiciones, leyes, todo fue sepultado con los mismos hombres que las practicaban. Pueblos enteros, numerosas nacionalidades desaparecieron sin que quedasen huellas de su existencia. Parece que la vara poderosa de Bochica hubiese abierto un abismo más profundo que aquel que rompió para desaguar el inmenso lago Andino, y que allí hubiera precipitado las tribus colombianas, haciendo correr sobre ellas el torrente del olvido más poderoso que el mismo Tequendama.

Una que otra columna derruída, pocos jeroglíficos, si tál podemos llamar á las inscripciones en las rocas, y los monolitos labrados que yacen olvidados en la meseta de San Agustín, son los únicos documentos que pudiéramos consultar en la superficie del suelo. ¡Qué testigos tan mudos

(1) Con suma atención hemos estudiado el *Atlas Geográfico é Histórico de la república de Colombia* por el señor MANUEL M. PAZ. A la carta I, que "representa la ruta de los conquistadores, etc., la posición de las tribus, etc.," le haremos tres observaciones: 1.ª No es bastante completa, como se verá poniéndola en paralelo con este nuestro estudio; 2.ª Tiene muchos errores y omisiones, tales como la tribu de los Quimbayas; 3.ª El autor confunde frecuentemente las tribus que existieron con las que hay en la actualidad, dando preferentemente cabida á estas últimas.

de las antiguas civilizaciones! ¡Qué poco nos dicen de los hombres y los hechos que ante ellos pasaron y de las generaciones que en su presencia se desarrollaron y sucumbieron!

¡Quién creyera que los sepulcros, albergues de la muerte, fueran la única fuente de donde pudiéramos tomar documentos relativos á la existencia y vida de aquellos pueblos! Allí hemos encontrado objetos de oro, de barro ó de piedra que nos dan alguna luz sobre la industria y costumbres de los indios. Triste es confesarlo, pero á falta de mayores documentos, ya que no existen archivos qué consultar, ni manuscritos qué descifrar, excavaremos la tierra y estudiaremos con avidez el contenido de las tumbas.

No culparemos á los españoles por haber descuidado el estudio de las civilizaciones indígenas y haber destruído los objetos que hoy pudieran guiarnos en nuestros estudios de arqueología. Esta ciencia estaba muy atrasada en el siglo XVI. Nadie se ocupaba entonces en acumular objetos viejos ó estudiar vetustas civilizaciones. Si mucho demolieron los soldados de Fernando é Isabel, ¿cuánto más no hubieran arrasado las legiones de Enrique VII, á quien la historia apellida el *Codicioso*, ó los soldados de Carlos VIII, ó los italianos de la segunda mitad del siglo XV, en cuyas manos el puñal y el veneno desataban lo que antes se tranzaba con la espada? (1) No culparemos tampoco el espíritu religioso de los conquistadores, el que, según algunos autores, los llevaba á destruír ciegamente cuanto encontraban á su paso. En contadas ocasiones el fanatismo inspiró la idea de hacer hecatombes de ídolos ú objetos de los bárbaros. A los religiosos debemos los documentos escritos que nos han transmitido la casi totalidad de los datos que poseemos sobre las tribus indígenas de nuestro país. Los piadosos misioneros que con su incansable celo seguían á las tropas españolas, fueron casi los únicos que se preocuparon en legar á la posteridad nociones, aunque escasas, relativas á los indios, á su modo de vivir y á sus ideas y creencias.

Consultaremos á estos pacientes cronistas, y los datos por ellos transmitidos trataremos de completarlos con otros de escritores más recientes, y ensayaremos trazar un mapa lo más completo posible de las tribus que á la llegada de los conquistadores ocupaban el territorio que forma la actual república de Colombia.

Tan vasta superficie (2) daba abrigo á un crecido número de parcialidades, muchas de las cuales apenas alcanzaban á ser formadas por grupos de cuatro ó más familias.

Los españoles en sus diversos viajes de conquista daban muchas veces

(1) *Histoire de France*, por V. Duruy, tomo I, pág. 597.

(2) 13,310-25 miriámetros cuadrados. *Geografía general, política y civil de los Estados Unidos de Colombia*. Felipe Pérez, tomo I—134.

á una población el nombre de tribu, sin preocuparse con las semejanzas físicas ó la identidad de costumbres y de idioma. A éstas las designaban ya con el nombre de su cacique principal, ya les conservaban su nombre primitivo, ya les daban un nombre arbitrario y caprichoso. De aquí resulta que multitud de agrupaciones ó sociedades que en realidad pertenecían á una misma raza, llevaban nombre distinto; de aquí que al recorrer las crónicas quede el lector admirado del sinnúmero de tribus que encontraron en este suelo. Invocamos estas mismas razones para mostrar que no es posible presentar una clasificación científica. Tendremos que contentarnos con una enumeración geográfica que haremos por Departamentos.

I

Los 73 miriámetros de costa comprendidos entre la Punta Paijana y las Bocas de Ceniza estaban poblados por lo general de indios flecheros Caribes, "de la más recia gente que hay en la tierra firme" (1). Muchos pueblos con distintos jefes vivían allí, ya sea defendidos por los recios arrecifes, ya aislados de las orillas del mar por espesos bancos de arena. Aquí se levantaban sus bohíos en medio de terrenos anegados y cenagosos. Más adelante sus caseríos se extendían al pie de las serranías dominadas por las alturas cubiertas de nieves eternas del Picacho y de la Horqueta. Las playas y ensenadas de la provincia de Citarma (2), las orillas de los canales y de la Ciénaga, las tierras anegadas por el río Grande, estaban en poder de señores más ó menos poderosos.

Al N.E. del departamento del Magdalena, desde los límites con la república de Venezuela hasta las márgenes del río de la Hacha, habitaban los valientes, arrojados y perspicaces Goajiros y Cozinas. Plaza calcula en 70,000 el número de ellos. De sus pueblos y jefes casi no conservan memoria las crónicas, siendo tan temidos, que siempre los españoles respetaron sus dominios. Apenas si la historia recuerda los nombres de las ciudades de Tucutaca, Cancequinque y Cuanehucane.

En las veinte leguas que forman la Ramada existían las poblaciones y puertos de

Guaimaros, Debuya, Coriana,
Tapí, Paraguanil, Biriburare,
Caborder, Macoir, Proceliana,
Maracarote, Ormío, Caraubare,
Con otras infinitas (3).

Entre la Ramada y Santa Marta estaban las tribus de los hospitalarios Guanebucanes y la de los Guácharos y Caraibes (4).

(1) *Conquistas de las Indias*, Oviedo, folio XXVIII.
(2) Así llamaban las tierras comprendidas entre Riohacha y Santa Marta. Felipe Pérez, tomo II, pág. 571.
(3) Castellanos, *Historia de Santa Marta*, C. I.
(4) *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*, por el doctor D. Lucas Fernández Piedrahita, pág. 49.

Pasando el río de la Hacha quedaba Boronata (1).

Al O. de éstos en el valle de *Buritaca* habitaba la tribu del mismo nombre. Sus principales poblaciones eran *Bosingua, Alhasingua* (2), *Masinga* y *Gauringa,* y las más pequeñas de *Marubare* y *Arubare.* Siguiendo en la misma dirección tropezamos con las tierras que avecinan á Santa Marta, á ocho leguas de la cual estaba el caserío de *Ayaro,* en la provincia llamada de Cinta, y no muy distante la tribu de los *Coronados.*

Cuando Bastidas escogió la ciudad de Santa Marta como plaza de armas y punto de partida para sus conquistas, asentó las paces con los caciques de *Gaira* y *Taganga,* "que eran los más inmediatos vecinos á Sotavento y á Barlovento" (3), y con los Dorcinos (más al S.). A cuatro leguas estaban los Bondas.

Allí caza Bondigua
Y allí Bonda;
Allí de Posigueica
Y de Tairama
Con todos los demás
De la Redonda.... (4)

Eran tan numerosas sus poblaciones, que sólo en los valles estrechos de Cueto y Valhermoso quemó Alfinger más de siete de ellas. Al S. estaban las tierras de los *Jeribocas.* No lejos de Santa Marta quedaban igualmente los *Argollas, Chenguas, Conchas, Maronas* y *Nenguanjes* (5), y un poco más distantes los *Zacas, Chairamas, Guachacas* (6), *Origuas, Quiñones* (7), *Mamalazacas, Mamatocos* ó *Irotamas* (8).

Entre Santa Marta y Tenerife, en los terrenos de la laguna, habitaban los Pepes, Agrias y Mastas. Los Taironas ocupaban los terrenos situados al S. de la Ciénaga, el valle y las cordilleras que forman semicírculo á Santa Marta. Esos hermosos sitios que hoy llevan el nombre de la tribu que los habitaba, están formados de valles pintorescos, de profundos abismos y de abruptas rocas. Los ríos que los surcan son peligrosos torrentes que, desprendiéndose de altos peñascos, ruedan por profundas grietas formando cascadas caprichosas. Sólo las fieras recorren hoy estos fértiles terrenos que habitó la valiente raza de los *Taironas* (9). Estos eran de estatura gigantesca y tenían como súbditos ó bajo su protección á todos los indios de la provincia de Calamar, hasta Urabá (10). Entre

(1) Castellanos, C. III, P. II, E. I.
(2) *Noticias Historiales,* etc. Fr. Pedro Simón, tomo II.
(3) Piedrahita, pág. 45.
(4) Castellanos, E. XIV, C. II.
(5) Id., *Historia de Santa Marta,* C. I.
(6) Esta quedaba entre Bonda y Pocigueyca, Fr. Pedro Simón, tomo III, pág. 611.
(7) Acosta, pág. 87.
(8) Castellanos, *Historia de Santa Marta,* C. I
(9) La palabra *Tairona,* según Herrera, significa *fragua.*
(10) *La Perla de América,* por D. Antonio Julián.

sus numerosas poblaciones era la más importante *Pocigueyca* (1), corte de su principal cacique, donde 20,000 indios salieron á atacar á García de Lerma (2). Seguíanle *Mongay*, *Sinanguey*, *Origueyca*, *Pijuelas* y *Cincorona*.

Al Sur de los Taironas moraban los Chimilás.

En la Sierra Nevada los *Aruacos* (3), y entre éstos y los Tamalameques estaban los *Itotos*, *Guanaos*, *Babures*, *Topes*, *Cendaguas*, *Ambacos*, *Orotomos* (4) y multitud de otros pueblos.

Domo, *Bohoso* y *Taironaca* quedaban cerca del río San Diego. De allí al valle del Magdalena, y subiendo la cordillera para el Valle de Upar, había grandes pueblos (5). Los Coronados donde comienzan las llanadas del gran valle de Upar (6).

El valle de Upar, fértil y rico, era de muchas naciones en las lenguas y ritos diferentes. A orillas del río Guatapori (río frío), y á una legua del río Cesar ó Pompatao (señor de los ríos), fue fundada al ciudad de los Reyes, sobre los escombros de una de tantas poblaciones incendiadas por Alfinger.

De las montañas de Garupar á la Ciénaga de Zapatosa se extendían las provincias de los *Pocabuyes*, donde hallaron pueblos prepotentes (7), y los *Alcoholados* (8).

Los *Tamalameques* habitaban el pueblo del mismo nombre, los terrenos bañados por la laguna de Zapatosa y las ciénagas y *caños* formados por el río Zezari (9). Mencionaremos como principales poblaciones: *Chiriguaná* y *Cumujagua*, en una península de la laguna *Tamalaizaque*, *Zipaza* y *Nicaho*. Estos

> Juntando de canoas muy capaces
> Un número de más de cuatrocientos,
> Y en ellas embarcaron estas gentes
> Tres mil indios gallardos y valientes (10).

A orillas del río Magdalena estaban situados los *Malebuyes*, cuya capital era *Barbudo*. Abajo de este caserío estaban Chingalé y Sompallón, Tomala y Proa. No lejos de allí

---

(1) En uno solo de aquellos valles recorrió Rojas en pocas horas ocho poblaciones á corta distancia unas de otras. Juan de Castellanos, P. II, Elogio de Rojas, C. II.
(2) Castellanos, *Historia de Santa Marta*, C. II.
(3) Piedrahita pág. 47.
(4) Fr. Pedro Simón, tomo II, pág. 587.
(5) Id. íd., tomo III, págs. 617 y 28.
(6) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. II, C. XVI.
(7) Id., *Historia de Santa Marta*, C. II.
(8) Así llamados porque se teñían con tinta negra el remate de los párpados. Piedrahita, pág. 51.
(9) De Chetzar (agua calma), Luis Striffler.
(10) Castellanos, P. II. E. I, C. III.

Acudieron caciques de la tierra
Con más de veinte mil hombres de guerra (1).

II

Lo mismo que las costas del Magdalena, las no menos pintorescas del departamento de Bolívar estaban pobladas por indios Caribes. Las llanuras eran del dominio de los Taironas.

Entre los límites de estos departamentos y la punta Canoas, en las hermosas ensenadas defendidas por peligrosas rocas y dominadas por pintorescas islas y escarpados barrancos, había multitud de fracciones é insignificantes caseríos, cuyos habitantes se reunían en *Tubará* á discutir sus intereses comunes. De allí su nombre que significa *reunión* (2). Al Oriente de éstos quedaban los Malambos, y al Sur los Mocanaes (no hay). De este último punto á la barranca de Mateo se extendía el país densamente poblado de *Los Tablados* (3) y al N. el pueblo de Zamba (4) en la isla del mismo nombre, á catorce leguas de Cartagena (5).

La bahía de Cartagena y costas adyacentes, si exceptuamos las playas cubiertas de manglares y los llanos bajos inundados, estaban pobladas por súbditos del Cacique de Yurbaco ó Turuaco (Turbaco).

Las islas también tenían sus moradores. Carex se llamaba el Cacique de Codego y sus dos principales poblaciones, una en Bocachica, á la cual llamaron la Rica, y otra hacia el interior de la Isla. Al lado opuesto de ésta habitaban Cospique, Corinche, Carón, Cocón, Matarrapa, Timiriguaco y Caricocox. En la isla de Barú, á inmediaciones del caño de Pasacaballos, estaba situada Bahaire (6).

A barlovento quedaban los pueblos de Canopote, Mazaguapo (7), Guapates, Turipana, Mahates con su Cacique Cambayo y "la gran población de Cipacua," cuyos caciques estaban en guerra abierta. Todos éstos pertenecientes á la tribu de los Macanaes (8). Al primero de estos señores pertenecían igualmente Oca, Tubará y Cornapaucà.

Al Oriente, hasta el Magdalena, se extendía una cadena de multitud de pueblos (9).

A orillas de la laguna de Tesca se hallaba el pueblo de *Canopotes*, y

(1) Castellanos, P. II, E. IV, C. V.
[2] Felipe Pérez, tomo II, pág. 649.
[3] Con muchas poblaciones de gran número de gentes cada una.
[4] Piedrahita, pág. 58.
[5] Fr. Pedro Simón, tomo III, pág. 57.
[6] En su *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada*, el Coronel D. Joaquín Acosta (pág. 14) da á este Cacique el nombre de Dulio ó Duhoa. J. J. Nieto llama Bahaire al pueblo y Dahoa á su Cacique, en lo cual está de acuerdo con Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 69, y con Piedrahita.
[7] Era Tocana señor de Mazaguapo.
(8) Fray Pedro Simón, T. III, pág. 77.
(9) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 78.

á la izquierda de la bahía de Cartagena, á corta distancia de la costa, Guatena. Junto á éste, en una barranca, había otro caserío (1), cuyo nombre no registra la Historia.

Yurbaco y Calamar ó *Calamary* (que quiere decir cangrejo) eran los dos pueblos principales entre los muchos que en estas regiones existían (2). A poco que salió del útimo de los mencionados, Heredia encontró otro, situado á corta distancia de una laguna, y siguió por espacio de tres leguas viendo por todas partes grandes poblaciones hasta la entrada de un caserío tan extenso, "que hacía dos horas que andábamos peleando y no habíamos llegado á la mitad del pueblo (3)"; éste fue incendiado por sus moradores. A poca distancia halló otro más grande aún.

Las islas de San Bernardo estaban todas bien pobladas de gente (4).

El cacique de Tolú tenía cinco ó más caseríos á su mando, y era dueño de las hermosas costas que forman el golfo de Morrosquillo. La capital de sus dominios quedaba á seis leguas al S.O. de Cartagena.

Sobre la costa, antes de llegar al Sinú, Ojeda encontró una importante población, mas calla su nombre.

En la vasta llanura que se extiende sobre la margen derecha del Sinú, y que á primera vista pareció á los españoles tan poco poblada, había multitud de caseríos y el pueblo de Finzenú, que otros llamaron Zenú, de más de sesenta casas. El resto del valle había contenido una densa población, que la peste había diezmado.

Llamábase *Finzenú* lo que hoy ocupan la villa de San Benito Abad, Tolú, Ayapel y sus alrededores. Era su capital Tacasuán (5), y sus principales poblados *Chinú*, residencia de la cacica Tota, Farquiel, en la cual había un adoratorio, y Guamocó.

Las serranías que se extienden al S.O. del Departamento estaban pobladas, y en ellas había muchos caseríos y rancherías. Estas y las tierras comprendidas entre San Jorge y el río Cauca eran dominio del Cacique de Yapel, ó *Ayapel*, á cuyas órdenes estaban multitud de señoríos de gallardos, dispuestos y arrogantes indios (6). En su primer combate con los españoles, cerca de *Yapel*, la capital, 2,000 de estos indios fueron desbaratados. Más adelante, á orillas del río Cauca, encontraron los castellanos una población, que sus habitantes destruyeron antes de dejar

(1) Acosta, 122.
(2) Cartagena fue fundada donde mismo quedaba el pueblo primitivo de Calamar. Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 67.
(3) Heredia. Documento manuscrito citado por Acosta, pág. 112.
(4) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 20.
(5) Tacasuán se hallaba situada donde hoy se levanta San Benito Abad. *Geografía*, etc., *de la provincia de Cartagena*, por J. J. Nieto.
(6) Acosta, pág. 130.—Yapel estaba situada sobre una colina á la entrada de las sabanas por el N.O. Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 132.

hollar su suelo por los extranjeros. De ahí para arriba las poblaciones se extendían á pérdida de vista en los dominios del Cacique de *Nutibara*, del cual eran tributarios todos los moradores del valle hasta la sierra de Abibe (1).

Del Finzenú, siguiendo la tierra adentro hacia la cordillera de montañas que tiene su origen en la de María, y que se desarrolla entre el río San Jorge y la margen occidental del Cauca, quedaba la provincia de *Panzenú*. La de Zenufarra se extendía del otro lado del Cauca, en la parte del departamento de Antioquia, que después tomó el nombre de Zaragoza (2). En esta región quedaba Simití.

Uno de los centros principales de los llanos de Corozal era *Sincelejo*.

Las tribus del Sinú, hasta la punta de los Arboletes, eran tributarias de los Urabaes.

A orillas del río Magdalena se encontraban multitud de tribus y de poblaciones; *Yaguará* y *Zipacua*, no lejos de Barranquilla; *Mompox*, el más poderoso y que contaba el mayor número de súbditos; *Tamalaguataca*, *Chiquitoque*, *Talaigua*, *Tacalazahuma*, *Tacaloa*, *Menchiquejé*, y varios caseríos de los *Guamaives*, *Malibúes* y *Aburraes*. Una de las islas del río estaba poblada de gran número de gentes.

El Cacique de Abibe era independiente y tenía su capital en la falda de la montaña del mismo nombre (3).

III

Trastornando el orden geográfico seguido hasta aquí, dejaremos para más adelante las tribus del golfo de Urabá, y pasaremos á las que habitaban el departamento de Panamá.

La primera tribu con que tropezámos al Oriente del Istmo era la del Cacique *Cemaco*, á pocas leguas de la margen izquierda del Atrato.

Al N. de la costa, en un valle ameno y cultivado, surcado por aguas corrientes y cristalinas, en medio de árboles frutales, se levantaba el cercado del Cacique *Comagre*. De aquí, siguiendo al anterior, al llegar á las serranías que dominan el golfo de Urabá, quedaba el caserío de *Quareca* ó *Escaregua*, quien con más de mil hombres presentó combate á Balboa. En los llanos cercanos moraba *Teoca* ó *Teoachán*; en la falda de la cordillera *Pacra* ó *Poncra* (4), y en los puntos más elevados *Catoche*, *Zuirisa* y *Buquebuque*, en tres miserables poblaciones.

---

(1) Del nombre de una población que en sus faldas se veía. Fr. Pedro Simón T. II, pág. 176.

(2) *La Guerra de Quito*, por Cieza de León. Prólogo de Marco Jiménez de la Espada, pág. XLVIII.

(3) J. J. Nieto.

(4) Acosta, pág. 52.

Bonomiama, Pacorá, Pocorosa, Secativa, Tumanamá ó *Tubanamá* (este último, en las alturas que dominan á los *Comagres;* se extendían sus tierras hasta Panamá), *Chepo, Chaquiná, Chacucá* y *Tamaché,* lo mismo que los *Chiapes,* eran dueños, en el orden indicado, de los terrenos comprendidos entre la cima de la cordillera y la costa del Pacífico. En la parte Sur del golfo de San Miguel y en las islas habitaban las parcialidades de *Cocure* ó *Coquero, Tumaco* y *Terarequi,* dueño de la isla de San Miguel. En los valles que parten del golfo hacia el Sur, angostándose hasta llegar á la Punta de Piñas, vivían los *Chochamas* ó *Chicamas,* y al Sur de éstos los súbditos del Cacique *Birú* (1).

Volvamos al Norte. En las islas San Blas había muy pocos indios.

Al Occidente de Nombre de Dios vivía el Cacique *Carete* en guerra abierta con su vecino de *Ponca* ó *Poncha.* Con éstos colindaban los *Urirás.*

A poca distancia de la boca del río *Kiebra* (hoy Belén) halló Colón un pueblo numeroso (2); en el puerto de Retrete encontró otra población de indios bien formados y de alta estatura, y no contrahechos y de vientre prominente, como los vistos hasta entonces por el Almirante. A un caserío dio el nombre de Bastimentos por las sementeras de maíz que había en él y en las vecinas islas. La hermosa bahía de Portobelo estaba rodeada de casas en forma de anfiteatro, y sus numerosos pobladores eran aquellos valientes que poco antes habían rechazado á Nicuesa.

Del cabo Gracias á Dios á la provincia de Veraguas, Badajós atravesó por pobladísimas tierras pertenecientes á distintos Caciques (3); *Totomagua, Tatacherubí, Chame,* el poderoso *Natá, Escotia, Taracurí, Penonomé, Tabor, Cherú, Pariba* ó *Pariza,* á quien á causa de sus grandes riquezas llamaron los españoles París, *Chicacotia, Guanaga* y los valientes é infatigables *Urracá, Musá* y *Bulabá.*

Entre los ríos Cateba y Cubiga, Colón reconoció cinco grandes caseríos. Los bosques y playas que regaba el primero de éstos estaban, lo mismo que las márgenes del Guaiga, densamente habitados (4).

En su cuarto viaje, saliendo de la costa de Mosquitos, el Almirante arribó á las Bocas del Toro. En medio de los manglares cuyos tallos sostenidos por nervudas y poderosas raíces parecían surgir del fondo del Océano, y á la sombra de los coposos hobos de dorados frutos que adornan y embellecen los canales de Cerabora y Aburema, en una de las islas encontró un pueblo y surtas en él veinte canoas (5).

(1) Acosta, pág. 80.
(2) Id., pág. 11.
(3) Id., pág. 68.
(4) Id., pág. 11.
(5) Id., pág. 5.

Los caseríos más occidentales del Istmo eran los pertenecientes á los señores *Tutibar* ó *Tutibrá*, *Tunaca*, *Chiriquí*, *Vareda* y *Burica*.

Casi todas las tribus del Istmo pertenecían á la nación *Cuna* y hablaban el mismo idioma, el Cueba, con pequeñas diferencias (1).

Acosta calcula en 300,000 el número de habitantes que vivían en el hoy departamento de Panamá. Si hojeamos la historia de la conquista, veremos á cada paso á aquellos atrevidos é infatigables indios oponer murallas de miles de desnudos cuerpos á los destructores efectos de los arcabuces españoles. Incalculable es el número de víctimas inmoladas por la cobarde codicia de Pedrarias Dávila y el de aquellos defensores de la libertad de su suelo, que con su sangre regaron las montañas y valles del Istmo y sus inmensas selvas. Muy lejos de parecernos exagerado el cálculo de Acosta, lo juzgamos inferior á la realidad.

IV

Las tribus que habitaban el Norte y centro del departamento del Cauca pertenecían á la nación *Chocó*.

Los *Urabaes* eran dueños de las costas arenosas del Atlántico y de las orillas bajas, anegadizas y cubiertas de manglares del Atrato inferior. Tenían su capital, Urabaibe, en la boca del río (2). Sus principales cacicazgos y caseríos eran: Marabue, cerca de la primitiva población de San Sebastián (3). Caribana, á la entrada del Golfo; Oromira, en una de las islas (4). Turuí, á orillas del río Bacurá; Tirufí ó Tiripí, Abibeiba, Apurimandó ó León, todos pertenecientes á Dabaibe. En las orillas del Atrato, Balboa encontró dos poblaciones, cuyas casas estaban construídas sobre árboles para defenderlas de las inundaciones.

Ningún cronista nos transmite el nombre de éstas, aunque no serían tan pequeñas cuando de una de ellas salieron 4,000 hombres á defender su entrada. Otra de semejante construcción halló Gómez Hernández, adonde no pudo penetrar por la fuerza de las armas. A orillas de este río vivían también los *Gugures*. Las tierras del poderoso Dabeiba principiaban á diez leguas de las bocas del Atrato. La Antigua fue fundada en el sitio de un caserío de indios flecheros (5). Oromira, á la margen izquierda del Darién, frente á una pobladísima isla (6); y Tabebe, en los confines con Antioquia.

En las costas del Pacífico había numerosas y valientes tribus (7), como lo probaron en la resistencia que opusieron á los españoles en

(1) Acosta, pág. 78.
(2) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 3.
(3) Id., T. III, pág. 32.
(4) Castellanos, *Historia de Cartagena*, C. VIII.
(5) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 32.
(6) Id., T. III, pág. 390.
(7) Acosta, pág. 82.

Puertoquemado, Cupique, en los valles de Baeza (hoy Baudó) y Fortalezas, en San Mateo, etc. Eran dueños de casi toda la costa los *Noanamas* y los *Citaraes*, y más al interior los *Cirimbiraes*.

Impracticable en invierno por los pantanos que en ella se forman y los hinchados torrentes y ríos que la surcan en todas direcciones, poco habitable á causa de los aguaceros casi permanentes, la serranía de Abibe no contaba con más moradores que los súbditos dispersos de *Quinunchú*, tan feroces como los tigres y leones con quienes compartían sus guaridas. No así las faldas de la cordillera y los llanos que se extienden á sus pies, llenos de poblaciones tributarias del Cacique *Nutibara*, quien con 20,000 indios recibió á Francisco César cuando por primera vez vino á importunarle (1). Reconocíanse tributarios suyos los habitantes de los poblados valles de los *Pitos* y de *Mauri*. Eran vecinas de éste las poblaciones guerreras de *Tatabe* (2) y Tuatoque (3).

Venía luégo la provincia de los Chocoes y al S. *Guacuná* ó *Quinchúa*. Más adelante, al S., *Otumaní*, el *Pescado*, *Ocuzco*, etc. *Porsa*, *Pirama* á dos leguas al Oriente de Anserma. *Irra* ó *Irrua* á la margen derecha del Cauca; era ésta una gran población. Los Tapuyas y Guaticas (4) vivían en la provincia de Urabá. A pocas leguas al Occidente se hallaban las tierras de *Cirichá*, enemigas y no muy distantes de los Capermantas; al otro lado del río la provincia de *Carrapa*. Más al S. estaba la provincia de *Nacor* en un valle cubierto de grandes poblaciones. En la provincia de los Pastos vivían los *Quillancingas* (5) y al N. los indios de *Iraca*, *Naratupe*, *Cartamo*, *Pirza* y *Sopía* en las cabeceras del Atrato; *Ocuzco*, *Itra*, *Guarina*, *Cocui* del Cacique *Curaca*; *Riteron*, *Guacuman*, *Guarama Davitoya*, *Proponesta*: todas hacia la margen izquierda del río Cauca.

Muchos pueblecillos había en esta Provincia hasta el río Chinchiná (6).

La Provincia de los Quimbayas, situada hacia el Norte de Cartago la vieja, estaba regada por los ríos *Tacurumbí* y *Zegues*, y cubierta de inmensos bosques de guaduas, matizados por hermosas palmeras de pijivaes, tan impenetrables que "casi no se puede andar por ellos" (7). Su extensión era de quince leguas de longitud y diez de latitud, y corría desde el Riogrande hasta las nevadas cimas del Ruiz y Santa Isabel, por terrenos fragosos surcados por numerosas aguas y cubiertos de vegetación. En su límite superior existe un volcán que en las mañanas claras se cubre de un picacho de niebla. La capital quedaba á siete leguas de la cordillera.

(1) *La Crónica del Perú*, por Pedro Cieza de León, folio 17.
(2) Cieza de León.
(3) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 209.
(4) Acosta, pág. 164.
(5) Velasco, 172. *Historia del Reino de Quito*.
(6) Acosta, pág. 262.
(7) Décadas de Herrera, d. 6., l. VIII, Cap. IV.

Dominaba en el valle de *Lili* (Cali) el cacique *Petecui*, de la tribu de los *Gorrones* (del nombre de un pescado). Eran vecinos suyos los *Jamundis*, con grandes caseríos. En las pobladas orillas del Cauca, frente á éstos, vivía *Calambás*, y hacia el lado de la cordillera veíanse caseríos hasta de mil casas, con siete ó más personas cada una (1).

Al N. de Cali moraban los *Bugas* y al S. los *Barbacoas*. Entre Cali y el Pacífico estaban los *Timbes*, *Conzotas* y *Coinzas*. Entre Cali y Buenaventura, á orillas del San Juan, y en las márgenes del *Jamundí* se encontraban multitud de indios, entre ellos la tribu de los *Aguales*. Al S. de éstos quedaban los indios de *Piendamó*, *Plaza*, *Guambías*, *Coconucos* y *Cotares*, y los pueblos de *Guanza*, *Malvasá*, *Polindara*, *Palacé*, *Tembío* y *Colaza*. Cerca de éstos *Zotara*, *Guanaca* al S., *Guachicone* al Oriente. Más al S. se veían los de *Cochesquío*, *Lagunilla*, *Barrancas*, y la gran tribu de los *Masteles*.

Las frescas y amenas tierras del Cacique *Popayán* tenían "crecida población en parte llana" (2). De solo la fortaleza salieron 3,000 guerreros á atacar á Ampudia. Eran súbditos suyos, además de los anteriormente citados, los *Yacuanqueres*, *Palos*, *Solimanes*, *Bolos* (3) y *Cibundoyes*.

En el valle de Patía eran tan numerosos los indígenas, que en su primer encuentro con los españoles les presentaron de tres á cuatro mil guerreros.

Entre Patía y Pasto también tropezaron los conquistadores con muchas poblaciones, peleando diariamente con ejércitos que demoraban su marcha (4). Las principales de éstas eran: *Turca*, *Isancal*, *Cumbá*, *Ipiales*, *Iles*, *Gualmatá*, *Panyán*, *Funes* al centro; *Sapuyes*, Túquerres ó *Tacurres*, *Mallama*, *Yacenal* al Poniente; *Buisaco*, *Guayansangua*, *Mocojonduque*, *Macajamata*, *Imazacamote*, *Bejondino* y *Meondino* al E., *Sebondoy* y *Guaca*, al S. Todos pertenecían á la nación Quillancinga, la cual contaba más de treinta parcialidades independientes (5). Eran de este número igualmente los *Cacampues*, *Chorros*, *Ruiles*, *Argayanes* y *Paguales*.

Al S. de éstos quedaban los *Chapanchicas*, *Masteles*, *Abades*, *Chancos* y *Bojoleos* (6) y los *Pichilimbíes* y *Cuilas* entre los ríos Telembí y Patía.

En el Caquetá, entre multitud de pequeñas tribus, citaremos á los *Yacuanqueres*, *Chapiales* y *Papiales* al N.O.; los *Mocoas*, *Patocos* y

(1) Castellanos, pág III, E. de Benalcázar, C. III.
(2) Castellanos, parte 3.ª
(3) Piedrahita, pág. 77.
(4) Id., pág. 76.
(5) Id., pág, 84. Podemos agregar á éstos los pueblos de *Chuchaldo*, *Ascual*, *Mallama*, *Capuís*, *Chapal*, *Nales* y *Piales*.
(6) *Historia del Reino de Quito*, por el Presbítero Juan de Velasco, T. II, pág. 142.

Sucumbios á orillas del *Caquetá;* los *Macos* en las márgenes del Papamene; los *Guaipies* y los *Putumayos* en las márgenes del río del mismo nombre; y los *Cajanes*, hombres feroces que dominaban á las demás tribus (1). Los *Palemques* y los *Omeguas*, que contaban muchas parcialidades. En fin, los *Tuzas.*

A orillas del alto Putumayo fueron atacados los españoles por más de 15,000 indios. Era *Lathe* uno de los Caciques principales (2).

A tres nacionalidades principales podemos reducir los distintos habitantes del Cauca en el momento de la conquista: los *Chocoes* (3) al N. y los *Omaguas* y *Pijaos*. Esta última reconocida como protectora de la anterior. Los *Omaguas* y *Pijaos* contaban con un total de 600,000 almas, de las cuales 120,000 pertenecían á los *Pijaos*. Estos se extendían desde las montañas de Ibagué, por llanos y serranías, en un terreno de más de 100 leguas de largo, donde están hoy Buga, Toro, Cali, la frontera de Popayán hasta Caloto y Salamanca, y parte de los departamentos del Tolima y Cundinamarca.

Por algunas de las cifras que anteriormente hemos presentado podrá calcularse el sinnúmero de indios que poseía lo que hoy constituye el departamento del Cauca.

Según cálculos de Acosta, había más de un millón de habitantes desde Caloto hasta Ansermaviejo (4). Era tal el número de tribus independientes, que á cada paso, como brotando del suelo, salía á impedir la marcha triunfal del estandarte de Castilla, que yá los jefes, las más de las veces, ni se preocupaban por darles nombre y pasaban de una á otra con el mayor desprecio, conservando únicamente el recuerdo de aquellas que les procuraban oro ó gloria.

V

Hemos visto yá, á vuelo de pájaro, las distintas tribus que habitaban los Departamentos bañados por los dos océanos. Visitemos ahora los del interior, principiando por el departamento de Antioquia.

Asombro y grata sorpresa causó á los españoles la vista del río Cauca cuando bajaban la serranía de Ayapel. Dominaban de allí un extenso y limpio llano semejante á un tablero de ajedrez, cuyos cuadros los forma-

(1) Entre las obras consultadas para establecer el sitio que ocupaban las tribus del Caquetá, hemos encontrado tal difusión, que nos es del todo imposible fijar este punto de nuestra antigua geografía.

(2) Castellanos, P. II, E. III, C. I.

(3) Más de treinta pueblos fueron hallados entre estos indios.

(4) Poco después de la conquista, cuando aún los indios andaban por los montes huyendo del yugo español, se contaban 20,000 en Pasto, 20,000 en Timaná, más de 80,000 en Arma, 25,000 en Caramanta, más de 30,000 en Cali, 40,000 en Ansermaviejo. Poblaciones pequeñas como Chapanchica é Izcance, contaban cada una hasta 20,000 indios. Estos datos, que tomamos de la *Relación de Popayán*, por Fray Jerónimo de Escobar, nos parecen exagerados.

ban innumerables poblaciones y espaciosas casas, sementeras y huertos de árboles frutales. A este valle dieron el nombre de *Huaca*, Guacá ó Cauca, que significa ídolo, adoratorio "ó cualquier otra cosa señalada por la naturaleza" (1). El primer Cacique que allí encontraron fue el de *Tuatoque*, tributario del de Utibará. Vecino de éste quedaba el valle de Nore ó Norí (2) "con muy espesas poblaciones," cuyos hermosos, esforzados y valientes habitantes obedecían á *Nabuco* ó *Nabonuco*. Al Occidente había un pueblo grande, fundado sobre gruesos árboles. Al S., y no muy distante, estaba el valle de Buriticá, con su inaccesible capital encajonada en rudos peñascos como nido de águila. Entre Antioquia y Buriticá había muchas casas de indios y un gran pueblo (3). A orillas del río Cauca quedaba *Ciricha* y más adelante Zopía (4). Junto á Buriticá quedaba *Xundabe*, y más al Occidente *Cauroma*, al S.E. Caramanta (5) y hacia el Oriente *Cartama*.

Las poblaciones que los españoles encontraron más al N. fueron: entre Porce y Nechí, *Tuingo* (6), *Norisco*, *Ituango*, *Pubio*, *Ceracuna*, *Guance*, *Catiburí*, *Cuizco*, *Araque* (7), *Carauta*, *Pebere*, *Nitana*, *Tuin*, *Teco*; *Guazuceco*, *Bajaquima* y *Tacujurango* (8) en el valle de Norisco "de grandes poblaciones;" Bredunco, Brenuco ó Neguerí, en el valle de Tenco é Ituango, con poblaciones hasta de cien casas; la provincia de los Pumblas junto al paso del Cauca (9); Guazuceco, Pueblico, Peque y Curumé (10) en las pendientes de la serranía que baña el Cauca.

Muchos indios habitaban las llanuras de *Cancán* á orillas del Porce. Al S., trasmontando las colinas, estaban los dominios de *Zurume*, Catia, Pequi, Penco, y al S. de éstos los de Ebéjico.

De N. á S. en las riberas del Cauca, á la derecha, quedaban *Blanco de Sal*, *Zenifaná* (11) y *Mungía*, esta última dominada por el páramo de *Arbi*.

---

(1) Acosta, pág. 253. Fray Pedro Simón dice que Huaca quiere decir *demonio*, T. II, pág. 176.

(2) "'Donde está ahora asentada la ciudad de Antioquia." Cieza de León, folio 32.

(3) Cieza de León, folio 32.

(4) Id., folio 33.

[5] Id., folio 33.

(6) Las aguas del valle de Tuingo acrecentan las del Zenú. Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 597.

(7) De N. á S. Cuizco, Araque, Tuingo. Las aguas que las bañan nacen en las serranías de Carauta, Ituango, Nitana, Pubio, Pebere, etc., cabeceras del Zenú, cuyas márgenes estaban muy pobladas.

(8) *Geografía General y Compendio histórico del Estado de Antioquia*, por M. Uribe Angel, pág. 705.

(9) Esta provincia ponía fin á la tierra rasa. Eran sus capitanes Tecuce y Agrasava.

(10) M. U. Angel, 506. Curumé quedaba donde está ahora Anzá. Poblanco donde queda Amagá, pág. 738.

(11) Primitivamente llamado *Zenufana*, el pueblo más grande á más de 200 leguas á la redonda. Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 91.

Entre el Cauca y el Nechí citaremos como dignos de atención: el pueblo de la *Pascua*, á orillas del Cauca; *Poblanco, Las Peras* (1), *Los Pobres*, entre *Arma* y *Buritaca, La Sal, Titiribí, Anorí, Caruquía, San Andrés, La Loma, Tiquirí, Ubeda, Cáceres* y *Pesquerías*.

En solo el valle de San Andrés quedaban los caseríos de *Guarcama, Cuerquia, Pipimán, Ozeta*; y en sus confines *Maquirá, Aguasisí, Omogá, Neguerí, Yusca, Aguataba, Abaniquí, Taquiburí, Mosteco, Moscatero, Cuerquisá, Carimé, Ochalí, Ubaná* y *Quimé* (2).

La parte de Zenifaná, perteneciente á este Departamento, la constituían las tierras áridas, pero ricas en oro, bañadas por el Nechí y sus afluentes, en las regiones cuyo centro queda en Zaragoza y Remedios (3).

Cerca de Paramillo se fundó á San Juan de Rodas, entre las provincias de Ituango y Norisco.

A inmediaciones de la sierra de *Urrao* habitaba *Toné*.

Las orillas del *Porce*, llamado por los indios *Aburrá*, estaban muy pobladas por la tribu del mismo nombre, la cual se extendía hasta las bocas de Tacaloa. En el bajo *Porce* habitaban los Yamesíes de la misma tribu, cuyo más poderoso Cacique era el de *Cucubá* (4), donde fue fundada la primitiva villa de Zaragoza, en el valle de *Vitué*. Tenía más de 2,000 habitantes.

Entre los puntos ocupados por Bolívar y Andes se levantaba la rica y floreciente ciudad de Corí (5).

En el valle del alto Aburrá estaban, entre otros muchos, los pueblos de *Bitagüí* ó *Itagüí, Aná* y *Niquiá* (6).

La Provincia de Antioquia contaba con numerosas tribus. Las principales eran: *Pequi, Guama*, cuyo Cacique era *Zuburruco; Pebere, Nitana, Tuines, Araque, Guacuceco, Teco* y *Tocina*. Tabebe, Atocina, Cucuba, Bereruá, Rucabé, Ebéjico y Pequí eran las más vecinas de Antioquia. El poblado valle de Iraca, las ricas tierras de Naratupe, la gran ciudad de Corí, quedaban entre Nore y Caramanta.

Recordaremos de paso el nombre de algunas poblaciones tahamíes: *Yolombó, San Antonio, Peñol, Cocorná, Maitamac* (Armas), *Apurimac;* estas tres últimas pertenecían á la tribu de los *Armas* (7), los *Paucaras*

(1) Allí tuvo Robledo un encuentro con 4,000 gandules (Cieza); en *La Sal* peleó con más de 1,000 indios. Las Peras donde está hoy Amagá (M. U. A.). Medellín, Carta 3.ª, *Revista Literaria*, T. III, pág. 307.

[2] Castellanos, p. III. *Historia de Antioquia*, C. XII.

(3) Acosta, pág. 124.

(4) Id., pág. 362.

(5) M. Uribe Angel, pág. 611, y Castellanos, P. III, *Historia de Cartagena*, C. VII.

(6) Manuel Uribe Angel.

(7) En el asiento del Cacique *Maitamac* se fundó la población de Sonsón. M. U. A., pág. 625. La Provincia de Arma tenía seis leguas de latitud y diez de longitud, y más de 20,000 habitantes.

ó *Pácoras* con más de 6,000 indios, siervos del Cacique *Pimaná; Puchina* y *Mutambe* en las montañas que quedan al Oriente de Sonsón; la poderosa Provincia de los *Pozos*, cuyo Cacique *Pimanaque* opuso en su primer encuentro 6,000 guerreros al invasor; *Pécora* á dos leguas al Oriente, y en fin, la tribu de los *Carrapas*, en los puntos ocupados hoy por Tapias, Neira, Aranzazu, Filadelfia y Arbi. Las principales poblaciones de los Pécoras fueron: *Chuscurucua, Sanguitama, Chambiricua, Ancora* y *Aupirimí;* y de Carrapa Irrúa.

Las tribus de este Departamento pueden reunirse en tres grupos bien distintos (1).

Los *Catíos*, situados en los terrenos comprendidos entre la margen occidental del Cauca y la serranía de Abibe; los *Nutabes*, entre el Cauca y el Porce; y los *Tahamíes* en los puntos medianeros del Porce y del Magdalena.

VI

Pasemos al departamento del Tolima.

Los *Pantágoras* habitaban en la margen izquierda del río Magdalena, y dominaban á los *Tamanaes, Guarinoes, Marquetones, Guasecujas, Gualíes* (2), *Guaguas, Doimas, Guasquias*, y eran el terror de los mismos *Pijaos*, á quienes varias veces sometieron.

Los terrenos donde está actualmente Ibagué y el llano de las *Lanzas*, pertenecían á la tribu de los *Palemques* (3).

Los *Pijaos* se extendían desde los límites con el Cauca por los valles de Neiva, Almaguer, Alta Gracia de Sumapaz y San Vicente de Páez (su centro más poblado), hasta confinar con Cundinamarca (4); por el S. llegaban hasta las tierras de los *Timanaes*, encerrando en su seno infinidad de parcialidades. Las principales provincias por ellos ocupadas eran: *Cutiba, Aype, Yrico, Ambeyma, Amoya, Tuimbo, Mayto, Atayma, Cacatayma* y *Tuamo* (5).

A la orilla izquierda del Fusagasugá, en su confluencia con el Magdalena, vivían los *Iqueimas*.

En las montañas que dominan al valle de Neiva moraban los *Coyaimas*, enemigos permanentes de los indios del valle. En propiedades de los unos y de los otros había grandes poblaciones y caseríos arruinados por las sangrientas guerras civiles. No menos belicosos que los *Coyaimas* eran los *Natagaimas* (6).

(1) Manuel Uribe Angel, pág. 506.
(2) Entre éstos los más numerosos y guerreros fueron los *Onimes* y los *Guastias*. Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. II, C. XXIV.
(3) Acosta, 296.
(4) Piedrahita, 76. Los *Gualíes* poblaban los llanos de Mariquita.
(5) Fr. P. Simón, T. III, pág. 217.
(6) Piedrahita.

Las orillas del río Saldaña estaban habitadas por los *Teporoges*, cuyas principales poblaciones llevaban los nombres de *Acurulo* y *Apaglo* (1).

Las tierras de Timaná estaban densamente pobladas. En solo el valle se encontraban 20,000 indios. La valiente, vengativa y sanguinaria cacica de *Gaitana*, vecina de Timaná, hizo frente á los españoles con 6,000 guerreros en un primer encuentro; después de haber sido desbaratado este ejército, reunió 10,000 indios para un segundo combate (2).

A pocas leguas de Timaná, atravesando la cordillera, se tropezaba con los *Yalcones* ó *Canebís*, de tierras muy pobladas, á la altura de San Sebastián de la Plata. Separábanlos de los *Timanaes* los *Ynandos* y *Otenges*. Eran también vecinos los *Apiramas*, *Pinaos* y *Guanacas* (3).

Los *Andaquíes* habitaban las orillas del río Magdalena.

Al pie del nevado del Huila, cerca del nacimiento del río Palo, estaba la provincia de los *Páeces*.

VII

La primera población que tocó en Santander la planta de Quesada fue *Tora*, situada donde actualmente se halla Barrancavermeja. No lejos de allí, á orillas de la ciénaga de San Silvestre, levantábanse multitud de caseríos.

En las bocas del Opón quedaba situado el pueblo de *Barbacoas*. Tres pueblos cuyos nombres no nos transmiten los historiadores, encontraron los conquistadores en la cordillera que de allí se desprende hacia el interior, y otros cuántos más á orillas del *Carare*. El Cacique de *Opón* fue aprehendido en su cercado, celebrando una borrachera. Entre los ríos Horta y Carare encontró Galiano pequeños y numerosos caseríos, y entre este último y el Magdalena, la tribu de los *Nauras*.

Pasando de las márgenes del Magdalena al interior del Departamento, los castellanos siguieron sin rumbo, subiendo ásperas serranías y atravesando poblados valles, pasando hambres y peleando aquí, encontrando allí descanso y víveres. Así pudieron pasearse en los valles del *Alférez*, á quince leguas del Opón (4), y de las *Turmas* ó de la *Grita* (5).

Entre Pamplona y Ocaña demoraban los *Guariquíes*, los *Orotomos* (6), *Carautas* (7) y *Palenques* (8).

Alfinger penetró por el valle de *Girón* después de haber tenido mu-

(1) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 345.
(2) Acosta, pág. 273.
(3) Id., pág. 271.
(4) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 535.
(5) Id., T. II, pág. 162.
(6) A espaldas de la cordillera del río de la Hacha. Eran vecinos de los *Motilones*
(7) Allí se fundó á Ocaña.
(8) Fr. Pedro Simón, pág. 891.

chos encuentros con los *Citareros*. De allí pasó á la Provincia de *Guane*, rica, fértil, industriosa y densamente poblada hasta su extremo límite formado por las bocas del Suárez (1) y Sogamoso, descansó en el pueblo de *Silos* y siguió camino, combatiendo siempre, por los llanos de *Ravicha*, *Chinácota* y *Cúcuta*, entonces de crecidas poblaciones (2).

Las principales poblaciones de los *Guanes* eran: *Podsaque*, capital, residencia del Cacique *Corbaraque; Poima* (hoy Oiba) (3), al N. de la anterior; la populosa y lucida *Chalalá*, cuyos habitantes eran los más blancos que hasta entonces hubieran encontrado los españoles. Estos, únicamente en el ámbito de lo que llamaban *Guane*, contaban más de 30,000 casas habitadas.

Los lugares pedregosos, altos y peñascosos que se extienden al Oriente, eran dominio del rico y poderoso *Macaregua*.

Citaremos como puntos principales en esta parte del Departamento: *Barichara* y la muy poblada *Chianchón* (4) al N.O. y S.E., respectivamente, de San Gil; *Tequia*, *Jerirá* (pueblo del Cacique *Guanentá*, donde fundó Aguayo el pueblo de Málaga); *Chipatá*, asiento más tarde de la población que es hoy Vélez, y otros varios caseríos del Cacique *Sacreque; Burtaregua* contra la parte alta de la cordillera en tierras regadas y cubiertas de sementeras; *Bocaré*, al Oriente de este último; *Choaquete*, *Siscota*, *Cotisco*, *Curahete*, *Sancoteo*, *Cupainata*, *Sispainata*, *Singla*, *Bocare*, *Guajite*, *Cotisco*, *Caraota*, *Usamaca*, *Tiquitoque*, *Capa*, *Chebere* y *Tununga* (5).

En Pamplona y los valles circunvecinos, entre otras grandes poblaciones, existían *Condermenda*, *Miser Ambrosio*, *Chitagá*, *Los Locos*, *Balegra* y *Cácota*; esta última á orillas del río del mismo nombre.

Al N. de Vélez, en la banda opuesta del río Sumapaz, se extendían las Provincias de los *Laches* y *Chisas*, quienes confinaban con los *Tammes* ó *Tumbes* (habitantes de la cordillera que los separaba de *Casanare*), desde *Chicamocha* hasta *Pamplona*. En la cordillera limítrofe con Venezuela fueron hallados muchos pueblos.

Las regiones frías estaban habitadas por los *Citareros* (6), Provincia que contaba con más de 50,000 indios de macana y por lo menos 200,000 habitantes. Vivían mezclados con los *Laches;* sus principales ramificaciones eran: los *Timotos*, los *Barbures*, los *Cayos*, los *Chinatos*, los *Surataes*, los *Motilones*, los *Capachos*, etc.

(1) Llamado por los indios Sarabita, esto es, *de aquí sale*. Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. I, C. II.
(2) Juan de Castellanos, P. II, E. I, C. IV.
(3) Acosta, pág. 278.
(4) Ancízar, *Peregrinaciones de Alfa*.
(5) De "potentes poblaciones." *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. II, C. XII, Castellanos.
(6) Acosta, pág. 183.

En las serranías al Poniente de Vélez, vivían los súbditos de los Caciques *Agatá* y *Cocomé*, á derecha é izquierda, respectivamente; entre éstos quedaban las tierras da *Misaque*.

VIII

Los *Laches* llegaban hasta Boyacá, donde tenían sus principales ciudades: *Furatena, Chita* y *Chocué*.

En la margen derecha del río Suárez había también cinco grandes centros: *Ubazá*, á orillas de la quebrada del mismo nombre, *Suta, Sorocotá, Moniquirá* y *Turca*.

El Occidente del Departamento estaba habitado por los *Moscas*, cuya principal ramificación era la de los *Muzos*, al Oriente de los cuales se extendían la Provincia de *Saboyá* y su vecina de los *Cheberes*. Al N. de esta última quedaban las grandes poblaciones de los *Tunungas*.

El más poderoso y rico de los Caciques que habitaban el Departamento era el Zaque de *Hunsahua* (Tunja). Este tenía frecuentes guerras con el Zipa de Bogotá, independiente unas veces, otras tributario. Sus dominios estaban limitados: al Oriente, por las colinas que habitaban los *Chivataes, Soracaes* y otras naciones que se seguían hasta los llanos de San Juan; al Occidente, por otra serie de colinas, mansión de los *Tibaquiraes, Soras, Cucaitas, Sagas, Furáquiras* y muchas más que por este mismo rumbo confinaban con los señoríos libres de *Sachicá* y *Tinjacá* (donde está la Villa de Leiva) (1); al N. hasta *Saquenzipá*; al S. hasta *Turmequé*, á cinco leguas de las dos colinas. Era ésta tributaria del Zaque y una de sus plazas fuertes. No lejos de Tunja quedaban *Saboyá, Foaca, Nemsa*, y *Baganique*, donde tenía el Zaque baño y adoratorio, según Oviedo.

Los Caciques de *Duitama, Gámeza* y *Sogamoso* eran tributarios del Zaque (2).

Numerosos debieron de ser los súbditos del Tunja cuando pudieron oponer á los españoles 50,000 guerreros el día que éstos penetraron hasta el cercado de su Rey, y 50,000, nos dice la historia, sacó éste de la capital en su guerra con el Zipa.

A ocho leguas al N. quedaba *Paipa*, y á poca distancia *Duitama*; *Nemequene*, el poderoso señor de *Tundama* ó *Duitama*, tenía por tributarios á los Caciques de *Cnzaga, Iza, Cerinza, Ocavita, Sátiva, Lupachoque, Susa, Soatá, Chitagoto* y *Sorocoiá* (3). Doce mil hombres atacaron á los españoles cuando bajaban á estas tierras.

(1) Gran población situada á orillas de la laguna de Singuasinga (Ancízar). Véase también Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. II, C. XVIII.
(2) Piedrahita, pág. 36.
(3) Id., pág. 117.

Eran vecinos de Tundama: al S., los *Sutas, Sotairaes* y *Motavitas;* y más adelante los *Tenzas, Tibanaes, Chinúes, Ycabucos, Somondocos* y *Boyacaes* (1); al Occidente, *Tora* ó *Iza.*

De Tunja á *Chicamocha* (Sogamoso, del nombre de su Cacique *Suamux*) se hallaban los pueblos de *Tutaza* y *Tapacho* (2).

A ocho leguas al Oriente de Tunja, separada por el río Sogamoso, se extendía la Provincia sagrada de *Yraca* (3), á cuyo Cacique rendían homenaje grandes y poderosos señores: los de *Gámeza, Busbanzá, Pesca, Toca,* grandes electores del Sumo Sacerdote; *Cuítiva* y *Guaquiva; Tobazá* y *Firavitoba,* poblaciones privilegiadas de cuyo seno salía el Jefe Supremo. *Socha, Tasco, Topaga, Monguí, Tutaza, Yacón,* etc. Nompaním, en la última guerra del Zaque con el Zipa, dio al primero un contingente de 12,000 hombres.

El ameno y delicioso valle de *Tenisuca* (Tenza) contaba con numerosos vecinos. Lo mismo diremos de las colinas que le encierran al Oriente, donde se levantaban los pueblos de *Garagoa, Ubeita* ó *Ubeytá, Lengupá,* ó *Nenguapas,* en los primeros estribos de la cordillera. En las inaccesibles asperezas de la cima moraban los *Teguas* (4).

Al S.E. de Tunja estaba situada la Provincia de *Baganique* (donde está hoy Ramiriquí) y la de *Siachoque* ó *Ciénaga,* separadas una de otra por una loma. Cerca de ellas quedaban *Bombazá, Gachoque* y *Tocavita.* Al S.O. quedaba *Tinjacá* (pueblo de los olleros).

Las parcialidades que habitaban este Departamento desde las provincias de los Moscas hasta la parte occidental de la cordillera limítrofe con los llanos de San Juan, pertenecían á la nación *Chibcha.* Las tribus de los llanos, la mayor parte nómades, salían de la nación *Caribe.*

Habitaban los llanos: los *Chiricoas, Cuilotos, Choques,* entre los que encontró Espira dos grandes poblaciones; los *Xaguas* (5), no mencionados ni por Oviedo ni por Fray Pedro Simón y que Castellanos coloca á orillas del Meta.

Buscaron los peones el entrada
Que con raro valor fue defendida
De gente Xagua y de Caquetía
Hasta que feneció la luz del día.
. . . . . .
Los *Maynanes, Curabanes, Comajaguas, Openiguas, Guamanes, Sarayes y Bayandujas*
Dieron en la gran boca del estero
De Meta sumamente dereado.
. . . . . .
Navegando por él algunos días.

(1) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada,* T. I, C. VII.
(2) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 275.
(3) Piedrahita, pág. 37.
(4) Acosta, pág. 107.
(5) *Narration du premier voyage* de Nicolás Federmán, *le jeune, publiée en français,* par Henry Ternaux.

Y después de andar por ciénagas y esteros dieron "con los indios jaguas carniceros" (1). Vencieron á estos indios y encontraron un pueblo. Pasaron un río y "dieron vista á cierto pueblo, grande, divertido" (2).

Las principales poblaciones visitadas por Federmán fueron *Coary* y *Cacaridí* (3). En las márgenes del Apure se veían los caseríos de los *Tororos* y *Auyamas*.

La nación *Caquetía* contaba veintitrés poblaciones y más de 40,000 habitantes (4). Las dos últimas tribus citadas tenían su principal residencia en Venezuela, lo mismo que la de los *Cuyones*, de la cual penetraron á los llanos de San Martín algunas parcialidades, que fundaron allí los caseríos de *Tohibara*, *Curahy*, *Cazaradadi* y *Turahamara*.

IX

Los *Pijaos* dominaban á todas las tribus que vivían en la parte occidental de Cundinamarca hasta San Juan de los llanos (5). Sólo la nación Chibcha no estaba bajo su yugo.

Al N.O. del Departamento se extendía la belicosa tribu de los *Colimas*, nombre que les daban los *Chibchas* y que significa *cruel* ó *sanguinario*. Ellos mismos se apellidaban *taparas*, esto es, piedra ardiente (6). Se dividían en dos fracciones principales: los *Curipíes*, habitantes de *Curí* ó *Guamo* (del nombre de este árbol), los *Caparrapíes*, moradores entre barrancos, y los *Aripíes*. La Palma era su centro principal; cerca de ésta estaba Notepi (7). Más de 30,000 almas contaba esta tribu en su seno (8).

Eran sus colindantes los *Nauras* y *Muzos*, que tánto dieron que hacer á los españoles; ocupaban toda la falda de la cordillera, formando como un círculo de hierro á los *Chibchas*, que habitaban la altiplanicie llana y cultivada (9). Sus dominios llegaban á veinticuatro leguas al N.O. de Bogotá. Era Itoco su centro principal, y los *Marpapíes* (habitantes de tierras de hormigas) una de sus fracciones. Al Sur de los *Muzos* quedaban los *Calamoymas* y *Calaymas*.

Los *Panches*, enemigos permanentes de los *Fusagasugaes* y *Moscas*, quedaban á nueve leguas de Santafé, en la cordillera que le hace frente al Occidente, y se extendían en algunos puntos hasta las márgenes del

(1) *Elegías de varones ilustres de Indias*, por Joan de Castellanos, E. XI, C. II.
(2) Id. íd., C. III.
(3) *Narration du premier voyage* de Nicolás Federmán, pág. 92.
(4) De esta tribu encontró Espira muchas parcialidades entre el Apure y el *Sarare*. Joan de Castellanos, P. II, E. II, C. I.
(5) Piedrahita, pág. 76.
(6) Fr. P. Simón, pág. 862.
(7) Id., T. II, pág. 848.
(8) Acosta, pág. 342.
(9) Id., pág. 298.

Magdalena por la banda derecha del río Fusagasugá. Eran dueños de los valles y quiebras de la falda occidental de la cordillera, desde lo que es hoy Villeta (frontera de los *Colimas*) hasta las montañas de *Tibacuy* (frontera de los *Sutagaos*). En un espacio de más de treinta leguas de largo y diez de ancho se agitaba una población de más de 50,000 indios, semejantes en su bravura á las asperezas del terreno que habitaban. Vivían en terrenos excesivamente quebrados, divididos en muchas fracciones. La más septentrional era la del Cacique *Sasaima*, no muy distante de *Zipacón*, y su vecino *Anolaima*. Los *Síquimas*, quienes en las juntas de los ríos Bituimita y quebrada de Síquima presentaron combate á los españoles con algunos millares de guerreros (1). Tenían muchas poblaciones (2). Estos últimos y los *Tocaremas*, *Matimas* y *Bolandaimas*, *Suitamas* (3) y los poderosos *Guacanas*, eran los más cercanos á la nación chibcha.

Al S. de Síquima habitaban en muchos pueblos los súbditos del Cacique *Lachimí* (4).

Los *Conchimas* eran dueños de los valles que rodean á La Mesa, y se extendían hasta Tibacuy (5).

El río Funza dividía los terrenos de los *Anapoimas* y *Calandoimas*, ambos enemigos de los *Tocaimas*, habitantes de las tierras casi llanas del Patí y Magdalena.

Los *Guataquíes* estaban establecidos en las márgenes de la parte baja del río del mismo nombre.

A doce leguas al Mediodía de Bogotá principiaba la provincia de los *Sutagaos*, quienes se extendían hasta las orillas del río Sumapaz. Pasando los páramos de Fusungá se llegaba á tierra de los *Pascas* y *Chiaysaques*. Al otro lado quedaban los *Fusagasugaes* (del nombre de su principal población). Uno de los Caciques más poderosos de aquella tribu era *Uzatama*, y uno de los caseríos más pintorescos *Iconozco*.

La nación chibcha se extendía del departamento de Boyacá al de Cundinamarca. En este último tenían por límites: al Oriente, la cordillera que la separa de los llanos; al S., la línea que, partiendo de Tosca, á la margen derecha del Fusagasugá, pasa por Pasca; al Occidente, las cordilleras que la separaban de los *Panches*, *Colimas* y *Muzos*.

Los señores de las fronteras eran los más poderosos, habitaban ciudades fortificadas y mandaban las guarniciones que las defendían. Para evitar repeticiones sólo conservaremos á éstos, en el curso de esta nomenclatura, el título de *Uzaques*.

---

(1) Acosta, pág. 295. 20,000 indios.
(2) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 615.
(3) Estos presentaron al invasor 6,000 indios bien armados. Su capital era muy grande. Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 626.
(4) Piedrahita, pág. 297.
(5) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 649.

Si principiamos por el N., el primer pueblo de los *Chibchas* (en Cundinamarca) era el del Uzaque de *Simijaca* (Simte-jaca, pluma de lechuza), á unas veinte leguas de Bogotá. A poca distancia al S.E. tenía sus tierras el Cacique de *Susa* (Shu-sha, paja blanca). Multitud de súbditos obedecían á ambos jefes, los que, vencidos por los Muiscas, hicieron parte del imperio del *Zipa*.

Fúquene y *Ebaté* (Ubaté, de Eba-te, sangre derramada), lo mismo que Simijaca, estaban separados de los *Muzos* por los páramos de Matarredonda, etc., y del Tinjacá por la laguna de *Fúquene*, *Songa* ó *Sigua*. Eran vecinos suyos los *Nemzas*.

Tausa quedaba colocada como vanguardia al pie del boquerón del mismo nombre. Era tributario del *Ebaté*, contra quien se unió á *Zipaquirá* en una de las guerras anteriores á la conquista. Al N. quedaba *Suta* (hoy Sutatausa), de sano y delicioso clima.

Al Oriente de Ubaté se levantaban las poblaciones de *Gachetá*, que fue pueblo potente, *Lenguazaque*, *Cucunubá* y multitud de caseríos circunvecinos (1). Los *Gachetaes* eran tributarios del *Guatavita*.

Chocontá (Chocon-tá, labranza de páramo) y *Sesquilé*, de gran número de vecinos, eran pueblos bien fortificados. Dependientes antes del Cacique de Tunja, lo mismo que *Suesca* (Sue-suca, cola de guacamayo), emporio de su riqueza (2), lo eran del Guatavita en el momento de la conquista. Pasando las colinas al Oriente de éstos, tropezámos con las bien pobladas tierras de *Machetaes*, *Tumbas* y *Tibiritas*, de los dominios del Tunja.

Continuando al S. encontrámos al Uzaque de Pacho, y entre éste y Suesca, al Cacique de *Nemocón* (Nemo-cón, lamento de león).

Al S.O., S. y S.E. de Nemocón, respectivamente, estaban colocados los dominios del *Zipaquirá*, poderoso enemigo del *Ebaté*, el *Gachancipá* (Gachan-Zipa, gozo del Zipa) y el *Tocancipá* (Tocan-Zipa, llanto del Zipa).

El *Guatavita* (Guata-vita, remate de sierra) habitaba una ciudad populosa y bien guarnecida, situada en los altos que ahora quedan á sus espaldas, en las tierras más fértiles del Reino. Era uno de los tres grandes duques (3) y aquel que contaba con mayor número de súbditos. Sus límites se extendían hasta *Turmequé*, y señoreaba á los *Quecas*, *Gachetaes* y *Tocancipaes*, siendo respetado y obedecido por todas las tribus que se extendían hasta los Llanos. Fue, sin embargo, el vasallo del Zipa. El

(1) Piedrahita, pág. 92.
(2) Id. íd.
(3) Nombre que les da Fray Pedro Simón, pág. 238 del T. II, á causa de su poderío.

Uzaque de *Guasuca* ó *Guasca* (Guas-shuca, falda de cordillera), situado á una legua al S., era tributario suyo.

El Uzaque de *Sopó* tenía su señorío (1).

Admirados quedaron los conquistadores cuando, después de escalar la áspera y ruda cordillera, pudieron dominar la vasta sabana de Bogotá. No se saciaban sus ojos de contemplar este hermoso panorama. Campos bien cultivados que se extendían á pérdida de vista, á cuya monótona uniformidad daban variedad y poesía las aguas que en forma de tranquilos ríos y lagunas cubrían parte del suelo, semejantes á espejos chinescos que custodiaban bandadas de blancas garzas. Las celinas de variadas formas destacándose aquí sobre el firmamento azul, escondiendo más allá sus picachos entre la niebla, y en todas direcciones, al pie de las lagunas, á orilla de los ríos, en las faldas de los cerros, entre los bosques que en partes cubrían la Sabana, se levantaban tántas y tan elegantes poblaciones, cercados majestuosos, quintas de recreo, miles de mástiles pintados de bija: conjunto que formaba un contraste de formas y colores que recordó á los conquistadores los dominios árabes de España y le valió el nombre de Valle de los Alcázares.

Cuando *Nemequene* (hueso de león) subió al trono, sus dominios se extendían desde *Cajicá* y *Chinga* hasta *Usme*, *Cibaté* y la cordillera habitada por los *Panches*. Podrá juzgarse del crecido número de habitantes del Reino muisca por las siguientes cantidades: en 1470 Saguanmachica puso bajo las armas, para defenderse del Guatavita, 60,000 hombres (2); en la guerra que después tuvieron con el Zaque, se alistaron 70,000 soldados (3); 40,000 guerreros, á órdenes de Saquesazipa, salieron á embestir la retaguardia española á la entrada de Quesada (4), y en Bogotá le molestaban más de 100,000 guerreros; en la guerra contra los *Panches* dieron al mismo Quesada un auxilio de 20,000 veteranos (5).

Sus principales centros de N. á S. eran: *Subachoque*, gobernado por un Uzaque y fronteriza al N.; *Cajicá*, plaza de armas, su fortaleza tenía el nombre de Busongote (6); *Tabio*, ciudad de recreo, con baños termales; allí tenía el Zipa un cercado; *Chía*, cacicazgo del heredero al trono; *Tenjo*; *Suba*, otro de los grandes duques á quien Piedrahita da el nombre de Virrey, era quien dictaba las sentencias inapelables; *Tuna*, *Turca* ó *Tusca*, *Engativá*, *Facatativá*, cerca de la cual murió *Tisquesusa*; *Zipacón* (lamento del Zipa), á donde el Zipa se retiraba á llorar sus lutos; *Bojacá*,

(1) Piedrahita, pág. 32.
(2) Id., pág. 23.
(3) Id., pág. 34.
(4) Id., pág. 95.
(5) 12,000, dice Castellanos.
(6) Piedrahita, pág. 95.

Tena, Bosa, Thybsaquillo, al pie del monte que hace frente á Techo; los Uzaques de las plazas fuertes de *Pasca, Cáqueza, Tensaco* y *Fosca: Usaquén* (una legua más hacia la Sabana de lo que está hoy), *Usme, Chipaque* y *Une,* invadidas por el Ubaque en su última guerra con el Zipa; *Tibacuy,* fortaleza avanzada en tierra de los *Guechas; Subía* y *Chinga,* plazas fuertes.. Había otra multitud de caseríos menos importantes, cuya enumeración sería fastidiosa.

Otro de los grandes duques, el *Ubaque* (Eba-que, sangre de madero) al S.E. de Bogotá. Fue mucho tiempo independiente, pero recibió el yugo del Zipa poco antes de la entrada de los españoles. El Cacique de *Chiguachí* era tributario suyo (1). Habitaban ambos tierras de poca extensión pero llenas de grandes poblaciones. El número de sus súbditos ascendía á 40,000.

Terminada la nomenclatura chibcha, pasemos á las tribus que dominaban en los Llanos. Dando principio á la serranía de Morcote, en sólo tres pueblos se contaban más de 6,000 almas (2).

Al S. de Bogotá la provincia de *Marbarachara* de los indios *Openiguas.*

Las márgenes del Meta y su parte alta estaban muy pobladas (3).

Los *Guayvas* y *Chiricoas,* nómades y enemigos permanentes, vivían entre el Meta y el Ariari (4).

Los *Sarures,* entre los ríos Sinaruco y Meta. A orillas del primero de éstos quedaba la fracción principal de los *Salibas.*

Los *Yaruras* (nómades y pescadores) y los *Maibas* en las riberas del Cañapurro (nómades). Los *Araparabas,* los *Goarinaos,* los numerosos *Totumacos* y los *Achaguas* eran dueños de los terrenos comprendidos entre el Meta y el Orinoco. Estos últimos estaban muy ramificados y contaban más de veinte naciones ó provincias, aisladas unas de otras desde cerca de Barinas hasta San Juan, y de allí hasta no lejos de Popayán. Los *Quenabanis* eran una de sus principales fracciones. En la banda opuesta del Meta habitaban los *Chiripas,* y al otro lado del Apure los *Situjas.*

Casi todas las márgenes de los ríos eran bien pobladas, especialmente las del Meta, el Ariari y el Camicamaré (Guaviare). Cerca de este último moraban los *Guayupes* (5). Las orillas del río *Eles* estaban pobladas por los

(1) Piedrahita, pág. 30.
(2) *Historia de las misiones de los Llanos de Casanare y ríos Orinoco y Meta,* por el Padre Juan Rivero.
(3) Espira encontró allí varias poblaciones y tuvo recios encuentros. J. de Castellanos, P. II, E. II, C. I.
(4) *El Orinoco ilustrado y defendido,* por Fr. Joseph Gumilla.
(5) En aquella tribu encontraron una gran población que bautizaron los castellanos *Matahambre,* por lo bien provista que estaba.

Airicos. Los *Caquetíos* y *Guaicoríes* penetraban hasta muy adelante y tenían un número considerable de grandes centros bien poblados (1).

Los *Omaguas* poseían provincias bien arregladas y gobernadas (2). Los *Abanes* y los *Amarisanes* estaban establecidos á orillas del Guaviare (3).

Los *Guaneros* y sus parcialidades de *Agualos, Betoyes, Guaracoponos, Cabres, Chucuiras, Enaguas, Amoriras, Mitúas, Guaipunabis, Maquiritares, Churoyes, Guaycuas, Cullotes, Urúas, Guanos* y *Churupares* (4), en los afluentes del Meta y el Guaviare. Allí encontró Espira la tribu de los *Enmascarados* perteneciente á la de los *Guaipíes* (5) y un pueblo bien provisto que llamó de los *Perniles.*

Cerca del Orinoco dominaban los corpulentos *Otomacos* "la quinta esencia de los bárbaros, barbarísimos entre todos los bárbaros" (6). Eran éstos el terror de sus vecinos los *Giraras, Caribes, Maypures* y *Maypoyas.* A orillas del Papaneme encontraron poblaciones destruídas por tribus enemigas (7). Sobre la cordillera que nos separa de Venezuela fueron descubiertos muchos caseríos: Bitica, Mocon, etc.

Muchas tribus actuales llevan algunos de los nombres indicados y habitan hoy localidades muy distintas.

CAPITULO II

TRADICIONES DE LOS ABORÍGENES DE COLOMBIA

Las tradiciones y la mitología de los Chibchas y demás naciones de nuestro territorio tienen, por lo general, muy poca semejanza con las de otros pueblos. Es, pues, muy peligroso embarcarse en el vasto océano de las analogías y de las deducciones. La imaginación nos arrastra con mucha facilidad, y si no lleva por piloto el conocimiento de las antiguas civili-

(1) *Relation de Federman.*
(2) Acosta, pág. 164.
(3) Cassani.
(4) Gumilla.
(5) J. de C., P. II, E. II, C. II.
(6) Gumilla.
(7) Muchos pueblos halló Quesada por estos lados en su expedición á los Llanos. En vista de la sierra "fueron otros tres pueblos descubiertos, uno de los cuales es Omeca, que tuvo treinta casas solamente."

....

Los otros fueron
Abito menor y el otro Patia.

....

Mas en prosecución de su camino dieron
En los asientos de dos pueblos
Quemados de sus propios moradores.

....

Mas adelante Chohoha. Halláronlo hecho ceniza.

zaciones, nos transporta por los senderos de la divagación. Autores hay que de un símil insignificante sacan consecuencias gigantescas, y que estudiando nuestra arqueología nos traen á cuento los cultos de Venus y de Priapo, y en la reproducción de algunos animales monteses encuentran la forma de la esfinge egipcia y hallan muy parecidas las ranas á las salamandras de dicha nación (1).

Si en muchos casos, al referir estas tradiciones, presentamos algunas hipótesis, será únicamente con el objeto de someter nuevos problemas al estudio de los hombres de ciencia, jamás con el de imponer nuestras ideas.

Las contradicciones que se observan en muchas de ellas pertenecientes á la misma nación, la poca concordancia de tiempo y de lugar, las revisten de un oscuro velo de que trataremos de despojarlas en cuanto nos sea posible.

Creían los Chibchas que el mundo estaba sumergido en espesas tinieblas (2), cuando apareció Chiminigagua (Dios que encierra la luz) como aurora luminosa, esparciendo claridad y dando color y vida á las fértiles llanuras y á los áridos collados. De su seno salieron multitud de aves negras que se dispersaron por los ámbitos de la tierra, arrojando por sus picos, á la par del aliento, la luz que debía iluminarla (3). Era Chiminigagua el omnipotente hacedor de todo lo creado. El sol (zuhé), su obra más perfecta (4), tenía por compañera á la luna (Chía). Esta última fue formada mucho después de habitada la sabana de Bogotá.

Si los Chibchas adoraban la celeste pareja, los Muzos no hacían lo mismo, siendo para ellos el astro del día y la reina de la noche, de creación posterior á la del hombre (5).

Los Boyacaes creían en un solo Dios, autor de todo lo creado, uno en persona y trino en esencia (Ancízar).

Para los Achaguas, Cuayguerri (el que todo lo sabe), fue el creador del cielo y de la tierra (Padre Juan Rivero); para los Cunas era el sol (Tata).

Veamos ahora cómo fue creado el hombre. A dos miriámetros al N. de la ciudad de Tunja, en un páramo frío, cubierto permanentemente de espesa niebla, hay una hondonada, y en el fondo de ella una pequeña laguna. De allí salió una mujer á quien llamaron *Bachue* ó *Turachogue* (*tura*, mujer; *chogue*, buena), que traía en sus brazos un niño de tres años.

(1) Carlo Vedovelli. *Catalogue de la collection Finlandia.*

(2) Fr. Pedro Simón, T. II.

(3) Estas mismas aves negras y lenguas de fuego aparecen en el *Codice Vaticano* en una pintura que representa á Tletonatiuh, sol de fuego de los Nahoas.

(4) México en los tiempos prehistóricos fue poblado por tres grandes naciones: la *Otomí*, habitantes de las cavernas, ocupaba el centro del país; los *Mayaquichés*, en poblaciones lacustres, en el Sur; los *Nahoas*, entre los dos océanos. Estos impusieron, con el transcurso del tiempo, su civilización á las demás naciones. Para ellos el fuego era creador del Universo, y era la luz su más bella expresión.

(5) Dice Oviedo que los Muzos se creían hijos del sol y de la luna.

De la tierra bajó al llano de Iguaque, donde hizo una cheza que les dio abrigo á ella y á su hijo. Cuando este estuvo en edad de casarse, la tomó por esposa. En cada parto Bachue daba á luz cuatro ó seis hijos, con lo que vino á poblar la tierra de gente. Luégo que llegó á una edad muy avanzada, volvió, acompañada de la multitud, á orillas de la laguna; pasó algunos días con los suyos predicándoles la paz, la fiel observancia de las leyes y el culto á sus dioses. Allí desapareció con su esposo, transformados en dos grandes culebras.

Según otra tradición, los primeros habitantes fueron los Caciques de Sogamoso y su sobrino el de Ramiriquí. Estos se divertían fabricando hombres de arcilla y mujeres que hacían con una hierba de tallo hueco. Después de fabricar unas cuantas parejas, observando que la oscuridad se adueñaba del mundo, el Sogamoso mandó al Ramiriquí al cielo en forma de sol, para que diera luz á sus criaturas. Mas como este último sólo alumbrara doce horas y otras tantas descansaba, su tío, en forma de luna, fue á reemplazarlo en sus horas de solaz (1).

Los indios de Sogamoso tenían la misma tradición, pero consideraban como primeros padres á un Cacique de allí y á su hijo el de Ramiriquí, más tarde de Tunja (2).

Los Panches adoraban la luna y creían que ella sola bastaba para dar luz. La presencia del sol era inútil por salir de día.

Los Muzos referían su origen de la manera siguiente. En la orilla izquierda del río Magdalena apareció, después de la creación, una sombra, con silueta de hombre, y que permanecía siempre recostada. Are, tál era su nombre, labró en madera unos rostros de hombres y de mujeres que arrojó al río. Al contacto del agua las figuras tomaron vida y se multiplicaron. Are los puso á labrar la tierra, y terminada su educación agrícola, pasó el río y desapareció.

Los Colimas decían haber venido con los Muzos por la orilla derecha del Magdalena y haber obligado á la nación Chibcha á refugiarse en las altas mesetas de la cordillera andina (3).

Los Achaguas decían ser los Caribes, descendientes de los tigres, de quienes habían heredado la crueldad que les caracterizaba (4). Ellos mismos se creían originarios de los troncos (*Aycubaverrenaes*) y otros de los ríos (*Uni-verrenaes*).

No menos extravagantes eran las ideas de los Airicos acerca de su na-

(1) Observamos en esta tradición una contradicción. Siendo estos dos Caciques los primeros seres, ¿cómo podía ser uno de ellos sobrino del otro?

(2) Fr. Pedro Simón, T. II.

(3) Id., T. II, pág. 854.

(4) A los tigres los llamaban *chavi* y á los Caribes *Chavi-navi* (oriundo de tigre). J. Gumilla.

cimiento. Tan de baja estirpe se creían, que pensaban unos ser hijos de las culebras; á éstas las llamaban *Omarizan*, otros venían de los murciélagos, Isirris, y de allí su nombre *Ysiberranaes*. Algunos descendían de otros animales (1).

Ciertas fracciones de Salibas creían sencillamente que la tierra había brotado de golpe hombres y mujeres como produce árboles y arbustos, ó bien, que un árbol dio por frutos individuos de ambos sexos. Más orgullosas que éstos, había parcialidades que tenían la pretensión de ser hijas del sol.

Los Otomacos tenían en sus dominios un alto cerro llamado *Barraguan*, que consideraban como su primera abuela. En la cúspide había tres piedras superpuestas. Estas y las pocas que se veían en la falda del desnudo cerro, son otros tantos antepasados. A esa misma roca llamaban los Mapuyas *Uruana*, y de allí el nombre que ellos tenían de *Uruanayes* (2).

Los Laches pretendían que los hombres se convertían en piedra y que éstas tornaban á ser hombres (3).

Los Urabaes decían que sus primeros padres habían venido del otro lado del Golfo. Los *Tolúes*, *Calamares*, etc., eran hijos de un hombre llamado *Mochion* y una mujer de nombre *Maneca*. Esta tenía un solo pecho "por el cual salía la leche de ambos" (4) con mucha violencia; por esto habían resultado tan valientes (5). Los indios de Santa Marta referían que en sus tierras había grandes gigantes dos veces más grandes que los actuales habitantes. Entregábanse al pecado nefando y odiaban á tal punto á las mujeres, que las ahogaban al nacer. Dios los destruyó hiriéndolos con rayos.

La tradición del Diluvio era muy general entre las antiguas tribus: los Catios, Cunas, etc.

Los Airicos y Jiraras tenían dos dioses, padre é hijo. El primero, después de haber terminado la creación, mandó á su hijo á que gobernara la tierra, donde pereció en un diluvio que la inundó (6). Rivero nos refiere esta tradición de un modo distinto y más aceptable. Los dos dioses eran hermanos. El mayor creó el mundo, y á causa de los pecados de los hombres, volvió á destruírlo. El menor lo pobló de nuevo haciéndose emperador de todos sus habitantes. Con el impulso de su brazo, cuando está disgustado, causa los temblores. La fraterna dualidad habita las estrellas.

(1) P. Juan Rivero.
(2) P. Cassani.
(3) *El Dorado*, por el doctor Liborio Zerda, pág. II.
(4) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 23.
(5) La tradición de los pocos descendientes de los Cunas, acerca de su origen, podrá verse en el tomo 13 del *Repertorio Colombiano: Un Viaje al Darién*, por Ernesto Restrepo. Hay allí también otras tradiciones sobre el Diluvio, etc., pág. 383 y siguientes.
(6) Cassani.

Los Achaguas creían en un diluvio (Cassani) del cual sólo un hembre se salvó.

Era Zuhe el dios principal de los Chibchas. Seguíale *Chibchachum* (*chum*, báculo, báculo de los chibchas), dios incorpóreo, protector especialmente de los mercaderes, plateros y labradores. *Bochica* no le cedía en nada, era todopoderoso, tan espíritu como él y abogado de los caciques y capitanes. A éste le confundían frecuentemente con el sol y se le conocía también bajo los nombres de *Nemquetheba* y *Zuhe* (1). Hay quien diga que fueron tres personas distintas, que en diferentes épocas vinieron á visitar á la nación chibcha.

Antes que la luna acompañara á la tierra, los habitantes de la meseta de Bogotá vivían como bárbaros, desnudo su cuerpo, sin culto y sin leyes (2). Un día apareció un anciano venerable, de larga y espesa barba. Venía del Oriente; sus pies desnudos habían atravesado la cordillera de Chingasa. Traía los cabellos recogidos con una cinta, como trenza. Vestía un ropaje que le cubría todo el cuerpo y cuyas puntas se juntaban en un nudo sobre el hombro (3). Fue un verdadero apóstol; predicó á los pueblos una doctrina sana, les dio leyes, les enseñó el modo de vestirse, de hacer cabañas, de labrar la tierra. Acompañábale una mujer de extremada belleza llamada *Chía, Yubecayguaya* ó *Huytaca*, encarnación del espíritu del mal. Su ingenio y su maldad le sugerían mil perversas ideas con las que atraía á la multitud, ahogando en su germen la simiente del bien que su esposo acababa de sembrar. Chía inspiraba los placeres más licenciosos, los vicios más abominables; les aconsejaba que quitaran la vida á sus padres cuando estuviesen viejos, y cuantas crueldades se le ocurrían. Para colmo de males, ayudada por su arte mágico, inundó la meseta de Bogotá, pereciendo en aquel diluvio todos sus habitantes. Bochica desaguó la sabana y arrojó á Chía lejos de la tierra en forma de lechuza (4); según otros, la transformó en luna (5).

No todos los cronistas están de acuerdo en que Chía haya sido la causa de esta inundación. Cuentan que *Chibchachum*, disgustado con sus súbditos, ordenó á los ríos Sopó y Tibitó que inundaran la sabana. Obedientes á la voz de su dios, éstos desbordaron dejando su lecho. El agua

(1) Mr. Ternaux Compans en su *Essai sur l'ancien Cundinamarca* le da el nombre de *Nemterequeteva*. Haremos observar que dicho autor maltrata y desfigura considerablemente los nombres indígenas en general.

(2) Humboldt.

(3) "Este tenía muy crecida barba, y hasta la cintura los cabellos, con venda rodeados y cogidos, al modo del rodete que ellos usan, ó como los antiguos fariseos. Con anchos filanterios ó coronas con que se rodeaban la cabeza." *Historia del Nuevo Reino de Granada*. Castellanos, T. I, C. I.

(4) Neuterequeteva le dio plumas y convirtió sus miembros en lechuza. *Historia del Nuevo Reino de Granada*. Castellanos.

(5) Los Nahoas también representaban á *Cipactli* y *Oxomoco*, el día y la noche, en forma de buhos. *México al través de los siglos*. T. I, pág. 96.

llegaba á torrentes al valle arrasando las sementeras y destruyendo los pueblos. Los indios se refugiaron en las montañas, donde ofrecían á Bochica toda especie de sacrificios. Una tarde que la atmósfera estaba cubierta por un manto de niebla, los expirantes rayos del sol al herir los prismas de agua en suspensión en el aire, descomponiéndose, vinieron á formar el arco iris. En el centro apareció Bochica en forma de dragón, con una vara de oro en la mano. Manifestó á su pueblo cuán satisfecho estaba con sus sacrificios y cómo sus súplicas habían llegado hasta él. Luégo arrojó la vara. Esta, como relámpago que brotara de manos del Omnipotente, hendió el aire, y al caer rompió las resistentes rocas de granito que cerraban la sabana, abriendo una ancha grieta por donde las aguas se precipitaron con estruendo formando el salto de Tequendama.

Del fondo de ese abismo en que se estrellan las aguas del Funza se levanta permanentemente una columna de blanca niebla á manera de *moque* (1) que la tierra agradecida quemara en honor de Bochica. Allí también podrá contemplar el viajero, reproducido en las gotas de rocío, el arco iris, colocado como recuerdo del referido acontecimiento.

Tan poética leyenda nos muestra cómo los Chibchas tenían clara tradición de la formación de nuestro suelo.

Bochica recogió sus súbditos dispersos, construyó ciudades é introdujo el culto del sol. Más tarde se retiró al valle de Iraca.

Bochica y Chía, á nuestro modo de ver, son la encarnación del bien y del mal, el primero con su faz austera predicando la verdad, la segunda, con su seductora hermosura arrastrando al vicio; son los principios eternos, consagrados por todos los pueblos, y en lucha permanente, de la luz y las tinieblas, el uno en forma de sol, la otra metamorfoseada ya en luna, ya en lechuza, presidiendo á la oscuridad de la noche.

Hasta la formación del Tequendama nunca hubo temblores de tierra, por descansar ésta sobre dos gruesos guayacanes (2); pero después, habiendo Bochica castigado á Chibchachum haciéndole llevar sobre sus hombros el peso de nuestro globo, se observaron los temblores, cuando el Atlas chibcha, agobiado bajo tan enorme peso, lo pasaba de un hombro á otro.

Los Ubaques decían que *Chía* era mujer de *Vaquí*, de quien tuvo una hija que casó con el capitán de los demonios. Otros la confundían con Bachue, á quien por mala consejera había metamorfoseado *Chiminigagua* en lechuza, para que sólo anduviera de noche. Privada de su poder, man-

(1) Moque. Fruta como cabrahigo con que perfumaban los indios á sus dioses. *Glosario de la Historia del Nuevo Reino de Granada*, por Juan de Castellanos. T. II, pág. 385.

(2) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 395.

daba por las casas hechiceros viejos de ambos sexos, que se convertían en tigres, leones, etc., difundiendo en su nombre las malas doctrinas (1).

Bochica, después de educar los pueblos de la sabana, se retiró á Sogamoso, y con el nombre de *Ydacansas* (luz grande de la tierra) vivió entregado á la penitencia veinte veces veinticinco años. Quedó como heredero de su poderío el Cacique de aquel lugar, y desapareció dejando su pie grabado en una roca (2). Al Cacique de Tunja concedió el poder secular.

Bochica adivinaba las cosas por el viento, las aguas, el vuelo de las aves, etc. Era dispensador de bienes y dueño del tiempo. Sus sucesores diz que heredaban este dón, y por eso venían á consultarle desde lejanas tierras (3).

Entre éstos los principales fueron *Hunzahua* y *Tomagata*. El primero redujo á la obediencia la multitud de jefes chibchas que se disputaban el poder, centralizando el mando y gobernando todas las tribus que existían entre las sabanas de San Juan de los Llanos y la cordillera del Opón. Su reinado duró doscientos cincuenta años. *Tomagata*, monstruo de cuatro orejas y un solo ojo en la frente, tenía una cola semejante á la del tigre. Todas las noches hacía diez viajes de Tunja á Sogamoso, deteniéndose en los adoratorios. ¡Pobre de quien le enojara! Tomagata le convertía en culebra, lagarto ú otro animal. Esta facultad la heredaban los que le sucedían en el trono, aunque no hacían uso de ella, decían, por *cortesía* (sic). Su reinado duró ciento y tantos años. Ni fue casado, ni conoció mujer. El sol tenía reservado el trono á su hermano *Tutazua*, y para conseguir su intento, una noche, mientras Tomagata dormía, le privó de su poder generador (4).

Uno de sus sucesores fue el virtuoso *Nompanim*. Aterrado ante los vicios de sus súbditos, preguntó á Bochica con qué penas castigaría sus faltas, quien le contestó que no se preocupara por ello, que había un juez soberano que se encargaba de repartir los castigos y los premios después de la muerte. Nompanim entonces dictó códigos y aplicó penas severas para los delitos que pudieran estorbar la marcha de la sociedad.

Sucedió á Nompanim su hermana *Bunangay*, modelo de virtudes. Esta casó con el Cacique de *Firavitoba* (5).

Los Sogamosos tenían, aunque un poco distinta, la tradición de Bochica. Según ellos, hacía cuatro *brogomoas* (edades) que reinaba el Cacique Nompanim, cuando apareció un viajero llevando en la mano un bordón

(1) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 391.
(2) Id., T. II, pág. 428.
(3) Piedrahita, pág. 37.
(4) Id., pág. 36.
(5) Fr. Pedro Simón, pág. 429, T. II.

de macana y adornados sus brazos y su cabeza con la cruz. A este anciano le consideraban como padre y le concedían dos de las propiedades de los espíritus: se hacía invisible y desaparecía á voluntad como lo indicaban sus nombres de *Sugunmunxe* (hombre que se hace invisible) y *Sugunsua* (hombre que desaparece); también le llamaban *Sachigua* (padre nuestro). *Ganza* (Gámeza) fue la primera población que le hospedó. Cerca de allí se retiró á la cueva de *Toyá*, á donde vinieron á visitarle los Caciques de Hunsahua, Socha, Tasco, Tópaga, Monguí, Tutaza, Mongua, Pesca, Yacón, Bombaza, Tota, Guaquirá y Yatoba. Sugamuxi, el más poderoso de todos, quedó en su cercado. Sachigua se adelantó hasta Otga, á donde este último vino á recibirle con toda la pompa de su grandeza. Aquí principió Sugunsua sus predicaciones; les habló de un Supremo Creador; les señaló la vía del bien y las recompensas á quienes por ella siguiesen; les mostró el camino del mal y los castigos preparados á aquellos que por él desviasen. Mas, agrega el cronista, después de estas predicaciones los indios continuaron tan malos como lo habían sido hasta entonces (1).

Mucho sentimos que las crónicas no conserven memoria de multitud de tradiciones que debieron tener nuestros antepasados, relativas á sus grandes acontecimientos históricos, á los cataclismos que en épocas más ó menos remotas cambiaron el aspecto de nuestro territorio, y á las invasiones que se sucedieron hasta el establecimiento de las tribus que en el siglo XV ocupaban el país.

Es de suponerse que estas tradiciones existían si recordamos que aun para hechos más insignificantes, muchas veces para dar alguna explicación de sus costumbres ó de sus vicios, traían á cuento relaciones que suponemos eran invención de los Jeques. Recordaremos, por ejemplo, la del Cacique de Ramiriquí.

Poco después de la desaparición de Bochica, Hunsahua, Cacique de Ramiriquí, se enamoró de una hermana suya é insistía en hacer de ella su esposa, no obstante la oposición que su madre les hacía.

Un día, con pretexto de ir á comprar mantas á la tierra de los Chipataes, la llevó para que le acompañase. De allí volvieron á casa de su madre. Como ésta observara que su hija estaba encinta, llena de cólera levantó sobre ella la *sana* ó palo con que estaba agitando la chicha. Al descargar el golpe, su hija se escondió tras de la *gacha*, olla que contenía el brevaje favorito; el palo dio con ella y la hizo pedazos. La tierra se abrió y recibió en su seno el líquido que de amarillo se convirtió en purísima agua, formando la laguna conocida más tarde con el nombre de Donato (2). Viendo Hunsahua que el cielo se pronunciaba, en su favor

(1) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 421.
(2) En esta laguna se arruinó un tal Donato buscando los tesoros del Zaque; de allí su nombre. Ancízar.

subió á una de las lomas cercanas y maldijo la tierra, que de fértil se cambió desde entonces en árida ó improductiva. Llamó á su hermana, y deseando saber la ruta que debían tomar, disparó una tiradera al azar, la saeta les precedió rechinando y sonando cascabeles. Detrás siguió la enamorada pareja. Hunsahua calmaba la monotonía de las largas horas del viaje con el sonido de su *tata* (bocina de madera). Llegaron á Susa, donde descansaron, y prosiguieron su viaje, guiados siempre por la saeta encantada. En el camino nació el niño, causa de tántos prodigios. Le llevaron á una cueva, y para no fatigar sus pasos con esta nueva carga, le convirtieron en piedra. Siguieron, siempre en pos de la saeta, hasta llegar á Ciénaga, abajo del Salto de Tequendama. Rendidos de cansancio tuvieron la misma suerte que el niño fruto de su amor. Transformáronse en dos piedras, que aún puede contemplar el viajero en la mitad del río (1). Esta fábula era un pretexto ó una excusa para casarse entre hermanos.

Los Muiscas, lo mismo que muchas otras de nuestras tribus, acostumbraban contraer matrimonio con cuantas mujeres pudieran sustentar, aunque siempre tenían una favorita á quien debían mayores consideraciones. En caso que su esposo, cegado por otra pasión, la dejara olvidada, ella le llamaba á su deber. Para esto le recordaba lo que aconteció á uno de los zipas, á quien una vieja presentó una primorosa doncella. A tal punto se enamoró de ella el Cacique, que pasaba en su compañía los días enteros. Celosa la sultana, ayunó, presentó sacrificios á sus dioses y fue á consultar á uno de los principales Jeques. "Vé, le contestó, al lecho de tu esposo y obsérva lo que allí pasa." La antigua favorita se introdujo furtivamente á la pieza en que descansaba el Cacique con su nueva compañera, le halló profundamente dormido y acostada á su lado una enorme serpiente. Aterrada corrió donde el Jeque á darle cuenta de lo que había visto. "Convída á tus mejores amigas y á la afortunada rival," le aconsejó el sacerdote, "y báñate en su compañía." Así lo hizo la cacica, y, cuál no sería su contento al ver á la joven convertida en culebra luégo que se hubo desvestido, y desaparecer para siempre por entre los abrojos que cubrían las márgenes del río (2).

Cuando los misioneros explicaban á sus neófitos los misterios de nuestra santa religión, tropezaban con frecuencia con creencias semejantes que por arte diabólica les habían sugerido sus Jeques. El misterio de la Encarnación, por ejemplo, no era nuevo para ellos. Según parece, Bochica, en sus predicaciones, les profetizaba que un niño predestinado nacería de una virgen y que su padre sería el sol. Muchas doncellas aspiraban á tan alto honor y solían salir al campo, donde se exponían á ser heridas por los

(1) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 428.
(2) Id. íd., pág. 412.

rayos del sol naciente. Del número de éstas eran las hijas del Cacique de Guatavita, que todas las mañanas abandonaban el cercado de su padre y en una colina aguardaban hasta que llegaran á ellas los primeros besos de Zuhé. Una de ellas, más afortunada que sus hermanas y compañeras, llegó á ser madre poco tiempo después, dando á luz una *guacata* ó piedra de esmeralda. Envolvióla en algodón y la colocó en su seno. Allí tomó vida metamorfoseándose en un niño que con el tiempo fue Cacique de Sogamoso con el nombre de *Garanchacha* (1).

Fuente de fábulas mil eran para los indios todos los objetos que la naturaleza había marcado con sello especial de grandeza imponente. Los lagos, los ríos, las cascadas, los más elevados montes, las rocas, todo tenía un principio milagroso, á todos los acompañaba alguna deidad y eran objetos de veneración. Nuestro suelo, privilegiado por la naturaleza en bellezas sin cuento, en panoramas verdaderamente fantásticos, sería como un inmenso mapa en que cada punto geográfico estaba revestido de una historia de vivos colores.

Reproduciremos aquí la bien conocida fábula de la laguna de Guatavita y unas pocas más que de casualidad hemos encontrado en las crónicas.

Un Cacique de la población situada á orillas del pintoresco lago, tenía por esposa á una hermosa mujer de alta estirpe. Sus atractivos naturales, unidos á una privilegiada inteligencia, fueron la red en que cayó uno de los principales señores de la corte, y también el origen de su desgracia. Sabedor el Cacique de las relaciones que existían entre su esposa y su cortesano, no desdeñó desempeñar el personaje de comedia, asomándose á escondidas por la palizada del cercado de su rival; los sorprendió, hizo empalar al uno; y la otra, en un festín preparado *ad hoc*, hubo de comer parte del cuerpo de su amante, guisado con ají. Además, ordenó á sus bardos que allí y en sus borracheras cantasen la infidelidad de su esposa para escarmiento de las demás y castigo de la suya. Aterrada ante las amenazas de los cantores, la Cacica salió de sus aposentos sencillamente aderezada. Llevaba por compañera á una sirvienta y en sus brazos á una hija que del Cacique había tenido. Las precauciones tomadas para ahogar el ruido de sus pasos no fueron suficientes. Los Jeques, cuyas chozas circundaban la laguna, salieron alarmados. Sorprendida, y no encontrando dónde refugiarse, la infeliz botó su hija al lago, cuyas aguas se cerraron sobre la desdichada criatura y sobre el cuerpo de su madre, que tras ella se arrojó. Inútiles fueron los esfuerzos de los sacerdotes para salvar las dos víctimas. El Cacique, que había acudido allí, ordenó que le devolvieran el cuerpo de la niña. Uno de los Jeques encendió lumbre en la orilla

(1) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 425. Entre los Nahoas, *Chimalma* (la tierra), barriendo, encontró una piedra azul de que procedió *Quetzacoalt*, á quien solían representar como culebra con plumas.

y puso unos guijarros hasta calentarlos al rojo. Botólos á la laguna, siguiendo tras ellos. A pocos momentos volvió á la superficie y dijo al Cacique: "He visto á vuestra esposa con un dragoncillo en los brazos. La invité á que me acompañase, y rehusó, diciéndome que estaba en casas y cercados superiores á los vuéstros y que yá había hallado el descanso tan deseado por ella." El Cacique insistió en que quería que le devolvieran el cuerpo de su hija. Nueva fogata iluminó las cristalinas aguas del lago, otros guijarros chisporrotearon en él y el Jeque bajó de nuevo. Al volver á tierra traía en sus brazos el cadáver de la niña, privado de sus ojos. "Al arrebatarla á su madre, dijo el Jeque, el dragoncillo le arrancó los ojos para obligaros á devolverla á quien la había engendrado." El lagó recibió una vez más el cuerpo de la niña, y para siempre cerró sobre él sus aguas. Muchas veces, invocada por los Jeques, la Cacica se les aparecía, ya en forma de dragón, ya como monstruo, mitad mujer y mitad dragón.

La laguna de Tota también era frecuentada por un pez negro, mayor que una ballena y con una cabeza de buey (1).

Las dos piedras de Furatena (2), por entre las cuales pasa el río Zarbique, fueron antaño dos gigantes (*Fura*, hombre; *tena*, mujer), que el tiempo convirtió en piedras (3). Tena, la más grande, era madre de Fura. Los Chibchas, aun después de arrojados de aquellos lugares por los Muzos, iban á escondidas á hacer sus ofrendas (4).

Esta inclinación de los bárbaros á revestir las cosas de formas sobrenaturales, era tan propia, especialmente de la raza de los Muiscas, que aun los hechos que precedieron inmediatamente á la venida de los españoles, eran yá intrincadas fábulas, de en medio de las cuales sería demasiado difícil sacar á luz la verdad histórica. La llegada misma de los castellanos venía anunciada por tántas anécdotas y acompañada de tal cúmulo de maravillosos hechos, que aquellos soldados eran mirados como hijos del Sol é inmortales como su padre. Ellos y sus caballos no formaban sino un solo individuo, y llevaban en sus manos el trueno y el rayo. Hacían tan asombrosas relaciones de sus Caciques y Jeques, que Fray Pedro Simón acabó por convenir en que los de Finzenú, Sogamoso y otros, eran encarnación del Demonio. ¿Qué otra explicación pudiera dársele á ciertos hechos si aceptamos su verosimilitud?

El Cacique que en Sogamoso reinaba cuando se acercaban los españoles á nuestras costas, no se sabía de dónde venía. Decían por lo general que era Garanchacha, la esmeralda hija del Sol. Tuvo por pregonero, uno de los empleos más elevados, á un indio de larga cola, como de león, que

(1) Piedrahita.
(2) Tienen éstas 625 y 380 metros de altura, según Ancízar.
(3) Piedrahita, pág. 288.
(4) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 854.

apareció repentinamente en el cercado. El Cacique fue un tirano muy temido, y tan cruel, que ahorcaba para castigar aun las faltas más insignificantes (1). Agobió á sus pueblos bajo el peso de excesivas contribuciones. Ningún súbdito podía dirigirle la palabra si no lo hacía de rodillas y con la cabeza inclinada. Edificó un hermoso templo, que consagró al sol, y cuando á él se dirigía, lo hacía con tal fasto y majestad tánta, que gastaba tres días en recorrer una distancia de pocas cuadras, andando por un camino alfombrado con mantas de riquísimo tejido y de fina pintura. De lejanas tierras hizo traer grandes bloques de mármol para levantar otro templo que no alcanzó á concluír (2). Al ruido de atambores y tatas reunió en una ocasión solemne á todos sus súbditos; les dirigió una larga arenga despidiéndose de ellos, y les vaticinó que pronto llegarían gentes de mal talante que los maltratarían muchísimo, pero que más tarde vendría á visitarlos. Dicho lo cual se retiró para siempre á su cercado. El pregonero dio un fuerte estallido y desapareció convertido en humo que despedía malísimo olor.

Poco antes de llegar al río Pauto encontró Alfinger una población de grandes edificios, completamente desierta. Preguntado uno de sus intérpretes por la causa de tal abandono, éste les contestó que los habitantes de dicha ciudad se habían visto obligados á salir de ella para huír de la voracidad de una sierpe de muchas cabezas que vivía en el río y que los devoraba.

Esos pobres moradores tal vez dejaron sus casas perseguidos por algún güio (boa), que yá hubiera hecho sus víctimas, y al cual un indio aterrado hubiera dado las proporciones de un monstruo de varias cabezas.

El boa, el más grande de los reptiles, vive en los ríos y ciénagas de los llanos, y ha dado origen á varias fábulas.

Una de las parcialidades de los Salibas tenía la tradición de una enorme serpiente que en muy lejanos tiempos desolaba las orillas del Orinoco. El *Purú* mandó á su hijo desde el cielo para que aliviara á sus criaturas de ese monstruo que tan encarnizada guerra les había declarado. Así lo hizo éste, y Purú dijo al espíritu que había escogido como morada el cuerpo del reptil: "Véte al infierno, maldito; tú no entrarás en mi casa jamás." La corrupción se apoderó del animal, de cuya cabeza salían grandes gusanos, tremendos y feroces, que á poco se convertían en un indio caribe con su mujer (3).

---

(1) Sus sucesores no eran menos rígidos. De la cantidad de cadáveres que á los árboles hallaron suspendidos vino el nombre de La Horca, que los españoles dieron á una colina cercana á Sogamoso.

(2) Dos de estos bloques se ven aún en Sogamoso y otros dos en Ramiriquí. Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 488. También dicen que existe aún una columna de las que labraron para la construcción de este templo.

(3) P. Gumilla.

Mucho se presta esta fábula á distintas deducciones. ¿En Purú y la serpiente no tendremos también consagrados los dos principios del bien y del mal? Purú, al decir al espíritu, "véte al infierno, maldito," nos da á conocer que creían en un espíritu malo y en un lugar de castigo después de esta vida. Los gusanos, transformándose en Caribes después de la existencia de los Salibas, muestran claramente la posterioridad de la invasión de estos sangrientos y crueles enemigos de las tribus que habitaban los llanos.

Pocas son las tradiciones narradas hasta aquí, y mucho sentimos, no sólo no poder presentar algunas más, sino vernos en la imposibilidad de deducir de éstas hechos positivos.

Analicemos, por ejemplo, la más interesante de las tradiciones de la tribu más poderosa:

Bochica entre los Chibchas. ¿De dónde vino Bochica? Del Oriente, por el páramo de Chingasa. Pudo, pues, venir por el Atlántico, por el Pacífico, por el Istmo y llegar á Bogotá por Chingasa. ¿Qué simboliza Bochica? ¿Era un individuo ó veremos condensada en él alguna inmigración? Si lo primero, ¿sería un apóstol de Cristo, puesto que predicó una doctrina cuyo fondo era la moral evangélica, y traía los brazos y la frente adornados con la cruz? Nó, porque Bochica abrió paso á las aguas de la sabana, y este acontecimiento geológico fue muy anterior á la venida del Divino Maestro. ¿Sería un judío, como dicen otros? Entonces ¿cómo traía por insignias los instrumentos de afrenta y de suplicio entre los suyos? ¿Sería escandinavo? Era su traje muy distinto al usado por aquella raza. ¿Representaría la emigración nahoa? En su doctrina y en las tradiciones de las dos razas se observan muchas analogías. Con los Mayas tenían los Chibchas semejanzas en el uso de las cruces y en algunos ritos. Pero ni los primeros ni estos últimos eran barbados. ¿Cuándo vino Bochica? ¿Cómo, habiendo llegado después de habitada la sabana de Bogotá, pudo confundirse más tarde con el sol? Bochica era, no nos queda duda, un simple mito, una deidad acomodaticia, cuyo nombre servía para sacar avante hechos y milagros. Todo aquello que no alcanzaban á comprender, lo explicaban así: Bochica lo hizo.

Nada nos enseñan las tradiciones de nuestros antepasados, y si las conservamos es más bien como curioso parto de su imaginación. En algunas de ellas se traducen ideas vagas de algo que pasó en remotas épocas, pero nada más.

Otro grave peligro con que se tropieza al comentarlas, es que los autores que nos las transmitieron (y tal vez los mismos indios que á ellos las revelaron) hubieran agregado algo de su fantasía en que mezclaban verdades evangélicas. Fray Pedro Simón quiere ver al demonio en todas partes, y

no contradice hechos de suyo inverosímiles, tentado siempre de explicarlos por intervención diabólica. Cieza de León y Castellanos jamás desmienten á los indios que les refieren encantamientos, apariciones y espantos. Piedrahita, todavía en su época, creía en la sierpe que habitaba la laguna de Tota, y que, con cabeza de buey, había sido vista por personas de él conocidas. Herrera y Oviedo, aunque un poco más analistas, terminan frecuentemente por dejarse fascinar por lo fabuloso. Los soldados mismos referían á sus compañeros, en sus horas de solaz, en los campamentos, anécdotas poco verídicas, que los cronistas recogían de buena fe. Aquellas imaginaciones meridionales se exaltaban más aún á la vista de los imponentes espectáculos que á cada paso surgían bajo sus plantas en este Nuevo Mundo. Ya era un indio que habían encontrado con patas de gallo, ya un Jeque anciano, que al recibir sobre su rostro agua bendita, salía rodando, cual madero viejo, por la falda de un monte (1), ya los espíritus malos, que venían á habitar los cuerpos disecados en la tribu de los Pozos, ó que lanzaban su saliva infecta al rostro de un Cacique de Anserma; espantos, apariciones, riquezas que encontraban y luégo se perdían. Si de esta manera exageraban los soldados de la conquista, ¡cómo no mentirían los infelices indios!

CAPITULO III

POLITEÍSMO CHIBCHA

La religión de los Chibchas había llegado á un grado de perfeccionamiento muy superior al de las demás tribus de nuestro territorio. El politeísmo era la base de su culto. Aquellos idólatras habían excluído á uno de sus dioses del antropomorfismo y concedían á otros dos propiedades especiales y pertenecientes á los espíritus. A Chimininagua no sólo no le representaban en el número de sus ídolos, sino que aun su imaginación no alcanzaba á darle forma definida (2). Le consideraban como una cosa muy grande que no se atrevían á describir (3).

Chibchachum y Bochica tenían su asiento entre los dioses incorpóreos. Les invocaban en las calamidades, y dictaban sus respuestas sin mostrarse. En estos últimos vemos nosotros una dualidad difícil de separar. Si bien recuerdan nuestros lectores, Bochica, protector de Caciques y Capitanes, lanzó su *varilla de oro* para dar salida á las aguas de la Sabana. A Chibchachum, abogado de mercaderes, plateros y labradores, le repre-

(1) Fray Pedro Simón, T. II, pág. 435
(2) Ternaux Compans, pág. 6.
(3) Acosta, pág. 194.

sentaban en forma de varilla de oro, y su mismo nombre significa báculo de los Chibchas. Tendremos que aceptar la versión de la inundación de la Sabana por mano de Chía, y Bochica desaguándola, sirviéndose de Chibchachum, como instrumento. Si Chibchachum hubiera sido el vengativo dios que sumergió bajo las aguas sus casas y sementeras, y que Bochica le hubiera castigado agobiándole bajo el peso de la tierra, ¿cómo explicarnos el culto que le rendían los Chibchas y el lugar tan preferente que en su olimpo ocupaba al lado de Bochica?

Mas volvamos á la religión. Hemos visto un dios creador y dos dioses protectores. Su idolatría no se limitaba á éstos. Rendían culto á los astros, á las fuerzas ocultas de la naturaleza, y por terror, al Demonio mismo.

El sabeísmo chibcha no abarcaba sino dos deidades celestes: el sol y la luna (1). No era, pues, una astrolatría completa. Consideraban las estrellas como simple adorno del firmamento. En su imaginación no alcanzaron á concebir un dios superior ni más benéfico que el sol, y por esto le solían confundir con Bochica; no comprendiendo cómo la naturaleza pudiera necesitar de dos seres tan poderosos como aquéllos, ni admitiendo que uno de ellos fuera inferior al otro.

A semejanza de los Nahoas (2), los Chibchas daban á cada uno de sus dioses una compañera para formar pareja. Esto lo vemos en las tradiciones: Bochica y Huytaca, Sugunsua y Bachue. Esto mismo observaron los conquistadores en los templos y adoratorios. Al sol le correspondía la suya, y ésta llamaba *Chía*, la luna.

Bochica en la paz disponía del tiempo y presidía á las cosechas; él ordenaba las enfermedades y las curaba. Las mujeres encinta hacían viajes hasta Sogamoso, donde besaban la huella de su pie, estampada en la roca, y allí bebían agua con polvo de la piedra para salir bien de su parto (3). En la guerra él concedía la victoria y los castigaba con la derrota.

Cunchaviva (aire resplandeciente ó luminoso) se confundía con el arco iris. Aunque todopoderoso, compartía con Bochica la devoción de las mujeres encinta.

En la tradicional aparición de Bochica estaban juntas, como se ve, tres deidades. Éste en forma de dragón; Chibchachum, el báculo arrojado, y *Cunchaviva*, el arco iris. No nos dicen las crónicas bajo qué forma adoraban á este último dios, pero sí que le ofrecían objetos de oro bajo, esmeraldillas y cuentas de Santa Marta.

Nemcatacoa, protector de los tejedores de manta, recibía culto espe-

(1) *Historia del Nuevo Reino de Granada*, Castellanos, T. I. C. I.
(2) *México al través de los siglos*, T. I. pág. 91.
(3) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 428.

cial de los borrachos. Se presentaba en forma de oso, y no desdeñaba juntárseles en sus fiestas cuando estaban entregados á la bebida. Otras veces le daban el nombre de Fo (zorra). Presidía á todas aquellas funciones en que la chicha desempeñaba un papel importante; matrimonios, arrastre de maderas, inauguración de templos, etc. No hemos visto ninguna figura simbólica de este extraño personaje, á quien por toda ofrenda le daban chicha, única cosa que podía satisfacerle.

Chaquén, otra de sus deidades, fijaba los términos de las carreras y el puesto que correspondía á cada cual. Le representaban siempre con plumajes semejantes á los que usaban en sus diversiones y en sus combates.

Bajo la protección de *Bachue* ponían las sementeras, especialmente las legumbres. Esta compartía con Bochica y Chibchachum el alto honor de recibir el humo sagrado del moque. Sabido es que Bachue, la madre del género humano, ó por lo menos de la raza predilecta de los Chibchas, se transformó, junto con su hijo, en serpiente (1).

A *Tomagata* (masa que hierve) le pintaban como monstruo de cuatro orejas, con un ojo en la frente y larga cola.

Fuera de estos dioses la nación chibcha poseía muchos otros que adornaban las paredes de sus templos ó de sus bohíos y no pocos que llevaban colgados al cuello.

Veneraban las rocas, las lagunas, los ríos, las cuevas y las cascadas; mas su culto no se dirigía á estos objetos, sino á una deidad, invisible guardián ó protectora de cada uno de ellos. Cerca de Bogotá se prosternaban ante un hueso fósil de grandes dimensiones (2). En Boyacá rendían homenaje especial á un ídolo de tres cabezas. Decían los indios que aunque allí se veían tres cuerpos, según les había enseñado Hunsahua, sólo había un corazón y una voluntad (3). No lejos de Anserma fue encontrada una olla de barro formada por tres bustos, de fisonomía igual é idéntica actitud, unidos por una tabla horizontal y formando una sola vasija (4).

Cada familia tenía sus penates, cada individuo sus fetiches. Los labraban de oro, de plata, de cobre, de madera, de barro blanco, de hilo, de algodón, de cera, etc. (5); pero siempre, como hemos dicho anteriormente, los hacían hembra y macho. Unos tenían cola de dos y tres varas de largo, otros la llevaban corta; veíanse unos con cabello crecido y otros atusados (6). Los vestían con mantas pintadas á pincel.

---

(1) Obsérvese la semejanza de esta tradición con la de Quetzacoatl (serpiente con plumas) y Cihuacohua, la mujer serpiente, madre del género humano, según decían los Nahoas.

(2) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 384.

(3) Id. íd., pág. 427.

(4) Mide ésta 38 centímetros de alto y 24 en su mayor anchura.

(5) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. I, C. I.

(6) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 398.

No creemos que los Chibchas fueran zoólatras, y si en las reliquias que de ellos conservamos hemos tropezado frecuentemente con figuras de animales, no deducimos de aquí que éstas fueran ídolos. A unas, como la culebra, las veneraban por la deidad que simbolizaban. Las otras son ofrendas que hacían según las circunstancias.

Los Chibchas invocaban al Demonio, á pesar de que le reconocían como padre de la mentira; y aunque no creían que sus ídolos tuvieran facultad de hacerles bien ó mal, les rendían culto por obedecer al espíritu de las tinieblas (1).

Los Chibchas tenían grandes y suntuosos templos. El principal era el de Sogamoso, que quemaron, por descuido, dos soldados españoles. En Tunja, en Ramiriquí, en Fúquene, en Bogotá y en casi todas las poblaciones había un templo principal y otros secundarios. Los caciques tenían siempre en sus cercados un departamento dedicado á sus dioses. Allí adoraban al sol, quemaban *moque* á sus divinidades y hacían sangrientos sacrificios.

En todos los templos había, colocadas en el suelo, al rededor y en el centro del edificio, grandes vasijas de barro enterradas hasta el cuello y con la abertura al nivel del suelo. También entre los ídolos que por parejas adornaban el santuario, había unos de mayores dimensiones, huecos en su interior y abierta la parte superior de la cabeza. En éstos y en las vasijas depositaban los fieles, por mano de los Jeques, sus ofrendas, consistentes en esmeraldas, oro en polvo ó en pajuelas, y figuras del sol y de la luna, de hombres, de mujeres y de animales. Entre éstos preferían los leones, tigres, monos; las culebras, sapos, lagartos, mosquitos, hormigas, gusanos, raposas y aves de todas suertes (2). Solían depositar casquetes, brazaletes, diademas y vasos de oro. Las personas menos pudientes regalaban aves, vasijas de barro con alimentos ó sin ellos, mantas, cuentas de colores, etc. (3).

Muchas de estas ofrendas fueron halladas en Tunja por los conquistadores. Del templo de Ciénaga sacó Sanmartín alhajas y joyas bastante bien labradas, animales (sierpecillas, águilas) y esmeraldas. El Capitán Céspedes encontró en un pueblecillo insignificante, como ofrendas hechas á los dioses, una esmeralda y algo de oro fino.

Cuando las vasijas estaban llenas de objetos, el Jeque las cubría con una tapadera de barro y las sepultaba en lugares ocultos. Nadie, ni el sacerdote mismo, podía llevar una mano sacrílega sobre lo que yá pertenecía á los dioses.

---

(1) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 318.
(2) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. I, C. I.
(3) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 393.

El doctor Zerda, al describir una de estas vasijas, no cayó en la cuenta de lo que examinaba (1). Dice así:

"En un vaso de barro cocido que presenta la forma de un indio sentado... abierto por encima á la manera de una ánfora, con su respectiva tapa... encontrado en Chirajara, en la hacienda de Susumuco... se hallaron muchas figuritas de oro... que representan personajes, animales deificados, ritos y ceremonias."

¿No corresponde exactamente esta descripción á la que nos hace Fr. Pedro Simón? Figuras humanas, huecas, con abertura encima y tapa de barro en forma de bonete para cubrirla (2). Allí depositaban representaciones de sus ídolos y animales. Una vez llenas, las enterraban en lugares ocultos.

No sólo en los templos se hacían las ofrendas. Consideraban como sagrados y dignos de culto especial todos los lugares recorridos por Bochica. En los llanos de Sogamoso existía, entre otras muchas, una carrera de cien leguas de largo, muy ancha y con pretiles de uno y otro lado. Por allí había subido Bochica, y allí acudían indios de todos los confines de la nación á rendir su tributo á la divinidad. Aun en tiempo de guerra eran sagradas las cabezas de los peregrinos (3).

En muchos puntos sacrificaban á los montes, cerros, peñas, cuevas, ríos, lagunas, arroyos y árboles. No, como dejamos dicho, porque adorasen aquellos objetos, sino porque cuando sobre ellos se desprendía el rayo ó soplaban fuertes ráfagas de viento, creían que sus dioses les habían hecho semejantes demostraciones para señalarles nuevos altares donde les rindieran culto (4). Los más célebres adoratorios naturales fueron la laguna de Guatavita, las peñas de Fura y Tena, y el río Bosa (5).

El día fijado para el baño del cacique, acudían á Guatavita millares de indios de los cuatro extremos del reino de los Chibchas. El espectáculo de la laguna debía de ser de los más risueños. Sobre la orilla, en todo su contorno, se levantaban las chozas de los Jeques, los adoratorios é infinidad de ídolos de barro. Dos cuerdas cruzaban en forma de *X* las tranquilas aguas cubiertas en esta ocasión de infinidad de balsas, y sobre estas últimas la multitud de indios, vestidos de mantas de abigarrados dibujos, luciendo sus más ricas alhajas de oro. La brisa, ya que no alcanzaba á rizar la superficie líquida, producía ondulaciones multicolores en los vistosos penachos de plumas. Las balsas de los Jeques se adelantaban hasta el centro, formado por el contacto de las cuerdas; en medio de ellos estaba

(1) *El Dorado*, pág. 25, fig. 18.
(2) "Estos bonetes hechos del mismo barro en la forma que usaban los indios su tocado, unos redondos y otros con pico."
(3) Piedrahita, págs. 13 y 14.
(4) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 401.
(5) Id. íd., pág. 384.

el Guatavita, con el cuerpo bañado en trementina y cubierto de oro fino. Los Jeques alzaban las manos al cielo, hacían una oferta general á los dioses en medio de un silencio profundo, y á una señal, el cacique se arrojaba á la laguna y los fieles lanzaban sus ofrendas hacia la mitad del lago. La gente ordinaria hacía su ofrecimiento desde la orilla, con las espaldas vueltas, para no cometer el desacato de mirar las aguas (1). Dicen los cronistas que á la llegada de los españoles las del cacique ascendieron á cuarenta quintales de oro fino.

Mas no en todas partes estas funciones eran públicas. Por lo general, la persona que deseaba pedir algún favor á sus dioses, se entregaba al ayuno durante muchos días consecutivos. No tomaba ningún alimento, ó si lo hacía, se contentaba con legumbres sin ají ni sal. Se recogía en el encierro más absoluto, no siéndole permitido ni bañarse, ni cambiar de manta. Con nadie podía comunicar. Terminada la zaga,—así llamaban á este ayuno—se presentaba ante el Jeque, á quien entregaba la ofrenda que quería hacer y daba cuenta de lo que solicitaba de sus dioses. Llegada la tarde, el sacerdote, mascando tabaco, se dirigía al lugar destinado para el sacrificio. Allí se ponía en observación por si algún profano le miraba, y una vez convencido de que no tenía más testigo que el invisible espíritu á quien iba á implorar, se despojaba de sus vestidos. Puesto de rodillas, las manos levantadas al cielo y en ellas envuelto en algodón el idolillo objeto del sacrificio, hacía una corta oración rogando fuese concedido lo que se le había recomendado que pidiese. Luégo arrojaba al agua, escondía en la roca ó enterraba la ofrenda y volvía caminando para atrás, lentamente, al punto donde se hallaba su ropa. Cuando Zuhé desaparecía en Occidente, volvía á su bohío. Al día siguiente el interesado iba á buscarle, le regalaba dos mantas ó un poco de oro, después de tomarle cuenta de cómo había llenado su cometido. De allí salía á bañarse, cambiaba la manta que llevaba durante el ayuno, y convidaba á sus parientes y amigos á una borrachera. En medio de la embriaguez de la chicha se entregaban al baile y cantaban acompañados por la triste melodía de caracoles y fotutos.

Igual ceremonia hacían en los templos (2).

No era Jeque quien quería, ni para esto bastaba tener vocación. El sacerdocio se heredaba como el mando. Al sobrino mayor, hijo de hermana, le educaban para ello. Al mancebo le sacaban de la casa de sus padres y le llevaban á otra bien retirada. De éstas había varias en el reino, y las llamaban *cucas*. Allí lo encerraban con otros neófitos y en compañía de un indio viejo. Bajo su tutela aprendían las ceremonias y sacrificios y llevaban una vida de ermitaños, ayunando permanentemente, sin más

(1) Fr. Alonso de Zamora, pág. 258.
(2) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 401.

alimento que puches de maíz con sal, ó mazamorra, avecillas y sardinatas cuyas dimensiones no pasaran del tamaño de la primer falange. Doce años duraba el aprendizaje, al cabo de los cuales le horadadan las orejas y las narices para adornarlas con zarcillos y narigueras de oro. Acompañados de la multitud, salían ese día á una quebrada cercana, se bañaban el cuerpo y vestían una manta nueva (1). Se encaminaban á casa del Cacique y recibían de sus manos la consagración, algunos regalos y el permiso para ejercer el ministerio en sus tierras. Seguía una fiesta en la cual la chicha, la danza y la música eran de rigor. Después se retiraban á sus casas, vivían solos, no siéndoles permitido casarse (2), ayunaban frecuentemente y mortificaban su cuerpo con duras penitencias. La noche la pasaban casi en vela, mascaban *hayo* (coca) (3). Los fieles se ocupaban en sus sementeras y trabajaban en ellas.

Las hojas de coca las cogía el sacerdote mismo, y hasta para ello tenía su receta. Había de troncharlas una á una á raíz del tallo con la uña del dedo pulgar. Recogidas unas cuantas, las tendían á secar sobre mantas destinadas al efecto, y las tostaban en vasijas de barro, sobre el fuego. El comercio de estas hojas era la principal riqueza de los Jeques. Como sahumerios empleaban también la trementina parda, caracolillos y almejuelas.

Los sacrificios humanos, muy meritorios á los ojos de Zuhé, se hacían en los templos y en las colinas.

En los llanos, en un templo dedicado al sol, mantenían multitud de mancebos que educaban con el único fin de aplacar la cólera de sus dioses. A los doce años de edad los llevaban de pueblo en pueblo hasta dar con algún rico Cacique que los comprase. El precio de estos niños sólo lo podían pagar los grandes señores, por ser muy elevado. El nuevo amo los llevaba á un santuario donde los encerraba. Cuando cumplían los diez y seis años, los destinaban al sacrificio. En caso que hubieran quebrantado el voto de castidad que hacían, los arrojaban del templo vergonzosamente y quedaban entregados al vilipendio y á sus remordimientos. Zuhé no podía aceptar aquella sangre impura.

Llegado el día fatal del sacrificio, abrían el cuerpo de la inocente víctima y le arrancaban el corazón y las entrañas, que ofrecían palpitantes á los dioses. Los caracoles y fotutos, con su infernal guazabara, aho-

(1) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 378.
(2) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T, I, C I.
(3) Usan también con él (hayo) de cierto polvo
O cal hecha de ciertos caracoles,
Que traen en el que llaman poporo,
Que es un calabazuelo, donde meten
Un palillo, y aquello que se pega
Recogen en la boca con el hayo.
(Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, C. V.

gaban los gritos del mancebo. Con su sangre regaban el suelo y teñían las columnas del santuario. En medio de cantos fúnebres sacaban el cadáver y lo llevaban á una colina donde lo depositaban para que sirviera de alimento al sol.

Estos sacrificios los hacían también á la pampa. Para ello, cuando la mañana estaba clara y que aun no había salido el sol, conducían la víctima á una de las colinas que miran al Oriente. La acostaban sobre una rica manta y la degollaban con un cuchillo de caña. Con la sangre, recogida en una totuma, manchaban las rocas. Los primeros rayos del sol al iluminar aquellos parajes ponían en relieve tan horrorosa escena y debían devorar, según creencia de los indios, el cuerpo que dejaban allí abandonado (1). Cerca del pueblo de Gachetá tenían un ídolo de madera del tamaño de un hombre. Sobre la piedra colocada á sus pies sacrificaban semanalmente un muchacho que no pasase de catorce años (2).

Los caciques tenían sacrificios especiales. En las esquinas de sus cercados se levantaban altos maderos, semejantes á mástiles, con una gavia encima y pintados de rojo. En la parte superior, dentro de la gavia ó jaula, metían á un indio fornido, generalmente prisionero de guerra, que alimentaban y reservaban para ese día.

Los mejores tiradores del señorío disparaban sus dardos, haciéndole heridas leves, de modo que desangrara lentamente y que fuera larga su agonía. El que le diera un flechazo en el ojo ó en el corazón, recibía un premio de manos del cacique. Al pie de la gavia ponían totumas y vasijas de barro para recoger la sangre que chorreaba. El cuerpo lo sacaban en medio del regocijo de la multitud. Allí lucían sus más ricas prendas; todos cantaban acompañados por la monótona armonía de los fotutos, el melancólico ruido de los caracoles, el chillido de chirimías y flautillas y el bronco sonido de los tamboriles. Había carreras y premios, y entre la algazara iban los Jeques untando con sangre las rocas del camino. También, en señaladas ocasiones, daban muerte á loros y guacamayos, á quienes habían enseñado á hablar para que llevaran al sol sus súplicas (3).

Muy dados á la superchería, tenían hechiceros y agoreros. Tomaban la figura, dicen las crónicas, de tigres, leones, osos y otros animales, y "tenían las facultades y hacían los mismos daños que éstos."

El Cacique de Sogamoso tenía un poder especial entre sus hechiceros. Le veneraban como representante de Bochica y le temían como á un sér sobrenatural, en cuyas manos estaba el poder de disponer del tiempo y de los elementos de la naturaleza. Cuando sus pueblos habían

(1) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 318.
(2) Fr. Alonso de Zamora, pág. 130.
(3) Id., pág. 338.

faltado á la obediencia y deseaba castigarlos, se retiraba, con semblante adusto y acompañado de los principales de la corte, á una montaña vecina. Allí subía con una túnica roja y regaba por los cuatro puntos cardinales, bija molida, si deseaba castigo de sangre: una guerra, por ejemplo. Si quería que una epidemia de viruelas los diezmase, se rascaba el cuerpo, y lo que quedaba entre las uñas lo esparcía por el aire. "Y algunas veces estas cosas sucedían" (1).

Como se ve, la mitología presentaba entre los Chibchas formas complicadas que indican cierta cultura intelectual. No sucedía lo mismo en las demás tribus que cubrían la vasta extensión del territorio de Tierra-firme; ellas estaban sumidas aún en la barbarie, y su idolatría era tan sencilla como primitiva.

CAPITULO IV

SIMBOLISMO CHIBCHA

Entre los Chibchas observamos lo que no hemos visto en las otras tribus, que todas las figuras, aun las más insignificantes, son simbólicas. Los Quimbayas representaban á sus Caciques, á sus mohanes y al demonio copiando la fisonomía de los primeros, y al último tal cual se les aparecía; los Chibchas poco se cuidaban de perfeccionar un objeto de oro y de darle parecido; ponían en manos de sus figurillas objetos simbólicos de sus dioses, jefes y jeques, de las cosechas, abundancia, estaciones, etc. Tampoco hacían las ofrendas con el único fin de desprenderse de una joya de oro, sino que, como los ex-votos, cada una llevaba el emblema de lo que pedían á sus dioses ó del mismo dios á quien se dirigían. Veamos, guiándonos por los relatos de los cronistas y las profundas observaciones del Padre Duquesne, y ayudados por las muy interesantes colecciones de los señores D. Nicolás J. Casas y D. Vicente Restrepo, algunos de estos símbolos (2).

A Bochica le daban la figura de dragón, la misma que él revistió cuando, vencido por las súplicas de su pueblo, se les apareció para dar salida á las aguas de la altiplanicie. Es el dragón un animal fantástico y por lo mismo sin forma determinada. La figura 15 del Catálogo que acompañará las colecciones aludidas (3), pudiera ser representación de Bochica

(1) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 150.

(2) Ambas colecciones han sido ofrecidas generosamente en préstamo al Gobierno, por sus propietarios, y figurarán en la Exposición de Madrid.

(3) Catálogo de los objetos chibchas, acompañado de un álbum con fotografías hechas por el señor D. Julio Racines.

ó más bien de Tomagata, monstruo de larga cola (1). Las figuras 34 (2), 83 y 85 (3) también representan á uno de estos dioses.

Entre las numerosas serpientes de oro que se encuentran, hay muchas con cabeza de dragón. Al dar la descripción de las que tenemos á la vista, dejamos al lector el cuidado de buscarles su significación exacta, ayudado por las observaciones que á continuación hacemos. La serpiente era para los indios, como para todos los pueblos de la antigüedad, una fuente de fábulas mil; su imaginación va mezclada á todas las cosas sobrenaturales. Bochica en algunas ocasiones era una serpiente con cabeza de dragón; Bachue, la madre del género humano, luégo que hubo poblado la tierra, se perdió en la laguna de donde había salido, transformándose, lo mismo que su hijo, en una culebra; la Cacica de Guatavita al hundirse en las aguas del lago, se convirtió en sierpe, y fue recibida por el dragón que había allí; la favorita de un Zipa infiel tomó la misma forma al bañarse en el Funza con sus compañeras; como serpiente, en fin, se aparecía el demonio á los jeques que lo consultaban en los santuarios naturales, y el mismo animal era considerado como guardián de las aguas.

Bajo el número 15 (4), compañera de la descrita anteriormente, tenemos una serpiente de tumbaga, cuyas manchas están representadas por un dibujo en relieve, y la cabeza adornada por una cresta.

Bajo el número 24 tenemos dos dragones. Al más grande (5), el cuerpo achatado en un sentido opuesto al aplastamiento de la cabeza, la forma, y las barbas colocadas junto á los ojos, y sobre la cabeza echadas para atrás, le dan la actitud de nadar con rapidez: no sucede lo mismo con el otro (6): el cuerpo en la dirección de la cabeza, y los anillos más desarrollados, le dan el aspecto de una marcha perezosa.

El número 45 nos presenta dos reptiles curiosísimos. El más grande (7) tiene la cabeza erguida, la boca abierta, que pone de manifiesto seis agudos colmillos, y recta la acerada lengua; los ojos extraordinariamente dilatados, la cresta parada, indican que aquel animal está irritado. Tiene cuatro diminutas patas y un loro posado sobre la cola. El compañero, de cabeza fantástica, ancho y delgado cuerpo, tiene sobre el espinazo una franja bien tejida (8).

La figura 73, también de aspecto enfurecido y con barbas de pescado, tiene el cuerpo formado por una trenza de oro, de exquisito trabajo.

(1) Mide 6 centímetros de largo, es de buen oro, y fue hallado en Guatavita.
(2) Mide 3 centímetros. Es de oro, y proviene de Garagoa.
(3) Mide 6 centímetros.
(4) Mide 8 centímetros. Fue hallada en Guatavita.
(5) Mide 18½ centímetros. Es de tumbaga y fue hallado en Moniquirá.
(6) Mide 9 centímetros. Es de tumbaga y fue hallado en Moniquirá.
(7) Mide 14 centímetros. Es de cobre y fue hallado en Sogamoso.
(8) Mide 8 centímetros. Es de oro y fue hallado en Sogamoso.

La figura 81, de buen oro, tiene el cuerpo hecho en forma de grueso alambre, y la cabeza es más bien de ave que de serpiente.

El doctor Zerda en *El Dorado* y en un artículo que con el título de *Culto de los animales* publicó en el *Papel Periódico Ilustrado* (1), nos presenta otras cuatro de estas figuras, una de ellas con dos aletas de pescado en el engaste de la cabeza, y otra, para nosotros la más interesante de todas, con cresta y cuatro aletas, lleva encima una culebrilla, sin duda representación de Bachue y su hijo. En la Memoria del señor Uricoechea, bajo el número 1, está dibujado un báculo coronado por dos serpientes. No estamos de acuerdo con la opinión del autor de que este báculo representa á Bachue y á su hijo; para nosotros es simplemente el emblema de la fecundidad. A Bachue no sólo la representan como serpiente, sino como mujer, con un niño. En *El Dorado* hay una de estas reproducciones hábilmente interpretada por el doctor Zerda; sólo agregaremos una observación. La *silla de mimbres* nos ha parecido ser más bien de juncos, queriendo mostrar con esto el artista que la madre de la Nación chibcha había salido de la laguna y tejido aquel asiento con la planta que halló en sus orillas.

Más interesante aún nos parece la figura 55 (2). Es una mujer surgiendo de entre un objeto formado por tallos de oro; en su brazo derecho lleva un niño, y en las manos atributos de muy difícil determinación.

A Chibchachum le representaban por medio de un báculo. Sólo hemos visto dos figuras que pudieran serlo, las que llevan el número 88, una de oro y otra de tumbaga. Muchos otros objetos de oro se encuentran en forma de maderos ó delgadas columnas. Bajo el número 4 tenemos tres varillas retorcidas (3). ¿Representarán á Chaquén, diós de las carreras? Recuérdese que este juego de gran boga entre los Chibchas, tenía lugar en las calzadas que se extendían frente á los cercados. Los objetos que estudiamos rematan en un pequeño cercado y tienen una ó dos puntas de oro de forma curva, quizás los maderos con que señalaban la partida y el límite de la carrera; una de ellas está adornada por unas chagualetas, y otra por un ave, tal vez el premio que debía recibir el vencedor. También representaban á Chaquén por medio de haces de plumas.

Nemcatacoa ó Fo se presentaba en forma de oso ó de zorra. La figura 84 (4), de cobre, ¿será una imagen suya? Es una especie de zorra de larga cola y cara fantástica, con cuatro gruesas barbas. Las patas traseras están unidas á las delanteras por hilos de oro, para recordar que este dios era también protector de los tejedores de manta.

(1) T. IV, pág. 117.
(2) 9 centímetros de alto. Es de buen oro y fue hallada en Carare.
(3) De 8 á 11 centímetros. Fueron halladas en Lenguazaque.
(4) Tiene 6½ centímetros.

Del simbolismo de los dioses pasemos al de los Jeques, Caciques y guerreros. No hemos podido hallar la clave para distinguir los Jeques de las demás figuras. Al principio creímos que de la forma de la gorra ó mitra con que cubrían la cabeza, pudiéramos deducir si eran ó nó sacerdotes, y tuvimos que desistir, observando las mismas formas en mujeres y personajes que, á juzgar por sus atributos, no podían ser Jeques.

A la figura número 4 de la relación de *El Dorado*, que, según dice el doctor Zerda, representa la ceremonia que el Cacique celebraba en la laguna de Guatavita, le damos nosotros una interpretación muy distinta. El Cacique lleva en la mano una tiradera y dos dardos, cuya forma está bien clara. Asistiendo á una ceremonia religiosa adonde iba á bañar su cuerpo en las aguas de la laguna, ¿con qué objeto llevaba las armas? Dice el doctor Zerda, además, que el Cacique está en medio de los sacerdotes. Todos aquellos individuos que lo acompañan ¿no serán más bien simples remeros? Los Jeques siempre llevaban alhajas, y una de las ceremonias de su consagración consistía en abrirles las orejas y las narices para adornarlas con pendientes; en cambio al vulgo no le permitían usar joyas, y todos están desprovistos de ellas. ¿No será este grupo una representación de una cacería en la laguna? El canasto que lleva á la espalda el indio que está delante del Cacique, parece más propio para cargar las provisiones ó las aves muertas que para contener las ofrendas, que sería natural llevar por delante. Obsérvese igualmente que, aunque es cierto que á todas las lagunas rendían culto, la balsa en cuestión no fue hallada en la de Guatavita sino en la de Siecha.

La figura 41 (1), en cambio, sí nos parece simbolizar un gran personaje por el recargo de joyas con que está adornado. Es un individuo majestuosamente sentado en unas andas. Sólo el Tunja, el Bacatá y el Suamux podían salir en andas. Esta figura, habiendo sido hallada en Sogamoso, no dudamos representa al sumo Sacerdote de Iraca. Cubre su cabeza un gorro cilíndrico con dos alas cuadradas á los lados; enormes planchas de oro penden de sus orejas, y una nariguera rectangular cubre la boca. Las cejas arqueadas, los ojos un poco cerrados y la cabeza echada para atrás, le dan un aspecto de seriedad y de superioridad incontestables. Además lleva en el pecho una plancha de oro formada por dos largos rectángulos separados por uno más pequeño. El sacerdote está en cuclillas, el brazo izquierdo cae sobre la rodilla izquierda y el derecho está apoyado sobre la otra rodilla. En la mano derecha lleva un cetro bifurcado.

El número 35 (2) es muy probablemente un alto personaje, el Zipa ó

(1) 10½ centímetros. Es de buen oro.
(2) 10½ centímetros, oro fino; hallado en Sogamoso.

algún Uzaque, por el recargo de joyas con que está adornado. Del gorro y de las orejas penden chagualetas, y un aro de la nariz. Un collar de muchos dijes, una doble faja que se cruza sobre el pecho, brazales: nada le falta. En la mano izquierda empuña un palo retorcido, semejante en un todo á uno de los que tiene el número 4. ¿Será un cacique presidiendo las carreras?

El número 69 (1), aunque ostenta el aspecto feroz de un guerrero, es sin duda un Cacique, pues no lleva arma ninguna. El gorro es muy semejante al del anterior. Lleva cuatro chagualas en cada oreja y un aro enorme en su disforme nariz; tiene también ceñidores en los brazos.

Es tiempo yá, antes de pasar á la parte más interesante de este estudio, que veamos algunas figuras de guerreros.

La segunda de las que llevan el número 29 (2), de trabajo descuidado, tiene las manos sobre el pecho, y en ellas una tiradera, arma de guerra de los Chibchas, con dos dardos. La cara del individuo aquí representado tiene un aspecto tan poco ofensivo como el arma que empuña.

Bajo el número 30 (3) está comprendida una figura cuyos ojos y boca bien abiertos le dan un aire un poco más feroz que el anterior. Parece llevar en una mano la tiradera y en la otra los dos dardos. Es de observar que aunque los soldados llevaban al combate gran número de éstos, nunca los representan con más de dos. Probablemente este número les bastaba para dar idea de la pluralidad. Los miembros inferiores del individuo se pierden en un objeto de forma extraña. ¿Querrán representar á un guerrero en su fortaleza?

Un guerrero acuclillado nos presenta la figura 51 (4). Está en actitud de descanso, los codos sobre las rodillas y las manos á la altura del pecho, aunque un poco distantes de él. Al costado derecho tiene un escudo de armas.

El número 70 (5), figura en pie, bien plantada, de aire marcial, una de las pocas que tienen verdadera expresión, lleva apoyado al brazo izquierdo un carcaj y en la mano derecha una tiradera. El número 71 (6) es más interesante aún aunque menos artísticamente labrado. Adornan sus orejas cuatro chagualas, y su nariz pesada argolla. Del brazo derecho se desprenden cuatro como cintas que parecen flotar al viento, y en la

(1) 11½ centímetros, oro fino; hallado en Sogamoso.
(2) Encontrada en Peñasblancas.
(3) Encontrado en Garagoa; mide 4 centímetros, y es de oro.
(4) Mide 5 centímetros, es de oro y proviene del Carare.
(5) Mide 12½ centímetros, es de oro y proviene de Sogamoso.
(6) 8½ centímetros, es de oro y proviene de Sogamoso.

mano empuña una macana terminada en una bola de cinco puntas. En el brazo izquierdo tiene asido un escudo.

La segunda de las figuras que llevan el número 77 es la única que hayamos visto con un arco en la mano.

Bajo el número 36 (1) tenemos un indio de aspecto verdaderamente amenazador: la boca, desmesuradamente abierta, muestra los dientes. Al dar á éste un aire tan feroz, sin duda los Chibchas quisieron representar á un guerrero de los Panches, sanguinarios vecinos muy temidos por ellos. Estos iban siempre á los combates con profusión de plumas, y la figura de que tratamos las lleva en las mejillas, las orejas y el pecho. En una mano tiene una tiradera y muestra en la otra una vasija de un dibujo igual á las que usaban para envenenar sus dardos. Tiene además sobre el hombro izquierdo un estandarte de guerra.

Pasemos á otro orden de figuras. El círculo, entre los dibujos geométricos, fue el más familiar para los Chibchas, tal vez por ser la forma que ostenta el sol, y también la luna cuando está en toda su plenitud. Esta forma tenían sus templos y sus cercados; de ella derivaban la numeración y la medida del tiempo. La casa y la sementera del indio eran todo su capital, todo su haber, la mayor expresión de la felicidad. Revestían la forma redonda, la misma con que representaban el número 20, base de su numeración, pues de ahí en adelante expresaban las cantidades por dos veintes, tres veintes, etc. Este número lo figuraban gráficamente por medio de una rana extendida ó echada. Con la palabra *gueta* (veinte) expresaban, pues, la mayor suma numérica y el más alto grado de fortuna. La rana en actitud de brincar, con la que principiaban el año y la numeración, era también simbólica de bienes, y la miraban como el comienzo de *otra cosa*, de lo que después debía venir. En fin, la rana en cuya cola principia á formarse otra, era igualmente simbólica de bienes.

La rana, en una ú otra forma, es el emblema de la riqueza. No es de extrañar que los indios venerasen su figura y la representasen á cada paso, muchas veces de una manera inconsciente.

Bajo el número 46 podrá ver el lector tres de estos batracianos bien extendidos, en el reposo aquel con que querían significar el mayor número de bienes. Están hechos para llevarlos colgados á collares ó á sus mantas, y para ello tiene cada uno las dos aberturas por donde pasaba el hilo. Dos son delgadas láminas de oro recortadas en aquella forma, el otro es de un trabajo más esmerado, tiene el cuerpo abultado, los ojos soldados en su puesto y la boca bien formada por un delgado hilo de oro (2).

(1) Mide 7 centímetros, es de oro y proviene de Sogamoso.
(2) Estos tres objetos provienen de Sogamoso.

En las piedras pintadas ó esculpidas se repiten frecuentemente las representaciones de ranas y de figuras cuya forma se deriva de ellas. A su debido tiempo daremos su descripción.

Decíamos que el círculo tenía para los Chibchas una significación muy extensa. Cuando levantaban un cercado le daban la forma circular por medio de una cuerda atada á la extremidad de un palo. Ese palo y esa cuerda juntos tenían para ellos una grande importancia, puesto que les servía para trazar sus sementeras y habitaciones. Le daban el nombre de *Ta* cuando ponían la cuerda floja atada á un extremo del madero, y el de *suhusa* (tender) cuando á esta misma cuerda la ponían extendida.

No hay que confundir éstos con las gavias, altos maderos con una como jaula abierta por encima, dentro de la cual colocaban la infeliz víctima que los caciques sacrificaban.

En la Relación del Dorado, bajo el número 18, nos muestra el autor el signo *Ta* (un poste con un cable), y le da el nombre de gavia ó suhusa, cuando son estas dos cosas muy distintas.

La figura número 12 sí nos recuerda claramente el sacrificio en la gavia. Entre un canasto que parece hecho de bejucos, y á la extremidad inferior del cual se ve el remate del mástil, está un individuo con los ojos desmesurados y la boca abierta como sobrecogido de terror (1). En el número 28 la gavia está completa. El madero, aunque un poco torcido, muestra en su parte superior la jaula de juncos y en ella la víctima (2).

La fecundidad la representaban por medio de dos figuras unidas, ya fueran humanas, ya de animales. Le daban el nombre de *hisca*, esto es, *echarse uno sobre otro.*

Basta ver el catálogo para interpretar así la figura 43, en la cual el busto de un hombre aparece encima del cuerpo de una mujer (3). En la primera de las figuras que llevan el número 22 (4) están dos aves mirándose de frente en la extremidad de una varilla, en actitud de picotearse, y les cabe perfectamente la interpretación de *hisca.* Una varilla semejante á ésta tiene en la mano derecha la figura 77 (5). Haremos observar que para mejor mostrar la unión de las dos aves, los maderos sobre los cuales las representan tienen una atadura ó proximidad de éstas.

Dos ojos abiertos y las narices, dos ojos cerrados, la nariz y sus dos ventanas, son símbolos que sólo hemos encontrado en algunas piedras y que más que todo tenían relación con las fases de la luna. Las orejas estaban en el mismo caso, pero tenían un significado más vasto. Ellas eran

(1) Es de Guatavita, de oro, y mide 8 centímetros de largo.
(2) Fue encontrada en Garagoa, es de oro y mide 8 centímetros de alto.
(3) Fue encontrada en Sogamoso, es de oro y mide 7 centímetros de alto.
(4) Fue encontrada en Guatavita.
(5) Es de oro. Mide 3¼ centímetros de alto.

el emblema de sus riquezas. ¿Qué relación, se dirá, pueden tener dos cosas tan distintas, un órgano con la fortuna? Los graneros en que depositaban el producto de sus cosechas los fabricaban en forma de espiral; á las orejas, tal vez á causa del caracolillo, les daban esta misma forma. La espiral vino, pues, á ser como emblema de riqueza. En las figuras 1.ª, 5.ª, 6.ª, 7.ª, 9.ª, 10, 11, 12, 16, 17; en las 2.ª, 4.ª y 5.ª del número 20; 2.ª del número 27, 1.ª del número 30, y en los números 35, 41, 51, 2.ª del 86, etc., verá el lector las orejas representadas por dos espirales, y por medias espirales en los números 54, 77, 1.ª y 2.ª del 78, 1.ª del 86, etc.

Los loros y guacamayos que traían desde las tierras calientes, eran educados por los indios con mucho esmero. Los enseñaban á hablar y luégo los sacrificaban á fin de que se presentaran ante el trono de Bochica ó de Chía y allí de viva voz repitieran sus súplicas. Había caciques que en un solo día daban muerte hasta á 100 ó 200 loros y 10 ó 12 guacamayos. El loro era, pues, un ave sagrada, intercesora al pie del trono de sus dioses. Entre sus ofrendas de oro era muy natural que con frecuencia, cuando no tenían aves que sacrificar, ofrecieran su figura. De éstas vemos una muy interesante descrita por el doctor Zerda en *El Dorado*. En el catálogo aparecen tres aves bajo el número 19 (1), con el pico abierto y la lengua bien visible, queriendo expresar con ésto que aquellos animales hablaban. Dos de ellas tienen las alas adornadas con chagualetas.

Las figuras humanas que tienen aves llevan todas una varilla en una mano, probablemente donde se posaban; en muchas de ellas el ave está encima de ésta.

El número 14 comprende dos figuras. La primera (2), llena de atributos, es de muy difícil interpretación. Está sentada sobre un duho. El antebrazo derecho se apoya encima de las dos rodillas, y la mano izquierda sobre el pecho que adornan de un lado un nido y una faja y del otro un haz de dardos con una ave encima. Probablemente el loro sobre el instrumento de su futuro suplicio. Sobre el hombro izquierdo de la segunda (3) está posado un loro.

Llevan el número 17 (4) dos figuras humanas acurrucadas sobre pedestales formados hasta la mitad por un madero que de allí para arriba se bifurca. Ambas tienen en la mano derecha una varilla doblada bajo el peso de un ave.

La 2.ª figura del número 20 tiene un loro sobre un bastoncito en la mano derecha; la cuarta lo tiene encima de una varilla (5). Esta última

(1) Miden de 4½ á 6 centímetros; son de oro. Fueron halladas en Guatavita.
(2) De oro. Mide 10 centímetros. Hallada en Guatavita.
(3) De oro. Mide 8 centímetros. Hallada en Guatavita.
(4) Mide 5½ centímetros. Fue hallada en Guatavita.
(5) Son de oro. Halladas en Guatavita.

tiene suspendido al cuello el poporo en que los jeques llevaban la coca revuelta con caracolillo.

En la figura 48 (1) dos aves posadas, una en la varilla que lleva á la derecha y otra sobre el hombro izquierdo de una mujer, están sencillamente representadas por el pico y los ojos.

En ninguna se ve tan bien figurado el loro como en el número 52. Está colocado sobre el hombro derecho de una mujer que del mismo lado tiene un doble bastoncillo (2).

La figura 54 (3) nos presenta á una india en cuclillas, con las manos juntas á la altura del pecho y algo distantes de él; tiene en la mano derecha un nido que parece presentar á una ave posada sobre el hombro del mismo lado. Entre las manos lleva la varilla.

Casi no se presenta ninguna figura humana que no tenga en las manos algún objeto simbólico. Hemos pasado en silencio unas cuantas por no habernos sido posible interpretarlas. Sin embargo describiremos tres ó cuatro de ellas.

A las mujeres en general las hacían con un huso en las manos.

La figura 9 (4), imperfectamente fundida, tiene en su gorrete cinco aves y en la mano derecha una tiradera y dos dardos (signo de pluralidad). ¿Será un cazador, ó irá á hacer el sacrificio de que nos habla el Padre Zamora?

El número 10 (5) nos presenta á un indio en cuclillas. En la mano derecha tiene una espiga de maíz con varias hojas, las dos inferiores caídas, indicando que yá están secas; la otra mano empuña una varilla.

La tercera de las figuras que nos presenta el número 16 (6) es una mujer en cuclillas, como lo manifiesta la posición de los brazos. Esta postura era muy familiar á los indios, ya estuvieran sentados en el suelo, ó ya sobre un duho, banco ó madero, y por eso vemos que se hacían representar con las manos en el pecho, porque apoyaban los codos encima de las rodillas. Dicha figura tiene en la mano derecha un cetro bifurcado que se repite frecuentemente y que creemos sea una abreviación del símbolo de la fecundidad: las dos aves que parecen picotearse y que por la pequeñez del objeto vienen á quedar reducidas á dos puntas como los extremos de una media luna.

En el número 74 tenemos dos máscaras de oro (7) hechas para llevarlas suspendidas, como se ve por los agujeros que ellas tienen. En sus

(1) Encontrada en Sogamoso.
(2) Tiene 7 centímetros y es del Carare.
(3) Tiene 7 centímetros y es del Carare.
(4) Tiene 5 centímetros. Es de Gachetá.
(5) Tiene 4½ centímetros. Es de Guatavita.
(6) Es de Guatavita.
(7) Son de tumbaga.

procesiones sacaban muchas de éstas, y con ellas significaban las fases de la luna.

Finalmente, presentamos la figura 6 (1), que creemos posterior á la conquista. Tiene la cabeza inclinada, las manos sobre el pecho y los pies juntos; con el brazo izquierdo apoya sobre el cuerpo una corta varilla. Todo esto y el estar con una faja á la cintura atada con un nudo sobre la izquierda, nos hace creer que quisieron representar los indios á su modo al Señor de la Caña.

Al tratar de las piedras pintadas y de las piedras labradas llamadas impropiamente calendarios, hablaremos de algunas otras figuras simbólicas.

CAPITULO V

PRÁCTICAS IDOLÁTRICAS DE LAS TRIBUS QUE HABITABAN LA TIERRA FIRME

Piedrahita, en las primeras páginas de su muy interesante *Historia de la Conquista*, después de hacer una enumeración sucinta de las tribus que habitaban el territorio de Tierra Firme, agrega que "todos los indios eran idólatras, menos los Tames." Bástanos, para estar en desacuerdo con el Obispo de Santa Marta, hojear la interesante relación del verídico observador Cieza de León, quien cita constantemente multitud de parcialidades que no tenían culto alguno, ni templos, por consiguiente; ni ídolos, ni habían alcanzado en su grosero materialismo y en su estúpido orgullo, á imaginarse que pudiera existir un sér superior á ellos. También, hablando de los habitantes de los Llanos, el Padre Fray Juan de Rivero dice: "Los Achaguas no adoran ídolos, ni se ha conocido este despeñadero en las demás naciones que tenemos." Estas dos opiniones de escritores que trataron de cerca muchas de nuestras tribus, parécennos suficientes para destruír el aserto tan general de Piedrahita.

Si examinamos ahora las tribus idólatras, hallaremos entre ellas tal diversidad de deidades, que bien podemos considerar nuestro territorio en aquellos tiempos como un inmenso olimpo, en el cual adoraban y se disputaban el dominio de las almas los animales terrestres, las aves y los peces; los altos nevados y los lagos, las piedras y aun las sombras. Algunos buscaban sus protectores más allá de este mundo, en esferas superiores, y rendían culto ya al sol, ya á la luna, ya á aquellos astros que por una ú otra causa les hubieran llamado más la atención.

Al número de estos pertenecían los Neivas. En sus tierras se levantaba una casa de adoración consagrada al sol. La columna única sobre la

(1) Tiene 4½ centímetros. Fue hallada en Ubaté.

cual se apoyaba el edificio, representaba al astro del día, queriendo probablemente mostrar con esto que al astro-rey, supremo hacedor, lo consideraban también como fundamento y sostén de la creación. Esta columna estaba cubierta con láminas de oro y adornada con dijes y figuras que allí llevaban los fieles á manera de ofrenda (1). Los Nutibaras y los Carrapas eran adoradores del sol, aunque no tenían templos para su culto. Estos últimos creían además en un principio creador, pero de una manera muy vaga.

Los Laches guardaron siempre predilección marcada por la luna. ¡Qué tenían ellos que agradecer al sol que salía en pleno día, mientras que su caritativa compañera los iluminaba y guiaba por entre las tinieblas de la noche! (*sic*)

Los Catíos adoraban á los astros, y los indios de Santa Marta á los planetas y "los Sinos" (2).

Los Panches no creían que había en otras esferas seres que velaban sobre ellos. Por eso ellos mismos los fabricaban. No los hacían de vil materia, sino que salían á los caminos, y al primer individuo que encontraban, hombre, mujer ó niño, le daban muerte para que su espíritu fuera á protegerlos á ellos y á sus familias durante unas cuantas lunas, al cabo de las cuales debían reemplazarlos por otros. Según parece, estos dioses de fabricación humana no eran de larga duración. Las gentes de la misma tribu, y las pertenecientes á tribus enemigas, no servían para este fin. No comían tampoco, aunque antropófagos, la carne de los que debían ser sus protectores.

Muchas naciones no habían salido aún de la zoolatría, no que rindieran culto directo á los animales, pero sí frecuentemente á sus representaciones de oro. Los Sinúes y Urabaes tenían templos consagrados á éstos. Los primeros daban siempre un lugar preferente al tigre. En Cipacua los españoles hallaron un puerco espín de oro en un santuario puesto bajo su exclusiva advocación. Este ídolo pesó cinco arrobas y media. En Cornapacua, del interior de un "valiente templo" retiraron cinco patos de oro fino, cuyo valor ascendió á 40,000 ducados (3). En estas mismas regiones, siguiendo los españoles su camino de conquista, alentados por el crecido valor de los dioses indígenas, encontraron muchos bohíos dedicados á diversos animales. De estos adoratorios muy pocos fueron los que no los enriquecieron (4).

Los Laches, y por allí se podrá juzgar de su atrasada civilización,

(1) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 284.
(2) Castellanos, *Historia de Santa Marta*, Canto II.
(3) Juan de Castellanos, P. III. *Historia de Cartagena*, Canto II.
(4) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 34.

estaban en grado tan baje en la escala de la idolatría, que adoraban á las piedras y á su propia sombra. En su vulgar materialismo, habían llegado á creer que los hombres al morir se metamorfoseaban en piedras, y el culto que les rendían era debido á que se imaginaban que éstas más tarde habían de tomar nuevamente la forma humana. A la sombra de cada individuo la consideraban como un ángel custodio, como un dios protector que á todas partes le acompañaba, guiándole unas veces, siguiéndole otras. Veneraban las sombras de los árboles como guardianes de la naturaleza; las de las piedras eran para ellos deidades muy superiores á las anteriormente indicadas: eran los dioses protectores de sus mismos dioses.

Uno de los puntos más interesantes del presente capítulo sería la solución del problema de si los indios tenían ó nó ídolos, y el decidir si la gran cantidad de figuras humanas y de animales con que diariamente tropieza la pica de los desenterradores de guacas, eran objetos del culto ó más bien figuras meramente caprichosas.. Aunque es costumbre muy general la de dar á todas ellas el nombre de ídolos y de tomarlas por tales, no es esta nuestra opinión. Pudiéramos asegurar, de acuerdo con las crónicas, que los verdaderos ídolos, esto es, las figuras que adoraban por el propio poder que les atribuían, eran muy pocos. Si exceptuamos algunos animales de oro de grandes dimensiones y una que otra de las obras naturales de la creación, los demás objetos no recibían culto directo y pueden reducirse á cuatro grupos principales. El uno, que comprende las figuras alegóricas de sus dioses, ó aquellas en que éstos ó el demonio, según tradiciones ó en sus diarias invocaciones, se les hubiesen aparecido. A este número pertenecen el báculo, la serpiente, etc., entre los Chibchas; las representaciones fantásticas de seres espantables con que recordaban al demonio los Pozos, Quimbayas, etc. En el segundo figura esa infinidad de animales de todas dimensiones, que labraban expresamente para ofrendar á sus dioses, unas veces para aplacar su cólera, otras para pedirles los sacaran con bien en las empresas que acometían. Tales son los yá citados en el capítulo dedicado á la religión de los Chibchas y los encontrados en grandes vasijas de barro en el Zenú, en Nore, etc. El tercer grupo lo formaremos con las representaciones de individuos que existieron. Conocido es el culto que los indios profesaban, por lo general, á aquellos de sus jefes que hubieran mostrado más acierto en su administración, ó cuyo gobierno hubiese sobresalido en hechos notables (1). Nadie ignora la veneración con que conservaban el recuerdo de los famosos guerreros cuyas hazañas les

(1) En tierra de los Guanebucanes vieron los españoles un bohío espacioso con figuras humanas de madera toscamente labradas, *hincadas en tierra por su extremidad inferior*, y que creyeron eran imágenes de los señores ó caciques que habían reinado anteriormente. En el templo del sol, en Sogamoso, también tenían las imágenes de los anteriores gobernantes.

habían conducido á la victoria. A veces embalsamaban sus cuerpos y los llevaban como estandarte á vista del enemigo, para que su antiguo valor se difundiese entre los soldados, y con la vana pretensión de que su sola presencia bastaría para poner en fuga á los adversarios. A otros, y esto era lo más frecuente, los retrataban en figuras hechas de barro ó de oro. Había localidades en que al lado de cada cadáver colocaban su efigie de barro. Constituyen, en fin, el último grupo, las figuras que hacían para adornar sus collares, alhajas, vestidos y banderas, para ornamentar las ollas y objetos de primera necesidad. Grandes copistas de la naturaleza, les vemos reproducir frecuentemente en las vasijas las formas de sus frutas, y darles mayor realce esculpiendo en ellas figuras de animales.

Hablaremos ahora de algunos grandes ídolos cuyo recuerdo nos trae la historia.

En tierra de los Senues, al abrigo de un famoso templo, había multitud de ídolos y objetos ofrecidos á los cuerpos que allí colocaban en bóvedas.

En Finsenú se contaron veinticuatro figuras de madera, chapeadas de láminas de oro y apareadas de dos en dos, sosteniendo hamacas en que se depositaban las ofrendas de los fieles (1). De unas de éstas sacaron por valor de diez, de veinte y hasta de treinta mil pesos, dijes de oro que imitaban individuos de toda la escala del reino animal, desde el hombre hasta la hormiga. Cuatro grandes gigantes, cubiertos de oro, custodiaban la entrada de un templo. Sus caras dobles eran de hombre por un lado, y por el opuesto de mujer. Gorras cónicas, semejantes á mitras, cubrían sus cabezas. De sus hombros colgaba una hamaca para depósito de ofrendas. Como éstos fueron encontrados otros en San Benito Abad.

Los Quimbayas tenían hombres de madera, de tamaño natural, que colocaban con el rostro vuelto hacia el Oriente (2).

De estos mismos se veían en las casas y cercados de los Pozos en hileras de quince y veinte. La cara la hacían de cera ó con los cráneos de sus enemigos, revestidos de una máscara de cera. Daban á estas fisonomías un aspecto tan feroz, que, dice Cieza, los indios los hacían tales como el Demonio se les aparecía (3).

Los Patías no tenían adoratorios, aunque no les faltaban ídolos. En la puerta del bohío del cacique de Paucura se veía, con el rostro hacia el Oriente, la figura ensangrentada de un hombre, hecho de madera, y con los brazos abiertos. Todas las semanas dos víctimas humanas eran sacrificadas á las plantas de tan infernal deidad; á ella daban el corazón, y la

(1) Juan de Castellanos, P. III. *Historia de Cartagena*, Canto III.
(2) En una tribu cerca de Cúcuta hallaron un caballo con su jinete, hechos de paja y algodón, que tenían allí para familiarizarse con su vista y perderles el miedo. (J. de C., P. II, E. III, C. I).
(3) Cieza de León, folio 46.

carne la servían, como escogido manjar, á los principales cortesanos. Esta misma costumbre la tenían los Pozos y los Armas.

En casa de los Popayanes abundaban figuras de metal y de madera, que Acosta supone serían ídolos (1).

Los Achaguas poseían sus dioses especiales, pero los miraban con tal indiferencia, que no les rendían ningún culto. Jurranaminare era protector de las labranzas; las riquezas las dispensaba Baraca; Cuisiabirrí tenía en sus manos el fuego; presidía á los temblores Pruvisana; y era Achacato su dios Bes, dios burlón.

Sería una nomenclatura harto pesada la que pudiéramos hacer de otras deidades de menor importancia que poseían los indios. Pasaremos, pues, á la cuestión de la demonolatría. No nos creemos bastante competentes, ni es esta nuestra tarea, para tratar desde el punto de vista filosófico y teológico una cuestión tan debatida. Las páginas que sobre esto escribimos son una recopilación de lo que nos refieren los cronistas y viajeros acerca del culto que los indios rendían al Demonio.

La demonolatría, bajo distintas faces, se adueñaba de casi todos los indios. Hemos visto cómo los Chibchas consultaban al espíritu de las tinieblas, cómo le temían y obedecían. Las demás tribus, en una forma ú otra, hacían lo mismo. Los únicos que miraban con desprecio al negro espíritu eran los Giraras, que lo consideraban como señor absoluto de los puercos de monte.

Los indios de Santa Marta le rendían culto y lo pintaban de distintas maneras. Cerca de esta población San Luis Beltrán dio de puntapiés á un ídolo bajo cuya forma invocaban al Demonio que había dicho al cacique de allí que si se hacía bautizar moriría y con él su esposa é hija (2). En otra población adoraban, por consejo del Demonio, los huesos de un mohán, con la amenaza de que al dejar aquel culto, les vendría el cielo encima (3). Lo mismo hacían los Pocabuyes (4) y demás indios de la costa, quemando en sus aras, á manera de incienso, yerbas aromáticas. El modo de invocar al Demonio ó Buziraco (5), como lo llamaban entre estas tribus, era el siguiente: el mohán se reunía en el templo con los ancianos (6). Allí, en medio de la más completa oscuridad, se sentaban

(1) Acosta, pág. 17.
(2) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 521.
(3) Idem., 522. En solo Tubará y los alrededores, después de la conquista, San Luis Beltrán hizo quemar siete bohíos consagrados al culto del Demonio.
(4) *Historia de Santa Marta*, Canto II. Castellanos.
(5) Los Goahivos lo llamaban *Duati*; los Guaraunos, *Febo;* los Achaguas, *Tanasimi;* los Giraras, *Memelú*.
(6) Los indios *Urabaes* para invocar al Demonio se reunían y principiaban á gritar, imitando la voz de todos sus animales, chocando piedras y conchas marinas unas contra otras, y dando golpes sobre un malísimo tambor hecho con guaduas huecas y huesos gruesos de animales, atados con cuerdas. Un profundo silencio interrumpía de golpe estos gritos. (Wafer).

formando un círculo cuyo centro lo ocupaba una gran moya llena de agua, con tabaco en hojas y en polvo, y guijarros. Los concurrentes arrojaban en ella sus brazaletes y alhajas. El mohán removía con fuerza la vasija. El oro al chocar con los guijarros debía producir un fuerte sonido metálico. En medio de la algazara aparecía el Demonio. Se lavaba el cuerpo con el agua de tabaco y devolvía á cada cual sus prendas, no siendo el interés del oro el que lo llamaba allí, sino el amor á sus hijos. El mismo dictaba sus pronósticos, les daba consejos, y sobre todo, no dejaba nunca de recomendarles no olvidasen el culto á él y á sus dioses. Decíales, además, que al llegar á sus casas hicieran abluciones con aquella misma agua en que él se había bañado (1). Algunas veces les hablaba por intermedio de un ídolo.

A los mohanes correspondía casi siempre hacer las ceremonias de la invocación y consultar al maligno espíritu. Este poder se heredaba como el mando. En alguna ocasión, en que el heredero era muy joven para ejercer el fatal sacerdocio, aconteció que, mientras llegaba á la mayor edad, fue reemplazado por uno de sus tíos. Dirigióse éste al templo con la moya preparada, y llamó á Buziraco, quien se apareció dándole las gracias por no haber dejado vacante el oficio. Agregó que yá había abandonado la Popa, su principal residencia, por levantarse allí un convento católico; que en adelante iría á establecerse á la punta de los Icacos, donde estaría á sus órdenes (2).

Siempre que los cronistas hablan de las apariciones del Demonio, agregan que se presentaba en visiones espantables. Tomaba figura de cabrón, gato, tigre ú otro animal inmundo. Cuando aparecía en forma humana, era siempre disforme (3).

El rico socavón del Zenú, donde encontraron ofrendados más de 20,000 pesos en oro, estaba formado por una nave de tres bóvedas, con más de cien pasos de largo cada una. En el centro, pendiente de un palo que sostenían cuatro cariátides, había una hamaca en la cual se acostaba el Demonio (4).

En tierras del Cacique Nutibara fue hallado un templo (5), y no lejos de allí una bóveda grande y bien labrada, con la entrada hacia el Oriente, de la cual sacaron ofrendas por más de cuarenta mil ducados. En aquel templo y esta bóveda se les aparecía Satanás en figura de "tigre muy fiero." Poco antes de la venida de los españoles anunció á sus vasallos

(1) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 38.
(2) Id. id., pág. 35.
(3) Id. id., pág. 325.
(4) Piedrahita, pág. 60.
(5) Fuera de éste tenían dedicados al culto del Demonio otros grandes y bien formados templos. (F. P. S., T. III, pág. 177).

que á sus tierras vendrían hombres más valientes que ellos, que se adueñarían de sus dominios (1).

Los Quimbayas hablaban con el Demonio (2). Entre las numerosas y variadas figuras halladas en las localidades por ellos habitadas, se ven repetidas muchas de ellas, encontradas en distintos puntos, y que creemos lo representaban.

Los peñones más abruptos y escarpados eran los adoratorios de los indios de Anserma. El Demonio los escogía como morada. Para hacerse más temible no quería ponerse al alcance de todos, y sólo los mohanes podían subir hasta su vivienda por medio de escaleras (3). Sólo ellos tenían facultad para hacerle ofrendas y sacrificios. Había, sin embargo, una colina donde á todos se aparecía en figura de cabrón y donde le entregaban doncellas para satisfacción de sus apetitos carnales (4).

Los Chancos consultaban al príncipe del Averno, antes de emprender una guerra, sobre el resultado que había de tener.

En el centro de la casa redonda del Cacique Petetuy, sobre una tabla que la atravesaba de un lado á otro, yacían sentados, y con armas en las manos, multitud de cadáveres henchidos con ceniza y forradas sus desnudas calaveras en máscaras de cera que formaban sus rostros. Las carnes de aquellos que fueron prisioneros de guerra, habían tenido por sepulcro los vientres de los guerreros de Petetuy. Por la noche el Demonio daba vida á esos cuerpos, haciendo de ellos su mansión, y se aparecía á los del pueblo en "figuras espantables."

A los Carrapas se les mostraba bajo varias formas. Cuando éstos no conseguían lo que deseaban, reñían con él por algunos días. A la menor enfermedad volvían á consultarlo, y cuando salían bien librados le hacían ricos sacrificios.

Los Pastos lo consultaban, y éste, entre otras cosas, les aconsejaba que se hiciesen enterrar con sus mujeres para disfrutar con ellas de las delicias de otra vida.

Los Guamos creían que el Demonio era la fuente de las enfermedades, los Mapoyes le atribuían los daños de sus plantaciones, los Guayquiries le tenían por autor de pleitos y riñas, los Betoyes decían que él rompía de un modo disimulado la columna vertebral de los párvulos, dándoles así la muerte (5).

Referiremos un hecho curioso que relata Castellanos (P. III. *Elogio á Gaspar de Rodas*, C. I), acontecido el 12 de Marzo del año de 1676.

Dice el autor:

(1) Estos indios llamaban al Demonio *Guaca*. (F. P. S., T. III, pág. 184).
(2) Cieza de León, folio 49.
(3) Acosta, pág. 264.
(4) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 323.
(5) Gumilla, T. I, pág. 24.

En el valle de Penco, comarcano
Y á la villa de Santafé subyecto,
Cierto demonio, que por nombre Sobce
Era nombrado, se mostró patente
A todos cuantos vello deseaban,
Vestido según indio de la tierra,
Todo de negro y el cabello largo,
Una manta revuelta sobre el hombro,
Y era, según se vido claramente,
Familiar de cierta pitonisa,
Encantadora vieja que tenía
Una hijuela de hasta diez años
Hermosa, según dicen, por extremo,
Y esta hija del sol decían que era
La falsa hechicera y el demonio
El cual cuando hablaba con los indios
Encima se sentaba de la vieja,
A quien el Sobce le llamaba madre.

Este demonio ejecutaba mil hechos extravagantes para hacerles creer en su poder, y cuande se presentaba en figuras horrendas, le veían la cara los indios infieles, mas no los bautizados. Los amenazó, si no le seguían, con un diluvio que tendría lugar á los seis días de allí.

Señaló tres lugares donde todos
Habían de juntarse, cumbres altas,
. . . . . .
. . . . . .

Tres viejos hechiceros fueron encargados de difundir la noticia del diluvio. Todos los indios del pueblo se retiraron á las cumbres más lejanas.

Sabedores de esto los españoles, mandaron traer los mohanes á su presencia. Estos vinieron haciendo mil gestos y lanzando fuego por los ojos. Fueron reprendidos. El más viejo respondió que ayudado de Satanás podía, en presencia de todos, mover las rocas. Para lograr su objeto

El indio hechicero confiado
De que su Sobce no haría falta
En cualquiera señal que le pidiese,
El cuerpo se lavó primeramente,
Y luégo hizo sus ofrecimientos
De mantas, y de oro y de otras cosas,
Y sahumó las ponderosas piedras
Que quiso que volasen por el aire,
Dándoles de varazos, invocando
Con gritos y alaridos al Demonio
Con gran solicitud y diligencia
Como si fueran mulas ó caballos;
Mas ellas no por eso se movían.
. . . . . .

El tal diluvio no tuvo lugar. Entonces el viejo hechicero invitó á su contendor castellano al peñón de Vinta á tener una conferencia con el Demonio. Este le acompañó y con él muchos testigos. Allí el indio "hizo

sus invocaciones," que no tuvieron efecto por haber puesto enfrente un crucifijo.

Los Patías, las tribus cercanas á la ciudad de Antioquia, los Catios (1) (aunque le tenían por malo), y los Armas, también le pedían consejo. A estos últimos se les presentaba en figura de indio "con los ojos alborotados." No tenían templo para su culto, ni casa especial, sino un departamento reservado en los bohíos de sus jefes. Los Pozos lo llamaban Xircama, y lo invocaban en medio de la oscuridad. También se les aparecía frecuentemente metido entre el cuerpo de sus ídolos. Los Paeces "adoran en el diablo y píntanlo como lo ven cuando habla con ellos" (2).

En las puertas de las casas de los Buriticaes, sobre grandes tablas, se veían esculpidas la figura del Demonio y otras de grandes gatos (3).

La Cacica Gaditana (Timaná) consultaba al Demonio en su santuario, y éste le dictaba sus respuestas en un idioma equívoco (4). Los Colimas, aunque sabían que era un espíritu malo, lo consultaban y se envenenaban con yerbas cuando él lo exigía.

En algunos puntos el príncipe de las tinieblas exigía de sus fieles una obediencia ciega á sus mandatos y á sus menores deseos, desechando y aun devolviendo á cada individuo las alhajas que le ofrecía; en otras partes aceptaba las ofrendas de oro. Yá hemos visto cómo sacaron los conquistadores en el Sinú riquísimos presentes contenidos en vasijas de barro. Uricoechea nos da la descripción de uno de estos receptáculos encontrado lleno de oro en Neira (cerca de Salamina, Antioquia). Hacemos observar que la vasija que trae la obra del doctor Zerda y la yá citada de Uricoechea están acurrucadas, con los brazos descansando sobre las rodillas y las manos sobre el pecho, como en actitud de aguardar las ofrendas.

En muchos puntos no se contentaba el Demonio con la obediencia pasiva de sus súbditos, ni con las ofrendas de oro, ni con los sahumerios de plantas aromáticas (5), y la sangre humana derramada en su loor regó más de una vez nuestro hermoso suelo. Los más crueles de los indígenas fueron los indios de las costas, los de las márgenes del Cauca y algunos de los que habitaban en los Llanos. Había localidades en que engordaban los prisioneros de guerra para sacrificarlos. Los Quimbayas tenían días fijados para esto; otros eran tan sedientos de sangre humana como la infernal criatura á quien servían. A este número pertenecían los Pozos, los Armas, los Paucuras, los Picaras y los Carrapas.

---

[1] Llaman al Demonio *Cunicuba*, que quiere decir *malo*. A Dios lo llaman *Arba*, que quiere decir *bueno*. (Castellanos, P. III. *Historia de Antioquia*. Introducción).
[2] *Colección Muñoz*, T. LXXXII.
[3] Cieza de León, folio 36.
[4] Castellanos, P. III. *Elegía á Benalcázar*.
(5) Los Armas quemaban yerbas maduras en incensarios hechos de barro.

Los Armas hacían fortalezas de guaduas alineadas de veinte en veinte, formando calles; sobre éstas tendían otras á manera de tablado, por donde subían por medio de escaleras. De ahí colgaban muchos lazos de cabuya, de distintos tamaños, los había hasta de cuarenta brazas, á los cuales colgaban las víctimas, atándolas por debajo de los brazos hasta que exhalaban el último suspiro. En otras ocasiones les arrancaban el corazón cuando aun estaban vivas y suspendidas á la cuerda.

Es natural que casi todas las tribus fuesen muy supersticiosas, no teniendo más religión que la que les inspiraba el Demonio, ni más creencias que las que éste les sugería. Se comprende igualmente el ascendiente que sobre el vulgo ejercían los ministros de aquel culto, los mohanes (1), que transmitían su voluntad, y que, por decirlo así, eran sus voceros. Era muy común, sobre todo en la costa, que un solo individuo fuera médico, sacerdote y hechicero. El poder del mohán en muchas ocasiones era superior al de los caciques y jefes, aun cuando éstos á veces eran dueños de vidas y haciendas. En cambio el mohán, intérprete directo de Satanás, tenía encadenadas á su voluntad aquellas almas supersticiosas.

A los ojos del jefe civil podían ocultar mil actos que temían siempre fuesen descubiertos por el mohán. Este último adivinaba los resultados de una empresa cualquiera, de una guerra, por ejemplo; él solo podía prever y evitarles los acontecimientos funestos de la existencia; el espíritu de las tinieblas recibía por su mano las ofrendas que podían calmarle y desviar de su sino las calamidades de la vida. Hasta cierto punto disponía de la felicidad, y con esto tenía subyugadas las voluntades de los pueblos. Si esto acontecía en lo moral, no menos sucedía en lo físico. Siendo casi todos los mohanes herbolarios, y consistiendo su principal precepto médico en que las enfermedades eran producidas por espíritus maléficos que se apoderaban del cuerpo humano, ¿quién, sino ellos, en comunicación constante con el príncipe de los espíritus, podía curarlos? Entonces, ¿quién tenía mayor poder, el capitán dueño de vidas y haciendas, ó el mohán que disponía de la dicha ó desgracia de los hombres? ¿El déspota que con una palabra podía quitar la vida á un hombre, ó el sacerdote que fijaba la suerte de los individuos en este mundo; que podía dejar al hado inclemente soplar sobre ellos la desgracia, ú oponer por medio de ofrendas una barrera al torrente de males que pudiera desencadenarse? Los mohanes eran semidioses, á nadie tocaba escrutar su vida y nadie se hubiera atrevido á atentar á sus días. Dotados de un maléfico poder, tomaban formas de animales ó se transfiguraban en seres espantosos.

No queremos investigar hasta qué punto eran ciertas las prediccio-

(1) En los Llanos llamaban al mohán *piachi* y *alabuqui*.

nes de los mohanes; pero en vista de hechos relatados por todos los cronistas y por viajeros poco crédulos, tenemos que admitir su realidad. Hacemos alusión á lo que refiere Wafer en su relación de viaje al Darién. Estando en las costas del Istmo, preguntó á los indios si llegarían allí navíos europeos; éstos contestaron que nada sabían, pero que averiguarían. Hicieron la invocación al Demonio, y trajeron la siguiente respuesta: que el décimo día de viaje llegarían dos navíos que se anunciarían muy de mañana por dos cañonazos disparados á corto intervalo, que uno de los ingleses moriría pero después de embarcado, y que al dirigirse á bordo perderían uno de los fusiles. Todo sucedió como lo habían vaticinado. Al día siguiente que era el décimo del viaje, muy de mañana oyeron un cañonazo, y poco después otro; al embarcarse se volcó una canoa, y uno de ellos, llamado Gobson, al caer al agua perdió su fusil; y contrajo una enfermedad que á los tres días lo llevó á la tumba (1). En muchas tribus sabían yá la llegada de los conquistadores antes que éstos hubiesen tocado á nuestras costas.

Los indios, además de ser hechiceros, eran agoreros. Los Achaguas pretendían leer el porvenir en el canto de las aves, en el encuentro con los animales ó en el modo de nadar de los peces. Los Colimas (los mohanes) daban sus vaticinios por el movimiento de los párpados. Más frecuentemente hacían uso de los polvos de la fruta de *yopa* molida. La víspera de un gran acontecimiento, un combate, el nombramiento de un nuevo jefe, etc., se reunían varios á aspirar por las narices, á manera de rapé, los dichos polvos. Esto les hacían perder el juicio, y en medio de una algazara infernal, se ponían á hablar á solas, con descompasadas voces, dirigiéndose á espíritus invisibles, haciéndoles mil preguntas y otras tantas súplicas para que saliera bien el presagio. Al rato la sangre brotaba por las narices, y si salía primero por la ventanilla derecha, era señal de que la fortuna los acompañaría; si al contrario, la primer salida era por la izquierda, el éxito sería malo. Mas como casi siempre la sangre brotaba por ambas á un tiempo, y en este caso la respuesta era dudosa, habían de seguir absorbiendo yopa hasta que brotase primero por una de las ventanillas. Durante los eclipses de luna los Colimas tocaban y cantaban una música lúgubre y se despedían unos de otros en la creencia de que todos iban á morir (2).

En resumen, la base del culto de los indios en general era la demonolatría. Si adoraban otros dioses, era por recomendación del Demonio, á quien obedecían, ya por temor, ya por una mal entendida gratitud.

(1) *Viajes de Lionel Wafer al istmo del Darién*, traducidos y anotados por Vicente Restrepo, pág. 14 y siguientes.
(2) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 865.

CAPITULO VI

GOBIERNO CHIBCHA

Siendo la nación chibcha la más adelantada en la organización de su régimen interior, y habiéndonos dejado las crónicas mayor cúmulo de datos acerca de sus usos y costumbres, consagraremos un capítulo especial á su sistema de gobierno, á las leyes que la regían y á las ceremonias que se celebraban con motivo del advenimiento y muerte de sus jefes.

Es deducción natural del estudio de las tradiciones chibchas, que la vasta comarca por ellos habitada fue gobernada en tiempos remotos por un solo individuo, Bochica, quien había recogido las fracciones dispersas de la tribu, les había dado leyes, uniformado sus costumbres, y durante los muchos años que vivió, había reunido en sus manos al cetro del gobierno temporal el mando espiritual; poderes que separó antes de retirarse del mundo, dejando como representantes de ellos á los Caciques de Ramiriquí é Iraca, respectivamente.

Para atender con mayor facilidad á la administración política de sus vastos dominios, el Zaque (así llamaban al Cacique de Ramiriquí, más tarde de Hunsahua) nombrabs gobernadores de provincia (Uzaques) con residencia en las principales capitales. Arrastrados unas veces por su ambición, llevados otras por el odio á sus vecinos, estos reyezuelos se hacían frecuentes guerras, ensanchando sus feudos y separándose del Zaque cuando se creían bastante fuertes para resistirle. A la sombra de tan frecuentes disensiones el Uzaque de Bacatá, de victoria en victoria y de rapiña en rapiña, logró acrecentar su poderío hasta declararse independiente del Zaque.

A la llegada de los españoles á Tierra Firme, el imperio chibcha estaba gobernado: 1.° Por Suamós, sumo sacerdote de Iraca, representante del poder espiritual y con dominio temporal sobre los habitantes del valle de Sogamoso y colinas vecinas. A éste le obedecían y atendían en el orden religioso todas las familias del imperio; su poder era absoluto en sus propios dominios. 2.° El Zaque de Tunja, á quien obedecían los demás chibchas habitantes del departamento de Boyacá, si exceptuamos los de la margen izquierda del río Sogamoso, tributarios del Tundama. 3.° En fin, el Zipa de Bacatá, dueño de toda la altiplanicie y de los terrenos que en Cundinamarca pertenecían á los chibchas, menos de los señoríos de Guatavita y de Sopó, que eran independientes.

En el transcurso del siglo XIII de nuestra éra (1), en pleno feudalis-

(1) Fr. Pedro Simon, T. II, Cap. 10. Nos parece un poco exagerado este cómputo.

mo, el Cacique de Chía quiso empalar á un hermano suyo, de notable hermosura y de acreditado valor, por alguna intriga amorosa con una de sus mujeres. El joven Chía logró escapar á la ira de su hermano, pasando á los dominios del Bacatá, entonces en guerra abierta con el Ubaque, el Guatavita y el Guasca; ofreció sus servicios al poderoso Uzaque, quien le recibió lleno de júbilo y le puso á la cabeza de sus milicias. El ejército marchó sobre Ubaque, y durante el sitio el Uzaque fue acometido por una terrible enfermedad. Sintiendo llegar su última hora, reunió á los principales capitanes, sus súbditos, y declaróles que, no teniendo heredero, confiaba el mando al simpático guerrero que les había guiado hasta allí. Todos aceptaron y acataron la última voluntad del moribundo. Muerto el Bacatá, el guerrero Chía se hizo digno del doble puesto que desempeñaba: venció al Ubaque, derrotó las tropas del Guatavita y llevó las armas triunfantes hasta Chocontá. El Uzaque de Chía, viendo vencidos y humillados á sus vecinos, y temeroso de la venganza de su hermano, le mandó como mensajeras de paz á su madre y á su hermana. Acompañaba á la solicitud del perdón un rico presente de esmeraldas, oro y mantas pintadas. De aquí resultó una entrevista de los dos hermanos en la fortaleza de Cajicá, donde convinieron en que el Bacatá (1), con el título de Zipa (2), gobernaría todas las tierras por él conquistadas. Faltaba por arreglar la cuestión de la sucesión. Era costumbre entre los Chibchas nombrar por herederos á los sobrinos hijos de hermana, y como la hermana del Zipa y del Chía estaba encinta, había que resolver á quién sucedería, si era hombre, el futuro sobrino. De común acuerdo decidieron que, siendo el Chía de edad más avanzada, lo que le presagiaba una muerte más próxima, el sobrino le reemplazaría en el mando, y que después ocuparía el trono del Zipa. Desde entonces quedó como ley fundamental del imperio que el sobrino del Zipa sería gobernador de Chía, antes de ocupar el trono de su tío (3).

El gobierno de los Chibchas era absoluto. Había leyes que castigaban ciertos crímenes, pero esto no impedía que el Zipa fuera dueño de vidas y haciendas. Agregaremos, en honor de su raza, que poco uso hicieron de este poder absoluto, siendo por lo general de buena índole y verdaderos modelos de gente humana, si los ponemos en parangón con las tribus sus vecinas.

Como llevamos dicho, á la muerte del Zipa el Uzaque de Chía tomaba las riendas del poder, sucediéndole á este último su sobrino mayor, por hermanas (4). A falta de sobrinos eran herederos los hermanos del Zipa,

(1) Bacatá quería decir *jefe de los Uzaques*.
(2) Zipa quería decir *gran señor*.
(3) Ternaux Compans, pág. 22.
(4) Los hijos heredaban los bienes raíces, pero el mando y los títulos correspondían á los sobrinos hijos de hermanas.

aunque este caso se presentaba rara vez, porque el Chía, para asegurar su descendencia, casaba siempre con muchas mujeres. Si el Zipa, por cualquier circunstancia, nombraba reemplazo fuera de su familia, y aun de tribu distinta, el nuevo jefe era recibido con aprobación de los demás señores (1). A Tisquesusa no le sucedió el Chía, sino Saquesaxigua. Al que debía ser Cacique de Chía le enseñaban desde niño las buenas costumbres y á llevar una vida honesta y arreglada; encerrábanle en una casa ó templo aparte, donde vivía, retirado del trato de las gentes, en un recogimiento absoluto. Celadores especiales cuidaban de su buena conducta. Durante la época de su adolescencia no le permitían ver el sol, ni comer sal, ni comunicarse con personas de otro sexo. El quebrantamiento de cualquiera de estas obligaciones traía consigo la pérdida de todos sus derechos al trono, y el que fuera reputado como infame y vil. A la edad de quince años le oradaban las orejas y las narices; los Jeques de su pueblo, reunidos en consejo, le indicaban qué animal (león, tigre, águila ú oso) debía ofrecer en sacrificio. Esto lo hacían después de haberle tomado juramento de que no había faltado á ninguno de los requisitos arriba indicados. El animal escogido lo labraban de oro los principales joyeros, y los Jeques lo ofrecían á sus dioses. El futuro heredero tenía que someterse al ayuno y á la oración, los que terminaban con una gran fiesta (borrachera), á la cual convidaba á los Caciques sus amigos, que acudían bien provistos de regalos (esmeraldas, oro, armas y mantas).

Otra gran fiesta tenía lugar el día que tomaba posesión del gobierno de Chía. Esta duraba varios días, durante los cuales corría la chicha en gran abundancia, y en la misma proporción se aumentaba el valor de los regalos.

El Chía gobernaba tranquilamente sus dominios con los mismos poderes y obligaciones de los demás Uzaques.

Cuando terminaba el luto por el Zipa, principiaban las fiestas y borracheras del advenimiento. Diez y seis días consecutivos duraban éstas, y á ellas asistían los Uzaques y capitanes, bien provistos de valiosos obsequios. Si el nuevo Zipa estaba con ellos satisfecho, los consagraba en sus títulos y dominios. Las narigueras de variadas formas, los zarcillos de figuras caprichosas, las chagualas y patenas para adornar el pecho, las medias lunas y diademas para la frente, todo de oro, eran los objetos elegidos para los regalos en esta ocasión. El último día prestaba juramento de que no había cometido falta ninguna y de que sería buen gobernante. Luégo se sentaba en una silla de oro guarnecida de esmeraldas, vestido por sus cortesanos con finas telas de algodón pintadas de vivos colores. Sobre su frente colocaban una corona de oro—" al modo de bonete su he-

(1) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 204.

chura"—entretejida con cuentas verdes y blancas y adornada con ricas joyas. En sus manos depositaban un precioso bastón de guayacán labrado, que empuñaba como insignia del poder. Desde este momento era considerado como señor absoluto, é inmediatamente nombraba sus ministros y oficiales, siendo el cargo más elevado el de vocero. Cuando el sol terminaba su carrera señalando con los últimos resplandores que el día tocaba á su fin y que con él concluían las fiestas, los invitados del Zipa, acompañados del pueblo, corrían hasta la quebrada más próxima y en medio de abluciones daban gracias á los dioses.

Al rey le elegían entre las mujeres principales una consorte digna de él. Después quedaba en libertad de escoger cuantas le conviniesen, guardando siempre la primera el puesto de favorita. Si ésta llegaba á morir, la reemplazaba la primera designada. El último Zipa tenía en su cercado trescientas esposas (1).

El lujo desplegado por el Zipa en sus vestidos y habitaciones, en las fiestas y procesiones, estaba á la altura de su puesto.

Ni las gentes del pueblo, ni aun las pertenecientes á la nobleza, podían mirarle la cara. Sus pies nunca se salpicaban con el lodo de los caminos, ni tocaban el desnudo suelo. A manera de los príncipes orientales, salía siempre en andas de madera curiosamente labradas, que súbditos escogidos y privilegiados cargaban sobre sus hombros (2). Por las anchas calzadas por donde lo llevaban salían á su encuentro grupos de indios quitando unos las piedras y obstáculos del suelo, tendiendo otros sus mantas para formar un alfombrado de algodón.

El piso de sus cercados estaba cubierto de espartillo fino para no maltratar sus pies. Sólo él y las personas por él favorecidas podían adornarse con alhajas de oro. Tenía cacerías reservadas, casas de campo, un cercado en Zipacón adonde se retiraba á llorar sus lutos, otros de recreo en Facatativá, Tenisuca y Teusaquillo; en Tabio poseía dos albercas que recogían las aguas de dos fuentes, tibia la una y fría la otra. Numeroso servicio, muchas mujeres, alhajas de oro especiales, en abundancia; en fin, lo que puede constituír el gran lujo entre gentes bárbaras, todo lo tenía el Zipa.

Bochica trazó reglas de conducta á los gobernadores, y más tarde Nompaním dictó leyes para castigar las faltas de sus súbditos. Estas leyes, de una elasticidad asombrosa, sólo servían á los capitanes de orden inferior. El Zipa disponía arbitrariamente de sus súbditos, y éstos inclinaban respetuosos la cabeza.

Las leyes dadas por Nompaním tenían un artículo por el cual autorizaba á sus descendientes á cambiarlas y á aumentarlas, pero nunca á

(1) Piedrahita, pág. 20.
(2) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. I, C. I.

disminuírlas en rigor ni en número. Los principales artículos del Código Penal eran los siguientes:

El homicida tenía pena de la vida, aun cuando los parientes de la víctima le hubiesen perdonado. El que hurtaba la mujer ó los bienes ajenos, ó mentía, recibía un número de azotes proporcionado á la gravedad del delito. Si reincidía, se le declaraba infame, y á la tercera vez la infamia recaía sobre toda la familia (1). Después de Nompaním, quien más hizo en favor de las leyes fue Nemequene.

Estos castigos fueron cambiando con el tiempo. Al ladrón, por ejemplo, le hacían mirar por fuerza la cara del Zipa; la segunda vez le reprendían con azotes (2); si reincidía, le llevaban al cercado del Zipa y le introducían á su presencia, vueltas las espaldas. Un caballero de la corte le reconvenía y le volvía bruscamente la cara hacia donde estaba el Zipa. De aquí salía privado de su honra. Tenía que retirarse á trabajar como paria, nadie le ayudaba en sus labranzas; la mano de sus hijos era por todos rechazada, y quedaba aislado de la sociedad, aun en sus mayores necesidades. Si el hurto era de consideración, cegaban al ladrón acercando fuego á sus ojos, y reventábanselos con púas si reincidía.

El soltero que deshonraba á una mujer, pagaba este crimen con la vida (3). Si era casado, tenía que someterse á que dos jóvenes solteros pasasen la noche en compañía de su esposa. Al desgraciado que cometía semejante delito con persona allegada por vínculos de sangre, le metían en un hoyo estrecho, acompañado por toda clase de sabandijas venenosas y con el agua hasta el cuello. Allí le abandonaban cubriéndole con una pesada losa. La adúltera, si era de baja extracción, podía rescatar la vida con mantas y oro, de los cuales una parte iba á manos del Cacique. El pecado nefando llevaba por castigo la pena de muerte. Empalaban al culpable en una estaca de palma espinosa, ó le sometían á otro tormento semejante (4).

Como se ve, la sociedad chibcha debía estar bien constituída, refrenada por leyes tan severas.

La milicia estaba igualmente organizada con esmero. En tiempo de paz, en las ciudades fronterizas tenían guarniciones permanentes de soldados voluntarios. A éstos los llamaban gandules, y eran muy considerados en la corte. En tiempo de guerra todo hombre capaz de llevar las armas

(1) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 409.
(2) Id. íd., pág. 405.
(3) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. I, Canto I.

Aflechaban y ahorcaban en palos
Hendidos por los altos, do metían
Al mismo paciente la garganta.
Canto VI.

(4) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 408.

debía acudir á la defensa del territorio. Si se denegaba á ello, lo vestían de mujer y le hacían desempeñar los oficios femeninos por el tiempo que fijara el Zipa (1). Al que abandonaba su puesto durante el combate, le daban una muerte afrentosa.

El Uzaque de Suba pronunciaba las sentencias en última instancia.

Entre otras leyes previsoras existía una digna de mención. Si una mujer moría de parto, el viudo, considerado como delincuente, tenía que repartir la mitad de su haber con los suegros, y á falta de éstos con los parientes de la difunta.

Los delitos de menor cuantía tenían castigos en proporción, como rapar la cabeza, rasgar la manta, etc.

Los gastos del Zipa se hacían con los regalos de los demás caciques y capitanes, con los tributos que pagaba el pueblo, y con el capital de los que morían sin dejar heredero. Cada Uzaque debía llevarle en oro, esmeraldas ó mantas, una cantidad determinada que colectaba entre sus súbditos. Al individuo que no pagaba la cuota que le correspondía, le mandaban á su casa, con un sirviente, un león, un oso ú otro animal que tenía que sustentar, atado á la puerta del cercado, con curíes, torcaces y pajarillos; además tenía que mandar á su señor, diariamente, una manta hasta completar la deuda. Si esto no bastaba, apagaban con agua el fuego de su casa, y hasta no cubrir el débito no lo podía encender de nuevo. Al Zipa no lo alcanzaban las leyes, y sólo sus esposas podían castigarlo. ¡Algún desquite habían de tener aquellas pobres esclavas! Quesada fue testigo de una de estas escenas, en que el mal humor contenido de las seis esposas del cacique de Suesca se cebaba sobre las desnudas carnes del infeliz á quien azotaban, atado á un palo, por la gravísima falta de haberse embriagado la noche anterior con algunos españoles. Caro le costó probar el jugo de la viña.

El día que el Zipa subía al trono, los Jeques principiaban á cavar su tumba, con el mayor sigilo, en los lugares más recónditos. El mismo ignoraba cuál era el punto elegido para servirle de última morada. El lecho de los ríos, que sacaban de madre, para más tarde derramar de nuevo sus aguas sobre la sepultura real, las cuevas más recónditas, las rocas más apartadas, eran los lugares predilectos. Apenas moría el Zipa, los Jeques se adueñaban de su cadáver; lo abrían, le retiraban las entrañas, y las reemplazaban con la resina derretida de unos higuillos lechosos que llamaban *macoba*, lo embalsamaban y lo lloraban durante seis días. El cadáver lo colocaban luégo en el hueco tronco de una palma, forrada exterior é interiormente con planchas de oro (2); ó lo sentaban en una silla de

(1) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. I, C. I.
(2) Uricoechea.

madera (*duho*) cubierta del mismo metal (1), envuelto en sus mejores mantas con "brazales, petos, morriones—del más alto metal, y de los hombros—pendientes hartas veces de lo mismo;" de allí lo llevaban á enterrar. Junto al cuerpo, en la bóveda, colocaban una moya llena de chicha, sus armas, y en las manos una tiradera de oro en recuerdo de la que arrojó Bochica desde el Arco Iris, al formar el salto.

E yá cubiertos de terrena capa
Encima de aquel lecho poderoso,
Ponen á las mujeres desdichadas,
De las que más quería tres ó cuatro,

O más ó menos, que sepultan vivas,
Cubriéndolas con otra lechigada,
Encima de la cual van los esclavos
Que mejor le servían, también vivos
Sobre los cuales cae la postrera
Capa de tierra (2).

Al indiscreto que revelaba el lugar en que se hallaba enterrado el Zipa, lo mataban á azotes ó lo flechaban, premiando al hábil tirador que le atravesara el corazón ó uno de los ojos (3).

El pueblo guardaba luto por espacio de quince á veinte días. Durante este tiempo vestían mantas coloradas, se embijaban el rostro y los cabellos, ahogaban la pena con cantidad de vino de su grano, haciendo suntuosas borracheras, y cantaban en voz alta ensalzando las virtudes del Zipa y encomiando los hechos gloriosos de su reinado.

Iguales leyes y costumbres semejantes observaban en la corte del Tunja y en la del Sogamoso. El primero de éstos era el más rico de todos. Cuando llegaron los españoles ocupaba el trono de los descendientes del Ramiriquí, el más absoluto de los monarcas chibchas. Pronto en el castigo, y sobre todo en ahorcar (4), era el terror de sus súbditos. La horca de que hacía uso consistía en un alto madero hacia cuyo extremo superior tenía un hueco por el cual pasaban la cabeza de la víctima dejando colgar el cuerpo.

Al Sugamuxi le obedecían ciegamente, y su influencia en el orden moral se extendía aun á muchas de las parcialidades de los otros dos reinos. Este gobierno teocrático no era, como los demás, hereditario. El nombramiento se hacía por elección. Para ello juntábanse los Caciques de Busbanzá, Gámeza, Pesca y Tosca, quienes debían dar su voto por uno de los Capitanes de Tobaza y Firavitoba, alternativamente. En caso de desacuerdo entre dos candidatos, tocaba al Tundama decidir. En alguna oca-

(1) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 288.
(2) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. I, Canto I.
(3) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 414.
(4) Id. íd., pág. 253.

sus invocaciones," que no tuvieron efecto por haber puesto enfrente un crucifijo.

Los Patías, las tribus cercanas á la ciudad de Antioquia, los Catios (1) (aunque le tenían por malo), y los Armas, también le pedían consejo. A estos últimos se les presentaba en figura de indio "con los ojos alborotados." No tenían templo para su culto, ni casa especial, sino un departamento reservado en los bohíos de sus jefes. Los Pozos lo llamaban Xircama, y lo invocaban en medio de la oscuridad. También se les aparecía frecuentemente metido entre el cuerpo de sus ídolos. Los Paeces "adoran en el diablo y píntanlo como lo ven cuando habla con ellos" (2).

En las puertas de las casas de los Buriticaes, sobre grandes tablas, se veían esculpidas la figura del Demonio y otras de grandes gatos (3).

La Cacica Gaditana (Timaná) consultaba al Demonio en su santuario, y éste le dictaba sus respuestas en un idioma equívoco (4). Los Colimas, aunque sabían que era un espíritu malo, lo consultaban y se envenenaban con yerbas cuando él lo exigía.

En algunos puntos el príncipe de las tinieblas exigia de sus fieles una obediencia ciega á sus mandatos y á sus menores deseos, desechando y aun devolviendo á cada individuo las alhajas que le ofrecía; en otras partes aceptaba las ofrendas de oro. Yá hemos visto cómo sacaron los conquistadores en el Sinú riquísimos presentes contenidos en vasijas de barro. Uricoechea nos da la descripción de uno de estos receptáculos encontrado lleno de oro en Neira (cerca de Salamina, Antioquia). Hacemos observar que la vasija que trae la obra del doctor Zerda y la yá citada de Uricoechea están acurrucadas, con los brazos descansando sobre las rodillas y las manos sobre el pecho, como en actitud de aguardar las ofrendas.

En muchos puntos no se contentaba el Demonio con la obediencia pasiva de sus súbditos, ni con las ofrendas de oro, ni con los sahumerios de plantas aromáticas (5), y la sangre humana derramada en su loor regó más de una vez nuestro hermoso suelo. Los más crueles de los indígenas fueron los indios de las costas, los de las márgenes del Cauca y algunos de los que habitaban en los Llanos. Había localidades en que engordaban los prisioneros de guerra para sacrificarlos. Los Quimbayas tenían días fijados para esto; otros eran tan sedientos de sangre humana como la infernal criatura á quien servían. A este número pertenecían los Pozos, los Armas, los Paucuras, los Picaras y los Carrapas.

---

[1] Llaman al Demonio *Ounicuba*, que quiere decir *malo*. A Dios lo llaman *Arba*, que quiere decir *bueno*. (Castellanos, P. III. *Historia de Antioquia*. Introducción).
[2] *Colección Muñoz*, T. LXXXII.
[3] Cieza de León, folio 36.
[4] Castellanos, P. III. *Elegía á Benalcázar*.
(5) Los Armas quemaban yerbas maduras en incensarios hechos de barro.

Los Armas hacían fortalezas de guaduas alineadas de veinte en veinte, formando calles; sobre éstas tendían otras á manera de tablado, por donde subían por medio de escaleras. De ahí colgaban muchos lazos de cabuya, de distintos tamaños, los había hasta de cuarenta brazas, á los cuales colgaban las víctimas, atándolas por debajo de los brazos hasta que exhalaban el último suspiro. En otras ocasiones les arrancaban el corazón cuando aun estaban vivas y suspendidas á la cuerda.

Es natural que casi todas las tribus fuesen muy supersticiosas, no teniendo más religión que la que les inspiraba el Demonio, ni más creencias que las que éste les sugería. Se comprende igualmente el ascendiente que sobre el vulgo ejercían los ministros de aquel culto, los mohanes (1), que transmitían su voluntad, y que, por decirlo así, eran sus voceros. Era muy común, sobre todo en la costa, que un solo individuo fuera médico, sacerdote y hechicero. El poder del mohán en muchas ocasiones era superior al de los caciques y jefes, aun cuando éstos á veces eran dueños de vidas y haciendas. En cambio el mohán, intérprete directo de Satanás, tenía encadenadas á su voluntad aquellas almas supersticiosas.

A los ojos del jefe civil podían ocultar mil actos que temían siempre fuesen descubiertos por el mohán. Este último adivinaba los resultados de una empresa cualquiera, de una guerra, por ejemplo; él solo podía prever y evitarles los acontecimientos funestos de la existencia; el espíritu de las tinieblas recibía por su mano las ofrendas que podían calmarle y desviar de su sino las calamidades de la vida. Hasta cierto punto disponía de la felicidad, y con esto tenía subyugadas las voluntades de los pueblos. Si esto acontecía en lo moral, no menos sucedía en lo físico. Siendo casi todos los mohanes herbolarios, y consistiendo su principal precepto médico en que las enfermedades eran producidas por espíritus maléficos que se apoderaban del cuerpo humano, ¿quién, sino ellos, en comunicación constante con el príncipe de los espíritus, podía curarlos? Entonces, ¿quién tenía mayor poder, el capitán dueño de vidas y haciendas, ó el mohán que disponía de la dicha ó desgracia de los hombres? ¿El déspota que con una palabra podía quitar la vida á un hombre, ó el sacerdote que fijaba la suerte de los individuos en este mundo; que podía dejar al hado inclemente soplar sobre ellos la desgracia, ú oponer por medio de ofrendas una barrera al torrente de males que pudiera desencadenarse? Los mohanes eran semidioses, á nadie tocaba escrutar su vida y nadie se hubiera atrevido á atentar á sus días. Dotados de un maléfico poder, tomaban formas de animales ó se transfiguraban en seres espantosos.

No queremos investigar hasta qué punto eran ciertas las prediccio-

(1) En los Llanos llamaban al mohán *piachi* y *alabuqui*.

sus invocaciones," que no tuvieron efecto por haber puesto enfrente un crucifijo.

Los Patías, las tribus cercanas á la ciudad de Antioquia, los Catios (1) (aunque le tenían por malo), y los Armas, también le pedían consejo. A estos últimos se les presentaba en figura de indio "con los ojos alborotados." No tenían templo para su culto, ni casa especial, sino un departamento reservado en los bohíos de sus jefes. Los Pozos lo llamaban Xircama, y lo invocaban en medio de la oscuridad. También se les aparecía frecuentemente metido entre el cuerpo de sus ídolos. Los Paeces "adoran en el diablo y píntanlo como lo ven cuando habla con ellos" (2).

En las puertas de las casas de los Buriticaes, sobre grandes tablas, se veían esculpidas la figura del Demonio y otras de grandes gatos (3).

La Cacica Gaditana (Timaná) consultaba al Demonio en su santuario, y éste le dictaba sus respuestas en un idioma equívoco (4). Los Colimas, aunque sabían que era un espíritu malo, lo consultaban y se envenenaban con yerbas cuando él lo exigía.

En algunos puntos el príncipe de las tinieblas exigía de sus fieles una obediencia ciega á sus mandatos y á sus menores deseos, desechando y aun devolviendo á cada individuo las alhajas que le ofrecía; en otras partes aceptaba las ofrendas de oro. Yá hemos visto cómo sacaron los conquistadores en el Sinú riquísimos presentes contenidos en vasijas de barro. Uricoechea nos da la descripción de uno de estos receptáculos encontrado lleno de oro en Neira (cerca de Salamina, Antioquia). Hacemos observar que la vasija que trae la obra del doctor Zerda y la yá citada de Uricoechea están acurrucadas, con los brazos descansando sobre las rodillas y las manos sobre el pecho, como en actitud de aguardar las ofrendas.

En muchos puntos no se contentaba el Demonio con la obediencia pasiva de sus súbditos, ni con las ofrendas de oro, ni con los sahumerios de plantas aromáticas (5), y la sangre humana derramada en su loor regó más de una vez nuestro hermoso suelo. Los más crueles de los indígenas fueron los indios de las costas, los de las márgenes del Cauca y algunos de los que habitaban en los Llanos. Había localidades en que engordaban los prisioneros de guerra para sacrificarlos. Los Quimbayas tenían días fijados para esto; otros eran tan sedientos de sangre humana como la infernal criatura á quien servían. A este número pertenecían los Pozos, los Armas, los Paucuras, los Picaras y los Carrapas.

---

[1] Llaman al Demonio *Cunicuba*, que quiere decir *malo*. A Dios lo llaman *Arba*, que quiere decir *bueno*. (Castellanos, P. III. *Historia de Antioquia*. Introducción).
[2] *Colección Muñoz*, T. LXXXII.
[3] Cieza de León, folio 36.
[4] Castellanos, P. III. *Elegía á Benalcázar*.
(5) Los Armas quemaban yerbas maduras en incensarios hechos de barro.

Los Armas hacían fortalezas de guaduas alineadas de veinte en veinte, formando calles; sobre éstas tendían otras á manera de tablado, por donde subían por medio de escaleras. De ahí colgaban muchos lazos de cabuya, de distintos tamaños, los había hasta de cuarenta brazas, á los cuales colgaban las víctimas, atándolas por debajo de los brazos hasta que exhalaban el último suspiro. En otras ocasiones les arrancaban el corazón cuando aun estaban vivas y suspendidas á la cuerda.

Es natural que casi todas las tribus fuesen muy supersticiosas, no teniendo más religión que la que les inspiraba el Demonio, ni más creencias que las que éste les sugería. Se comprende igualmente el ascendiente que sobre el vulgo ejercían los ministros de aquel culto, los mohanes (1), que transmitían su voluntad, y que, por decirlo así, eran sus voceros. Era muy común, sobre todo en la costa, que un solo individuo fuera médico, sacerdote y hechicero. El poder del mohán en muchas ocasiones era superior al de los caciques y jefes, aun cuando éstos á veces eran dueños de vidas y haciendas. En cambio el mohán, intérprete directo de Satanás, tenía encadenadas á su voluntad aquellas almas supersticiosas.

A los ojos del jefe civil podían ocultar mil actos que temían siempre fuesen descubiertos por el mohán. Este último adivinaba los resultados de una empresa cualquiera, de una guerra, por ejemplo; él solo podía prever y evitarles los acontecimientos funestos de la existencia; el espíritu de las tinieblas recibía por su mano las ofrendas que podían calmarle y desviar de su sino las calamidades de la vida. Hasta cierto punto disponía de la felicidad, y con esto tenía subyugadas las voluntades de los pueblos. Si esto acontecía en lo moral, no menos sucedía en lo físico. Siendo casi todos los mohanes herbolarios, y consistiendo su principal precepto médico en que las enfermedades eran producidas por espíritus maléficos que se apoderaban del cuerpo humano, ¿quién, sino ellos, en comunicación constante con el príncipe de los espíritus, podía curarlos? Entonces, ¿quién tenía mayor poder, el capitán dueño de vidas y haciendas, ó el mohán que disponía de la dicha ó desgracia de los hombres? ¿El déspota que con una palabra podía quitar la vida á un hombre, ó el sacerdote que fijaba la suerte de los individuos en este mundo; que podía dejar al hado inclemente soplar sobre ellos la desgracia, ú oponer por medio de ofrendas una barrera al torrente de males que pudiera desencadenarse? Los mohanes eran semidioses, á nadie tocaba escrutar su vida y nadie se hubiera atrevido á atentar á sus días. Dotados de un maléfico poder, tomaban formas de animales ó se transfiguraban en seres espantosos.

No queremos investigar hasta qué punto eran ciertas las prediccio-

(1) En los Llanos llamaban al mohán *piachi* y *alabuqui*.

Leyes severas castigaban los crímenes y las faltas graves, especialmente el adulterio. Los Urabaes, aun cuando en nada estimaban la virtud de la que elegían por esposa, pues la escogían de preferencia entre las rameras, daban muerte á los culpables de adulterio; lo mismo los Cunas: si la mujer probaba que había sido forzada, la quemaban viva (1). Los Catíos cedían al esposo ofendido el cuidado de su venganza (2). Los Chipataes daban de beber á los acusados una infusión de hojas de borrachero; y si durante la embriaguez causada por esta bebida se veía en ellos señales de deshonestidad, les daban en el mismo instante la muerte. Si nó, les hacían volver en sí con el jugo de otra yerba. Entre los Muzos, el marido ultrajado rompía las vasijas de barro y de madera que servían para los usos domésticos; la infiel esposa debía fabricarlos de nuevo, en el monte, donde permanecía aislada por espacio de un mes. Su marido entonces la reintegraba al hogar, arrastrándola del cabello y dándole de puntapiés. En otras ocasiones el hombre se flechaba y sus parientes colocaban el cadáver sobre las rodillas de la adúltera; allí tenía que conservarlo por espacio de tres días, sin que se le permitiera tomar más alimento que un poco de chicha. El cadáver, disecado á fuego lento, era colocado con sus armas sobre una barbacoa y enterrado al completar el año. La mujer, arrojada del cercado y de la población, debía labrar la tierra para buscar su sustento, siendo prohibido pasarle los alimentos. Después del entierro volvía á su casa y le daban nuevo marido (3). Había tribus donde acostumbraban dar ají á la mujer adúltera. Si confesaba su crimen, le daban agua para calmar el ardor y la condenaban á muerte. Si resultaba inocente, la obsequiaban con una gran fiesta. La mujer adúltera entre los Caribes recibía muerte en público de manos del pueblo.

Al hombre que quitaba la virginidad á una doncella, le introducían los Cunas en la uretra una varilla con espinas, le daban diez ó más vueltas y lo dejaban que se curara, si podía.

El pecado nefando, tan frecuente entre algunas de las tribus de las costas, era castigado con la muerte (4). Los Catíos le tenían reservadas penas severas (5), y los Laches descuartizaban al culpable, mandando colgar, como escarmiento, uno de sus miembros en cada capitanía.

El culpable de homicidio sufría la pena capital. Algunas veces correspondía al Capitán perseguir al asesino; otras, como sucedía entre los Mu-

(1) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 41.
(2) Castellanos, P. III, *Historia de Antioquia. Introducción.*
(3) Piedrahita, pág. 199.
(4) Los habitantes de Santa Marta y sus alrededores eran muy dados á este vicio y tenían en sus templos muchas figuras que lo recordaban. (Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 615). Oviedo dice haber fundido un dije de oro que llevaba un indio al cuello, en el cual representaban este pecado. El Padre Julián dice lo mismo.
(5) Castellanos, pág. III. *Historia de Antioquia. Introducción.*

zos, los parientes de la víctima se reservaban el derecho de infligir el castigo. Los Guanes flechaban al ladrón, y el tirador que con su flecha le hiriera en un ojo ó en la boca, recibía como recompensa, de manos del Cacique, una rica manta. Los Cunas daban muerte al ladrón y á los falsos testigos.

La pereza, tan frecuentemente acariciada por los indios, era castigada por los Guanes.

Para saber si un joven, una doncella ó un esclavo eran activos, los embriagaban con agua de borrachero. Si acudían á sus flechas ó á la piedra de moler, se les reconocía como gente laboriosa. Si el esclavo corría hacia la puerta, lo consideraban como fugitivo, y como tál lo castigaban. En esta misma tribu usaban de demasiado rigor con los niños desobedientes y con los muchachos traviesos: echábanles en los ojos jugo de ají ó de pimiento. Generalmente los jefes ó los mohanes dictaban las sentencias, y sus juicios eran inapelables.

Los grandes señores llamados Caciques por los Caribes, Quibis entre las tribus del Istmo, Acaimas por los Laches, etc., se distinguían siempre de sus súbditos por las alhajas que llevaban, por un lujo más ó menos exagerado en el vestir, en el modo de construír sus cercados, en el número de esclavos y gentes de servicio, etc. El Quibi Cateba sólo llevaba como distintivo del puesto que ocupaba una hoja grande que, á manera de paraguas, le protegía contra las lluvias y los rayos del sol.

No todos los señores eran tan modestos ni tan pobres. La Cacica del Zenú poseía un soberbio cercado muy adornado y con gran lujo en oro, esclavos y doncellas. El suelo de sus habitaciones estaba cubierto de fino esparto. Dormía en una hamaca de delicado tejido y ricamente pintada: á ella subía poniendo sus desnudos pies sobre las espaldas de dos de sus más hermosas doncellas que, acostadas boca abajo, le servían de escabel (1). Nabonuco hacía uso de un lecho fácil de transportar. En sus viajes llevaba dos mujeres que, acostadas desnudas, le servían de colchón y una tercera de almohada (2). Nutibara salía en andas tachonadas de oro; cuando visitaba oficialmente á sus vasallos, iba escoltado por un escuadrón de indios armados (3).

A su muerte los Caciques eran sepultados en grandes bóvedas. Sus mujeres más queridas y sus sirvientes más fieles, narcotizados con el jugo de una planta, le acompañaban en la tumba (4). A Finzenú traían yá embalsamados los cadáveres de los Caciques de Zenufana y Panzenú. Allí,

(1) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 87.
(2) Cieza de León, pág. 29. Cuando los españoles lo encontraron llevaba de la mano á otra mujer, cuyas carnes estaban destinadas para la cena de esa noche.
(3) Castellanos, pág. III. *Historia de Cartagena*, Libro V.
(4) Uricoechea.

en un hoyo cuadrado abierto en la falda de una colina, los colocaban en compañía de sus mujeres y sirvientes, con sus armas y provisiones para la otra vida. Al lado del cadáver de la Cacica ponían las múcuras, las piedras de moler y las cazuelas. El todo lo cubrían con tierra bermeja que traían de un monte lejano, y encima sembraban un obo ó una ceiba (1).

Los Nores no tenían la cruel costumbre de enterrar vivas á las esposas del Cacique. Transcurridos los días de llanto público y de luto, les cortaban el cabello y daban muerte á las favoritas, cuyos cadáveres les acompañaban en la tumba. Los sepultaban en una bóveda de losas bien labradas con la entrada hacia el Oriente y construída en las faldas de una colina (2).

La última morada de los jefes de los Buriticaes la cavaban en un patio cerca de la casa, en una bóveda, también con la entrada hacia el Oriente. Acompañaban al cadáver las esposas del difunto, sus sirvientes, riquezas, armas y provisiones. Los Pozos tenían la misma costumbre y enterraban á sus Caciques bien atalayados de chagualetas, etc.

Otras tribus acostumbraban sepultar á sus capitanes ya en un hoyo profundo, en campo abierto, al pie de un árbol frondoso (Cunas), ya en bohíos preparadas para el efecto, ya en hoyos coronados por colinas artificiales. A unos los enterraban con sus mejores alhajas, aderezados como para un día de fiesta, á otros les ponían esmeraldas en los ojos, en la boca y en el ombligo (3).

De mucho sirvió á los españoles para conquistar este rico suelo la manera como estaban gobernados los indios. Aquellos conquistadores que como Balboa, á un valor sin límites unieron una sabia política, poniendo en práctica la *famosa* máxima de dividir para reinar, fueron siempre los más afortunados. En sus frecuentes guerras casi nunca los cronistas nos dan cuenta del número de aliados indígenas que peleaban á la sombra del estandarte de Castilla; éstos, sin embargo, eran numerosos en todos los encuentros. Divididos en muchas fracciones, gobernada cada una por un jefe absoluto, sedientos todos de mando y ambiciosos de poder, las guerras entre vecinos ocurrían constantemente. Eran tan enconados sus odios, que más bien ayudaron al invasor castellano á la destrucción de los unos por los otros, que propender á una alianza general contra el enemigo común. No fueron las armas españolas, el terror á los caballos y la ciega superstición, los principales elementos con que contaron los conquistadores para dar en tierra con una raza tan valiente y fuerte, tan numerosa y aguerrida, como la raza americana; su arma principal fue el odio ciego

(1) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 97.
(2) Cieza de León, f. 29.
(3) Fr Pedro Simón, T. II, pág. 422.

que unas por otras profesaban las diversas tribus encabezadas por esos tiranuelos de familia, déspotas absolutos, dueños de vidas y haciendas. El sistema de gobierno de los primeros habitantes de Tierra-Firme fue la causa primordial de su completo aniquilamiento.

CAPITULO VIII

FIESTAS INDIGENAS

El termómetro admitido por los sabios modernos para medir el grado de civilización de las naciones, es unas veces el consumo que en ellas se hace de ácido sulfúrico; otras la cantidad de hierro empleada, ó bien la extensión de las vías férreas que surcan su territorio. De muy distinto modo deberá juzgarse del adelanto de los antiguos pueblos. El estudio de sus creencias, de su sistema de gobierno y del modo de hacer sus fiestas, es el mejor termómetro para medir su mayor ó menor cultura. Basta á un fino observador asistir á un baile, para conocer muy á fondo el círculo social entre el cual se halla; igualmente, con una descripción bien detallada de las fiestas de un pueblo, podríamos indicar el puesto que le corresponde en la escala del progreso. Por desgracia no tenemos nada bien completo acerca de los indígenas para sacar de una vez deducciones positivas.

Triste es confesarlo, pero el solo nombre de *borracheras* dado por todos los cronistas á las fiestas de los indios, nos hace formar anticipadamente un juicio poco favorable. El licor era la base fundamental de todo regocijo. La chicha, ya la hiciesen de maíz, ya de casabe, de jugo de palma ó de frutas, era elemento indispensable. Terminado el licor, acababa la función. ¿Qué puesto, pues, daremos á los habitantes de nuestro suelo en medio de las demás naciones bárbaras? ¿Cuál les corresponderá, si agregamos que las tribus, la mayor parte caníbales, aprovechaban esta ocasión para regalar sus estómagos con la carne de sus prisioneros y frecuentemente con la de sus propios hijos? Chicha y sangre: hé aquí los principales elementos de sus festividades.

No se cita una sola tribu que en las grandes solemnidades no se reuniera al rededor de las moyas rebosantes del fermentado licor, dando rienda suelta á sus estúpidas pasiones. Sin respetar mujeres, ni jerarquías, ni leyes; cantando, bailando, disputando, tomando venganza de pasadas ofensas, hasta rodar insensibles por el desnudo suelo empapado de chicha. Al despertar, aturdidos aún y jadeantes, volvían con pesada voz á pedir más licor, y así continuaban mientras éste duraba. Jamás Hoffmann, en los delirios de su ardiente imaginación, llegó á pintar nada que pudiera compararse á estas desbordadas orgías. Imagínese el lector el fantástico

cuadro que formaría aquella turba de hombres casi desnudos, el cuerpo surcado por abigarrados dibujos de bija ú ocre, sin más adorno que gorros de plumas y chagualas de oro, entregados los unos á báquicas danzas, cantando otros con ronca voz al compás de una música discordante, tendidos algunos en el suelo, y ponga estas y otras muchas escenas repugnantes en medio de una atmósfera apestada de humo de tabaco, de ácido carbónico y de nauseabundo olor de chicha.

Con las libaciones repetidas se desarrollaba la sed de sangre. Los prisioneros de guerra eran conducidos ante la desenfrenada multitud y rendían la vida en medio de refinados tormentos. Su sangre, bebida con avidez, y sus crudas carnes, servían de pasto á esos desgraciados. En ocasiones sacrificaban las vidas humanas por la sola satisfacción de gozar con sus sufrimientos y su lenta agonía.

No eran, pues, la cultura y el buen tono sino los vicios más abominables y degradantes y los más atroces crímenes los que presidían á sus fiestas. Mientras ellas duraban se prescindía por completo de las leyes, y aquellas faltas que en época ordinaria se purgaban con la vida, eran no sólo toleradas sino autorizadas. El Cacique se rebajaba al nivel de sus súbditos; ante la chicha todos eran iguales. La vida y las esposas del prójimo las consideraban allí como juguetes. Después de la fiesta todo se olvidaba. Cometiendo cada cual sus crímenes, ¿quién castigaba? ¿Quién podía arrojar la primera piedra?

La nación chibcha, la más humanitaria de todas, no había excluído de su vida pública las borracheras con todo su indispensable acompañamiento de sangre vertida y desenfreno de pasiones. La afición á la chicha se ha conservado entre los habitantes de aquella antes numerosa nación, á tal punto, que no vacilamos en asegurar que ha sido esta perniciosa bebida una de las causas principales de su degradación y embrutecimiento.

Los Chibchas tenían un dios—Nemcatacoa—que presidía á las borracheras y al cual sólo satisfacían ofrendándole chicha.

Tenían fiestas religiosas. La principal se celebraba en Febrero en conmemoración de la venida de Bochica. Esta consistía en procesiones, semejantes á rogativas, lo mismo que las que hacían en momentos de cosecha. La víspera, todos aquellos que debían asistir á la función se lavaban y muy temprano salían á reunirse á las puertas del cercado del Cacique, en la ancha calzada que se levantaba al frente (éstas tenían por lo menos media legua de longitud). Adelante salían los Jeques luciendo coronas de oro en forma de mitras y seguidos por una multitud de hombres pintados con bija y jagua, con máscaras en que resaltaban gruesas lágrimas. Imploraban en voz alta á Bochica, al sol y á sus deidades favoritas, pidiéndoles conservaran los días del Cacique y les concedieran el

favor que solicitaban. A este grupo y á alguna distancia le seguía otro gritando y bailando, dando gracias y felicitándose por creer que yá se le había concedido lo que pedía.

Un tercer grupo con máscaras de oro, disfrazados con pieles de animales, cubierta la cabeza con ricas diademas lucientes, de vistosa plumería, barrían con sus mantas el suelo para que con más facilidad bailaran los que lo seguían. Detrás venían otros, cubiertos con ricas joyas, patenas, medias lunas, petos, brazales y coronas fabricadas con canutillos de oro, bailando y cantando al són de *chuches* y flautas, de fotutos y tamboriles y de caracoles marinos guarnecidos de oro (1). Seguían á éstos otros muchos con diversos atavíos que variaban en cada fiesta, como en los modernos carnavales. A las capitales de los tres reinos de Bogotá, Tunja y Sogamoso, acudía tal muchedumbre de indios, que no era rara la procesión que contara en su desfile más de diez mil figurantes. El Cacique cerraba la marcha; acompañábanle las gentes del servicio y de la corte, luciendo todas sus mejores alhajas. La fiesta terminaba con carreras á pie y premiación de los más ágiles y afortunados, y luégo con una borrachera general. Además de la gran fiesta de Febrero tenían otra en Mayo y otra en Septiembre, en que los jóvenes corrían por los cerros recibiendo premios de manos del Cacique.

La fiesta que hacían los Caciques cuando se acababa la construcción de sus cercados, no difería mucho de la anteriormente descrita, según cuenta Castellanos (2). Dada la última mano á la calzada que hacía frente á la puerta principal, comenzaban los regocijos que "celebraban—con muchos entremeses, juegos, danzas,—al són de sus agrestes caramillos—y rústicas cicutas y zampoñas,—cada cual ostentando sus riquezas—con ornamentos de plumajería—y pieles de diversos animales;—muchos con diademas de oro fino—y aquellas medias lunas que acostumbran (3).—E ya cuando llegaban al remate (de la calzada)—hacían á sus ídolos ofrendas;—no sin humana sangre hartas veces."

Estos sacrificios eran semejantes á los que acostumbraban en honor de sus dioses y de que hablámos cuando tratámos de la religión chibcha. Consistían en flechar un esclavo y ofrendar su sangre. Una borrachera ponía fin á la jornada.

Los arrastres de madera eran también pretexto para fiestas, como lo eran los entierros. Todos prestaban su concurso, pero los interesados tenían que hacer el gasto de la chicha. Como en las otras ocasiones allí,

"Van muy empenachados y compuestos—con grandes medias lunas

[1] Estos caracoles, que en cambio de mantas y sales venían de tribu en tribu desde la Costa, eran tenidos en grande estima.

(2) *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. I, C. II.

(3) Se las ponían en la frente con las puntas para arriba.

en la frente—que de buen oro tienen apariencia;—y en seguimiento suyo van mujeres—con cantidad de múcuras de vino—que llevan dondequiera que se mueven" (1).

Aquí se nos ocurre una reflexión. Siempre que tratan de las medias lunas que tenían en uso los Chibchas, nos dicen los cronistas que eran de un color pálido, mientras que al describirnos las patenas las pintan como de buen oro. Estas últimas eran, no nos queda duda, representación del sol, cuyo globo vemos de un color más encendido. Los indios, al hacer estos objetos, los diferenciaban no sólo en la forma sino en el color, que correspondía al mayor ó menor brillo del astro que representaban.

En los arrastres de madera todos sus movimientos eran acompañados por cantos especiales. Llegando á cierto período, daban el empuje, consiguiendo así la uniformidad.

El advenimiento de los jefes, los días de matrimonio, el de ofrendas particulares, etc., eran pretextos para borracheras. Cantaban composiciones de circunstancia en que referían los grandes hechos pasados, vituperando ó ensalzando á las personas á quienes se dirigían.

El día del advenimiento se encerraban en el cercado los principales señores, los capitanes y cortesanos á beber chicha y á bailar.

Danzaban generalmente en círculo, asidos de las manos é imitando el paso de algún animal. En la puerta colocaban dos indios en pie. Estos infelices tenían que permanecer allí desnudos, sin comer ni beber, tocando flauta y cubiertos por una red, por espacio de dos días. Los dos centinelas prisioneros en la red, tañendo tristemente las flautillas, hacían contraste en medio del cuadro alegre y animado cuya exaltación subía por momentos con las frecuentes libaciones. A medida que la música y la algazara aumentaban en los aposentos del Cacique, los esclavos, colocados á sus puertas, sacaban de los instrumentos sonidos más débiles y melancólicos, atenuados por el hambre y el cansancio. En esto se encerraba una idea filosófica. En medio de la orgía los indios presos como avecillas, y como ellas lanzando tristes gemidos, debían recordar á sus amos que no lejos de su cercado velaba la muerte que más ó menos tarde había de cogerlos en sus redes.

Terminada la chicha, hacían apuestas de corridas, muchas veces hasta de cuatro leguas. Al que primero llegaba le ponía el Cacique una manta cuyo extremo inferior quedaba arrastrando, privilegio especial á muy pocos concedido. Fuera de esto le regalaban otras cinco; otras tantas al segundo que llegaba, cuatro al que le seguía, y así disminuían hasta regalar al sexto una sola manta. Muchos, más deseosos de honra que de vida, caían muertos en la carrera.

(1) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. I, C. I.

En las demás tribus las fiestas eran muy semejantes á las arriba descritas, con la diferencia de que entre muchas de ellas escogían este día para sus abominables cenas de carne humana.

Un amigo nos decía en Panamá que entre aquellos recuerdos que, á manera de pesadilla, vienen frecuentemente á asediar nuestra imaginación, ninguno se había grabado en la suya con colores más indelebles, como el de un baile entre los indios Payas, último vástago de la belicosa nación de los Cunas. Cuando él vio los antes pacíficos hijos de la selva transformados en una turba de demonios gesticulando y amenazando, dando brincos y lanzando gritos desgarradores, insultándose unos á otros y apurando con fiebre la totuma de chicha en medio de una infernal algarabía formada por fotutos, atambores, pitos y flautas,—sobrecogido de un terror pánico se retiró de allí. Y todavía recordaba con horror esas facciones diabólicas, esas figuras que, como espejos, reflejaban las pasiones y los vicios, esos cuerpos desequilibrados, esas escenas, en fin, que se desarrollaban entre las paredes de madera de la casa del Cacique, en una atmósfera viciada por el olor de la chicha, del tabaco que prendían en braseros colocados al pie de los cantores, y del sudor que despedían, en sus movimientos casi convulsivos, los embijados cuerpos de los últimos descendientes de los Cunas (1). Estos indios ponían una totuma especial para el Demonio. ¡ Cómo no había de asistir el príncipe del mal á esas reuniones en que el hombre, degradado al nivel del bruto, satisfacía sin esfuerzo alguno todos sus caprichos! Si pudiéramos personificarle, le colocaríamos en un rincón contemplando satisfecho y aprobando con sonrisa mefistofélica las asquerosas escenas que se desarrollaban en su presencia. Generalmente bailaban en círculo y con brincos que imitaban el paso de algún animal. También bailaban en filas.

Los indios, por lo general, no gustaban de que sus mujeres se embriagaran con ellos. Ellas presenciaban sus orgías, y cuando el licor había adelantado mucho sus efectos, los cuidaban. Los indios de Anserma y muchos otros, menos escrupulosos ó no tan celosos, se emborrachaban con sus mujeres (2).

Los Panches, los Laches, etc., acostumbraban durante sus fiestas entregarse á un juego bárbaro. Divididos en dos campos, hombres, mujeres y niños, combatían lanzándose flechas hasta triunfar una de las partes, quedando muchos heridos y algunos muertos.

Los Quimbayas, al principio de sus borracheras, se separaban en dos bandos, encabezado cada uno por un indio tocando tambor; las dos filas

(1) Véase el *Repertorio Colombiano*, números XI y XII. *Un viaje al Darién*, por Ernesto Restrepo T., pág. 390 y siguientes.

(2) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 327. Los Catios eran de los pocos indios no muy dados á la bebida. (El mismo, pág. 571).

formaban figuras caprichosas, bailando todos ellos. Cuando la chicha tocaba á su fin, gritaban: ¡Batatabatí! ¡batatabatí! (¡ea! ¡juguemos!). Este grito era como señal de combate. Se tiraban dardos y flechas, y terminada la fiesta sólo quedaban como testigos de ella algunos borrachos tendidos en el suelo empapado de sangre, rodeados de cadáveres de sus propios hermanos (1).

Los Giraras llevaban siempre sus armas y macanas á las bebezones, "porque de allí resultan sus pendencias" (2). Ocho días con sus noches gastaban en sus borracheras.

Para los Achaguas "el beber es su vivir, toda su felicidad y su gloria.... del beber se sustentan, de esto comen y de esto solo viven" (3). Su principal gala en estas ocasiones es el embijarse. Cuando se reúnen en casa de sus Caciques, son tales el alboroto y las pendencias, que "parece el caney un retrato del infierno."

"Este vicio es común á los Betoyes y á todas las tribus de los Llanos."

Pero para no alargar más nuestro relato dejaremos al lector el cuidado de deducir si los indios habían alcanzado un grado elevado de adelanto moral y si eran tan benévolos y humanos como generalmente nos los quieren representar.

CAPITULO IX

LA NIÑEZ ENTRE LOS INDÍGENAS

Muy robustos y fuertes, ágiles y de un temperamento de hierro, tenían que ser, como lo fueron, los indios que ocupaban toda la extensión de tierras que hoy forman la república de Colombia. El tratamiento que daban al niño desde que salía á luz hasta que llegaba á la época en que podía elegir una ó más esposas y ser el núcleo de un nuevo hogar, le fortalecía para resistir á los trabajos; daba á su cuerpo un temple especial que lo hacía inaccesible á las fatigas y lo endurecía contra las necesidades y los rigores de la naturaleza. Esos bárbaros, ya que no todos podían dictar su voluntad á una nación, dirigir un ejército, ó gobernar un caserío, se contentaban con ser déspotas en su propia casa; ya que obedecían ciegamente y doblaban humildes la cerviz ante los mandatos de un superior, al llegar á sus cercados, también querían tener á quien imponer sus caprichos y hacérselos ejecutar, por las vías de hecho si fuere preciso.

A la esposa y al hijo los consideraban como dos esclavos. Sólo el amo tenía derecho para mandar y ordenar; á ellos los miraba como máquinas

(1) Cieza de León, f. 42.
(2) Fr. Juan de Rivero, pág. 114.
(3) Fr. Juan de Rivero, pág. 108.

que se movían á su impulso. En parte alguna se vio un desapego igual, un manejo semejante, diré más, un instinto de cariño menos marcado del padre hacia sus hijos. En varias tribus los mataban cuando no necesitaban de más brazos ó por no tener un sér más á quien alimentar. Los Pozos y otros tenían hijos en sus esclavas para engordarlos en jaulas y regalarse con la carne de sus propias criaturas, para hartarse en sus diabólicos festines con la sangre de su sangre; otros mataban á las niñas, reservando unas pocas para la conservación de la especie.

Los conquistadores, y más tarde los viajeros, se admiraban de que entre los habitantes de nuestro suelo no se veía un solo jorobado, ni personas contrahechas. A la vida á la intemperie, al aire puro de las cordilleras, á la contemplación permanente de la naturaleza, toda ella tan perfecta, atribuían este fenómeno. Mas no era así. Las desnaturalizadas madres, tal vez perseguidas por las supersticiosas ideas que el Demonio les sugería por boca de los mohanes, se encargaban de conservar la raza en toda su belleza. Cuando nacía el niño, fruto de su amor y engendro de su sér, si tenía alguna imperfección, lo condenaban á muerte. Lo enterraban vivo en un hoyo bastante capaz, acostado en la misma hamaca que habían tejido antes de su nacimiento para cuidar sus días. Encima de la fosa ponían un entablado, y el todo lo cubrían con tierra. La totuma de chicha colocada á su lado para la otra vida, de nada le servía en ésta. La infeliz criatura apenas abría por un momento los ojos á la luz para morir de hambre y desesperación en un hoyo oscuro. Hacía poco había respirado por primera vez, saliendo llena de vida del seno de su madre, y yá la condenaban á expirar en las entrañas de la tierra. Y todo esto para purgar el crimen de no haber nacido perfecta. Así, los hijos pagaban frecuentemente las faltas de sus padres.

Después de la conquista los misioneros tuvieron que luchar grandemente contra esta infame costumbre. En el Darién conocimos varias mujeres que habían enterrado vivos á sus hijos, por haber nacido éstos deformes ó por tener en su sangre mezcla de blanco ó de negro. Recordamos las amenazas hechas á una de éstas, ya encinta, que con mucha naturalidad nos decía que al nacer el niño lo enterraría, porque habiéndola abandonado su esposo, no sabía cómo mantenerlo (1). La misma suerte corrían las hijas de los Betoyes. Sus propias madres, para evitarles las duras tareas, patrimonio de su sexo, las enterraban vivas (2). Lo mismo hacían los Panches, quienes mataban á todas los hembras hasta que naciera varón. (Piedrahita). Los Chibchas, cuando tenían gemelos,

(1) Lo mismo hacían los Coyaimas, los Pijaos y los Panches, según refiere Piedrahita.

(2) Padre Juan Rivero, pág. 345.

daban muerte al último que nacía, pues lo consideraban como hijo de una excesiva lujuria (1).

La futura madre poco se cuidaba, aun en los últimos días que precedían al parto, ya fuera que aguardara ese momento con estoicismo é ignorara las malas consecuencias que podía tener el seguir en sus duras faenas, ya que su esposo la obligara á ello, ó ya, en fin, que en esto no llevara más reglas que las de la naturaleza, observando á los demás animales. Sea lo que fuere, la infeliz hasta última hora molía el maíz y cargaba con las provisiones del marido cuando éste iba á la caza y á la guerra. Las mujeres chibchas se encomendaban á Cunchaviva, á quien ofrecían sus alhajas de oro. Daban á luz, y unas veces solas, otras apoyadas en el brazo de una compañera, iban á bañarse y á lavar á la criatura (2). Del río volvían á sus quehaceres. En las tribus nómades del Llano la mujer que, durante una larga excursión, sentía que llegaba el lance de que tratamos, se retiraba de la tropa ambulante, daba á luz, corría á la fuente más cercana á bañarse con el niño, y volvía á incorporarse á los suyos (3). Otras más previsivas, cuando sentían los primeros dolores, se retiraban á orillas de los ríos.

Al niño, si era aceptado en el número de los vivos, le pintaban el cuerpo con el jugo negro de la fruta llamada jagua. Creemos que esto tendría por objeto preservar á la piel de los rayos del sol; conservar su delicadeza y su color al cutis. Los Airicos y los Giraras, cuando venía al mundo una niña, le rapaban las pestañas y en reemplazo le pintaban con jagua dos grandes semicírculos.

Envolvían al niño en una manta de algodón y lo colocaban en su hamaca, ó bien lo metían en la abertura que para este efecto hacían en el tronco de un árbol. Durante el primer mes los Cunas envolvían al niño en una cáscara de *macaw* rajada, de allí lo sacaba la madre para lavarlo con agua fría, envolverlo de nuevo y colocarlo en una hamaca pequeña. Las mujeres de las tribus nómades cargaban con la criatura desnuda, como acostumbran los cuadrumanos.

Los Chibchas eran más cuidadosos de sus hijos. Los envolvían en fino esparto, mezclándole un poco de algodón mojado con leche de la madre. En este estado los llevaban á orillas del más próximo río en compañía de seis buenos nadadores, los arrojaban al agua, y tras ellos zabullían de cabeza los seis acompañantes. Al volver á la superficie observaban

(1) En algunas tribus de los Llanos las mujeres eran muy crueles con sus hijos. Si nacían hembras, ó disformes, con frecuencia los mataban; si gemelos, mataban á uno. (Gumilla).

(2) Entre los Cunas una compañera llevaba á la mujer sobre sus espaldas, el niño en sus brazos, y lo lavaban entrambas.

(3) La mujer nómade daba á luz, envolvía á su hijo en las secundinas, alcanzaba á la tropa, y se bañaba con él en el primer río que encontraba. (Gumilla).

al niño; si había sido volcado por el oleaje, su porvenir debía ser muy desgraciado; el haberse mantenido con la cara hacia arriba, lo miraban como síntoma de felicidad futura. Después de este bautizo por inmersión, volvían á dar el vaticinio á los padres reunidos en el cercado con los amigos. Cada individuo allí presente le cortaba un mechoncito de pelo con un cuchillo de piedra ó de caña, hasta raparle la cabeza. Bañábanlo de nuevo, y la concurrencia se entregaba á la bebezón.

Los Salibas hacían á los niños, á los ocho días de nacidos, una "sangrienta transfixión," de resultas de la cual morían muchos (1).

No sólo la mujer no guardaba dieta después del parto, sino que en muchos puntos su esposo se acostaba luégo que nacía un niño, y se hacía cuidar por espacio de varios días. El indio betoye, quejumbroso y cariafligido, se tendía en su hamaca, y la mujer lo cuidaba con esmero, cual si hubiera salido de una grave enfermedad. Y así diz que lo hacían, porque si caminaba pisaba la cabeza de la criatura; si rajaba leña ó flechaba á los animales en el monte, le rajaba la cabeza ó atravesaba al niño (2). En una tribu de los Llanos el esposo colocaba á la mujer en un hoyo de su tamaño, y él permanecía por tres días, sin comer, tendido sobre uno de los costados, encima de una barbacoa. Naturalmente que terminada la dieta invitaba á sus parientes y amigos á una borrachera (3).

Los Chocoes y la mayor parte de las tribus de la Costa atlántica y de los Llanos apartaban de la cabecera de la criatura los malos espíritus, para que no le estorbasen en su desarrollo, ni empañasen su porvenir. El mohán se dirigía á casa del niño, cubierto con una piel de animal, llevando varios fetiches y un tambor sonoro. Cerraba las puertas del cercado, conjuraba los espíritus malignos, y con oraciones y súplicas los arrojaba de la casa gritando, dando brincos y pesados golpes sobre el atambor y produciendo él solo una algazara tal que parecía acompañado por los espíritus infernales. De tanto gritar y brincar caía exánime el mohán. Era esto síntoma de que yá los espíritus se habían alejado.

Los Natagaimas y Coyaimas, los Pijaos (4), los Panches (5), los Laches (6), los Motilones (7), los Quimbayas, los Caribes, etc., ponían la cabeza del niño, desde el nacimiento de la nariz para arriba, entre dos tablillas que amarraban sólidamente, desfigurando así, en poco tiempo, la forma del cráneo,

(1) Gumilla.
(2) Padre Juan Rivero, pág. 347
(3) Fr. Pedro Simón. T. II, pág. 414.
(4) Id., T. III, pág. 414.
(5) Piedrahita.
(6) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 224.
(7) Ancízar

De tal suerte, que hace la cabeza
Atravesado lomo por lo alto;
No por naturaleza, más por arte,
Entablándolas desde que son tiernas
Hasta que se endurecen de esta forma (1).

Los Chancos y lo mismo los Quimbayas les daban á los cráneos, desfigurándolos desde temprana edad con tablitas y ligaduras, la forma que querían; quedaban unos sin colodrillo, otros con la frente sumida, y otros alargados en la parte posterior (2).

Autores hay que niegan el hecho, diciendo que de esta manera no podía desarrollarse el individuo, y que desde su nacimiento se le condenaba á morir antes de llegar á la edad viril. No discutimos el punto científicamente, pero nos inclinamos ante la realidad. Castellanos, Cieza de León, Oviedo, Fr. Pedro Simón, aseguran haber visto, no algunos individuos, sino tribus enteras, en que los hombres tenían artificialmente achatados la frente y los parietales. Piedrahita, Herrera, Acosta y muchos más, refieren lo mismo. Uricoechea reproduce en su obra sobre antigüedades neogranadinas, cráneos deformados por el procedimiento descrito. Ancízar habla de cráneos hallados por él "con la frente comprimida y plana, alterados por medios mecánicos, pues las suturas laterales se veían alteradas en partes." Nosotros hemos visto, hemos examinado de cerca, no uno sino muchos de éstos, procedentes la mayor parte de los terrenos que ocupaban los Panches.

Los partidarios de la frenología dirán acaso que por este procedimiento se suprimían los órganos de las ciencias, dando en cambio mayor ensanche á las pasiones físicas, á la industria y al orgullo. Esto lo ignoramos. Sólo sabemos que todas aquellas tribus, si exceptuamos á los Quimbayas, que conservaban esta costumbre, llevaban en su seno á los seres más estúpidos, de más perversos sentimientos; más tercos y más sanguinarios; valientes, supersticiosos y nada afables. Esto no lo deducimos del análisis del cráneo, sino del estudio de las crónicas.

¿Qué objeto se proponían los indios al desfigurarse de esta manera? Tal vez lo hacían simplemente como ornato, quizá para aparecer más aterradores á los ojos de sus enemigos. El adorno, se dirá, no podían buscarlo deformando la naturaleza. En las islas de Oceanía y en la república Argentina, á orillas del Amazonas y en el centro del Africa, ha habido multitud de tribus cuya principal belleza consistía en tener los labios ó las orejas desmesuradamente largos, y esto lo conseguían artificialmente introduciendo, en incisiones hechas en los órganos indicados, maderas esponjosas que, dilatándose con la humedad, los agrandaban de una ma-

(1) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*. T. I, C. II
(2) Cieza de León, folio 53.

nera extraordinaria. Entre las tribus colombianas también se engalanaban embijándose el cuerpo y suspendiendo á las narices gruesas argollas que les afeaban el rostro. ¿Por qué no habían de considerar ellos como ornato alargarse la cabeza?

En algunas tribus de los Llanos desde que nacía una niña la madre le ponía fuertes ataduras de anchas fajas de torzal de pita en las gargantas de los pies y debajo de las rodillas. Por este procedimiento conseguían un desarrollo extraordinario de las pantorrillas, que les daba feísimo aspecto. Las ligaduras las conservaban, sin cambiarlas, hasta su muerte.

Mientras el niño no podía valerse de sus miembros, permanecía en la hamaca durante el tiempo que la madre consagraba al trabajo. ¡Cuántas hambres no aguantarían aquellos infelices, si tenemos en cuenta que la que les daba el sustento, esclava del esposo, tenía que salir á grandes distancias, al volver éste de la caza, á traer la presa que en el lejano monte había dejado! Y cuando los dos cónyuges se entregaban por días enteros á sus borracheras, ¿qué tiempo quedaba á la solicitud materna para amamantar á su hijo?

En honor de la verdad, diremos que el instinto maternal no se había extinguido por completo entre las indias. En la tribu de los Guamas, las mujeres, cuando el niño estaba enfermo, se perforaban la lengua con una lanceta de hueso muy afilada. La sangre corría en abundancia por la herida: con ella lavaban el cuerpo de la criatura. Diariamente, mientras duraba la enfermedad, repetían la dolorosa incisión.

Ya salieran á trabajar en las sementeras, ya siguieran á su esposo á la guerra, ya fuera la tribu en caravana para cambiar de sitio, siempre la mujer cargaba con el niño, unas veces en su misma hamaca, atando los extremos sobre la frente, otras en sus brazos, sobre el cuadril ó sobre la espalda, protegido por una manta cuadrada, cuyas cuatro puntas anudaba sobre el pecho.

Descrita en los catálogos aparece una figura de barro, número 140, perteneciente al Museo Macional. Es una mujer chibcha, acuclillada, de 12 centímetros de alto. Lleva en sus manos la varilla bifurcada, símbolo de la fecundidad. En una ancha faja, adornada como imitando un tejido, que le cae sobre la espalda, carga un niño sentado.

Desde que el niño comenzaba á gatear, lo dejaban solo ó al cuidado de sus hermanitos. Al principiar á caminar, ayudaba á la madre, en cuanto podía, en sus ocupaciones.

Si el enemigo se acercaba á un caserío, las mujeres se retiraban con sus hijos y sus alhajas de oro, para volver después del combate si eran vencedores los suyos; para huír de las persecuciones, si eran vencidos. En las tribus nómades era de admirar el valor precoz de los niños para seguir las

caravanas. Los Giraras y Chiricoas "apenas saben caminar cuando, como si fueran perdigones ó codornices recién salidos del cascarón, siguen, sin cansarse, á sus padres y parientes, por esas sabanas y pajonales, atravesando ciénagas, pisando pantanos entre arcabucos y malezas, sufriendo los rigores del sol y las inclemencias del tiempo como los más robustos (1). Lo mismo sucedía entre todas las demás tribus nómades, entre los Guaybas, etc. (2). Los Laches daban á sus hijos, á los cinco años de edad, nombres de árboles, plantas, piedras ó animales. En las demás tribus sólo les daban nombre más tarde, generalmente el de algún animal que tuviera las cualidades predominantes del individuo.

A los hijos de los Jeques y de los Mohanes, y á los sobrinos de los Caciques y Capitanes los educaban, como yá hemos visto, para ser, á la muerte de sus padres ó tíos, sus dignos sucesores.

La mayor parte de los indios no educaban á sus hijos. Cuando yá estaban grandes los trataban con dureza y como á personas extrañas.

Mencionaremos de paso una costumbre infame, de lo más degradante que nos presenta la historia de las naciones bárbaras. Cuando una mujer lache había dado á luz cinco varones seguidos, habilitaban al último de mujer. Lo llamaban *cusmo*, y desde que cumplía doce lunas lo educaban como niña, con tánto esmero, que llegando á la edad viril poco se diferenciaba de aquéllas. Lo casaban como tál, y era su mano más apetecida y codiciada que la de las mujeres mismas.

Más ó menos, á la edad de diez ó doce años el indio abandonaba la tutela de la madre para acompañar al padre en sus correrías. Recibía el arco, las flechas y la lanza, y aprendía á manejar las piraguas. En estos ejercicios diarios adquiría una práctica asombrosa, y desde temprana edad era hábil tirador, robusto y esforzado, ágil en la carrera y apto para todos los ejercicios del cuerpo. La vida en medio de las selvas, buscando al lado de su padre el alimento para la familia, y defendiéndose de los carnívoros, desarrollaba en alto grado en él la perspicacia y el valor. Para buscar un rastro y seguirlo, para desencovar la caza y asegurarla, tenía ojo de águila y olfato de can. Aprendía mil mañas para sorprender la presa, y más tarde, cuando yá podía tomar armas para defender su vida y su hogar, la astucia empleada contra los animales le sugería ingeniosos ardides para el ataque.

A la edad de doce años los indios de los afluentes del Apure (Culloto, Uru, etc.) emborrachaban á sus infantes para que no sintieran la punta afilada del instrumento con que les hacían incisiones sangrientas en el cuerpo y en los brazos (3); era esto como un bautizo. Los Guamos y Otomacos usaban de crueldad mucho mayor en los mismos casos.

(1) Padre Juan Rivero.
(2) Cassani.
(3) Gumilla.

Sus juegos estaban en relación con su educación: la carrera, la natación, la pesca, el pugilato, las apuestas al tiro con flecha ó con arpón, eran sus diversiones predilectas.

En los Llanos los niños se ejercitaban en hacer sus armas. En cada pueblo se formaban en dos campos, con sus jefes y capitanes, y se adiestraban en el ataque y la defensa (1).

Con excepción de unas pocas tribus, no les era permitido asistir á las borracheras.

Cuando iban con sus padres á la caza, llevaban el carcaj con las flechas y la vasija de chicha.

Nunca olvidaremos la grata impresión que recibímos en el Darién la primera vez que vimos á un indio en cacería con su hijo. Navegábamos por el río Tuira, aguas arriba, luchando contra la fuerte corriente de sus crecidas aguas. Un grito salvaje repercutido por el eco llegó hasta nosotros, y antes de que comprendiéramos su significado, el indio que nos acompañaba en la piragua, contestó con otro semejante. Arribábamos en ese momento á un remanso del río, sobre su margen derecha. Al lado opuesto se desarrollaba un bosque espeso, de corpulentos árboles. Allí se apareció, abriéndose bruscamente camino por entre las espesas ramas, un indio fornido, y tras él su hijo. Ambos andaban desnudos y con la cabeza descubierta. El muchacho tendría unos doce años; bien proporcionado, de cutis casi blanca, aunque un poco tostada por el sol; bien plantado, derecho, cabello negro, grueso y abundante, y ojo vivo é inteligente. Traía un calabazo con chicha y las provisiones para la caza. Su mirada escrutadora se clavaba en la de su padre al menor movimiento que éste hacía, como para adivinar su voluntad. No se leía en sus ojos el cariño sino el temor. Era como una máquina que se movía á la menor indicación, á un gesto, á una contracción de la cara de su padre....

Más tarde fuimos testigos, en Paya, de la obediencia pasiva de los hijos y del modo de mandar imperativo y sin réplica de los padres.

La desobediencia y las travesuras eran severa y brutalmente castigadas. El pie y la mano bastaban en la mayor parte de los casos. En otro capítulo vimos cómo los Guanes tenían la crueldad de echarles en los ojos jugo de ají. Los Payas tenían una curiosa costumbre que no hemos podido explicarnos. Daban á los niños en sus accesos de rabia, chicha con un poco de rapadura del umbral de la puerta. El brevaje pedía calmarles la ira, mas no vemos qué papel desempeñaban las partículas de madera en esta superstición.

El niño, que en las sociedades civilizadas es considerado como mensajero de paz y de alegría, á quien las familias cristianas miran como el

(1) Gumilla, T. II, pág. 89.

ángel del hogar, no era para los indios, aun para los más humanos de entre ellos, sino un esclavo más en el cercado, un sér que había que aceptar, porque más tarde podía sér útil. Esta criatura delicada, en la cual vemos nuestra propia sangre, el heredero de nuestras virtudes, el que ha de transmitir nuestro nombre de generación en generación, el objeto de nuestros desvelos y cuidados, era tratada por los indios como cosa extraña, como un sér inferior, nacido únicamente para servir á sus padres y prestar obediencia pasiva á sus despóticos deseos. No comprendemos cómo podían existir esas sociedades que desconocían el culto á la infancia y el amor á su propia sangre.

CAPITULO X

MATRIMONIOS INDÍGENAS

En esta bella institución no veían los indios, no diremos la nobleza, la hermosura y la poesía que la revisten, pero ni siquiera el lazo establecido por la Providencia para perpetuar la raza. No consideraban tampoco á la esposa como una compañera con quien debían compartir los goces y las penas de la vida. Se casaban para tener quien les preparara los alimentos; buscaban una esclava que labrara los campos, sembrara y cosechara para mantenerlos; que en la guerra llevara los pertrechos y provisiones, y cargara en los viajes con todos los utensilios del cercado. Antes de tratar con mayor extensión de la suerte de la esposa entre los indios, daremos una corta descripción de las ceremonias matrimoniales que algunas tribus acostumbraban.

El joven chibcha que deseaba casarse, se presentaba á casa del Jeque del lugar, y por su intermedio mandaba al futuro suegro una manta. Esto equivalía á pedir la mano de su hija. Si la conducta del joven, su posición y su fortuna (todo esto lo tenían en cuenta) no le satisfacían, devolvía el obsequio. En caso contrario, lo guardaba, y el novio mandaba una segunda manta é iba á sentarse á la puerta del cercado de la pretendida. Ella salía con una vasija llena de chicha, á la que acercaba sus labios, pasándola al joven, que apuraba su contenido, y desde entonces era adoptado y considerado como comprometido.

El día fijado para la ceremonia, los contrayentes se dirigían al templo acompañados por sus parientes y amigos. El novio pasaba su brazo derecho por encima del hombro izquierdo de la que iba á ser su esposa, y ésta apoyaba su mano izquierda sobre el hombro derecho de su futuro compañero. El sacerdote, colocado enfrente, preguntaba á la mujer:

—¿Quieres más á Bochica que á tu esposo?

—Sí lo quiero, debía ser la respuesta de ésta.

—¿Querrás más á tu marido que á los hijos que de él pudieras tener?

A esto debía contestar afirmativamente.

—¿Querrás más á tus hijos que á tí misma?

—Sí.

—¿Si muriere de hambre tu esposo, volverás á comer?

—Nó.

Luégo, dirigiéndose al hombre, le decía:

—¿Quieres por esposa á la mujer que tienes abrazada?

Con voz clara, de modo que fuese oído por todos los asistentes que allí figuraban como testigos, debía contestar que sí, por tres ó cuatro veces. Del templo se dirigían á casa de los padres de la novia, y se entregaban á la borrachera.

Esta ceremonia sólo tenía lugar para la primera mujer que elegían, la que debía ser como la favorita, la que gozaba de mayores prerrogativas. Después podían escoger el número de mujeres que quisieran, generalmente cuantas podían sustentar, y para llevarlas bastaba su consentimiento.

Los indios, por lo general, eran polígamos. Sólo tenemos noticia de tres tribus, los Guayvas, los Chiricoas y los Otomacos, que se contentaban con una sola esposa (1). De estos últimos dice Gumilla (2): "La nación única y singular en que no hemos hallado hombres con dos ni con tres mujeres."

Los indios de la provincia de Vélez (3), los de Anserma, los Huacas (4), los Cunas (5), los Catios (6), etc., sólo podían casarse con el número de mujeres que pudieran sustentar (7). Bastaba vestirlas y darles de comer. Había indio que tenía hasta setecientas esposas. El capitán Yaguaría (caribe) tenía más de treinta esposas.

En la provincia de Sogamoso el pretendiente no necesitaba de intermediario para pedir la mano de su amada. El mismo le mandaba una manta, y más tarde una carga de haya y medio venado. Al declinar el sol entraba á casa de los padres de su futura, pisando paso y sin hacer ruido. El padre, sin salir á su encuentro, preguntaba en tono seco si se había introducido algún ladrón ó un incómodo huésped de quien no necesitaban. El guardaba silencio. La novia se mostraba sola con un jarro de chicha

(1) Cassani.
(2) Tomo I, pág. 175.
(3) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 41.
(4) Id. id., pág. 177. El Cacique Nutibara tenía cuantas mujeres quería; sus súbditos cuantas podían sustentar.
(5) Véase Felipe Pérez, Quintana, Pedro Mártir. La poligamia, aunque admitida, era rara entre ellos. (Selfridge).
(6) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 571, y Castellanos, P. III, *Historia de Antioquia. Introducción*
(7) Este mismo límite lo fijaban los Nahoas. (Chavero, pág. 119).

que presentaba al visitante después de haberla probado. Este bebía el resto del licor, y sin más ceremonia quedaba hecho el matrimonio.

En la provincia de Vélez el pretendiente ofrecía al padre de la que deseaba para esposa una cantidad en alhajas de oro y mantas que él calculaba según su hacienda; cantidad que duplicaba por dos veces si la primera no era aceptada; la tercera vez desistía de su pretensión. Si recibía la dote, se llevaba á la joven y vivía con ella un número determinado de días, después de los cuales, si le agradaba, la recibía como esposa, si nó, la devolvía á sus padres.

De semejante manera tenían lugar los matrimonios entre los Huacas, con la diferencia de que en vez de duplicar dos veces la suma, sólo agregaban una mitad más de lo que primitivamente habían entregado. Despúes del matrimonio no tenían derecho para devolver la esposa, aun cuando no fuese de su agrado. Daban sus padres á ésta, como dote, la suma en que había sido vendida. Además ella debía aportar al matrimonio de diez á quince *múcuras* de chicha y algunas alhajas. Esta costumbre de comprar la mujer era muy común en las tribus colombianas, y especialmente entre los Catios (1).

Entre algunas de las tribus de los Llanos los padres vendían sus hijas á los pretendientes. El valor lo pagaban en plumas, armas, etc.

Cuando uno de los súbditos de Nutibara quería casarse, le introducían á una casa en la que se hallaban reunidas las mujeres más hermosas del pueblo. Allí se presentaba, escogía la que más le agradaba, y se la llevaba á su cercado.

En el istmo de Panamá, en casi todas las tribus de la Costa atlántica, cuando un indio quería casarse, mandaba á la joven preferida una hamaca, y ella en cambio le enviaba otras dos, más ó menos finas y vistosas, según la jerarquía del pretendiente. Seguía á este recíproco obsequio una gran borrachera á la que concurrían parientes y amigos, y donde las totumas sacaban permanentemente de las rebosantes moyas el licor favorito. El novio presentaba á su suegro una de estas totumas con chicha y con una cantidad de granos de oro proporcionada á su caudal. Así compraba á la mujer que, después de la borrachera, quedaba en su poder.

Los Cunas del río Bayano acostumbraban encerrar en casa de su padre, ó á falta de éste, de su más próximo pariente, á la joven que debía casarse, durante siete noches, al cabo de las cuales la entregaban al esposo. Al siguiente día iban juntos al gran festejo preparado en casa de los padres de la mujer. Los siete días de encierro habían sido consagrados á preparar la chicha que tenían que beber hasta agotarla. Ninguno de los

(1) Castellanos, P. III, *Historia de Antioquia. Introducción.*

invitados se aparecía sin regalo para los esposos. Los hombres llevaban hachas, los adolescentes frutos y raíces, las mujeres maíz, y las niñas aves y huevos. A medida que llegaban, depositaban el regalo en la puerta del cercado. Eran éstos la base de la fortuna de quien principiaba á vivir y tenía que buscar el sustento para él y los suyos. Las hachas le servían para rozar un pedazo de monte y sembrar allí el maíz, los frutos y raíces; las aves y los huevos debía tenerlos en el cercado para con ellos aumentar su haber. Permanecían los invitados en la puerta del cercado, y cuando yá se habían reunido, entraban los hombres. Cada uno recibía de manos de la futura un calabazo lleno de chicha é iba á colocarse en la gran sala. Pasaban luégo las mujeres, recibían igualmente un calabazo é iban á juntarse con los hombres. Venían después los jóvenes, recibían su ración y seguían á la sala. Una vez reunidos, entraban los esposos acompañados por sus padres. El padre del joven pronunciaba un largo discurso y se ponía á bailar haciendo grandes contorsiones hasta que lo rendía la fatiga. Tomaba á su hijo de la mano, y puesto de rodillas lo presentaba á la mujer, que daba la mano á su padre también arrodillado. Este último bailaba á su turno. Los esposos se daban la mano, y el mancebo entregaba la mujer á su padre. Los invitados se retiraban á un bosque elegido de común acuerdo como patrimonio del recién casado. Durante siete días trabajaban en derribar los árboles y en preparar el terreno que las mujeres y los niños sembraban de maíz y de productos propios de la estación. De aquí pasaban á construírles la habitación que estrenaban con *chika-copah* (chicha), que había sido preparada en el pueblo. La nueva esposa colgaba las hachas y las armas en la parte más alta del cercado para evitar las peleas á que siempre daban origen estas bebezones. Tres ó cuatro días consagraban á la embriaguez, al cabo de los cuales se retiraban á sus casas dejando instalados á los esposos.

Entre los indios la mujer se casaba apenas llegaba á la pubertad. El paso de la niñez á la adolescencia les llamaba tanto la atención, que era siempre ocasión para una gran fiesta. Entre los Payas, cuando la mujer llega á esta edad, " todos los hombre del pueblo, de toda edad y condición, traen los palos necesarios para hacer á la joven un cuartito de un metro cuadrado de superficie en la parte baja de la casa de su padre. Lo hacen á una altura suficiente para que ningún ojo indiscreto penetre al interior del recinto, que cubren por encima con hojas de platanillo. Por todo mueble colocan una hamaca y una canoa cuyos dos extremos salen al exterior. Allí entra por una puerta angosta la joven acompañada de dos mujeres. Estas hacen un hoyo profundo en forma de embudo puesto al revés, que ocupa casi toda la superficie del cuarto. La abertura la tapan con cuatro balsos que cubren igualmente con hojas de platanillo. Encima,

de pie, la joven recibe de manos de sus dos compañeras frecuentes baños con el agua que contiene la canoa, agua que están reemplazando constantemente las mujeres del pueblo, cargando grandes ollas, calabazos ó totumas, según sus fuerzas. Esta agua la echan por los extremos de la canoa.

"Durante diez días la joven se queda encerrada y no sale fuera por ningún pretexto, debilitando su cuerpo con los baños, sin más alimento que carne de aves. A la entrada del cuarto hay colocada una cuerda larga donde las demás mujeres atan cada una un paquetito de algodón bruto que van amarrando á continuación. Las viejas, compañeras de la víctima, lo traen paquete por paquete; ella se los vuelve á entregar después de sacarle las semillas. A las siete de la noche envuelven á la doncella y la acuestan en su hamaca hasta que amanece.

"Mientras dura el encierro los hombres han ido á montear y á pescar, y unas pocas mujeres se ocupan en sacar las espinas de los pescados y en cocinarlos con yucas.

"El día fijado para la salida de la joven se reúnen los hombres en consejo; cuatro de ellos deben presidirlo, y se sientan en medio, sobre haces de caña; los demás se colocan de dos en dos, de frente, sobre bancos de madera. Al lado de los cuatro que presiden están colocados un plato con el pescado y la yuca, y una totuma grande de chicha. Esta última la pasan de mano en mano al principal de la reunión, quien ofrece á cada invitado una totumita llena, amarrada en la extremidad de una varilla. Lo mismo hacen con el pescado, hasta haber repartido ocho totumas de chicha y ocho platos. Luégo se hacen algunos nombramientos: de cuatro individuos para coger jagua, dos para buscar cangrejos, uno para cortar la leña que servirá para cocinarlos, y otro, en fin, para hacer una nueva puerta al cuarto de la doncella. El consejo se disuelve, y todos sus miembros salen tocando distintos instrumentos, gritando y haciendo el mayor ruido posible para que mujeres y niños se escondan y no presencien las ceremonias que seguirán, pues esto sería perjudicial á la joven.

"Los cuatro cogedores de jagua se dirigen al monte: uno de ellos ata á su frente, con uno de los hilos trabajados durante el consejo, una de las canastillas. En ésta lleva un símil de comida compuesta de una perdiz muy tierna, un pedacito de yuca, otro de pescado y un *merique* (fruta pequeña) con chicha y su respectiva totumita. Al llegar al pie del árbol que hayan designado, mientras dos de ellos se colocan como centinelas á alguna distancia, los otros dos, frente el uno del otro, se cogen del tronco y principian á darle vueltas y á rezarle, suplicándolo se encuentren en su copa las jaguas en abundancia y bien colocadas. Estas han de estar engastadas, con la punta dirigida hacia arriba, y han de ser cogidas, tres mirando al Oriente, tres al Occidente, dos al Norte, y otras tantas al Sur;

las amarran al hilo que llevan, y bajan del árbol. Uno de los centinelas ha hecho mientras tanto un fogoncito y calentado el contenido de la canasta. Vuelven al pueblo haciendo bastante ruido para que se escondan las mujeres y los niños.

"A su turno vienen los encargados de cortar la leña y de pescar los cangrejos, que la joven prepara con plátano en un fogón que ella misma ha arreglado.

"Traídas las jaguas, se reúne un consejo de mujeres, exactamente lo mismo que el anterior: cuatro indias presiden y reparten ocho totumas de chicha y otros tantos platos de pescado á sus compañeras, colocadas de dos en dos, una frente á otra. Mientras tanto van cortando las jaguas. Estas han de ser divididas en dos partes y con mucha lentitud; cada india debe apoyar ligeramente el cuchillo de modo que la operación dure el tiempo necesario para beber la chicha.

"Una vez cortada la jagua, la entregan á las matronas cuidadoras de la joven, quienes deben separar las dos mitades. Si el color del corte resultare negro, este indicio indicaría que la joven ha perdido su virginidad, pero las compañeras deberán guardar un profundo secreto. La untan de jagua, le dan el último baño, y bien envuelta la tienden en su hamaca.

"Al día siguiente hay una comida á la cual asisten todos los de la tribu. Allí se nombran seis ó siete individuos para ir á montear, y otros á cortar leña para la gran chicha. La preparación de ésta dura doce días, durante los cuales la joven trabaja en su casa, no saliendo sino al río cuando necesita hacerlo. Entonces debe salir con la cabeza cubierta, caminando lo más lentamente posible, no haciendo ni el menor ruido para que no se espanten los animales del monte y sea abundante la caza. Lleva en sus salidas un puñado de maíz en la mano y va mascando los granos uno á uno."

Después tiene lugar la chicha (1), á la cual asiste la joven pintada con jagua. Cuando yá están un poco alegres, si hay algún pretendiente de la hija del anfitrión, aprovecha este momento para pedirla á sus padres; si aceptan, y ella le corresponde, se arreglan en el momento. Terminada la fiesta, el joven va á dormir ocho noches seguidas á casa de su futura. Esta le da todas las tardes, cuando llega, una totuma llena de chicha, pero sin dirigirle la palabra. Por la noche duermen en dos hamacas colgadas á alguna distancia, y colocadas entre las del padre y la madre. Al levantarse, el novio recibe otra totuma de chicha de mano de su amada, y se retira al monte á cazar; el producto de la caza deberá traerlo

(1) Véase la descripción de ésta en el *Repertorio Colombiano*, T. 13, números 11 y 12.—*Un viaje al Darién*, por Ernesto Restrepo Tirado, pág. 390 y siguientes.

para mantener á la novia. Pasados los ocho días, más ó menos, según lo exija el padre de la niña, el joven trae del monte tantos troncos de madera cuantos días pasó en casa de sus suegros, y los deposita en la puerta; el hermano de la pretendida, ó el más próximo pariente, los coge de allí y los lleva á la cocina. Esa noche es yá dueño del objeto de su amor.

Los Chibchas también celebraban el día en que la mujer llegaba á la pubertad. Antes de la bebezón la ponían sentada, durante seis días, con el rostro cubierto y vuelto hacia un rincón del cercado. La llevaban en seguida al río, la bañaban las demás mujeres del pueblo y le daban el nombre de *dey pape*, "que era como decir doña Fulana" (1). Hasta entonces no le daban nombre, como si no se contara en el número de las mujeres.

Los Guaiquiríes encerraban á las doncellas, cuando se presentaba la pubertad, durante cuarenta días, sin más alimento que unas pocas frutas de moriche, algún cazabe y un poco de agua. Decían que en aquel momento la mujer envenenaba con su planta cuanto pisaba, á tal punto, que tras sus huellas se secaba la vegetación y se hinchaban los pies de los que pudieran pasar por encima. El ayuno tenía por objeto curarla de este nocivo contagio. Pasado el encierro, la casaban. Ese día se embijaban todos los de la tribu con mucho esmero y adornaban su cuerpo con plumas. Las ancianas no tenían este derecho, y pasaban toda la mañana prendiendo plumas á la novia, que más parecía un cadáver que una desposada (2). El Cacique dirigía las fiestas desde la plaza del pueblo. Del vecino bosque salía una partida de hombres, los que, dando vueltas y danzando, cercaban el bohío de la novia. Una de las viejas les presentaba un plato con alimentos que éstos arrojaban al suelo para que el Demonio no viniera á turbar sus regocijos. Tranquilos entonces, se coronaban con flores y tomaban en las manos ramos de ellas, danzando unidos á varias cuadrillas que venían de otros puntos con sonajas en las manos, acompañados por una música de flautas y fotutos. Los novios bailaban con ellos, y las novias, medio aturdidas por el largo ayuno, daban también sus vueltas acompañadas cada una por dos viejas que, llorando, cantaban su desgraciada suerte, los dolores que tendría que padecer y el mal trato que recibiría de su marido. La fiesta terminaba con mucha chicha, bailes frenéticos y algarabía de fotutos, sonajas y flautas.

Antes de casarse un achagua, sus parientes y los de la novia salían á la caza y á la pesca para traer los manjares de la boda. El padre ó el más próximo pariente del muchacho lo llevaba á casa de su prometida, á quien su madre conducía á la puerta del caney; el suegro colocaba una sarta de *quiripa* ó cuentas pequeñas en el cuello de la nuera, y lo mismo hacía la

(1) Fr. Pedro Simón, pág. 413.
(2) Gumilla, T. I, pág. 160.

suegra con el yerno. Se sentaban juntos los novios, y la joven repartía á los parientes allí reunidos los productos de la caza y de la pesca, bien regados con libaciones de chicha. El novio permanecía serio, callado, y con sus armas en la mano. Con esto quedaba celebrado el matrimonio (1).

Los Muzos casaban á sus hijos sin pedirles su consentimiento. Arreglaban el enlace, y el joven se dirigía á casa de su prometida, á quien asistía por tres días, recibiendo en pago golpes y palo. Durante una luna dormían juntos sin consumar el matrimonio; de lo contrario, la esposa era considerada como mala mujer. Podía ésta juntarse con otro hombre al momento que éste la pagara (2).

Los Pozos casaban á sus hijas sin la virginidad, que en nada estimaban (3). En otras tribus miraban con desprecio á las doncellas, considerándolas muy faltas de gracia para no haber encontrado pretendientes.

Tenían tan poco formada la idea del respeto á la familia, que en muchas tribus no estimaban el lazo de la sangre. Los Pocigueycas y Samarios hacían sus enlaces "padre con hija, hermano con hermana" (4) é hijo con madre (5). Los Urabaes se casaban con su propia madre ó con sus hijas (6); en el valle de Lilí no desdeñaban los señores casarse con sus sobrinas ó con sus propias hermanas (7); y lo mismo acostumbraban los Paucuras (8). Los Armas se casaban unos con otros sin orden ninguno (9). De estas alianzas en familia tenía que resultar lo que se observaba yá en muchas tribus, una degeneración de la raza, amén de que enterraban á los hijos contrahechos. Juzgue el lector de la moralidad de individuos que hacían á sus hermanas, sus madres y sus hijas, madres de sus propios hijos.

Agregaremos, en honor á la verdad, que algunas razas se oponían á estas uniones que rechaza la naturaleza. Los Chibchas las castigaban severamente, y elegían esposa de igual categoría, de la misma tribu, pero no de parentesco cercano. En Panamá había tribus que no consentían casarse con personas de la familia hasta el cuarto grado de parentesco. Los Panches y los Piajaos no aceptaban mujeres del mismo pueblo por considerarlas como hermanas. En cambio, ¡inconsecuencia rara! si una hermana nacía en otro caserío, podían desposarse con ella.

Los Catios amaban á sus mujeres, según dice Castellanos (10). Hace

(1) Padre Juan Rivero, pág. 116.
(2) Los Muzos tenían mujeres públicas que respetaban y tenían en grande aprecio. Las vestían de un modo distinto, y no se casaban con ellas. Les daban el nombre de *cojimas*, que quiere decir monas. (Fray Pedro Simón, T. II, pág. 866).
(3) Cieza, f. 37.
(4) Castellanos, P. II. *Elogio de Rodas*, C. I.
(5) Fr. Pedro Simón, T. III, pág 615.
(6) Id. íd., pág. 41.
(7) Piedrahita, pág. 78.
(8) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 333.
(9) Cieza, f. 43.
(10) P. III, *Historia de Antioquia. Introducción.*

bien el sacerdote poeta en apuntar este rasgo como dato curioso casi único. Los indios no elegían mujer para el matrimonio sino esclava hacendosa y sumisa. Decimos esclava por no emplear una expresión más fuerte. Los Achaguas y Chiricoas, los Salibas y Betoyes, cuando hablaban de su futura, nunca elogiaban su bella cara, y mucho menos la hermosura de su alma: decían que tenía buena espalda para la carga y fuerte puño para el trabajo. "Trataban á sus mujeres como á bestias" (1). Ellas eran como los perros de la casa á quienes dejaban los restos de la comida. Una hamaca en un rincón del cercado les estaba reservada; lo más amplio del departamento lo ocupaba el esposo recibiendo sus visitas, reuniendo sus consejos y haciendo sus festines, de donde excluían la hermosa mitad del género humano.

Desde niña aprendía al lado de su madre los oficios domésticos, y una vez casada, no volvía á conocer el descanso. Ella hacía las siembras, y las cosechas estaban á su cargo. Recogía los frutos y los llevaba sobre sus hombros al cercado. Cuando el sol apuntaba en el Oriente, nunca sus primeros rayos la sorprendían en la hamaca. Encendía el fuego y preparaba los alimentos, trayendo la leña necesaria y el agua que en grandes vasijas llevaba de la más próxima fuente. Molía el maíz y lo pilaba en morteros de madera, con la fuerza de su brazo. Ella exprimía la caña. En esta durísima tarea la acompañaban regularmente sus vecinas, en cambio de prestarles, llegada la ocasión, el mismo servicio. Cuando su esposo iba á la caza, debía salir á traer los cuartos del animal, cualquiera que fuese. En las guerras llevaba las provisiones, cargando con las flechas, los alimentos y las vasijas para prepararlos. Cuando arrojados por un vecino más fuerte, ó cuando por cualquiera otra circunstancia cambiaban de lugar, la mujer llevaba sobre sus espaldas los utensilios, las provisiones y el niño ó los niños que no pudiesen caminar. Cuando hacían viajes ó cacerías en piraguas, ella tomaba el canalete, mientras el esposo dormitaba ó vigilaba las riberas en busca de caza. En el Darién vimos muchas piraguas cargadas, manejadas por mujeres chocoes. Las infelices, con el cuerpo expuesto á los rayos de un sol abrasador, empujaban la embarcación; la fatiga se pintaba en sus rostros inundados por el sudor. Mientras tanto los hombres estaban sentados en el fondo de la canoa.

Entre los Cunas los trabajos fuertes estaban destinados á los hombres (2); sin embargo, nosotros vimos entre los Payas y Tapalisas á los hombres tejiendo canastas, haciendo gorros de plumas, arcos y flechas,

(1) Padre Juan Rivero, pág. 347. La misma expresión emplea Cassani hablando de los Guaybas y Chiricoas.
(2) Selfridge.

mientras las mujeres cargaban los frutos del suelo, molían la caña y traían el producto de la caza. Allí las hembras labran y cosechan (1); ayudan á desmontar los terrenos y á sembrarlos (2).

En las tribus nómades la suerte de la mujer era más dura aún. Pasaba sus días llevando á grandes distancias los haberes de la familia. Cargaba á un tiempo los niños, las ollas, los pilones, morteros, etc. (3).

Si á esto agregamos que las celaban vergonzosamente, que no las admitían en sus conversaciones, que no les dejaban un momento de solaz, casi daremos razón á las desgraciadas que daban muerte á sus hijas para preservarlas de una vida tan llena de sinsabores. Los Betoyes y Achaguas repudiaban á sus mujeres. Entre los Muzos los hermanos heredaban la esposa del difunto, á menos que hubieran sido cómplices de su muerte.

En algunas tribus era muy frecuente hacer contratos por los cuales dos individuos cambiaban de esposa por un tiempo determinado, al cabo del cual cada una volvía á su casa como si nada hubiera sucedido. En esas mismas tribus el adulterio se castigaba con una simple venganza. El marido ofendido lavaba su honor tomando á la mujer del ofensor tantas veces cuantas éste hubiese hecho uso de la suya.

En las tribus antropófagas, cuando yá la mujer estaba estéril y era inútil para el trabajo, la engordaban para comerla.

A las viejas las destinaban para la preparación del curare, operación durante la cual morían.

Los indios, entregados al culto del más vil materialismo, desconocían, como se ve, el mérito de la mujer. No pagaban siquiera el tributo debido á su belleza y sensibilidad; no comprendían que su cuerpo, más delicado y menos musculado, fue creado para las tareas menos penosas del interior, ni que su alma más poética exigía un trato más exquisito.

CAPITULO XI

ALIMENTOS INDÍGENAS

Los antiguos habitantes del territorio colombiano ponían á contribución el reino vegetal y la fauna de su suelo. Cultivaban varias gramíneas, tubérculos, raíces, etc., y no desdeñaban las jugosas frutas. La caza y la pesca, ocupación casi única del indio, les brindaban manjares variados.

El maíz (4), del cual recogían en algunos puntos dos y hasta tres co-

(1) Pérez.
(2) Wyse y Wafer.
(3) Padre Juan Rivero, pág. 147.
(4) Gramínea. *Zea mais.*

sechas anuales, era su alimento principal. Lo pilaban en grandes morteros de madera para la preparación de la chicha, y lo molían en piedras, después de mojado, para hacer su pan.

Si fuéramos á detallar la gran variedad de platos que les procuraba el maíz, alcanzaríamos á formar un diccionario culinario, y no es este nuestro objeto. Daremos sí, como muestra, las principales preparaciones que de esta gramínea hacen los Payas.

"El *mato* ó tamal. Lo preparan mellendo el maíz verde, dejándolo fermentar y cociéndolo luégo envuelto en hojas. También lo preparan sin dejar fermentar el grano; entonces lo llaman *mato* de *opa*.

"El *upe chaca*. Tuestan el maíz, lo muelen y lo someten á la ebullición con jugo de caña, lo ponen en hojas y lo dejan secar.

"El *cuatirre*. Muelen bien el maíz, le mezclan agua y cuelan: lo ponen á hervir con granos de cacao y lo dejan enfriar.

"La *cuata*. El maíz molido y mezclado con agua, hierve durante un día con jugo de caña. Al siguiente lo beben.

"La *inna palo*. Ponen el maíz, remojado y pilado, á hervir con jugo de caña. Al retirarlo del fuego le agregan un tamal de maíz bien molido. Al rato le echan otro tamal, á medida que lo van masticando; lo toman sin fermentar, ó fermentado, indistintamente. Cuando lo hacen de maíz nuevo le dan el nombre de *inna palo tutú*.

"Hacen también tamales de maíz y plátano, que cargan en sus excursiones y que diluyen en el agua de algún torrente cuando los acosa la sed, obteniendo así una bebida nutritiva, agradable y fresca. Las hojas en que van envueltos estos tamales han de ser colgadas de alguna rama, pues el botarlas sería considerado de mal agüero" (1).

El maíz era el maná de los indios. Las sementeras de esta gramínea eran el anuncio seguro para los españoles de que estaban cerca de un caserío.

Aun en los bohíos abandonados hallaban maíz los castellanos, por pobres que fueran estas habitaciones, pues no siempre encontraban, como en casa de los Chibchas de Bacatá, "maíz, fríjoles, turmas y cecinas" (2).

Muy considerable era el consumo diario que de este grano se hacía, si observamos que era la base de la chicha, bebida común á todas nuestras tribus. A cada paso vemos en las relaciones de la conquista, desde que Colón arribó á nuestras costas, la enumeración de las vastas plantaciones de maíz. En las islas del Mar del Norte, al rededor de los puertos, en las colinas que avecindaban los caseríos, en las llanuras, en todas partes se mecían las graciosas espigas del maíz. Cuando los primeros conquistadores del interior llegaron á Barrancabermeja, no hallaron oro, pero los consoló la vista de las grandes sementeras, y al subir la cordillera deleitábanse en la contemplación de las numerosas plantaciones que en todas direcciones se levantaban á sus pies (3).

El modo más frecuente para preparar el pan era moliendo el maíz en

(1) Ernesto Restrepo, *Un Viaje al Darién*.
(2) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. I, Canto II.
(3) Acosta, pág. 177.

piedras cóncavas, con manos de piedra. En los catálogos aparece una de éstas, casi circular, de 30 centímetros de diámetro, procedente de Gachalá. La harina obtenida la mojaban y hacían pastas que, envueltas en la hoja de la misma planta, las ponían directamente al fuego ó las cocían en agua (1).

Como los indios no conocían la caña, creemos que el principio azucarado que necesitaban para hacer sus vinos fermentados, además de que lo sacaban de algunas frutas, lo conseguían exprimiendo el jugo de la misma caña del maíz. Todavía en muchos puntos es frecuente ver á las gentes de nuestro pueblo chupando estos tallos.

La chicha la hacían generalmente con el grano molido, aunque la gran variedad de vinos que con él preparaban era tan numerosa como las tribus que lo empleaban. En un mismo caserío hacían uso de distintas fórmulas para su fabricación, según las circunstancias.

Los Payas preparan el licor destinado á sus festividades "moliendo con agua el grano de maíz. Toman una parte, que dejan fermentar. Cuando ésta tiene un gusto ligeramente ácido, hacen con ella tamales, poniendo en el interior de cada uno un plátano maduro. Los tamales envueltos en hojas los cuecen en una olla; de allí los sacan para ponerlos en artesas de madera, y una vez enfriados, los pilan hasta obtener una sustancia medio líquida que distribuyen en grandes moyas, bien alineadas, llenas de agua caliente. Veinticuatro horas después le agregan jugo de caña. Luégo tapan las vasijas con hojas de bihao (2), dejando libre una abertura rectangular para dar entrada á la totuma probadora cubierta con otra hoja. Encima de las hojas colocan ají fuerte para que *Niya* (el Diablo) no se tome antes que ellos el licor."

Los indios de los Llanos hacían panes de maíz que envolvían y cocían sobre grandes hojas. A éstos les daban el nombre de *cayzú*. Los desmigajaban y cocían por segunda vez haciendo otra pasta, á la que llamaban *subibizú*. La exponían á la humedad hasta que se cubría de moho; puesta en agua, la dejaban fermentar y la servían en sus bebezones. Otros preferían el vino de manioc y el pan que sacaban de esta raíz.

Los Cunas del río Bayano y los habitantes de la Goajira hacían del maíz vino blanco y tinto (3). Entre éstos y en muchas otras tribus lo masticaban en vez de pilarlo; las quijadas de las mujeres desempeñaban este oficio. Para obtener la bebida diaria mezclaban el maíz masticado con agua. Para la *chicha copa* de sus fiestas arrojaban grandes cantidades de maíz en moyas con agua, y allí lo dejaban fermentar hasta que principiaba á agriarse. Los Catios también hacían sus licores con maíz.

(4) Oviedo, L. VII, C. I.
(1) *Héliconia bihai*. Musácea.
(2) Herrera, D. I, L. III, C. XI.

Yá que hablamos de las bebidas fermentadas, agregaremos que no sólo las hacían con maíz: las frutas, el jugo de algunas palmeras, etc., eran también utilizados en su preparación.

Los habitantes del Istmo agregaban al maíz jugo de piña (1); también lo hacían de palma (2), y otras veces de mamey (3).

Los Cunas asaban plátanos (4) bien maduros y frescos, los pelaban, los trituraban con las manos y los echaban en calabazos. Al momento de tomarlos los maceraban con agua. O bien hacían una pasta con éstos, asados á fuego lento, sobre una parrilla de madera. La pasta la masticaban y el producto lo disolvían en agua.

Usaban la fruta de un árbol, especie de palmera, que sale cuajada de racimos (probablemente pihiva), pilada con cáscaras y nuez; la ponían en agua tibia y la bebían en calabazos agujereados.

El pan de casi todas las tribus del Llano era el cazabe. Lo sacaban de una yuca venenosa. Los Achaguas rallaban esta raíz con planchas de madera llenas de puntas de pedernal adheridas con brea vegetal. El producto extraído lo colocaban en un gran costal que ataban á una rama gruesa. Debajo ponían un tronco de árbol largo, en balanza; uno de sus extremos daba sobre el costal, de modo que lo comprimía contra la rama; en el otro extremo, una india sentada se ocupaba en la dura tarea de subir y bajar haciendo fuerza en los pies. De este modo desjugaban el contenido del saco. Obtenían así una harina que amasaban y ponían á tostar sobre piedras calientes (5), ó encima de ladrillos calcinados, fabricados ex profeso, consiguiendo un pan que les servía en sus viajes y era la base de sus bebidas, que hacían poniendo éste á fermentar en agua, después de estar cubierto de moho. Los Achaguas la llamaban *berria*.

El jugo venenoso que destilaba la yuca lo cocían dos ó tres veces y luégo lo bebían.

Del plátano como del maíz hacían multitud de alimentos, como fácilmente se comprende en vista de la variedad por ellos conocida y que cada una se presta para muchas preparaciones, según su sazón. Este y la yuca eran la base de la alimentación de los Giraras (6).

Las papas (7) ó turmas no eran muy usadas por los indios. Sólo las hemos visto mencionadas entre los Chibchas. En Zorocotá encontraron grandes sementeras de esta solanácea.

---

(1) *Bromelia ananas.* Bromeliácea. Herrera, D. I, L. V, C. X.
(2) *Cocus butirácea.* Palmera.
(3) *Mamea americana gutifera.*
(4) De éstos había muchas variedades: los principales eran los conocidos con los nombres de *musa paradisiaca, regia, coccinea* y *sapientium.*
(5) Cassani.
(6) Padre Juan Rivero, pág. 117.
(7) *Solanum tuberosum.* Solanácea.

La patata (1), llamada *yómi* por los Chibchas, y la yuca (2), eran muy usuales. Los fríjoles (3) y las habas ocupaban un puesto importante en la mesa del indio.

El cacao (4) les era conocido; sabían cultivarlo y aprovechar su gustoso fruto; sacaban la excelente y saludable harina del sagú (5); la calabaza (6) y la ahuyama (7) les brindaban su abundante carne.

Los árboles frutales les procuraban sabrosos y perfumados frutos. Algunas tribus (Guacas, Ansermas, Popayanes, etc.) las tenían en tanto aprecio, que las cultivaban en grandes arboledas (8). Con la piña y otras hacían vino (9).

Entre los condimentos vegetales eran los más usados la pimienta (10), el clavo (11) y los pimientos (12), de que eran muy golosos. Los Achaguas dividían el ají en pedazos que arrojaban en vasijas con agua hirviendo donde mojaban el cazabe para provocar la sed.

Las palmeras les ofrecían una gran variedad de alimentos; dos de ellas, llamadas por los Achaguas *becirris abay*, de grandes racimos, les daban un producto que comían cocido ó asado, y hacían un brevaje como de huevos batidos, "de que llenan los vientres hasta no poder más." De ellas sacaban aceite los Chiricoas quebrándolas y exprimiendo su jugo en bolsas fabricadas con este objeto.

La coca, conocida en casi todas las tribus, era cultivada con muchísimo esmero, y la mascaban casi permanentemente. Yá hemos visto cómo entre los Chibchas era este un privilegio reservado únicamente á los Jeques, que la llevaban suspendida al cuello en unos calabacillos que llamaban poporos. La mezclaban con caracolillos molidos. Los habitantes de Antioquia mascaban una coca de hoja menuda; los Armas conocían otra yerba que la reemplazaba; los Quimbayas y Ansermas llevaban sin cesar en la boca ramitas de unos árboles tiernos; los Calis y Popayanes

(1) *Convolvulus batata.* Convolvulácea. En los Llanos, pasando el Guaviare, los soldados de Quesada vieron "casas en la vega del río, que tenían cultivada con crecidas labranzas de batatas." Castellanos, T. II, C. XXIII.

(2) *Jatropha manioc.* Euforbiácea.

(3) *Phaseolus.* Leguminosa.

(4) *Theobroma cacao.* Butnerácea.

(5) *Maranta arundinácea.* Arundinácea.

(6) *Cucúrbita pepo.* Cucurbitácea.

(7) *Cucúrbita berrucosa.* Cucurbitácea.

(8) Fray Pedro Simón, pág. 264. Citaremos algunas de las frutas más apetecidas por los indios: el aguacate, el anón, la badea, el caimito, la chirimoya, las cerezas, las ciruelas, los cocos, las curubas, los dulumocos, las guanábanas, las granadillas, las guamas, las guayabas, los icacos, los higos, las uchuvas, los lulos, los madroños, los mameyes, los mamones, los marañones, los mirtos, las moras, los nísperos, las piñas, las piñuelas, las pomas, los tamarindos, las uvas y los zapotes.

(9) Oviedo, L. VII, C. XV.

(10) *Piper nigrum.* Piperácea.

(11) *Piper coriaceum.* Piperácea.

(12) *Capcicum anum.* Solanácea.

hacían una mixtura de coca y pequeños calabazos (1). Los Goajiros comían tallos de bihao. Los Cunas hacían potajes preparados exclusivamente con yerbas (2).

La caza era abundantísima, pues llenaban sus bosques los cuadrúpedos y aves de toda especie.

A los cuadrumanos en algunas tribus no les hacían el honor de la mesa, en otras era su carne muy apetecida, especialmente las variedades mico (3) y marimonda (4). De éstos cazaban tal cantidad los indios de los Llanos, que los secaban y ahumaban para conservar su carne (5). Cada nación comía carne de una variedad de monos despreciando las otras; los Achaguas perseguían los monos amarillos; los Tunebos los micos negros; los Giraras, los Airicos y Betoyes, preferían los blancos. Sólo los titíes y otros pequeños eran apetecidos por todos. La carne de mono, muy abundante en el Istmo, era la que buscaban los Cunas con más ahinco. Entre los carniceros daban la preferencia al oso (6); de los roedores comían el conejo (7), el curí (8) y la guagua (9); de los desdentados preferían la carne insípida del armadillo (10), el alimento escogido de Goahivos y Chiricoes; la carne coriácea de la danta (11); las del zaíno (12) y tatabro (13), y especialmente las del ciervo (14) y venado (15) eran por ellos muy saboreadas.

Los venados eran tan perseguidos, que en algunos puntos, como en el Istmo, aunque buscados de preferencia, eran yá muy raros por la caza que de ellos hacían (16). No todos, entre los Chibchas, podían comer la carne de venado; era este un privilegio que á muy pocos concedía el Cacique.

Los cerdos monteses, en cambio, recorrían las selvas en manadas de más de cuatrocientos individuos (17).

Los Chiricoas y Goahivos aprovechaban la carne de los leones y zorros, y aun de cuanto animal mataban en el monte.

---

(1) Cieza, f. 171.
(2) La yerba la llamaban *iraca*. Oviedo, L. VII, C. XII.
(3) *Cebus. Variegatus.*
(4) *Ateles hibridus.*
(5) Padre J. Rivero, pág. 10.
(6) *Ursus americanus.* El oso hormiguero era el bocado predilecto de los Morcotes. Gumilla, T. I, pág. 201.
(7) *Lepus americanus.* Los conejos de agua eran muy perseguidos por los indios de los Llanos.
(8) *Amoenio cobaya.*
(9) *Dasyproecta cristata.*
(10) *Dasypus trisinetus.*
(11) *Tapirus americanus.*
(12) *Dicotilus labiatus.* Paquidermo.
(13) *Id. Torcuato.*
(14) *Cervus peronni.* Rumiante.
(15) *Id. mexicanus.* Rumiante.
(16) Acosta, pág. 18.
(17) Es de observar que en algunas tribus de los Llanos era muy despreciado el cebón casero. (Gumilla).

Pocas aves eran desdeñadas por los indios, muchos de los gorriones, las trepadoras, las gallináceas, de suculenta carne todas ellas: la torcaza (1), la tórtola (2), la perdiz (3), la palomita (4), el pavo (5), la guacharaca (6), el paujil (7), la pava (8), el gurrí (9), la gallineta (10), el pavo real (11), etc.; los palmípedos aquí conocidos:—pato (12) y ganso (13)—eran el manjar que con más ahinco perseguían.

La moneda en que los Colimas pagaban á sus rameras consistía en aves que éstas vendían como bocado predilecto (14).

La variedad de peces que se reproducían en los grandes y numerosos ríos, los que cogían en las costas y en las lagunas, eran muy apetecidos.

El consumo que de pescado hacían los indios de Santa Marta era tan grande, que á aquello atribuyen los cronistas el que esas tribus no fueran, como las demás, antropófagas (15).

Los indios del Istmo aprovechaban la época en que la pesca era abundante para hacer sus provisiones que debían durarles el resto del año. Para conservar los pescados los tostaban en grandes hojas (16). En las costas de San Miguel conservaban los pescados con un gusto salado, abriéndoles el vientre y enterrándolos á un palmo de profundidad, durante cinco ó seis días (17).

Los Aburraes estimaban mucho el producto de sus pescas, que comían fresco, tostado ó conservado hecho harina (18).

La tortuga (19) y la hicotea, la iguana, la culebra, eran de uso muy general.

Los Colimas se alimentaban con ratones, sapos y unas culebras que llamaban *ipequiamai*, verdes, con rayas pardas, y de picadura venenosa. También comían unos gusanos gruesos á los que daban el nombre de chitopes (20).

---

(1) *Columba montana.*
(2) *Id. turtur.*
(3) *Tetrao perdiz.*
(4) *Columba risoria.*
(5) *Meleagris, gallo-pavo.*
(6) *Ortalida squamata.*
(7) *Ourax alcetor.*
(8) *Penelope cristata.*
(9) *Id. aburri.*
(10) *Penelope pipile.*
(11) *Pavo cristatus.*
(12) *Anas.*
(13) *Anas anser.*
(14) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 866.
(15) Id., T. III, pág. 615.
(16) Acosta, pág. 18.
(17) Oviedo, L. VI, C. XXXVII.
(18) Acosta, pág. 115. Los Aburraes cultivaban el maíz, las yucas, los ñames y las frutas.
(19) *Testudo.*
(20) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 867.

Varias especies de culebras, á las que cortaban las extremidades, figuraban en la mesa de los Airicos y Giraras. Las guisaban con pimiento y ají. Los lagartos también hacían parte de su alimento. A los ratones, en el monte, los perseguían cual si fueran liebres, y "los comen tan sin asco, cual si fueran pollos." Los Achaguas eran muy aficionados á esta presa (1).

Para el estómago de los Goahivos y Chiricoas no existía ningún animal inmundo. El Padre Rivero nos refiere cómo los Achaguas, habiendo dado caza á un animal, arrojaron los intestinos á los Goahivos, que éstos comieron sin lavar la inmundicia (2). Comían la carne demasiado coriácea del manatí.

Las tortugas, sobre todo en el Orinoco, eran para los indios el alimento más abundante y que más variedad de productos les suministraban. Comían los morrocoyes é icoteas, las tortuguillas y los huevos. Cuando volvían de la pesca separaban cantidades sorprendentes de huevos para comerlos, y los que sobraban los lavaban cuidadosamente y los arrojaban entre las canoas bien aseadas. Los niños los machacaban caminando encima de ellos. Luégo, colocados al sol, principiaban á soltar la grasa que contienen, la cual se depositaba en la superficie en densa capa. Recogida esta grasa en vasijas de guadua, la conservaban para preparar sus alimentos. Del interior de las tortugas sacaban otra grasa amarilla. Las mismas conchas les servían de vasijas para la preparación de sus comidas. Fuera de los huevos que engullían frescos y de los empleados en la preparación del aceite, les sobraban por millares que ponían encima de barbacoas donde los ahumaban; con esto tenían provisiones para el resto del año y un producto que llevaban á los pueblos como moneda de cambio.

Los Otomacos hacían uso de la carne de caimán. Estos y los Guamos se regalaban con los huevos de tan infecto sauriano; los devoraban sin distinción, aun cuando entre ellos se encontraran algunos con el animal yá formado (3). La grasa también la utilizaban en la fabricación del pan (4).

Los Airicos, cuando escaseaban la caza y la pesca, se saciaban con iguanas y tortugas y con varias especies de sabandijas repugnantes, como son: hormigas, casi del tamaño de una avispa, unos gusanos que se crían en los árboles, y otros peludos que se amontonan en las ramas.

Al llegar al Opón Pero Niño vio:
Seis ó siete ratones que tenían
Unos indios cocidos en la olla
Con insípidos tallos de bihao (5).

(1) Padre Juan Rivero, pág. 117.
(2) Id. íd., pág. 168.
(3) Gumilla, T. II, pág. 222.
(4) Id. íd., pág. 224.
(5) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, C. XV.

Los Tecuas, además de los alimentos que sacaban de sus labranzas de maní, etc., hacían uso de

Tortas algunas de cazabe
Con hormigas aladas amasadas
Que solas y tostadas asimismo
Suelen comellas en algunas partes (1).

Esta misma variedad de hormigas era muy codiciada por los Airicos (2) y las tribus del hoy departamento de Santander, quiones las comían crudas. En el día son aún muy perseguidas por los habitantes de aquella región, y tienen un gusto bastante agradable.

Los indios de los Llanos sacaban miel de las colmenas que en gran número había en los troncos y ramas de los árboles; para ello los derribaban, ó bien agrandaban la abertura en que se encontraban (3).

Los Chocues, nación donde muchas veces se saciaban con los cadáveres de su propia familia, aprovechaban para su alimento cuanto caía á sus manos:

Gusanos come la nación maldita
Y hasta los cabellos que se quita.

Las hilas que los españoles arrancaban de sus llagas, las engullían los Chocues, y bebían las aguas en que se lavaban los pies y las manos (4).

El reino mineral lo ponían los indios á contribución, explotando la sal. Las tribus que, como los Quimbayas, los Chibchas, los Lilis, etc., tenían en sus dominios fuentes saladas ó minas de sal, poseían un artículo de comercio con sus vecinos y una base de riqueza. La sal la cambiaban por oro, mantas, hamacas y otros artefactos. Muy pobre tenía que ser el individuo que no poseyera este condimento, para cuya consecución hacían cualquier sacrificio.

Los Chibchas tenían depósitos de sal en las fronteras, para cambiar con las demás tribus. Cuando los castellanos llegaron al Opón encontraron dos bohíos abandonados, y en ellos muchos panes de sal (5). Saliendo de Mompós, por sendas casi solitarias, vieron una choza en la cual había sal en abundancia (6). Los Colimas, Chocoes, tribus de los Llanos, etc., conservaban el pescado ahumándolo en barbacoas. Los Otomacos comían el pan revuelto con tierra, y algunas veces mascaban pedazos de greda. Cuando ésta les caía pesada, la expulsaban tomando aceite de caimán.

Nada más rudimentario que la instalación de la cocina indígena.

(1) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, C. v.
(2) Padre Juan Rivero, pág. 328.
(3) Gumilla, T. I, pág. 301.
(4) Castellanos, Part. II, Eleg. II, C. II.
(5) Fr. Pedro Simón, pág. 288.
(6) Id. íd., pág. 522.

Tres piedras en el suelo y unas pocas ollas componían sus utensilios culinarios. Algunas veces reemplazaban las piedras por trozos de arcilla, en forma de ladrillos quemados. Sólo para el pan de maíz y de cazabe poseían útiles especiales, como piedras de moler, pilones ó grandes almireces de madera, rallos, etc.

Unicamente la mujer se entregaba á los trabajos de la cocina. La carne, las verduras, tubérculos, etc., eran colocados en agua salada unas veces, otras en agua pura. En este caso, al momento de comer ponían en la mitad de la artesa ú olla en que servían los alimentos un pedazo grueso de sal; resultando de aquí muy insípidos los bocados de la superficie y muy salados los del centro. Esta costumbre la conservan los descendientes de los Cunas.

Muchos desengaños tuvieron los castellanos al acercarse á las vasijas en que los indígenas preparaban su comida. En la serranía de Abibe, acosados por el hambre, se arrojaron sobre una olla. Uno de ellos devoró un curí que sacó de encima: los demás no pudieron saciar su apetito á la vista de una mano de hombre, segundo bocado que sacaron (1). En el Opón encontraron ratones cocidos cuando creyeron hallar curíes (2).

El indio, como hemos visto, aprovechaba para su sustento cuanto le ofrendaba la naturaleza. Tenía tan poco desarrollado el buen gusto, que tribus que habitaban terrenos dotados por la Providencia de los más selectos manjares, no desdeñaban las sabandijas y los productos más repugnantes de la fauna colombiana.

CAPÍTULO XII

CAZA Y PESCA

Desnudos, sin parar en obstáculos, los indios dueños del territorio que habitamos cruzaban los bosques y escalaban los montes, ágiles y rápidos, silenciosos, el ojo y el oído atentos al menor movimiento, al más débil ruido que pudiera indicarles que la caza no estaba lejos.

Este ejercicio era su pasión favorita. En él buscaban no sólo su sustento, sino el modo de lucir sus habilidades y dar rienda suelta á sus apetitos de destrucción y de amor á la libertad.

Acostumbrados desde su infancia á los ejercicios del tiro y á recorrer las selvas, á atacar á los animales monteses y á defenderse contra las fieras, empleaban cuantos medios de ataque y de defensa puedan sugerir á imaginaciones vivas un ejercicio constante y una necesidad permanente. To-

(1) Cieza de León.
(2) Castellanos.

dos sus sentidos tomaban con el hábito un desarrollo extraordinario. Aquellos sus ojos al parecer dormidos y melancólicos, leían los secretos de la naturaleza. Sentían la fiera á largas distancias, y, ayudados por un olfato sin igual, seguían los rastros por entre las traidoras ciénagas, consultándolos en los espesos matorrales, sintiéndolos aun en los terrenos más compactos, y no perdiéndolos ni en el paso de los ríos. Ni el más leve movimiento escapaba á sus oídos, pues en re los mil ruidos de de la naturaleza tropical, sabían distinguir cuál revelaba un animal. Imitaban con tal perfección las varias voces de éstos y los quejidos dolorosos de sus hijuelos, que con ellos acudían en busca de su compañero ó de sus crías á hallar una muerte segura preparada por manos diestras (1).

A orillas del Meta salían los indios durante el invierno en busca de la codiciada carne de la danta; desde que encontraban su rastro empezaban á remedar su voz; el animal, engañado, contestaba y se detenía como aguardando un compañero. En grupos de tres y cuatro los indios se le iban acercando, y en un momento, con sus flechas, se adueñaban de la presa (2).

Diestros en urdir estratagemas, era muy raro que animal que los indios persiguieran pudiera escapárseles. Conocían los usos de cada uno, y de este estudio habían hecho una ciencia que les enseñaba el modo más á propósito para adueñarse de tal ó cual individuo de la fauna, de tantos que poblaban nuestros valles y montañas.

Revestidos con una piel de venado é imitando su paso se deslizaban cuidadosamente por entre los descuidados rumiantes, haciendo cual si arrancaran con la boca, de trecho en trecho, un poco de yerba, y aprovechando los momentos en que aquéllos estaban descuidados, para avanzar hasta ponerse á tiro de flecha, y entonces, de común acuerdo, si eran varios, disparaban sus armas dejando en el suelo unos cuantos inocentes animales. Los Goahivos, Tunebos y Chiricoas, embadurnaban su cuerpo con una resina colorada que llamaban *mara*, de un olor desagradable y penetrante. Se colocaban contra el viento en los puntos frecuentados por los venados. Estos, con la cabeza muy levantada y como atontados por el olor, se acercaban á los indios, quienes se adueñaban de ellos. En los caminos frecuentados por los carniceros y paquidermos sembraban, disimuladas por las hojas, púas envenenadas que hacían muchas víctimas.

Abrían igualmente hoyos profundos con estacas agudas perpendiculares al fondo; los tapaban hasta obtener un terreno homogéneo, y lograban siempre capturar su presa (3). Cuantas trampas conocemos para des-

(1) En el Darién fuimos muchas veces testigos, durante nuestras cacerías, de esta asombrosa facilidad con que los indios imitaban á los animales.

(2) Padre Juan Rivero, pág. 14.

(3) Los Abibes "tenían ciertos hoyos sutilmente tapados y encubiertos, uso común de todos estos indios, do toman ciervos y otros animales." Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. I, C. XII.

hacernos de los animales dañinos ó para capturar los animales útiles, eran conocidas y puestas en práctica por los indios. No se crea que ellos pusieran estas trampas para coger la presa á traición, excusando medirse con las fieras. Los habitantes del Llano, sin más arma que una lanza, perseguían al tigre y se le presentaban de frente en tierra descubierta. Cuando el feroz carnicero se arrojaba sobre ellos, lo recibían con la punta de la lanza y luchaban con él hasta darle muerte (1).

Yá que de trampas hablamos, diremos cómo los indios del Llano cogían las gallinetas. Poníanles lazos en las orillas de las lagunas que frecuentaban, y esparcían granos de maíz de tal suerte, que al picotearlos quedaban presas. Además, sabían atraerlas imitando su canto (2).

Las crónicas nos hablan á cada paso de macanas, lanzas, flechas, etc., pero sin darnos la descripción de estas armas. En vista de la colección que de ellas hemos formado, trataremos de describir las más usadas en la caza (3).

Los dardos y flechas eran arrojados por medio del arco. Para la fabricación de los arcos empleaban maderas resistentes y flexibles que labraban con cuchillos de pedernal ó por medio del fuego, y que luégo pulían con piedras. El largo variaba muchísimo de una á otra tribu, y era además proporcionado á la resistencia de la madera y á la fuerza del individuo. Los hay que pasan del tamaño de un hombre, mientras que otros no alcanzan á tener un metro de alto. Todos ellos muy anchos en el centro, donde apoyaban la mano izquierda, iban adelgazándose en los extremos labrados en muesca ó en punta cilíndrica, destinada á asegurar las extremidades de la cuerda que hacían de cabuya (4), pita, fibra de palma ó cuero. La flecha, cogida con la mano derecha en su extremo inferior, la apoyaban contra la cuerda. Tiraban á un tiempo de ésta y del arco que asían un poco más abajo de su centro. Al soltar la mano derecha la cuerda se distendía con fuerza, despidiendo la flecha á gran distancia. Era tal la habilidad de los indios en este ejercicio, que alcanzaban á las aves en su vuelo y daban muerte á los demás animales lanzando las flechas para arriba, calculando bien la distancia de modo que les cayera perpendicularmente por encima. Tres de estos arcos figuran en el catálogo. Su largo es de un metro setenta á un metro ochenta; pertenecieron á los descendientes de los Guayuribas, Goahivos y Cunas. Uno de ellos es de macana. El más pequeño tiene forrada en cuero la parte en que apoyaban la mano.

(1) Padre Juan Rivero, pág. 7.
(2) Gumilla, T. II, pág. 261.
(3) Estas armas irán descritas en el catálogo destinado á la Exposición de Madrid, con fotografías del señor Racines.
(4) *Agave americana.*

Las flechas las hacían de madera de poca densidad. El tallo que sostiene la espiga de la cañabrava era comúnmente empleado. El dardo, envenenado ó nó, según los casos, variaba mucho en su forma, y lo hacían de hueso, de pedernal, de cobre, de macana, de guayacán ó de alguna otra madera fuerte.

Entre las flechas que poseemos hay dos de hueso, labradas en forma de arpón, sólidamente engastadas con hilo y brea vegetal (1). Una de ellas, como era costumbre muy general, tiene en su parte inferior un adorno de plumas. Hay otra de figura semejante pero de doble arpón de hierro (2), y tres más de punta larga y con arpón; cuatro con la extremidad en forma de hoja larga y delgada (3); todas éstas de hierro. Una pequeña y afilada punta de hierro sirve de remate á tres flechas (4), y en otras tres este metal está reemplazado por macana (5). Como el peso de estas seis últimas no es suficiente, les han agregado una pieza larga de macana, bien pulida en unas de ellas, y labrada con dientes de sierra con la punta para abajo en otra. Las flechas usadas por los indios del Darién son generalmente más pequeñas. Las que poseemos, traídas de Paya y Tapalisa, terminan en puntas de macana con dientes de sierra muy agudos, labrados de arriba para abajo (6). Unas tienen púas de un solo lado, otras en ambas caras, y otras llevan en su parte baja una, dos ó más puntas con cortes semejantes.

Las flechas hasta aquí descritas servían para la caza de los animales de grandes dimensiones.

Para las aves hacían uso de tiraderas que al dar la muerte á un animal no le despedazaban: así podían utilizar su carne. Tenemos tres destinadas á este objeto. La primera termina en un largo cilindro de macana, bien labrada y de punta roma (7). La segunda tiene en su extremo dos conos truncados, superpuestos por la base (8). La tercera, en fin, es de cabeza de macana finamente labrada (9). En las dos últimas la extremidad es de quitar y poner; así, en caso que se rompiera la vara, podían utilizarla en otra.

Para proteger su desnudo cuerpo de las picaduras venenosas de sus flechas, usaban cubiertas en que envainaban los extremos envenenados. Los dardos de menores dimensiones los colocaban en carcajes más grandes, que llevaban sobre la espalda.

---

(1) Son provenientes de los Llanos y miden $1^m.80$ y $2^m.10$.
(2) Mide $1^m.75$; proveniente de los Llanos.
(3) Miden de $1^m.05$ á $1^m.70$. Son de los Llanos.
(4) Mide cada una $1^m.70$. Son de los Llanos.
(5) Miden de 1.60 á 1.80. Idem.
(6) Miden de 1 metro á $1^m.30$.
(7) Mide $1^m.60$. Tribu de los Cunas.
(8) Está rota. Su largo era de 1 metro. Tribu de los Goahivos.
(9) Mide $0^m.86$. Tribu de los Cunas.

Hacían también mucho uso de la cerbatana en sus cacerías. Las fabricaban uniendo sólidamente unas á otras cañas huecas ó varillas bien rectas que rajaban verticalmente en dos partes iguales. Con fuego, y puliendo con piedras, labraban en cada pedazo, en el sentido vertical, una canal. Luégo juntaban las partes y las aseguraban una contra otra con cuerdas untadas de cera ó de brea vegetal. Algunas veces les formaban una boquilla en uno de los extremos. Con el aliento lanzaban pelotas de arcilla ó de algodón con un pequeño dardo en el centro.

En los Llanos llevaban á la caza del jabalí arpones, casi siempre de hueso, con dos lengüetas á la parte inferior, cuyas puntas estaban dirigidas hacia abajo. Estos arpones, bien atados á las flechas que servían para lanzarlos, eran además asegurados sólidamente á la mitad de un madero delgado muy resistente. El herido jabalí huía llevando en sus carnes el arpón y arrastrando el madero que, al enredarse en el tupido monte, daba con su víctima en el suelo. Allí lo alcanzaba el indio y lo descuartizaba (1).

Los Goahivos y Chiricoas llevaban á sus cacerías de armadillos macanas puntiagudas. Después de quemar las sabanas en que tenían sus cuevas, recorrían el terreno y con esta arma los desenterraban y se adueñaban de ellos (2). Sabido es que cuando el armadillo logra encovarse, abre las conchas y con ellas se asegura de tal modo contra las paredes de la cueva, que tirándolo de la cola, por mucha fuerza que se tenga, primero se la arrancan que sacarlo. Los indios le hacían cosquillas con la punta del arco entre las mallas de la concha; el animal entonces se encogía y se aflojaba, y así era fácil cogerlo (3).

Las cacerías las hacían individualmente ó en numerosa compañía.

Las tribus nómades del Llano en sus batidas rodeaban una gran extensión de terreno, colocados á igual distancia unos de otros y bastante separados. Todos iban moviéndose hacia el centro, matando cuantos animales se atravesaban, tumbando montes y venciendo obstáculos. Así, aproximándose á un centro común marcado con anticipación, llegaba un momento en que casi se daban las manos, encerrando una multitud de animales que flechaban sin distinción ni compasión. Otras veces quemaban extensas sabanas poniendo centinelas á alguna distancia y en todo su contorno. Los animales aterrados huían de las llamas y venían á recibir la muerte de mano de los indios.

Los Goahivos y Chiricoas cuando venían en busca de algún tigre, lo acorralaban en un círculo estrecho y lo flechaban sin piedad (4).

(1) Gumilla, T. I, pág. 258.
(2) Padre Juan Rivero, pág. 11.
(3) Id. id.
(4) Id., pág. 13.

La agilidad y la astucia de que daban pruebas en la pesca no eran inferiores á las que desplegaban en la caza. Parecía que el agua guardara el rastro dejado por los peces, que perseguían en sus ligeras embarcaciones, y que flechaban en su caprichoso nado. Para la pesca hacían también uso de multitud de procedimientos, como el envenenamiento de las aguas con barbasco ó cuna, las barbacoas de madera, los pozos artificiales, amén de redes, arpones y tiraderas.

El barbasco y la cuna son dos yerbas distintas aunque de propiedades muy semejantes: ambas producen el efecto de embriagar ó adormecer los peces. Estas yerbas eran muy frecuentemente usadas por los Goahivos y Chiricoas, indios que sólo vivían de la caza y de la pesca (1). Los Salibas procedían con particular esmero. En los puntos más angostos y profundos de los ríos tendían de una margen á otra una red de cañas, acercándolas bastante unas de otras para detener el paso de los peces, dejando correr el agua. Encima fabricaban una barbacoa de cañas con pretiles y barandas. Los indios, embijados como para una fiesta, con sus arcos y flechas, arpones y lanzas, bien adornados de plumas, salían en formación, bailando y tocando, é iban á situarse á algunas cuadras arriba del encañado. Allí cogían las raíces de cuna, y bien maceradas las arrojaban al agua. Algunos peces subían la corriente y eran rechazados por una fila de indios ocupados en dar fuertes golpes contra el agua con largas varas (2): bajaban de nuevo, y por escapar á la acción de la venenosa raíz, se botaban ciegamente á la barbacoa, quedando unos cogidos por las agallas entre las mallas del encañado, otros en seco sobre el pasadizo superior, y la mayor parte, amontonados sin encontrar salida, eran sacrificados por la multitud de indios, que los flechaban, arponeaban y alanceaban á voluntad (3).

Esta pesquería la hacían también en familia. Llevaban yá preparados dos panes de maíz, uno de ellos amasado con jugo de cuna. Buscaban un pozo á propósito y en él desmigajaban el primero de estos panes; los peces, atraídos por la golosina, se amontonaban, y entonces les servían la segunda parte que engullían, quedando á poco rato todos ellos aturdidos sobre el agua: más abajo estaban los niños que con gran destreza los recogían y los amontonaban en canastos colocados en la orilla (4).

Las barbacoas las hacían clavando en el fondo del río gruesas estacas que unían con un tejido de bejucos que ocupaba toda la superficie baja del río. A los dos, tres ó más días, volvían á recoger los peces de todas dimensiones allí aprisionados.

Durante los veranos largos se entretenían en hacer anchos pozos á

(1) Cassani.
(2) Gumilla, pág. 284.
(3) Padre Juan Rivero, pág. 7.
(4) Gumilla, T. I, pág. 285.

orillas de los ríos, ó bien en las sabanas bajas expuestas á las inundaciones, y las atrincheraban con espesas murallas. Para esto clavaban estacas largas y sólidas á distancia conveniente para cerrar el paso á los manatíes, tortugas y peces grandes. Estas estacas iban sostenidas por gruesas vigas apuntaladas en la barranca opuesta con maderos firmes. Las aguas, al subir, cubrían la barrera y por encima pasaban peces de todos tamaños; al bajar éstas iban dejando en seco la pradera, y los manatíes, etc., se encontraban separados del río por la poderosa barrera de maderos. Era tan grande la pesca, que tribus enteras se alimentaban exclusivamente de su producto durante los largos meses del verano. El choque de los manatíes contra las palizadas era tal, que solían romperlas en algunas ocasiones (1).

En tierra de los Gorrones, á orillas del río Cauca, existe una laguna que el agua colma durante el invierno. En la estación seca las aguas se retiran. En el centro, y ocupando toda su superficie, tejían aquellos indios una barbacoa en la cual quedaba amontonado el pescado, formando una masa compacta de hasta dos estados de altura (2).

En determinadas épocas, como es bien sabido, hay inmigraciones de peces que suben las aguas de los ríos; los indios conocían la época precisa en que éstas tenían lugar, y, muy silenciosos, se alineaban en las orillas, desde donde los flechaban y arponeaban á su paso.

Cuando el Orinoco salía de madre, cubriendo con sus aguas las dilatadas vegas, los indios salían armados de garrotes y lanzas, y sin más aparato, daban muerte á los peces que encontraban y que perseguían con suma destreza.

Para pescar las payaras ataban un pedazo de tela roja en la extremidad de una larga cuerda y remaban á fuerza de brazos. La payara saltaba sobre el trapo, lo mordía y era arrojada con presteza al fondo de la canoa.

En la época de las tortugas, cuando éstas venían á depositar sus huevos en la playa, los habitantes de la comarca acudían á fabricar sus pajizas chozas ó á tender sus hamacas en busca de alimento tan delicado y que se presentaba siempre en tanta abundancia. El trabajo se repartía: mientras el indio se ocupaba en volcar tortugas, las mujeres y los niños recogían en grandes canastos los huevos y las tortuguillas. Terminada la tarea, las mujeres llevaban á espaldas, á su rancho, las tortugas volcadas que habían quedado en esa posición, gracias á su levantado espinazo (3).

Nada más industrioso que la pesca del manatí (4). Entre dos perso-

(1) Gumilla, T. II, pág. 282.
(2) Sardella, *Relación del viaje de Robledo.*
(3) Gumilla, T. I, pág. 296.
(4) *Manatus.* Tiene hasta seis metros de largo, y su peso alcanza hasta á 4,000 kilogramos.

nas la hacían en una frágil piragua. El indio, de pie sobre la proa, el arpón en la mano, escrutaba las profundidades del agua, y al menor indicio descubría al mamífero, á quien lanzaba el arpón. Su mujer, en la popa, remaba dirigiendo hábilmente la embarcación hacia los puntos que su compañero le señalaba con la mirada. El arpón usado en estos casos era de doble lengüeta y estaba atado á una larga cuerda hecha con piel de manatí. El animal, al sentirse herido, nadaba con gran velocidad huyendo de la canoa; le soltaban la cuerda, cuyo extremo estaba atado á la proa, y en su veloz carrera la remolcaba muchas veces á una y más leguas de distancia. La canoa se acercaba á su presa; al sentirla próxima el manatí, asustado, nadaba de nuevo, y esto por dos ó tres veces hasta quedar rendido, al alcance de los remadores que le abrían el vientre. ¿Cómo, entre dos personas, podían subir aquella masa tan pesada sobre la canoa? Nada más sencillo. La canoa, puesta al lado del manatí, la llenaban de agua hasta hundirla y colocarla exactamente debajo del cuerpo del animal. Con un esfuerzo la ponían á flor de agua. Hecho esto principiaban á botar con totumas el agua de la canoa; ésta, á medida que le sacaban el líquido, iba sobreaguando con la presa encima; una vez vacía, quedaba el manatí adentro. El indio se le sentaba en la cabeza, la mujer en la cola (1), y juntos, remando, lo llevaban al puerto, donde lo despresaban.

Para coger los caimanes, los indios se sentaban á acecharlos en los remansos de los ríos. Desde que asomaban, les lanzaban á los ojos ó al engaste de las patas delanteras flechas de cañabrava, de efecto mortal (2). En otras ocasiones ataban por la mitad un madero de dos puntas agudas, que cubrían con el cuerpo de un pescado, ó que envolvían con carne. El voraz sauriano tragaba la presa y quedaba cogido á merced de los indios. Armados de este mismo palo, que llamaban *tolete*, salían frecuentemente á divertirse á expensas de los caimanes. Se dirigían á la playa donde durmiera uno de estos animales, el que, al verlos acercar, se arrojaba sobre ellos. El intrépido cazador le sacaba el cuerpo y volvía á provocarla repetidas veces. Finalmente, lo aguardaba de pie firme, el brazo estirado y el tolete asido por el centro. Cuando el caimán, con la boca desmesuradamente abierta, iba á prenderle, el indio le introducía la mano armada lo más adentro que podía. Al cerrar el sauriano las quijadas, éstas quedaban oradadas por la doble púa y no alcanzaban á morder el brazo del indio. La presa servía de juguete á los niños del pueblo. Cuando estaba medio muerta le sacaban el almizcle y aprovechaban su carne.

Los Otomacos eran más atrevidos aún. Salían de dos en dos con una larga cuerda y se acercaban con cuidado al caimán que querían apresar.

(1) Gumilla. T. I, pág. 296.
(2) Id., T. II, pág. 220.

Uno de ellos se le montaba á horcajadas encima del espinazo, donde no lo alcanzaban los golpes de la cola; el sauriano se arrojaba al agua y su jinete le amarraba sólidamente la trompa. El compañero tiraba de la cuerda desde la orilla, sacaba afuera el caimán, y de un garrotazo sobre los ojos lo dejaba aturdido; le extraía el almizcle y luégo lo mataba (1).

Para la pesca los indios empleaban, como hemos dicho, casi las mismas armas que para la caza: flechas, dardos, lanzas, etc. Además hacían uso de arpones de sencilla y doble lengüeta, casi todos atados á una larga cuerda. Estos arpones unas veces los lanzaban á mano y otras por medio del arco: en este caso eran sujetados á la extremidad de una varilla liviana.

Los habitantes del Istmo llevaban á sus pesquerías redes de cabuya ó fique, y anzuelos que labraban con huesos y conchas de tortugas. En Antioquia los fabricaban de oro.

Los indios del Llano tejían al pie de las cascadas fortísimos canastos de bejuco, de dos varas de fondo y vara y media de abertura, con firmes asas, por las cuales pasaban cuerdas retorcidas de bejucos que afianzaban en las orillas. Los peces arrastrados por la corriente iban á caer allí, y cada cierto número de días los retiraban (2). Mucha fuerza debían tener aquellos canastos para soportar el golpe constante del agua y de los grandes peces que sobre ellos caían.

La caza y la pesca eran para el indio no sólo el más agradable de los pasatiempos y las más de las veces una necesidad, puesto que de ellas sacaban su sustento, sino que les servían de escuela para adiestrarse en todos los ejercicios corporales de que tánta necesidad tenían en su lucha permanente por la existencia.

CAPITULO XIII

ANTROPOFAGIA

Nunca el sol se ocultó en Occidente sin que sus últimos rayos iluminaran alguna escena de sangre. Después de las luchas que diariamente tenían lugar en uno ú otro punto de nuestro territorio, los prisioneros eran sacrificados sin piedad y servían á saciar el apetito bestial del vencedor. Había tribus que hacían guerra á sus vecinos, con el único objeto de aprovisionar sus despensas.

La caza del hombre era como la de cualquiera otro animal: un poco

(1) Gumilla, T. II, pág. 224.
(2) Id., T. I, pág. 291.

más peligrosa tal vez, pero en cambio más abundante. ¡Ay del indio que se extraviara en terreno enemigo, y enemigos eran todos los que no pertenecían á su tribu! Los perseguían como á fieras, y sus cuartos, ya crudos, ya cocidos, tenían por sepulcro las entrañas de sus semejantes.

Es una creencia muy general entre nosotros que sólo los caribes eran antropófagos, cuando todas las tribus colombianas se saciaban con carne humana. Sólo recordamos dos ó tres excepciones: los Chibchas y los habitantes de Santa Marta: mucho dudamos que en casos excepcionales no hicieran éstos como los demás.

Decíamos en nuestro Capítulo *Alimentación* que Fray Pedro Simón (1) atribuía á la gran cantidad de pescado que aprovisionaban los Samarios el que no tuvieran necesidad de devorar á sus semejantes. ¿Acaso las otras tribus lo hacían por necesidad? ¿no poseían casi todas terrenos propios para el cultivo, y no abundaban en sus tierras la caza y en sus aguas la pesca? No era por hambre, ni por venganza, ni por odio, por lo que se devoraban entre sí; era por vicio. Era aquella una pasión diabólica que de ellos se había apoderado, un apetito satánico que los llevaba á la destrucción de los unos á los otros. Lo que no hacen los demás animales, el hombre lo hacía; el cuervo, el perro y el hambriento chacal, devoradores de cadáveres, huyen del cuerpo de su semejante, y los indios no sólo comían cadáveres humanos, sino que los perseguían y buscaban con ahinco. No podremos disculparlos diciendo que los arrastraba el instinto: el instinto repugna á hacer semejante cosa. Sólo el Demonio podía sugerirles la idea de servir en sus festines la carne del hombre; sólo él podía decirles: Haz de tu vientre el sepulcro de tus enemigos; para que tu misma raza no tome incremento, imíta al caimán y devóra á tus hijos.

Daremos como prueba de nuestro anterior aserto respecto del canibalismo de las tribus colombianas, algunos ejemplos tomados aquí y allí: El doctor Aristides Rojas defiende á la raza caribe y asegura que sus individuos no comían carne humana. Sin embargo, Cristóbal Colón, Oviedo, Herrera, etc., afirman lo contrario. Además, sabemos que las tribus pacíficas de las Antillas vivían en permanente alerta, aguardando las incursiones de los Caribes, que después de cortos combates se reembarcaban con sus prisioneros que iban á devorar en sus tierras. Los Caribes del Orinoco, los hijos de la gran serpiente, como decían los Achaguas, eran más carniceros que los jaguares mismos y más temidos de los demás indios. Gumilla, Cassani y Rivero, Castellanos y Fray Pedro Simón están de acuerdo para decirnos que los Caribes de los Llanos eran temidos no sólo por sus bárbaras excursiones á sangre y fuego, sino por los

(1) T. III, pág. 615.

festines de carne humana con que celebraban sus triunfos. Nuestra Costa atlántica, si exceptuamos á Santa Marta, Cartagena y uno ó dos puntos más, estaba poblada por indios caribes, y todos ellos, y más que todos los de la costa de Urabá, comían carne humana (1).

Generalmente las tribus caníbales no hacían en sus guerras uso de flechas envenenadas para aprovechar mejor la carne de las víctimas. En los Caribes, sin embargo, vemos reunidos los dos rasgos de maldad: envenenaban sus flechas y comían carne humana. ¿Tenían algún procedimiento para desinfectar la carne del terrible veneno de las flechas? ¿La cocción á alta temperatura bastaría para purificarla? Las crónicas nada nos dicen sobre esto, pero todas están de acuerdo en estos dos puntos.

Después de la conquista los indios de las riberas del bajo Magdalena asaltaban las canoas abandonando los licores y vestidos de los que en ellas iban en las riberas; se internaban en la montaña y se cebaban en sus cuerpos como canes hambrientos, guardando los cráneos como trofeo para beber su chicha en ellos. Los indios de la Costa Atlántica se adornaban con collares de dientes humanos, y colgaban al cuello las cabelleras de sus enemigos.

Los súbditos del Cacique Nutibara eran todos antropófagos (2). Las puertas de su aposento, lo mismo que las de todos los capitanes, estaban adornadas con los desnudos cráneos de los infelices que habían sido víctimas de su sangrienta voracidad. Enemigo que caía en sus manos era sacrificado sin piedad, y su cuerpo figuraba en la mesa del Cacique, que para solemnidad semejante invitaba á parientes y amigos. Esta costumbre de adornar las casas y cercados con cráneos, ya exponiéndolos sobre altos maderos, ya calgados de las puertas y las columnas de sus habitaciones, era muy frecuente en las tribus colombianas. Casi siempre que los castellanos se acercaban á un caserío veían brillar desde lejos los desnudos cráneos que coronaban las altas vigas, los puntos dominantes de sus edificios, las colinas que los avecindaban, y las fortalezas que los defendían.

Estos bárbaros no sólo comían la carne de sus prisioneros, sino de toda persona que caía en sus manos, de todo el que, no siendo de su mismo pueblo, se atreviera á pasar por donde pudiera ser visto y alcanzado (3).

De las tribus del Istmo las más feroces y caníbales eran las que habitaban la Costa Atlántica.

El Cauca era el territorio donde se encontraban las parcialidades más dadas á estas escenas de canibalismo. Los habitantes del valle de Cali y de

(1) Acosta, pág. 28.
(2) Cieza de León, f. 85, y Castellanos, *Historia de Cartagena*, C. II.
(3) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 181.

sus alrededores eran todos antropófagos (1), y continuaron siéndolo hasta muchos años después de la conquista. En casa del Cacique Petecuy, ó Petetuy, colgadas á las paredes, vieron los españoles más de cuatrocientas pieles humanas cosidas y llenas de ceniza. Era cuanto quedaba de las personas á quienes habían pertenecido y cuyas carnes habían ido á aumentar las del Cacique y sus amigos (2).

A los indios siempre les gustó, para aterrar á sus enemigos, poner á las puertas de sus casas ya los cráneos, ya los montones de huesos; unas veces las pieles, otras los intestinos rellenos con ceniza. Cada individuo hacía de su casa un museo con aquellos restos que pudieran recordarle el número de sus festines. Unos conservaban los huesos de los pies, otros las falanges, aquéllos guardaban las calaveras suspendidas por el cabello que les dejaban adherido, otras las limpiaban y conservaban el cráneo para beber en él la chicha en las grandes solemnidades (3). Aquí cubrían los rostros con una máscara de cera; más adelante, al devorar las carnes, reservaban el esqueleto y el pellejo para henchirlos de paja y conservarlos como momificados. Chascos desagradables sufrieron los españoles al acercarse hambrientos á las vasijas en que los indios preparaban sus alimentos. Recuérdese lo que aconteció á los compañeros de Cieza en la serranía de Abibe. En un lugar casi desierto hallaron un bohío, y en el centro, aun sobre las brasas, una vasija rebosante de comida. Uno de los soldados sacó de encima un curí, y su compañero una mano humana, tal cual la habían cortado, con uñas y pellejo. Un negro que acompañaba á los soldados de Robledo se adelantó hacia un bohío á la vista de apetitosas morcillas suspendidas á la entrada. Llegó á ellas con tal afán, que las mordió con fuerza. Eran intestinos humanos rellenos de ceniza. Algo más grave solía acontecerles. Llegando el ejército á un campamento abandonado por los Muzos, vieron los cráneos de los prisioneros de la víspera roídos y rodando por el suelo entre carbones y sangre, restos de la sangrienta orgía en que la carne indígena había sido reemplazada por la de los soldados españoles. Muchos corrieron igual suerte. Léase si nó la historia de las conquistas en el Noroeste de Antioquia, la novelesca lucha de la Cacica Gaditana, que bebía la sangre de sus víctimas en el cráneo de un capitán español; los asaltos á los enfermos y cansados en la cordillera y en los Llanos; los combates con los Pijaos, y más tarde los raptos á la altura del Carare á los viajeros que, cargados de tesoros, bajaban en canoas las aguas del Río Grande.

(1) Cieza, f. 53, y Piedrahita, pág. 78.

(2) Vieron en casa de Petetuy "cueros de indios sobre cuatrocientos colgados, todos llenos de ceniza, cuyas carnes sirvieron de alimento." [Castellanos, P. III, *Elogio á Benalcázar*, C. III].

(3) Los Iracas colgaban los pies y manos de los que han comido en las puertas de sus cercados. (Cieza, f. 43).

Benalcázar en el Valle de Lilí en solas tres casas vio más de seiscientos ochenta atambores fabricados con pieles humanas. Aquellos bárbaros llevaban el refinamiento antropófago hasta hacer con los cadáveres una verdadera disección. Les abrían el vientre, y como naturalistas ejercitados, les sacaban por allí todas las carnes y los desosaban, dejando el pellejo intacto. La caja del atambor era introducida por la misma abertura que remendaban después de henchir con ceniza los brazos y las piernas. Estos instrumentos de guerra hacían el efecto de cuerpos humanos y los llevaban al combate para aterrar al enemigo (1). Daban los redobles sobre el cuero del espinazo, y á los golpes se movían los cuatro miembros como agitados por terribles y aterradoras convulsiones. Es natural que los enemigos se asustaran en vista de la suerte tan cruel que les esperaba. Si esto hacían con los cadáveres, qué de refinamientos no emplearían para dar muerte á sus prisioneros sin lesionar la piel que tan ventajosamente utilizaban.

Si los indios de Cali eran antropófagos, no lo eran menos los de Popayán (2), los Bugas y todos los pueblos que de allí se extendían hasta el mar del Sur (3), los Patías (4), los Gorrones (5), los Quillancingas, etc.

Hablando de los Popayanes, dice Oviedo que era muy usado allí sacrificar hombres "é tan común comer carne humana como en Francia é España, é Italia comer carnero é vaca" (6) Desde la cordillera de Popayán hasta la costa todos los indios eran antropófagos (7).

Dice Acosta que los Pastos no comían carne humana. Fr. Pedro Simón y Piedrahita aseguran lo contrario. Los Pastos tenían en algunos de sus pueblos grandes jaulas hechas con guaduas, y que después de los combates llenaban de prisioneros. Sometidos á una alimentación abundante, y bien vigilados, los engordaban como cerdos para regalarse con su carne (8). Cuando Aldana vino á someter á los Caciques de Pasto, en guerra unos con otros, y á apresar á Benalcázar, los indios, con el objeto de arrojar de sus tierras á tan incómodos huéspedes, abandonaron sus sementeras. Sobrevinieron como consecuencia el hambre y la peste. Los indios poco sufrieron, porque se devoraban unos á otros. Uno de ellos fue apresado por haber sido encontrado llevando, atadas á un cordel, para alimento de los suyos, siete manos de hombre. Diez ó doce niños de nueve años, trabajando en una labranza de maíz, vieron llegar sobre ellos veinte indios

(1) Oviedo, L. VI, C. XXX.
(2) Cieza, f. 64.
(3) Id., f. 53.
(4) Castellanos, P. III, *Elegía á Benalcázar*, C. III, y Cieza, f. 57.
(5) Piedrahita, pág. 263.
(6) Libro V, Cap. III.
(7) Castellanos, P. III, *Elogio á Benalcázar*, C. IV.
(8) Fr. Pedro Simón, pág. 264.

armados, que los apresaron para devorarlos. Se calcula que sólo en aquella época el número de cuerpos humanos que sirvieron de pasto á sus semejantes no bajó de 50,000 (1). ¿Después de esta relación podrá negarse que los pacíficos Pastos fueran antropófagos?

Los habitantes de Anserma y sus alrededores comían carne humana, como podían atestiguarlo los cráneos de sus víctimas que coronaban el espacioso cercado del Cacique Quinchía (2).

Los Quinbayas, aunque habían alcanzado un grado de cultura muy superior á las demás naciones sus vecinas, se saciaban en las grandes orgías con la carne de los prisioneros (3).

Las tribus aglomeradas en los pequeños valles del departamento de Antioquia, y las que poblaban la cordillera, eran todas antropófagas. Las casas de los súbditos del Cacique Nabonuco parecían cada una una carnicería (4). De sus combates traían mujeres y esclavos que encerraban como ganado de cría, con el objeto de que se reprodujeran para comer á sus hijos. Cuando las mujeres eran estériles corrían idéntica suerte. Costumbres semejantes tenían todos los habitantes del N.O. del Departamento (5).

Los Guacas hacían salidas nocturnas á mano armada, se introducían sigilosamente á los caseríos de sus vecinos y robaban á sus esposas, que llevaban á los serrallos; los hijos de estas desgraciadas eran alimentados con esmero hasta la edad de trece ó quince años, en que los degollaban y los servían en sus mesas como manjar escogido (6).

Los Curumes (7), los Guarcumas (8), las tribus del Porce y del Nechí (9), los Iracas, Cores y Naratupes (10) y los Armas, también gustaban de la carne de sus prisioneros. Cieza dice haber visto á unos indios de esta última tribu coger á una mujer encinta, sacarle la criatura y después de haberla comido, devorar el cuerpo de la madre aprovechando hasta las inmundicias (11).

"Yo los vide un día—dice más adelante (12)—comer más de cien indios é indias de los que habían muerto y preso en la guerra."

Los Paucuras engordaban á los prisioneros en jaulas de guaduas tan altas y apretadas, que les era imposible huír. En los días de las grandes fes-

(1) Piedrahita.
(2) Id., pág. 78.
(3) Id., pág. 202.
(4) Cieza, f. 30.
(5) Castellanos, P. III, *Historia de Antioquia*, C. X.
(6) Cieza, f. 29.
(7) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 382.
(8) Castellanos, *Historia de Cartagena*, C. VIII.
(9) Id., P. III. *Historia de Antioquia. Introducción.*
(10) Fr. Pedro Simón, pág. 228.
(11) Cieza, f. 42.
(12) Folio 45.

tividades los ponían de rodillas y de un golpe de macana en la parte posterior del cráneo les daban la muerte. Muchos indios se arrodillaban alegremente y recibían el golpe mortal cantando sus hazañas ó con la sonrisa en los labios. Después de sacrificados servían de alimento (1), y sus cráneos iban á adornar las mismas jaulas en que los habían engordado y los bohíos de los jefes.

Los Caramantas tenían la misma costumbre. Semanalmente sacrificaban dos víctimas á un ídolo disforme de madera, colocado con los brazos abiertos y el rostro mirando hacia el Oriente (2). Los españoles fueron testigos, después de un combate, de una escena de canibalismo en que estos indios se repartieron, para comer, más de 200 cadáveres.

Los castellanos aliados á los Pozos contra los Paucuras, y estando en su campamento, vieron llegar á ellos á una india. Al verlos, sobrecogida de terror, prefirió correr en dirección á los Pozos, y sin pedirles gracia ni merced, se arrodilló, inclinó la cabeza y recibió en la nuca el golpe mortal. Ahí mismo fue devorada. Estos indios, en el calor de la refriega, se saciaban con la sangre caliente de los heridos (3). Los Pozos y los Paucuras, terminado un combate, repartían entre los guerreros los cadáveres, y sus cuartos eran llevados á sus pueblos para aprovisionarse (4).

Cuatro mil Picaras aliados á los españoles tomaron como botín, después de una victoria, trescientos cadáveres que les sirvieron para restablecer sus fuerzas.

Las tribus vecinas á la ciudad de Antioquia saciaban sus brutales apetitos con las crudas carnes de los vencidos cuando aun estaban vivos (5).

Detrás de los ejércitos que entre el Cauca y el Porce salían á atacar á Robledo venían las esposas é hijas de los indios con grandes ollas de barro destinadas para cocinar en ellas los cuerpos de los vencidos, ó con cordeles para atarlos y cuchillos de pedernal y caña para despresarlos (6).

Los aborígenes del Tolima y demás Departamentos del interior eran tan crueles y amigos de comer carne humana como los demás.

Los Guarinoes (7) y Timanaes, los Pijaos y Putimaes, que en presencia de los castellanos se robaban los cadáveres, eran todos antropófagos (8).

Después de la caída heroica de Añasco los soldados de la Cacica Gaditana se apoderaron de él y de algunos otros soldados, y

(1) Cieza, f. 43.
(2) Fr. Pedro Simón, pág. 230.
(3) Piedrahita, pág. 200.
(4) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 333.
(5) Esto lo vio Cieza, quien lo refiere en el folio 30 de sus *Crónicas*.
(6) Sardella.
(7) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. II, C. XXV.
(8) Id., P. III, *Elogio á Benalcázar*, C. VIII.

Los caballos y dueños desollados
Y de ceniza la pelleja llena
Unos y otros fueron cuarteados,
Para guisarse la nefanda cena,
Y de los cascos yá limpios y rasos
Para beber en ellos hacer vases (1).

Los Muzos hacían guerra á los Moscas y se los comían (2). A los combates iban seguidos de todas sus mujeres. Estas, durante la pelea, se ocupaban en descuartizar los cadáveres y llenar con sus carnes grandes *mochilas* de fique que cargaban con este objeto. Tenían carnicerías humanas donde vendían este alimento en el pueblo que hoy lleva este nombre (3). Los Muzos presentaron á los españoles los cuerpos de sus compañeros que habían desollado y que conservaban con sus armas y tan bien preparados, que tenían intacta la barba, el cabello y las pestañas (4). Los Colimas comían aun la carne de sus más cercanos parientes. Antes de enterrar cualquier cadáver lo ponían á secar á fuego lento sobre una barbacoa, y recogían la nauseabunda grasa que destilaba para beberla con chicha (5). Para los Chocues el alimento principal era la carne humana (6). Comían á sus propios hijos, y se saciaban muchas veces con cadáveres (7).

Los Caribes y Chiricoas hacían guerra á los Salibas con el único fin de saciar en sus cuerpos el apetito (8).

"La vianda ordinaria de los Caberres era la carne humana de los enemigos, que buscaban y perseguían, no tanto para avivar la guerra, cuanto para apagar su hambre" (9).

Hemos referido brevemente todas estas escenas para mostrar al lector cuán feroces y sanguinarios fueron los hombres que antes de la conquista se disputaban la posesión de los hermosos y pintorescos sitios con que la divina mano del Creador dotó el privilegiado suelo colombiano. No nos hemos detenido á describir ninguna de ellas; nuestra pluma se resistiría á hacerlo. Yá esos infelices recibieron su castigo con el exterminio. El Cristianismo ha borrado hasta las huellas de tánta sangre derramada, y la cruz del Redentor, símbolo de caridad y de amor, ha reemplazado esos ídolos grotescos, verdadera encarnación de Satanás, siempre respirando odio, ávidos siempre de carne humana.

---

(1) Castellanos, P. III, *Elogio á Benalcázar*, C. VI.
(2) Fr. Pedro Simón, pág. 862.
(3) Id. id., pág. 878.
(4) Id, T. II, pág. 705.
(5) Id. id., pág. 867.
(6) Piedrahita, pág. 280.
(7) Castellanos, P. II, *Elegía* II, C. II.
(8) Cassani.
(9) Gumilla, T. I, pág. 251.

El exterminio estaba yá decretado á esas razas desnaturalizadas. No se crea que fueron unos millares de soldados españoles los que en pocos años barrieron con pueblos tan numerosos. Verdugos que hubieran sido, no habrían alcanzado á llenar tarea tan enorme. Algo ayudaron las pestes, el hambre, los rudos trabajos y aun las balas de los arcabuces, pero la causa principal fue la antropofagía. Yá hemos visto cómo en un año, en sólo el valle de Popayán, 50,000 individuos habían desaparecido en los vientres de sus semejantes. Los estómagos de los Pijaos y Putimaes fueron el sepulcro de la nación Quimbaya, de la cual no quedó un solo individuo como reliquia de raza tan industriosa. En el extenso valle del Cauca no se ven ni vestigios de habitaciones; nada que recuerde que allí se agitaron numerosas parcialidades que las tribus de la cordillera llevaron á sus casas para alimento de sus mujeres é hijos. No exageramos al decir que un cincuenta por ciento de los indios que desaparecieron después de la conquista, fueron víctimas del insaciable apetito de sus enemigos de raza cobriza.

Muy natural es suponer que muchos de estos devoradores de cadáveres murieran por consecuencia de su asqueroso apetito. Aquellos que comían la carne cruda de los que sucumbían por enfermedad, en muchos casos absorbían los gérmenes de ella, en otros se envenenaban con los alcaloides cadavéricos yá desarrollados. Recordamos el caso de un aliado de los españoles que después de un combate con los Pijaos pidió autorización, que le fue concedida, de comerse un cadáver; terminada su cena, murió repentinamente.

No tememos, al cerrar este yá largo capítulo, asegurar que el mejor aliado de los españoles en la guerra de la Conquista fue la voracidad insaciable de los indios, que los llevaba á destruírse unos á otros para procurarse el alimento cotidiano.

CAPITULO XIV

VESTIDO

Los indios por lo general cuidaban mucho de su cabello, al mismo tiempo que se arrancaban los pelos de la barba.

Al pelo lacio, negro y abundante en todos ellos, le conservaban el brillo con aceite de palma, y el color con jugo de jagua, que ennegrecía al contacto del aire.

Casi siempre lo cortaban sobre la frente á manera de capul, y lo dejaban caer sobre las espaldas, ya tal cual crecía, ya emparejándolo para que cayera bien igual.

Hacían uso de peinillas de macana y de astillas de palma, con las cuales lo aseguraban recogido en rosca sobre la cabeza. Sólo las tribus nómades y aquellas que, como los Pijaos, vivían de rapiña, usaban el pelo corto; otros, como los Catios, lo rapaban cuando marchaban al combate.

La variedad de coronas, diademas, gorretes, solideos, monteras, etc., que empleaban, cambiaba mucho de una tribu á otra (1). Los hacían de oro, de algodón y de pieles; de paja, de dientes de tigre; y finalmente de plumas. A las fiestas y á los combates marchaban siempre con los gorros que acostumbraban, pero recargados de penachos de plumas.

En los pueblos de raza amarilla la barba era sumamente escasa. Arrancaban el vello de la cara con las uñas ó con pinzas de oro. En los Llanos y en el Chocó empleaban unturas especiales que al quitarlas sacaban el vello de raíz.

La barba la reemplazaban por la pintura. En todas las tribus el gran lujo consistía en las pinturas con que llenaban el cuerpo. Empleaban para esto el rojo, el negro, el azul y el amarillo. Los dibujos en unas tribus los hacían á mano, con pincel; en otras por medio de cilindros de barro con grabados en relieve. Las partes salientes iban embadurnadas con el color que debían aplicar, y corrían sobre el cuerpo los cilindros, desarrollando el dibujo que en ellos había trazado. Estos, en muchas tribus, reemplazaban el vestido que no usaban. Ponían especial esmero en la variedad de joyas de oro con que se adornaban. Cascos y diademas relucían sobre sus cabezas; aros y pendientes adornaban el pabellón de la oreja ó colgaban de ella; narigueras de todos tamaños y de mil formas caprichosas atravesaban el cartílago de la nariz; gargantillas de cañutos de oro, de dijes pequeños en que se esmeraban en copiar los insectos y otros productos de la naturaleza; grandes patenas, redondas fajas que, partiendo de los hombros, se cruzaban sobre el pecho; pulseras, brazales, ceñidores, amén de estrellitas, cascabeles, y piezas ligeras con que recargaban sus maures cuando no estaban éstos reemplazados por anchas fajas de oro flexible.

Pasaremos en revista el vestido usado por algunas tribus.

Los indios del Valle de Eupari sólo se cubrían con algunas planchas de oro. Eran sus mujeres desnudas ninfas

Con piezas ricas que pendientes
Van de nariz, orejas y cuellos;
Muñecas y mollidos rodeados
De brazaletes de oro mal labrados (2).
A los Cocinas "jamás ropa ni atavío
A sus nerviosos miembros embarceja."

(1) Artículos especiales con algunas descripciones de los que traen las crónicas comparadas con las que se ven en las figuras que hemos catalogado, servirán de complemento á este trabajo.

(2) Castellanos, P. II, C. I.

Los Tamalameques peleaban

Todos con superbísimos plumajes
Joyas de oro, petos y brazaletes.

Distinguíase el capitán por sus ricos brazaletes y su peto,

Y ansí mismo celada de oro fino (1).

Los indios de Santa Marta se vestían con telas de algodón; algunos usaban una simple mantellina que les caía hacia atrás. Las mujeres andaban más abrigadas; además de una manta que les bajaba á la cintura, se tapaban con otra que las cubría completamente. Los días de fiesta se engalanaban con curiosas plumerías que formaban dibujos caprichosos (2).

Los Taironas y Guarebucanes, muy numerosos, iban los primeros

Muy vestidos y galanes;

los otros

Han por bien andar en pelo,
Solamente la parte vergonzosa,
Con oro cubren ó con otra cosa,
En una calabazuela comúnmente (3).

Estos últimos por todo vestido acostumbraban muchas joyas y chagualas en la nariz, orejas, cuello, brazos y molledos.

Los indios del bajo Magdalena

No tenían cubierta que los vista;
Oro labrado traen ellos y ellas
En orejas, narices y los cuellos" (4)

Los adornos de que más hacían uso consistían en águilas de oro, petos y celadas.

Los súbditos del Cacique Arubare tenían

Mantas de algodón tejidas,
Pintadas con pincel y coloradas.

Como se ve, las tribus del departamento del Magdalena en su mayor parte no andaban desnudas, sin embargo de que no eran las más pudorosas y de mejores costumbres.

Recordará el lector que el pecado nefando reinaba en aquellas costas, y de tal modo, que en muchos bohíos se veían guardianes y personas del servicio vestidos como las mujeres....

Todos los habitantes del Oriente del Magdalena salian desnudos; sólo en los brazos, tobillos y sienes llevaban fajas de oro, curiosamente labradas y de una flexibilidad digna de llamar la atención.

De estas fajas usaban en casi todas las tribus para ceñirlas en distin-

(1) C., P. II, E. I, C. II.
(2) Castellanos, *Historia de Santa Marta*, Cap. I.
(3) Id. id., Cap. II.
(4) Id. id., Cap. III.

tas partes del cuerpo. Describiremos algunas en el estudio que dedicamos á los Quimbayas. Más que todo las usaban como diademas y coronas.

Las mujeres del Sinú, de buen parecer, vestían con mantas de algodón finamente labradas. Los hombres andaban desnudos. Lo mismo en la tribu de Tolú.

En Cartagena y sus alrededores

> Desnudez era el arreo
> Ansí de hembras como de varones (1).

Más al Norte en Zamba

> Hasta partes impudentes
> Suelen andar abiertas y patentes.

Los de Cipacua andaban desnudos, pero

> Traían por los cuellos y muñecas
> Cuentas de oro y otros ornamentos
> De chaquiras compuestas á sus ruecas.
> Labradas con mal primos instrumentos (2).

Al Occidente de Tolú las mujeres usaban una mantellina de algodón delgada y fina, pintada unas veces y blanca otras. Esta las cubría desde la cintura hasta los pies. El mismo vestido llevaban las mujeres de Nutibara (3).

El gran lujo de los caciques cunas consistía en diademas de oro. Los días de gala vestían una manta larga, de algodón, adornada abajo con una franja. Además tenían collares de dientes de tigre y chagualas de oro en figura de conchas. Sus súbditos usaban pinturas; las mujeres se hacían en la cara líneas rojas, y los hombres dibujaban su cuerpo con bija (4). Además las mujeres llevaban el cuello y los brazos cargados de sartas de cuentas pequeñas de varios colores. Había persona que llevara á su cuello 300 ó 400 gargantillas.

Los habitantes del resto del Istmo andaban desnudos, cubriendo las partes honestas con maures pequeños de canutillos de oro. En sus excursiones por la cordillera calzaban cueros de venado á manera de abarcas.

En muchos puntos, en el Cauca especialmente, llevaban los hombres por único vestido un cordel atado á la cintura. Los Guaipies andaban desnudos (5).

Las mujeres patías se cubrían con mantas pequeñas, de algodón, y traían collares de mosquitos de oro fino y de oro bajo, "muy galanes y vistosos."

(1) *Historia de Cartagena*, P. III, C. I.
(2) Id. íd., C. III.
(3) Cieza.
(4) Wafer.
(5) Castellanos, P. II, E. III, C. I.

Los Pastos, los indios más desaseados de cuantos pisaban nuestro suelo, llevaban una manta de tres á cuatro varas de largo, á la cual daban una vuelta por la garganta y otra por la cintura. Con la tira superior de la manta se cubrían la cabeza. Las hacían de algodón, de cortezas y de una yerba seca. Las mujeres se cubrían desde los pechos hasta las rodillas con una tela "á manera de costal." Tan sucios eran estos individuos, que un Rey inca, Guaynacapac, para conseguir que se limpiaran la cabeza, les impuso el tributo de un canutillo de plumas lleno de piojos, que tenía que pagar cada indio en cada luna.

Sus vecinos, los Quillancingas, se ponían un maure que les tapaba las partes y que cubría una manta cosida, de algodón, ancha y abierta por los costados. Las mujeres llevaban al rededor de la cintura una faja angosta, y la misma manta que les caía sobre los pechos y las espaldas, la tenían airosamente bordada al rededor del cuello.

Los Urabaes andaban desnudos (1); sólo cubrían lo que alcanzaban á tapar con cuentas de vidrio entretejidas con granos de oro, en las gargantas de los pies, las muñecas y los brazos (2).

Los Popayanes se ceñían el cuerpo en raras ocasiones con una angosta faja de algodón. Las mujeres usaban de continuo este mismo vestido. Adornábanse con collares de joyuelas de oro bajo (3). Los jefes tenían además diademas de oro, petos y brazales.

Los Gorrones traían maures mientras sus mujeres se cubrían con mantas de algodón (4).

Los Barbacoas cubrían las partes con caracoles y las mujeres con maures de hojas.

Entre los Picaras, los señores usaban maures (5); los Buriticaes se ponían telas de algodón primorosamente pintadas (6); los de Cartama solían únicamente tapar las partes; los Paucuras se vestían con mantas pequeñas (7); los Tahamíes iban á todas partes desnudos (8), y lo mismo los Nutabes (9).

La mayor parte de los habitantes de lo que forma hoy los Departamentos de Antioquia y Cauca, poco se cuidaban de cubrir su desnudez; en cambio ponían especial empeño en recargarse de alhajas de oro y collares de conchas, piedras, huesos y aun objetos de barro.

(1) *Historia de Cartagena*, P. III, C. IV.
(2) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 41.
(3) Id. íd., pág. 170.
(4) Cieza, f. 71.
(5) Id., f. 46.
(6) Fr. Pedro Simón, pág. 219.
(7) Cieza, f. 42.
(8) *Historia de Antioquia. Introducción.*
(9) Id. íd.

Las tribus de Santander y Cundinamarca, especialmente las que habitaban en la parte alta de la cordillera, vestían todas telas de algodón. Los de tierra caliente andaban desnudos.

Los Guanes tenían ropajes

De telas de algodón que van tejidas
Con hilos variados en colores;
Con una se rodean la cintura
Y otra que de los hombros va pendiente
Al izquierdo trabada con un nudo
Dado con los extremos de la manta;
Traje también común á las mujeres
Que por honestidad y más resguardo
Usan debajo pampanillas
Con que cubren las partes impudentes
Las casadas....(1)

Las solteras no tenían esta precaución.

Los Tocaimas andaban desnudos; el cuello, los molledos, gargantas de los pies, y partes deshonestas, los medio cubrían con alhajas de oro y cuentas de distintos colores. El vestido de sus caciques sólo se distinguía del de sus súbditos en el mayor recargo de joyas más finas (2).

Los maures de los Chibchas eran trabajados con esmero, hilaban el algodón y lo tejían con sumo cuidado. Los pintaban primorosamente, con finos y vistosos colores, desechando el blanco y el negro, que en poco aprecio tenían. Ataban este vestido sobre el hombro izquierdo en un nudo ó con un alfiler ó topo de oro.

En el reino de Tunja cada individuo llevaba dos túnicas, una que los cubría hasta las rodillas y un manto cuadrado prendido del hombro derecho y atado al izquierdo. Los dibujos y labores indicaban el rango y nobleza de quienes los usaban. Los Chibchas, como los indios de las demás tribus, andaban descalzos.

Las mantas las pintaban con cilindros de barro, semejantes á los que usaban para embijarse; en algunos puntos, como en Tora, hacían este trabajo á pincel (3).

En Tunja hallaron los españoles, además de una infinidad de alhajas, muchas piedras labradas, y especialmente esmeraldas, la piedra más buscada por los Chibchas para sus vestidos.

Los habitantes de las orillas del Meta vagaban desnudos en los montes y llanos, y así permanecían en sus pueblos.

Los Colimas no usaban mas ropaje ni otro abrigo que el que les dio la naturaleza. Llevaban algunos una cuerda al cinto con pequeños aderezos que les cubrían las partes deshonestas. Este vestido era común á indivi-

(1) *Historia del Nuevo Reino de Granada*, C. XI.
(2) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 630.
(3) Acosta, 117.

duos de ambos sexos. Las rameras acostumbraban cubrirse con una manta desde los pechos hasta la espinilla; ponían otra manta más ancha encima: el cabello, largo y bien peinado, lo adornaban con cuentas de diversos colores, y lo mismo los brazos, puños, pantorrillas y gargantas de los pies.

Tal vez nunca se vio otra nación donde las doncellas y las honestas esposas acostumbrasen andar desnudas, mientras las mujeres públicas cubrían sus cuerpos.

Dicen los cronistas que las Colimas eran hermosas y de bellos rostros (1). Los Muzos andaban desnudos, menos los señores, que llevaban capa de algodón.

Los habitantes de la cordillera que separaba á los Sogamosos de los Llanos, traían mantas que les cubrían hasta los pies, dejándoles únicamente desnudos los brazos y la cabeza.

En las tribus del Tolima casi todos andaban desnudos.

Yá que la premura del tiempo no nos permite dar por ahora mayores detalles del vestido que usaban los indios en cada tribu, haremos sí una reflexión para terminar.

Poco se cuidaban los primeros habitantes de Colombia en cubrir su desnudez, pero sí hacían cuanto podían por conseguir alhajas de oro y cuentas de piedra para adornar su cuerpo. El lujo para ellos no consistía en el vestido sino en el primor de las pinturas, en el recargo de sus plumas y en las alhajas de oro, caracoles y piedras labradas.

El oro lo conseguían por cambio los que no lo poseían; los Chibchas y los Quimbayas por sal y mantas; desde Santa Marta llegaban hasta Bogotá los caracoles marinos y las piedras labradas que allá trabajaban con perfección.

CAPITULO XV

GUERRAS

Las tribus colombianas, como todas las que habitaban el continente americano, eran guerreras. Las más hacían del batallar una necesidad. El amor al pillaje, el apetito de carne humana y el instinto de destrucción, las empujaba á vivir en guerra permanente.

Unas pocas, como los Quimbayas, eran guerreras por obligación. Colocadas entre tribus enemigas, tenían que vivir en alarma permanente para defenderse de sus incursiones á mano armada.

Jamás estos indios acostumbraron gritar ¡quién vive! Desde que veían

(1) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 865.

en sus tierras hombres de otra tribu ó de otra raza, salían á su encuentro y disparaban sus armas. Los Chibchas, sin embargo, tenían por costumbre enviar carteles de desafío á sus enemigos, á los de la misma tribu por lo menos. Antes del combate cada jefe arengaba al enemigo.

La víspera de una pelea era costumbre muy general reunirse todos los indios en una borrachera, y los ataques los hacían casi siempre á la alborada.

Los Chibchas se preparaban al combate con un largo ayuno y oraciones públicas, en que pedían la victoria á Bochica. Se reunían por parcialidades en el pueblo del Cacique principal. Cada jefe tenía su estandarte, al rededor del cual se juntaban todos sus súbditos.

En las guazabaras, las tribus más bárbaras salían á pelear en montoneras, obrando cada cual por su propio instinto. Entre las más guerreras salían en escuadrones. Los lanceros y los soldados de macana adelante, los de hondas y piedras en el centro, y en la retaguardia los indios flecheros.

Las mujeres los acompañaban al combate cargando con los alimentos, las piedras y las redes ó vasijas destinadas á llevar la carne de los prisioneros.

Los Armas, Quimbayas y Carrapas llevaban al combate banderas de algodón, ricamente adornadas con cascabeles y dijes de oro; los Chibchas cargaban con los cuerpos momificados de sus jefes más valientes y afortunados en la carrera militar, para infundir valor en el ánimo de los soldados.

A los combates iban como á sus fiestas, recargados con todas sus alhajas y con profusión de plumas; los dibujos de bija con que adornaban su cuerpo representaban en esta ocasión figuras monstruosas, exagerando la pintura de la cara para ostentar un aspecto aterrador.

En el momento del encuentro todos lanzaban al aire gritos destemplados y tocaban con fuerza sus atambores, caracoles y pitos de guerra. De aquí viene la palabra *guazabara* dada á sus combates por los españoles.

Sus armas defensivas consistían en placas de oro y de cobre. Los Armas—y de allí les vino su nombre—salían cubiertos de pies á cabeza con láminas de oro. Llegando á Maitamac, dice Sardella, salieron 6,000 hombres al encuentro de los españoles, "todos cubiertos con láminas de oro."

En los Llanos, en unas pocas tribus de la cordillera, y en otras de las márgenes del Magdalena, llevaban rodelas, unas pequeñas, y otras que los defendían de los pies á la cabeza. Fabricábanlas con pieles de animales y especialmente con cuero de manatí.

Como arma para el ataque usaban la tiradera entre los Chibchas, arma casi inofensiva contra las personas vestidas. En las demás tribus las flechas eran de uso general, y las arrojaban por medio de arcos. Muchos acostum-

braban envenenarlas, otros las hacían con espinas de pescado y huesos humanos labrados; la mayor parte las fabricaban con astillas de palma ó macana con puntas de sierra. Largas lanzas de macana, bastones largos, y pesados rompecabezas de punta redonda y con púas, fuertes macanas de doble corte, como espada, etc., eran las armas más acostumbradas. Peleaban casi siempre en campo raso, retirándose á sus fortalezas de madera ó á los obstáculos naturales cuando se veían muy acosados.

Los combates eran encarnizados. Todos tenían que batirse con valor, pues sabían la triste suerte que se les esperaba si caían vivos en manos de sus enemigos.

Después de la lucha los vencidos se retiraban á los montes. Los vencedores se entregaban á la orgía. Los prisioneros morían en medio de los más crueles tormentos. Muchas veces eran devorados vivos por sus miserables enemigos.

Los Chibchas, terminada la acción, se reunían á dar gracias á Bochica, si habían sido victoriosos; á lamentar las faltas que les habían atraído su cólera, si habían sido vencidos.

Por lo general los indios eran indisciplinados; pero en cambio infatigables y de una resistencia poco común contra el hambre y la sed. Los Goajiros se distinguían especialmente en esto.

Daremos una rápida revista de las armas que con especialidad acostumbraban en cada tribu.

Los Tayronas y Uparis blandían pesadas mazas y llevaban sus flechas en carcajes (1); los Pocigueycas les envenenaban la punta, y lo mismo los Samarios; estos últimos acostumbraban además lanzar durante el combate piedras y dardos; cuando luchaban cuerpo á cuerpo sacaban lanzas y macanas (2). Los demás habitantes de la Costa Atlántica y de las orillas del río Magdalena y sus afluentes, envenenaban sus flechas (3).

Los Turbacos (4) y Calamares emponzoñaban los dardos que llevaban en carcaj y se defendían con lanzas y macanas. Las mujeres tomaban parte en el combate y se batían con valor.

Las indios de la Costa Atlántica del Istmo se distinguían por las grandes dimensiones que daban á sus arcos, de una madera resistente que sacaban de una palmera. El veneno para sus agudas flechas lo extraían de las raíces del manzanillo, cuya infusión ponían á evaporar en vasijas de barro hasta obtener una pasta que amasaban con hormigas del tamaño de un escarabajo cada una, grandes arañas, gusanos largos y peludos, alas de murciélago, la cabeza y cola de un pez que los españoles

(1) Castellanos, P. II, *Elogio de Rodas*, C. III.
(2) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 815.
(3) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. I, C. XIV.
(4) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 58.

llamaban tamborino, ranas y colas de culebras, frutas de manzanillo y yerbas y raíces. Esta mezcla, que parece receta de brujas, la colocaban sobre el fuego, en una olla de barro y en medio de un llano despoblado. Una esclava ó india vieja tenía que revolver los ingredientes hasta caer muerta. Los Cunas lanzaban pequeños dardos con punta de arpón envenenada, por medio de cerbatanas.

Los Urabaes usaban lanzas y dardos (1); los Patías defendían sus cuerpos de las puntas de las flechas, con paveses de danta que los cubrían de los pies á la garganta; para el ataque llevaban lanzas y dardos de macana, pulidos con esmero. Acostumbraban poner en los caminos redes de cuerdas bien disimuladas para atajar la marcha á sus enemigos. Los Popayanes se defendían detrás de sus fortalezas con paveses, dardos, lanzas y macanas (2). Los Jamundís sólo conocían los dardos y las macanas.

Los soldados de Petetuy tenían dardos, flechas y macanas, y las mujeres peleaban con largas picas, jáculos y piedras.

Los antiguos habitantes de la provincia de Antioquia, especialmente los Nores, lanzaban con sus arcos dardos y flechas; con las hondas, piedras, y esgrimían con habilidad lanzas y macanas (3).

Escuadrones de gentes armadas de picas defendían las casas altas de los Chocoes; desde allí lanzaban flechas y piedras á los asaltantes (4).

Los Porces envenenaban las flechas; los Pequis y Picaras se defendían con poderosas macanas y regaban en los caminos púas envenenadas (5).

Los *Armas* tenían escuadrones de lanceros, y llevaban al combate banderas de algodón adornadas con ricas alhajas de oro.

En el departamento de Santander se distinguían los guerreros por el largo desmesurado de las lanzas de tostadas puntas; llevaban además macanas y tiraderas.

Los Tundamas eran muy diestros para lanzar piedras, flechas, dardos, jáculos, y no desdeñaban empuñar fuertes macanas y picas de punta retostada. Sembraban los caminos con agudas púas. Sus armas defensivas eran largos paveses y placas de oro que les cubrían parte del pecho.

Los Chibchas marchaban al combate por parcialidades; cada guerrero reconocía á su jefe por el estandarte y vestido que llevaba. Su arma principal era la tiradera, que Castellanos describe como sigue:

Son unos dardillos de carrizo
Con puntas de durísima madera

(1) Cieza, f. 58.
(2) Castellanos, P. III, *Elegía á Benalcázar*, C. III.
(3) Cieza, f. 579.
(4) Castellanos, P. III, *Historia de Antioquia*, C. X.
(5) Id. id., C. VIII.

Que tiran con amientos, no de hilo,
Sino con un palillo de dos palmos
Del grueso de la flecha, prolongado
Con él la tercia parte de la caña.
Este tiene dos ganchos afijados,
Distantes cada cual en un extremo
Del amiento que digo; con el uno
Ocupan el pie razo del dardillo,
Y el otro con el índice corvado,
Aprietan con la flecha juntamente
Hasta que el jáculo se desembaraza,
Según la fuerza del que lo despide.
Es arma limpia de mortal veneno (1).

Además de esta arma acostumbraban pelear con macanas de doble corte, picas, hondas, y más rara vez con dardos y flechas.

Las flechas envenenadas y las macanas eran las armas de los Muzos y Colimas (2).

Los disciplinados escuadrones de los Panches iban acompañados de las mujeres de la tribu que cargaban los dardos y los zurrones llenos de piedra. Usaban paveses, largas picas, mazas, arcos y flechas, cerbatanas y saetas emplumadas que por ellas lanzaban (3).

Las armas más comunes de los habitantes de los Llanos eran las flechas, lanzas de punta excesivamente sólida y pesadísimas macanas; defendían sus cuerpos con broqueles y rodelas. Los Jaguas preferían las lanzas largas, dardos y paveses (4); los Guaipies, las asagayas y paveses; los Matareguas, las picas.

Los Chocues se defendían con rodelas de madera, dardos y pieles, lanzas que fabricaban con las canillas de sus enemigos, que afilaban y empataban en largas astas y macanas de palma. Acostumbraban también sembrar púas en los caminos.

Las lanzas de los Páeces medían veinticinco palmos cada una; sus arcos en proporción; las macanas de los Timanaes eran de tal peso, que tenían que levantarlas á dos manos. Estos últimos manejaban con destreza las hondas y el arco, y eran hábiles en el manejo de las lanzas.

Si los indios tenían contra los españoles las desventajas de las armas y de la disciplina, les eran en cambio superiores en urdir estratagemas, disimular emboscadas, ocultar su presencia, y en las sorpresas de improviso (5).

(1) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. I, C. I.
(2) Id. id., C. XXIII.
(3) Id. id., C. V.
(4) Id., *Elegía* III, C. II.
(5) Castellanos, P. II, E. II, C. II.

CAPITULO XVI

ENTIERROS

Desde que el indio enfermaba gravemente, sus compañeros le consideraban como un sér nulo, inútil yá para la guerra y estorboso para la sociedad.

Muchas veces le daban muerte para que dejara descansar á los suyos (1); otras lo sacaban á despoblado y lo abandonaban en un rancho con pan y agua. Los Chibchas hacían oraciones y sacrificios á sus dioses para conseguir la salud; los Carrapas se encomendaban al Demonio.

En todas las tribus de raza caribe, y en aquellas en que el mohán era médico y herbolario, le llamaban á la cabecera del enfermo. Las enfermedades, según ellos, provenían de espíritus maléficos que se posesionaban del cuerpo del individuo; al arrojar á éstos debía sanar.

El mohán iba á casa del moribundo disfrazado con máscaras grotescas, cubierto con pieles de animales ó con alas de plumas; pintábase el cuerpo con figuras aterradoras, y se provcía de algunos fetiches, de un tambor sonoro y de instrumentos de agudos sonidos.

Conjuraba á los espíritus malos que abandonaran el cuerpo del paciente, y pedía á sus fetiches ó al Demonio le ayudaran en la tarea. Tocaba el atambor, las flautas, gritaba, corría y hacía el mayor ruido posible para obligar á los espíritus á salir. Muchas veces con tanto estruendo sólo el alma del enfermo abandonaba su cuerpo.

Estos mohanes eran muy farsantes, y acostumbraban en ocasiones llevar algún gusano, una piedra ú otro objeto. Después de la conjuración chupaban la parte adolorida del individuo y con mucha destreza le presentaban aquello que traían, haciéndole creer que pronto sanaría, pues que le habían extraído la causa del mal.

Los indios poseían yerbas de efecto maravilloso para sus curaciones. Conocían el contraveneno de casi todas las picaduras ponzoñosas; sanaban con facilidad toda clase de heridas, y tenían método para curar las fiebres, las bubas, etc. (2).

Cuando moría un individuo lo enterraban siempre con sus armas y algunos alimentos. Tenían una idea vaga de la inmortalidad; nó que creyeran que el alma, pura esencia, fuera á otras esferas á gozar de deleites desconocidos en la tierra. El que moría, creían ellos, iría á otras tierras y allí tendría bienes raíces, súbditos, mujeres y alimentos como en ésta;

(1) Piedrahita, pág. 246.
(2) Oviedo.

y que al despertar en la eternidad, iba á seguir la misma vida material que aquí había llevado.

Los Chibchas creían no sólo en otra vida, sino que más tarde sus cuerpos habían de resucitar y volver á poblar la tierra. Mientras tanto el alma, poseída de los mismos apetitos groseros de la carne, bajaba, con las provisiones que ponían en su sepulcro, al seno de la tierra. Atravesaba una capa de greda amarilla y luégo otra de negro fango, llegaba á orillas de un caudaloso río que pasaba en una balsa de tela de araña, y abordaba á la mansión de los espíritus.

Los Popayanes creían que las almas de los difuntos iban á encarnarse en los cuerpos de los niños. Los Guacas y muchos más no creían en la inmortalidad. Los amigos y parientes del difunto se reunían en su casa á llorarle y contar sus hazañas. El llanto duraba mientras les daban chicha; acabada ésta, se secaban las lágrimas y calmábanse las quejas.

Los Popayanes reducían á cenizas los cuerpos de sus difuntos; los Chocoes los ponían en barbacoas, y allí los secaban á fuego lento. Ambos procedimientos eran acostumbrados por otras tribus, especialmente con los cadáveres de sus jefes.

Quemado ó nó, el cuerpo era colocado en su sepulcro, con víveres para la otra vida, armas, algunas de sus mujeres más queridas y de sus esclavos más fieles.

Los Chibchas conservaban momificados los cuerpos de sus jefes guerreros.

Los sacerdotes de Sogamoso, los abuelos del Cacique Comagre, etc., también eran colocados en departamentos especiales, después de haber sido secados á fuego lento.

Entre los Chibchas el vulgo era enterrado en hoyos poco profundos, al lado de los cuales plantaban un árbol como recuerdo. A los más ricos les hacían sepulcros protegidos por muros de piedra.

A los que morían de calenturas, dolor de costado, etc., los enterraban perfumados con trementina, y en lugares apartados, y marcaban la tumba con una cruz que colocaban sobre el lado derecho (1).

Gracias á las costumbres de los indios de hacerse enterrar con sus bienes, hemos podido recoger los objetos que figurarán en la Exposición de Madrid. Gracias á ellos han podido sacar nuestros guaqueros preciosos tesoros para la ciencia. Los españoles explotaron mucho los sepulcros, y de ellos sacaron grandes riquezas. En uno de éstos, aun fresco, cerca de Bogotá, se encontraron 8,000 pesos en joyas de oro. Un ataúd de finísimo oro, hecho á manera de linternilla, les produjo $ 6,000. Del Sinú extrajeron en un sólo día $ 300,000.

(1) Ponen cruces sobre los sepulcros
De aquellos que murieron de heridas.

Yá que tratamos del Sinú, diremos cómo acostumbraban allí hacer sus tumbas, pues á esto nos referimos en el estudio sobre los Quimbayas.

El modo más común de sepultar á los muertos era colocándolos á una gran profundidad en una bóveda y con la cabeza hacia el Oriente, con sus armas y joyas al lado izquierdo, y al rededor tinajas de chicha y bebidas fermentadas, maíz en grano y piedras para molerlo. Cubierta esta bóveda, colocaban en otras, labradas en las paredes del hoyo, algunas de sus mujeres y esclavos, que previamente emborrachaban, y sobre el todo echaban una capa de tierra, y mientras les duraba la chicha seguían echando tierra hasta formar una pirámide más ó menos alta. Entre estos sepulcros había unos de forma cónica y otros más ó menos cuadrados. Tenían uno que llamaron del *demonio*, tan alto, que se distinguía á una legua de distancia.

Sobre los sepulcros sembraban ceibas y hobos, cuyas ramas adornaban con campanillas de oro.

Otras veces los enterraban en hoyos rectangulares cuya mayor dimensión la daba el largo del cuerpo del difunto. Arrojaban encima una capa de tierra blanca arcillosa, y sobre ésta seguían acumulando tierra negra.

Hubo sepulcros de donde extrajeron 9,500, 6,000, 7,000, 12,000 20,000 y hasta 30,000 pesos en oro. Del que menos, sacaron 500 pesos.

Hallaron fosas sumamente profundas, á las cuales había que bajar por escalones practicados en las paredes, tapadas con pesadas losas de piedra bien labrada.

Los indios han sido perseguidos hasta en su última morada. Sus sepulcros son diariamente buscados con ahinco por partidas de expertos guaqueros ansiosos de encontrar en ellos el oro que enterraban.

Muchos se han enriquecido en esta labor. Es de sentirse que aquellos hombres sean por lo general ignorantes y hayan descuidado por completo el tomar datos acerca de la forma de los sepulcros, de la posición del cadáver, etc., y más que todo, despreciando lo que no es de oro, hayan dejado perder miles de objetos de barro y piedra que tan útiles serían hoy para la ciencia.

APENDICE

DESARROLLO DEL CAPITULO SOBRE VESTIDO

I

TOCADOR DEL INDIO, PELO Y BARBAS, EMBIJAMIENTO

Los indios, por lo general, gustaban mucho del pelo largo, y hacían cruda guerra al vello y á las barbas.

Mencionaremos, sin embargo, algunas tribus cuyos individuos se cortaban el cabello. Los Goajiros (1); hombres y mujeres goajiros y chiricoas andaban pelados (2): siendo nómades tenía que serles muy estorboso el cabello; los Guechas, guerreros de la frontera Chibcha, estaban siempre trasquilados (3); lo mismo los valientes Páeces (4), etc.

Hemos observado que sólo entre tribus nómades y guerreras llevaban los hombres los cabellos cortos, probablemente para andar más expeditos. Los Catíos, que en tiempo de paz se dejaban crecer el pelo, lo cortaban cuando marchaban al combate (5).

En otras tribus, como entre las que habitaban las orillas del Meta, el honor de llevar el cabello largo sólo pertenecía á los hombres; las mujeres tenían que llevar la cabeza trasquilada (6).

Si, como los chinos, los indios no veían en el pelo el fundamento de su religión, sí lo consideraban como la parte más hermosa del individuo, aquella á la cual prestaban más cuidado y esmero.

Todos tenían cabello abundante, de hebra muy gruesa, de color negro oscuro. Lo llevaban suelto sobre las espaldas ó recogido detrás de la cabeza; era costumbre cortarlo por delante más ó menos á la altura de las cejas, á manera de capul.

"Todas las indias del Magdalena se veían con las peinadas crenches de cabellos" (7). Los Chibchas dejaban las cabelleras tendidas sobre las espaldas y los hombros (8). Los Colimas llevaban el cabello bien peinado y enrizado (9), adornado con cuentas de diversos colores.

Conservaban al pelo su color negro y su lustroso aspecto friccionándolo frecuentemente con aceite de palma y lavándolo con agua de jagua.

(1) Herrera, D. I, L. III, C. XII.
(2) Cassani.
(3) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, C. II.
(4) Fr. Pedro Simón, 178.
(5) Id. íd., pág. 569.
(6) Castellanos, P. II, C. II, C. I.
(7) Id., C. I, P. II.
(8) Id.
(9) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 86.

Las mujeres de los Cunas lo hermoseaban con yerbas y lejías. El cabello entre algunas tribus era mirado con tanto aprecio, que el número de sus víctimas en el combate lo contaban por el número de las cabelleras, trofeos que siempre guardaban á la entrada de sus cercados.

Los ídolos de cera y algodón que encontraron los conquistadores en los templos, tenían todos largas cabelleras, y era castigo afrentoso atusar á un individuo.

Las mujeres casi siempre dejaban el cabello suelto sobre sus espaldas; los hombres lo recogían ya en un rodete sobre la frente, ya en la coronilla, sujetado con peines de macana.

En la colección poseemos tres de éstos, uno de ellos perteneciente á los Cunas, y cuya descripción, que en seguida haremos, corresponde en un todo á la que nos transmite Wafer (1). De un trozo de macana, madera negra fibrosa y muy resistente, sacaban varias astillas que pulían en la misma forma de los dientes de peine que usamos ahora, hasta darles brillo. Las ataban por uno de sus extremos unas á otras con hilo, que ellos mismos tejían; mas ó menos en la mitad hacían lo mismo, dándole al hilo muchas vueltas al rededor de cada diente, de manera que los extremos de la parte inferior quedaran algo separados unos de otros.

Los otros dos son de los Llanos (2). El uno, de 33 centímetros de largo, está formado por astillas de macana de 5 centímetros, con los extremos labrados, atadas á un largo cilindro de madera rajado por la mitad, y aseguradas con un tejido de hilo negro y paja amarilla que forma un bonito dibujo. Adornan sus extremos dos bonitos penachos de plumas blancas, amarillas y rojas. El segundo es el de palillos de palma de 9 á 10 centímetros de largo, cogidos en un extremo por hilo embreado y en el centro por dos delgados pedazos de macana. En el espacio comprendido entre las dos ligaduras se ven dibujos geométricos formados por un hilo negro que ayuda á sostener unos contra otros los dientes del peine.

Cuando los indios marchaban al combate lucían lujosos gorros de plumas, lo mismo que en sus fiestas y reuniones.

Los Chibchas acostumbraban recoger los cabellos con un rodete sobre la frente y "una rosa de plumas en el medio, que cae sobre ella" (3).

Es raro que en el gran número de figuras de oro que hemos catalogado para mandar á la Exposición de Madrid, no hayamos tropezado con ninguna cuyo rodete corresponda al que nos describe Castellanos. En cambio hemos visto muchos que por el número de vueltas que indica el hilo de oro con que están formados, y la espiral de encima, cuyo extremo

(1) Figura I del Catálogo.
(2) Figura J.
(3) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada.*

se pierde hacia adentro, comprendemos que estaban hechos con una faja de algodón que envolvían al rededor de la cabeza y cuyo extremo libre introducían entre ésta y la faja. Turbantes semejantes hemos visto en cabezas de hombres y mujeres indistintamente.

El rodete de la figura 5.ª (1) le da cinco vueltas á la cabeza. La última de abajo lleva bien dibujado el tejido de una trenza. Posible es que algunos acostumbraran trenzar el cabello, envolverlo sobre la frente y sostenerlo con el rodete.

La figura 7 (2) lleva la misma trenza y encima una faja como rodete. Este está formado en la figura 10 por cuatro vueltas y por cinco el de la figura 12 (3), que muestra—y lo mismo las figuras 10, 1 y 5—la espiral de encima.

Rodetes semejantes llevan las representaciones de barro números 121, 145 y 146.

La primera figura del número 16 tiene un rodete de tres vueltas. El de la segunda tiene sobre un largo rectángulo una línea secante, que indica que al dar la primera vuelta sobre la frente, dieron con la tela una media vuelta de abajo para arriba.

En las dos figuras del número 17, aunque los rodetes presentan de frente una superficie plana, tienen en la parte superior dos espirales que indican el número de vueltas.

Dos indios entre un cercado nos presenta la figura 26 (4). Ambos llevan rodetes, el uno de dos y el otro de tres vueltas.

La figura 28, una mujer que apoya sobre el vientre un extremo del huso en que va envuelto el algodón que está hilando, tiene un rodete de dos vueltas.

La primera de las figuras del número 29 (5), representación de una mujer encinta, acuclillada y con un objeto minúsculo en la mano izquierda, tiene un rodete de cinco vueltas bien indicado por el número de hilos y la espiral de encima. El de la figura 20, representado de la misma manera, tiene ocho vueltas. Lo lleva puesto una mujer sentada sobre un banco en forma de *equis*, cuyos brazos inferiores están unidos y los superiores muy separados. Rodetes de dos y de ocho vueltas, este último muy diminuto, llevan la 2.ª figura del número 29; el 54 (mujer) (6), etc.

Frecuentemente se ven figuras cuya cabeza está adornada por una simple faja que le da vuelta.

---

(1) Es de oro. Mide 4½ centímetros y fue hallada en Ubaté.
(2) Es de oro y fue hallada en La Calera.
(3) Es de oro y fue hallada en Guatavita.
(4) De oro. Hallado en Moniquirá.
(5) De oro. Hallado en Peñasblancas.
(6) Omitimos dar dimensiones y procedencia de los objetos que han sido descritos en alguno de los capítulos anteriores.

Los Cunas, Goajiros, etc., hacían uso de fajas de algodón que, atadas hacia atrás, les servían para sujetar el cabello. Los habitantes de la Costa Atlántica se ponían al rededor de la frente pañuelos de algodón finamente labrados (1). Fajas semejantes se ven en las figuras: 3.ª del número 16, 2.ª y 5.ª del número 20 (hombres), 2.ª del número 30 (hombre): esta última está completamente abierta por encima de modo que se ve la cabeza; número 80 (2), figura formada por una delgada lámina de oro; tiene las manos sobre el vientre; las dos figuras del número 86 (3); una mujer en cuclillas con un atributo indescifrable en la mano izquierda, y otra con las manos sobre el pecho. En fin, las representaciones de barro números 40, 121, 145 y 146 tienen todas rodetes; la figura 125 un alto gorro con dibujos geométricos.

Dicen los cronistas que los Chibchas usaban gorretes y los de las provincias del Norte unos casquetes de pieles adornados con plumas de diversos colores, y en el centro, sobre la frente, medias lunas de oro con las puntas para arriba. La figura 1.ª (4), una mujer, de trabajo descuidado, con una nariz que pasa de las dimensiones ordinarias y dos insignias que nos es imposible determinar según están de mal hechas; tiene cubierta la cabeza por un sombrerillo cuyos bordes y copa están perfectamente dibujados. La figura 6 lleva un gorrete pequeño, cuadrado. El del número 7 es un simple solideo que cubre toda la superficie de la cabeza, con una franja dibujada abajo en todo su contorno. Igual á éste en su forma es el que lleva el número 9, pero lo adornan cinco aves con el pico hacia abajo y la cola bien desplegada.

La 3.ª figura del número 20 (5) trae un gorrete de forma cuadrangular, más ancho que largo, asegurado sobre la frente por una faja bordada anudada atrás, cuyos extremos caen sobre la espalda en dos cintas.

La 1.ª del número 27 (6), una india curiosamente labrada, con la cabeza inclinada, y dos hilos de oro que parten de los lados de la frente á los hombros, indicando que carga algo pesado á sus espaldas; en su mano derecha tiene una varilla y un huso en la izquierda; lleva un gorro semejante al anteriormente descrito, mas sin dibujo hacia atrás.

La figura 2.ª del número 31 (7) tiene un solideo, adornado de plumas, que le cubre la cabeza.

La figura 42 (8), en pie, con las manos sobre el vientre, los dedos de

(1) Herrera, D. I, L. III, C. XII.
(2) Figura de oro, de 4½ centímetros de alto.
(3) Son de oro. Mide 3 centímetros cada una.
(4) Es de tumbaga. Mide 5 centímetros. Fue hallada en Fontibón.
(5) Es de oro. Fue encontrada en Guatavita.
(6) Es de oro. Fue hallada en Moniquirá.
(7) Es de oro. Fue hallada cerca de Tunja.
(8) Es de oro. Fue hallada en Sogamoso. Mide 8 centímetros de alto.

los pies y de las manos desmesuradamente grandes, y con un cetro bifurcado en la mano derecha, está cubierta con un ancho solideo.

El hombre que aparece sobre los hombros de una mujer, en la figura 43, lleva un solideo, lo mismo que una de las mujeres, de desmesurada nariz, que nos presenta el número 48, y también la mujer del número 55. Esta última está curiosamente adornada por líneas geométricas.

Lo mismo que los Mayas (1), los Chibchas usaban mitras; los Jeques, en algunas ocasiones; los principales en las procesiones, etc., adornaban su cabeza con mitras de oro.

Estas las vieron los españoles en los 24 ídolos que hallaron á la entrada del santuario del Sinú.

Sólo hemos visto dos figuras que lleven bien marcada la mitra. El número 13 (2), un indio acuclillado, desprovisto de alhajas y con un poporo al cuello, y el número 79 (3), indio cuyos órganos sexuales están exageradamente dibujados; á juzgar por la posición de las piernas, está sentado. La mitra que cubre su cabeza está hecha de preciosos dibujos geométricos calados.

Según colegimos de los relatos de los conquistadores, poniéndolos en parangón con los mismos objetos que describen, vemos claramente que el nombre de mitra lo usaban para ciertos gorros muy altos aun cuando no revistieran esta forma. Como tál podemos clasificar el que lleva el número 35, formado por una muy ancha faja, con dos pequeños bordes dibujados arriba y abajo, y en su superficie dos galerías superpuestas de líneas circulares abiertas con mucha simetría. Cuatro chagualetas suspendidas arriba completan este conjunto de bonito aspecto.

El guerrero de la figura 69 lleva una semejante á ésta, con ocho paralelogramos en su contorno. Los espacios vacíos, entre uno y otro cuadrado, han sido sacados dándole un primoroso efecto.

Los números 70 y 71 tienen altos gorros también formados por anchas fajas con dibujos que imitan tejido de paja.

Encuéntranse entre las figuras chibchas unas pocas de oro y muchas de barro, con gorros formados por un alto cilindro liso con dos alas laterales, hechos de una faja cuadrangular de oro. Tales son los de la figura 41 del sumo sacerdote de Iraca, el del 47 (4), con las alas curiosamente dibujadas, el de la mujer de la figura 48 y el único adorno que tiene el número 72 (5), figura de indio acuclillado sobre unas andas, cuyos brazos, representados por un semicírculo, se apoyan sobre dos rectas que imitan las piernas.

(1) Véase Chavero.
(2) Es de oro. Fue encontrada en Guatavita.
(3) Idem. Mide 5½ centímetros.
(4) Es de oro. Fue encontrada en Sogamoso y mide 6 centímetros.
(5) Es de oro. Fue encontrada en Sogamoso y mide 5½ centímetros.

Los Cunas usaban diademas de oro, curiosamente labradas. Las de los Caciques iban cubiertas por una faja delgada del mismo metal. En la provincia que fue de los Quimbayas se han hallado algunas de éstas que hemos descrito en el estudio consagrado á esta tribu. Los guerreros del Istmo de Panamá adornaban la cabeza con garras de tigre y de leopardo (1).

Los indios de Antioquia y del Cauca usaban casi siempre una montera corta que les cubría la frente y les caía atrás sobre la nuca, como podrá verse en las figuras de barro que llevan los números 10, 12, 14, 17, 18, 37, 46, 48, 52, 58, 59 (bis), 60, 60 (bis), 106, y en casi todas las quimbayas. Las figuras 39 y 40 tienen sobre los costados de la montera dos cuernos formados por la prolongación de ésta (2).

Decíamos anteriormente que los días de fiesta recargaban sus diademas, etc., con plumas; los jefes popayanes, especialmente, eran aficionadísimos á llevar permanentemente penachos de lujosas plumas. Recordaremos de paso que los indios Payas ponen especial esmero en el trabajo de estos gorros (3). De allí trajimos uno de tan fino trabajo, que se guarda en una caja pequeña, no obstante sus grandes dimensiones (4). Sobre un tejido de paja de 5 centímetros de alto está un reborde de 13 centímetros de ancho, formado de plumas amarillas, encima de las cuales resalta agradablemente una faja de plumas negras, de 4 centímetros de ancho. Estas últimas están atadas una á una por una trama de algodón. Cuatro penachos dividen la circunferencia en partes iguales (16 centímetros de alto cada uno); formados de plumas amarillas y rojas y coronados por cuatro plumas de 50 centímetros de alto, forman el adorno superior. En las tribus de los Llanos hemos visto gorros de paja adornados con plumas (5).

Entre las figuras de oro chibchas hay una con gorro de plumas, la 2.ª del número 27; una mujer acuclillada sobre un asiento y con un huso en la mano derecha. Dos guerreros, 1.° del número 31 y 51, también llevan las diademas adornadas con plumas.

Los indios del Llano usan actualmente enormes sombreros formados por hojas de bijao sostenidas por dos redes de un tejido de paja. Hay otros hechos con hojas atadas unas á otras con espinas de palmera. Unos y otros tienen ala muy ancha (6).

---

[1] Acosta, pág 18. El número 78 nos presenta una de estas diademas de oro, con dibujos geométricos repujados.

[2] Sardella vio en las serranías que encierran el valle de Aburrá algunos jefes con coronas de paja sutilmente labradas.

[3] Algunos jefes cunas usaban al rededor de la cabeza fajas de oro de 9 pulgadas de ancho que imitaban el tejido de los canastos.

[4] Véase la letra *C* del catálogo.

[5] Véase la letra *H* del catálogo.

[6] Véanse las letras *E* y *F* del catálogo.

Los descendientes de los Cunas adornan sus cabezas con fajas de hilo rojo, blanco y negro tejidos con primor. Los atan hacia atrás dejando un poco largos los hilos de los extremos (1).

Los Goahibos usan gorretes de 20 centímetros de diámetro más ó menos, formados por una faja de mimbres de 2 centímetros de ancho y con sartales de cuentas de vidrio atrás (2).

Los Chibchas llevaban frecuentemente atadas sobre la frente chagualas, patenas y medias lunas de oro.

El mismo esmero que ponían los indios en conservar y embellecer el cabello, lo empleaban en suprimir el vello y oponerse al crecimiento de la barba. No porque tuvieran en mal concepto este adorno de la cara, sino que, siendo lampiños por naturaleza, los escasos pelos de la barba, al desarrollarse formaban desploblado y desairado apéndice. A Bochica lo representaban con larga barba; y entre los Caciques y Mohanes, los más temidos y respetados fueron siempre los poquísimos que tenían barba. Eran estos tan escasos, que nos cuenta Sardella haber conocido uno de entre los Armas como otro nunca se vio en aquellas provincias. Dice el mismo autor que era tal el espanto que á los Aburraes causaban las barbas de los españoles, que se ahorcaban de terror.

Así, pelo que asomaba á la cara era inmediatamente suprimido. En algunas partes los arrancaban con las uñas, como lo hacían los Cunas, etc.; los Jiraras, Chocoes y otros los sacaban de raíz con unturas especiales; los Airicos suprimían hasta las cejas.

Para disimular los defectos de la cara, y en muchas tribus como único vestido, acostumbraban pintarse con resinas vegetales y sales minerales. Los colores más usados eran el rojo, el negro, el amarillo, el azul y más rara vez el blanco. Conservaban los polvos en calabacillos, y en el momento de aplicarlos los diluían en aceite. Los dibujos los hacían con pinceles (los Cunas, etc.,) ó con cilindros de barro con grabados en relieve, de uso muy general, como podrá verse en los catálogos. Las partes salientes untadas con el color que querían emplear, resbalaban sobre el cuerpo los cilindros desarrollando un grabado uniforme que se repetía de trecho en trecho. Estos mismos relieves los hacían sobre planchas de barro.

En algunos puntos aplicaban también las pinturas, que engañaban la vista y de lejos parecían vestidos (3).

Algunas tribus de los Llanos principiaban por cubrirse el cuerpo de caraña, y sobre esta sustancia pasaban la pintura.

---

(1) Véase la letra *D* del catálogo.
(2) Véase la letra *G* del catálogo.
(3) Cassani.

Los Panches salían siempre embijados (1); los Moscas se pintaban el cuerpo con bija y con puntos negros de jagua. Este último producto, un poco astringente, al mismo tiempo que les servía para engalanarse, les secaba mucho el cutis. Los Chimilás preferían el achiote (2). Los Alcoholados fueron así bautizados por los españoles por las pinturas que se hacían en el remate de los párpados. Los Malambos (3) y Darienitas (4) sólo usaban los colores negro y rojo. Los habitantes de las bocas del Toro no empleaban más vestido que estas unturas de colores (5).

Los Popayanes y sus vecinos conocían una pintura negra especial que obtenían mezclando barro con ciertas hojas (6). El otro color negro ó jagua lo extraían de una fruta. La bija, la preparación más conocida y más usada, sobre todo por los Chibchas, que de ella se servían también para dar color á sus mantas y para los dibujos que dejaron trazados en las piedras, cuyas líneas, después de transcurridos más de tres siglos, se ven aún patentes, á pesar de la intemperie, la extraían de una hoja; la llamaban *omutú* para distinguirla de la que sacaban del achiote (7) y del rojo mineral ó almagre. Los indios del Llano preparaban el rojo macerando en agua granos de achiote. Dejaban depositar la tintura obtenida que decantaban al día siguiente. El polvo lo conservaban en grandes bolas envueltas en algodón (8). El color azul lo sacaban del añil, y el amarillo de algunas yerbas y de tierras ferruginosas.

No sólo aquellos que, como los súbditos de la Cacica Gaditana, andaban desnudos, acostumbraban pintarse (9): los Catíos, que se cubrían con largas mantas, usaban también de sus maneras de alcoholes (10). Los Jaguas untaban de bija "hasta las partes más sujetas." En los Llanos las mujeres se pintaban desde la corona hasta los pies con aceite y achiote, después embadurnaban á sus hijos, aun á los recién nacidos, y luégo á sus esposos. Los Enmascarados se pintaban de la corona á la cintura con betún negro, y de allí para abajo con rojo. Cuando Robledo subía la escarpada cordillera que separa el Porce del Valle, recibió á un mancebo embajador con la cara amarilla, azul y negra, y el cuerpo untado con resinas de mal olor, sobre las cuales se había aplicado la bija (11).

(1) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, C. II.
(2) Cassani.
(3) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, T. II, C. XIV.
(4) Acosta.
(5) Id.
(6) Cieza, f. 44.
(7) Bixa orellana.
(8) Gumilla, T. II, C. XXI. Los Payas actuales conservan el rojo de esta misma manera.
(9) Castellanos, P. III. *Elogio á Benalcázar*, C. VIII.
(10) Id. íd., *Historia de Antioquia. Introducción.*
(11) Sardella.

No se crea que todos los indios se pintaran de una misma manera: unos se hacían dibujos geométricos, otros figuras de animales, caras fantásticas, etc.; éstos rodeaban el ojo derecho con un círculo encarnado, aquéllos circuían los dos ojos con líneas de colores; llevaban aquí parches negros en las dos mejillas, allí una raya negra por el medio de la nariz, etc.

Algunos indios del bajo Chocó hacían una mezcla con cocuyos, y de noche se veían fosforescentes sus cuerpos.

Los habitantes del río Bayano dibujaban el cuerpo, y sobre todo la cara, con figuras humanas, de aves y de árboles. Algunos se hacían primero un croquis con pincel, y luégo con una espina se picaban en todo el contorno del croquis hasta sacarse sangre; frotaban con las manos el color que querían emplear, generalmente amarillo y azul diluídos en aceite, y obtenían dibujos indelebles. En varias tribus hacían lo mismo.

En resumen. Los indios usaban, por lo general, el cabello largo, cortado sobre la frente; cubrían la cabeza con gorros y monteras que en sus fiestas y combates adornaban con plumas; no traían barbas, y sus cuerpos estaban casi siempre surcados por caprichosos dibujos de colores.

II

ALHAJAS USADAS POR LOS INDIOS

NARIGÚERAS, ZARCILLOS, COLLARES, BRAZALES Y CEÑIDORES

El hombre, ya en estado de barbarie, ya civilizado, apenas ha conseguido la satisfacción de sus más urgentes necesidades, se ha preocupado por procurarse aquellos objetos de adorno de su persona que le hagan sobresalir entre sus semejantes. Creen algunos que sólo en el siglo XIX y en las grandes capitales se hacen sacrificios al lujo. Los indios, aun los que andaban desnudos, mortificaban más su cuerpo que lo que puede hacerlo la parisiense más de moda. Las incisiones para obtener una pintura indeleble, la deformación en el cráneo de los niños, la introducción en el cuerpo de plumas de aves, y en las orejas de pedazos de madera esponjosa, las pesadas narigueras que usaban, etc., debían ser un tormento permanente del individuo.

El lujo era acariciado por todas nuestras tribus, aunque no todas ellas lo hacían consistir en unos mismos arreos.

Cada individuo vivía preocupado con la idea de la consecución de objetos de oro, perlas, piedras labradas, etc. Las tribus, aunque en guerra permanente unas con otras, tenían en determinados puntos sus mercados donde cambiaban sus productos. Los Comagres y Sinúes conseguían oro

dando en pago mantas y hamacas; los Quimbayas y Chibchas, cambiándolo por sal.

En el centro de la República encontraron los españoles cuentas de Santa Marta, caracoles, etc.

El vestido no era de uso muy general; en cambio los adornos eran codiciados de todos aquellos bárbaros. Las narigueras, los zarcillos y otras alhajas para las orejas, los collares y los ceñidores eran llevados por casi todos, aun por los más salvajes y pobres.

Desde que el niño nacía le hacían aberturas en las orejas y el cartílago de la nariz, para colocar en ellas las argollas y chagualas. Estas eran muy variadas en sus formas. Las más comúnmente empleadas eran las argollas y planchetas de oro, con una abertura por donde se introducían.

Así eran las usadas por las mujeres Tayronas (1), los Tamalameques (2) y los habitantes del bajo Magdalena. En la isla grande del río acostumbraban argollones de oro bajo, y en tal cantidad los tenían, que los españoles tomaron de éstos y otras alhajas diez cargas, que abandonaron por lo bajo de su ley. Tales adornos los conseguían en sus canjes con las tribus del Nechí. En el istmo de Panamá usaban joyuelas de oro en las narices (3); las llevaban indistintamente hombres y mujeres, y no todas eran muy pequeñas, puesto que dice Wafer que para beber tenían que levantarlas con las manos. Los días de consejo y en sus fiestas cambiaban las narigueras del diario por pesadas y grandes argollas. Balboa y Pedrarias recibieron obsequios de oro riquísimos en los pueblos del Istmo; entre éstos figuran siempre las narigueras. Comagre les regaló 4,000 castellanos en pulseras y narigueras, á Parisa le quitaron más de 30,000 pesos en pectorales y narigueras. Todavía los viajeros que en este siglo han visitado aquellas regiones, dicen que entre las alhajas de oro preferían los pendientes para la nariz (4); cuando nosotros estuvimos en el Darién del Sur, los hombres habían abandonado esta costumbre, pero en cambio las mujeres desde muy niñas llevaban nariguera; al envejecer, el cartílago de la nariz les cae sobre el labio superior afeándoles muchísimo el rostro.

En el golfo de Urabá, cerca de la Antigua, recogieron los españoles en su primera entrada cosa de 10,000 pesos en alhajas de oro, especialmente en narigueras bien labradas.

Casi todas las figuras de barro que hemos estudiado, procedentes de los departamentos de Antioquia y Cauca, tienen en la nariz la abertura para la introducción de la argolla, y aun algunas del Cauca, como las que

[1] Castellanos, P. II, C. I.
[2] Acosta, pág. 102.
[3] Herrera, D. I, L. V, C. 8.
[4] Bancroft, Selfridge, Wise.

llevan los números 6, 13, 49, 51, 56, 57, 58 (bis) y 68, las tienen puestas. En las figuras 22, 23 y 106 verá el lector pesadas narigueras en forma de una vuelta de espiral, semejante á una de las que lleva el número 171 (colección quimbaya). El número 105 tiene una argolla tan grande, que le cae sobre el cuello.

Los Catíos llevaban joyuelas de oro pendientes de las narices "en valor supremo" (1), lo mismo que los habitantes de Zenufana.

Los Pozos introducían en el cartílago de la nariz pedacitos de oro más ó menos finos. En muchas figuras de barro no aparecen las narigueras, y esto proviene frecuentemente de que varias de ellas eran aros de oro que los guaqueros les han quitado; de ahí también el que haya tantas con las narices mutiladas. Los números 19, 21 y 37 á 39 de la colección de cerámica de Antioquia, llevan narigueras del mismo barro con que está hecha la pieza.

En la lámina 3 de la misma colección aparecen algunas narigueras de oro de varias formas; una media luna grande cuyos extremos se tocan, con un reborde en el centro y otra más pequeña; una argolla hueca y otra maciza, con dos cuernos en los lados. Hay dos especialmente de trabajo esmeradísimo: la una está formada por preciosos dibujos de filigrana, y la otra por espirales caladas.

Los Chibchas traían chagualas de oro en las narices. Era un privilegio entre ellos, no concedido á las gentes del pueblo, el uso de estos pendientes. Los guerreros tenían narigueras especiales con chagualetitas de oro, cuyo número equivalía á los enemigos que hubieran muerto de su mano. Entre sus representaciones de oro y de barro hemos visto muy pocas con este adorno, que encontramos en casi todas las de las demás tribus.

Estudiaremos las formas más usadas por los Muiscas. Las tres argollas del número 38 (2) son formadas por alambres encorvados circularmente, cuyos extremos son más gruesos que el centro; los introducían por uno de éstos y luégo les daban vuelta en el interior, de modo que la abertura quedara para abajo. La figura 49 (3) es una nariguera de oro, de una sola pieza y hueca. Su superficie está formada por cuatro caras curvas, separadas por otras tantas líneas de rayitas imitando trenza, lo mismo en los dos extremos. El número 79 trae un enorme aro que, pendiente del cartílago nasal, le cae sobre la cintura; esta nariguera la tiene asida con las dos manos, sobre los costados. Usaban otras, como las que trae el número 59, de planchitas de oro muy delgadas. Entre las figuras de barro

(1) P. III. *Historia de Antioquia. Introducción.*—Castellanos.
(2) Son de oro y fueron halladas en Sogamoso.
(3) Encontrada en Sogamoso.

aparece, aunque rara vez, una enorme nariguera que tapa completamente la boca, como podrá verse en las figuras 119, adornada con rayas simétricas, y 163, que se prolonga hasta la línea externa de los ojos.

Los Muzos acostumbraban introducir granitos de oro en el cartílago nasal. Los indios de los Llanos llevaban en las narices alhajas ridículas.

Las formas de nariguera más usadas eran, pues, los aros, ya macizos, ya huecos, las planchetas circulares, las vueltas de espiral y los pequeños cilindros.

Era tal la pasión de los indios por este adorno, que en algunas tribus un poco pobres, como sucedía entre los llaneros nómades, se pintaban sobre el labio superior una especie de bigote que las reemplazaba. Los Achaguas trazaban encima del labio y sobre los carrillos de los niños, sin piedad por sus sufrimientos y su llanto, dos rayas que venían á juntarse sobre la barba. Esta operación la hacían con un colmillo de pez payara, tan agudo como una lanceta. Enjugaban la sangre y sobre la cisura pasaban una tinta que extraían de la jagua; pintura que les duraba toda la vida.

Los zarcillos y demás pendientes para las orejas no eran menos codiciados que las narigueras; las mujeres de los Goajiros (1), los Taironas (2), los habitantes del bajo Magdalena y de la Costa Atlántica del Istmo (3), los Cunas (4), los Porces y Nechíes (5), los Zenufanas (6), etc., llevaban pendientes de las orejas argollas, chagualetas y otras alhajas.

Los Pozos introducían pedacitos de oro más ó menos grandes (7). Estos eran cilindros pequeños con un extremo, el que debía quedar hacia afuera, achatado.

En el Cauca, en la tribu de los Quimbayas, Ansermas, etc., hacían cierto número de aberturas en el pabellón de la oreja, é introducían en cada una un aro de oro pequeño, con la abertura hacia afuera. Las figuras de barro que llevan los números 8, 14, 55, 60 (bis) y 63, tienen todas dos aberturas en cada oreja.

En la lámina 3 de la colección de Antioquia se ven dos solideos de oro, uno de ellos con un reborde, y ambos con un hueco en el centro, por donde pasaba un alambre encorvado; éstos y el que los acompaña, en forma de cuchara, eran pendientes para las orejas.

Las mujeres agataes llevaban "maures ricas (que son zarcillos hechos á su modo)" (8). Los Chibchas usaban chagualas de oro en las orejas

(1) Castellanos, P. II, C. I.
(2) Id., *Historia de Santa Marta.*
(3) Herrera, D. I, L. V, C. VIII.
(4) Cieza, f. 21.
(5) "Joyuelas cuélganles de uno y otro oído." Castellanos, P. III.
(6) Fr. Pedro Simón, pág. 568.
(7) Cieza, f. 37.
(8) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada,* C, X.

perforadas; su uso estaba restringido. Las hacían de varias formas: unas eran cilindros pequeños de oro con cabezuela aplastada, como se ve en la tercera de las figuras que lleva el número 20, en la primera del 31, y en las de barro números 107, 111, 132, 134 y 141; otros aros de oro: la figura 30 tiene tres en cada oreja, pendientes de una misma abertura; la figura 77 sólo tiene dos de cada lado. En otras, en fin, se observan chagualetas ó sean planchetas de oro circulares, sostenidas por un aro que las fijaba á la oreja; tales son los de las figuras 35, 41 y 79. En las figuras 69, 70 y 71 estas chagualetas están cortadas en forma de pera.

Los Sutagaes acostumbraban enormes pendientes que les caían sobre los hombros, compuestos de gruesos argollones ensartados en un grande aro que colgaba de la oreja (1).

En algunas tribus de los Llanos sólo las mujeres acostumbraban este adorno (2); en otras, al contrario, era privilegio reservado á los hombres. También usaban un colmillo de caimán en cada oreja.

Los Abanes hacían á sus hijas tiernas un agujero en cada oreja y lo iban agrandando á medida que crecían. Cuando se casaban les introducían una bola de carne, y el lujo consistía en tenerla siempre sin arruga alguna, lo que conseguían forrándola en tallos de palma frescos. Los Guamos desprendían la carnosidad inferior de las orejas y seguían cortando y separando la carnosidad de todo el circuito de éstas, dejando prendida aquella carne de las extremidades superior é inferior (3).

Generalmente llevaban adornados los desnudos cuellos y pecho por gargantillas, golillas, pectorales y sartales de piedras finas, de oro, de cobre, de hueso, de caracoles y aun de barro.

Los Goajiros usaban planchas de oro recortadas en forma de herradura, collares y cuentas de infinitas maneras (4). Estas planchas, llamadas por otros cronistas patenas y espejos (5) á causa de su forma y de su perfecto pulimento, que les da una superficie brillante que refleja las imágenes, eran de uso muy general. Casi en todas las tribus acostumbraban llevarlas, sobre todo cuando marchaban al combate. Unas veces las hacían lisas y otras con grabados y figuras repujadas. Los Goajiros las colgaban al cuello con un cordón de pita. Estos indios preferían para sus collares las perlas que sacaban en las islas y las piedras (jaspes, etc.) que labraban con primor. Los Cocinas llevaban petos, de preferencia á cualquiera otro adorno (6).

(1) Lámina número 151.
(2) Cassani.
(3) Gumilla.
(4) Herrera, D. I, L. III, C. XII.
(5) Tenían espejos de oro que son como patenas de cálices, D. I, L. V, C. X.
(6) Castellanos, P. II, E. I, C. II.

Los habitantes del valle de Eupari traían al cuello planchas de oro y otras ricas preseas (1); los de Cipacua "cuentas de oro y otros ornamentos de chaquiras compuestos á sus ruecas," y los de Cartagena sartales de cuentas (2).

En los departamentos del Magdalena y Bolívar, especialmente en el primero, tenían los indios pesquerías de perlas; eran también muy hábiles en el trabajo de pulimento y perforación de los jaspes y otras piedras de vistoso color, objeto de comercio permanente, como las conchas marinas, con las tribus del interior.

Los indios del bajo Magdalena y los Guanebucanes (3) traían á sus cuellos petos de oro y otras alhajas, especialmente representaciones de águilas; los súbditos de Tolú preferían collares de chaquiras y planchuelas de oro (4); los Cunas, pendientes de conchas y de dientes de jaguar, hechos estos últimos con tanto esmero, que "parecen una masa sólida" (5). Yá hemos visto cómo nuestras tribus acostumbraban cargar al cuello los dientes y aun las cabelleras de sus enemigos. El cacique de una de las islas pertenecientes á Panamá también usaba collar de dientes de tigre y chaguala de oro en forma de concha de pechina. Las sartas de cuentas pequeñas de piedras de diversos colores, de conchas y de oro, no les eran menos familiares (6); había indio que llevara á su cuello 300 ó 400 de éstas. Nosotros poseemos una, hallada en un sepulcro en el Darién, formada por cuentas redondas, de distintos tamaños, pequeños cilindros, canutilios, etc., todo de oro. Llevaban colgadas al pecho patenas de lo mismo (7), que los principales lucían en el combate. El Cacique se ponía dos cuando asistía al consejo, una sobre el pecho y otra en la espalda, cogidas por un hilo que pasaba por los zarcillos. Las orejas tenían, pues, que resistir el doble peso de los pendientes que las adornaban y de las pesadas planchas. Los indios de las Bocas del Toro tenían idéntica costumbre (8).

Los Urabaes perseguían los cocuyos y con ellos hacían sartales que suspendían de noche á sus cuellos. Además de ser muy vistosos, les servían para guiarse en sus marchas nocturnas (9). Los collares de hueso eran muy de su agrado.

Los Popayanes usaban petos y collares hechos con joyuelas de oro

(1) Castellanos, P. II, C. I.
(2) Piedrahita.
(3) Castellanos, *Historia de Santa Marta*, C. II.
(4) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 145.
(5) Wafer.
(6) Bancroft, Pérez, etc.
(7) Herrera, Wafer, Acosta, etc.
(8) Acosta.
(9) Oviedo, L. XV, Cap. VIII.

bajo (1); los de los Patías eran de mosquitos de distinta ley, "muy galanes y vistosos" (2).

En las representaciones de barro muy poco acostumbraban los indios del Cauca y de Antioquia dibujar estos adornos; unas, como la figura 66, tienen indicado un collar; otras, como la figura 105, han sido halladas con collares postizos.

Las mujeres de los Pozos llevaban al cuello ricas gargantillas de oro; los hombres, grandes chapas redondas unas, y otras en forma de estrella (3); los Catios adornaban el pecho con joyas de oro (4).

Al llegar los castellanos á las tierras de Agatá encontraron una hermosa mujer á la que "murénula de oro rodeaba el garzo cuello" (5). Cubrían las gargantas de los Tocaimas alhajas de oro y cuentas de diversos colores (6).

En la colección Chibcha son raras las figuras desprovistas de collar; parece que el uso de éstos no hubiera sido tan restringido como el de las otras joyas. En la figura 1.ª aparece uno de malísimo trabajo. La figura 10 lleva sobre el pecho y suspendidas al cuello tres planchetas redondas; la 43 lleva seis, y cinco la 48; la figura 80 tiene seis, de forma cuadrada. Otras llevan únicamente cierto número de hilos imitando sartas de cuentas pequeñas; la figura 6 lleva seis; la 2.ª del número 14 (7) uno solo; la 1.ª del número 20, cuatro (8); la 2.ª del número 30 (9) tiene tres, recogidas atrás en un nudo que cae sobre las espaldas. A estos hilos van suspendidos diversos adornos; en otras figuras: la 3.ª del número 16 tiene cinco planchetas largas y rectangulares; la 1.ª del número 17 un dije pequeño, y la 2.ª (10), sobre el primero de los tres hilos que caen encima del pecho, un pequeño disco; la 1.ª del número 27 lleva cinco dijes suspendidos al collar por largos hilos; al número 30 le cuelgan dos á manera de borlas, y á la 2.ª del 31, tres. La figura 52 tiene al cuello tres hilos, el último anudado sobre el pecho y con cuatro espirales. La figura 53 (11), una mujer de malísimo trabajo, la adornan ocho hilos, y entre el 6.° y el 7.° seis espirales. El collar que lleva la mujer del número 54 es de cuatro hilos; sobre el primero tiene de cada lado tres discos pequeños y en el centro tres dijes suspendidos por otros tantos hilos. Esta misma figura

(1) Acosta, págs. 166 y 170.
(2) Cieza, f. 67.
(3) Id., f. 37.
(4) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 571.
(5) Castellanos, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, C. x.
(6) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 629.
(7) Es de tumbaga y fue hallada en Guatavita.
(8) Es de oro y fue hallada en Guatavita.
(9) Es de oro y fue hallada en el río Lebrija.
(10) Miden éstas 3½ y 7 centímetros, y fueron halladas en Guatavita.
(11) Mide 7 centímetros de alto, es de oro y fue hallada en Carare.

estaba destinada á servir de adorno de collar, como lo prueban los dos aros que se ven sobre sus hombros. El de la mujer del número 55 es de tres hilos, la superficie comprendida entre la garganta y el primero de éstos está dividida en tres partes iguales por dos pares de hilos, y lleva en cada una un pequeño disco. La figura 78 (1) presenta una mujer con una varilla muy larga en la mano derecha, coronada por una media luna. Está en pie y tiene por único adorno un disco grande sobre el pecho, colgado al cuello por doble hilo y con tres dijes suspendidos en la parte inferior.

Los Chibchas también acostumbraban sobre el pecho las medialunas, discos ó patenas, corazones de oro, etc. La figura 27 tiene una simple espiral. La figura 41 trae un pectoral hecho sobre una pequeña lámina de oro, por medio de hilos del mismo metal; la plancha está soldada sobre el pecho del Cacique. La figura 47 tiene sobre el pecho un adorno en forma de corazón; ella misma servía de dije para collar, como podrá verse por las dos aberturas que tiene á los lados de la cabeza. La figura 56 (2) es el adorno para el pecho que los cronistas llaman medialuna; tiene algunos dibujos hechos con puntos. En la figura 57 (3) tenemos un precioso pectoral. Su forma se asemeja á la de un corazón. En el centro, en la parte superior, se ve una cara en relieve, con un casco, del cual se desprende un gancho; sobre los costados hay seis insectos bien grabados y otros cuatro en la parte baja; de cada lado dos dibujos caprichosos hechos con sacabocado. Una delgadísima filigrana adorna todo el contorno de la patena.

Los collares de dijes de oro ensartados eran de uso muy general. Tenían ciertas figuras simbólicas convencionales que se reproducen á cada paso y de las cuales se han hallado muchas, especialmente en las vasijas de ofrendas. Probablemente al mismo tiempo que les servían de adorno las llevaban como amuletos. En la figura 50 se verán muchos de éstos (4). Entre los siete más grandes hay dos con cabeza humana y los demás terminados por espirales semejantes á las antenas de las mariposas. Los pequeños son la mayor parte imitación de insectos.

En las figuras de barro están los collares dibujados con más esmero. El de la figura 107 es de chagualetas; el del 134 está formado por cuatro hilos retorcidos, el 147 tiene suspendidos cuatro huesos labrados, etc. Estos huesos eran de un uso muy general y los llevaban, no sólo como collares, sino que con ellos hacían sartales que colgaban de los hombros cru-

(1) Mide 5½ centímetros de alto. Es de buen oro.
(2) Mide 12 centímetros. Es de tumbaga. Fue hallada en Carare.
(3) Mide 13 centímetros. Es de tumbaga. Fue hallada en Carare.
(4) Son de buen oro, y fueron hallados en Carare.

zándolos sobre el pecho. La figura 35 tiene el collar y estas dobles sartas. Tienen además collares de hueso las dos pequeñas figuras de barro del número 118, el 119, el 132, y algunas de las que se hallan en las láminas 155, 157 y 158, y llevan sartales las figuras 111, 125, 126 y 126 (bis). Estos huesos son semejantes á los que aparecen bajo el número 47 de la colección de Antioquia.

Algunas naciones de los Llanos recargaban el cuello con gran número de sartas de *quiripa*, ó sean cuentas muy menudas que sacaban de los caracoles, y collares de dientes de mono (1); de este número eran los Caribes (2).

Daremos unas pocas cifras del oro que en alhajas recogieron los españoles en su primera entrada en algunos puntos. El Cacique Tumaco les regaló una suma considerable de oro y 240 perlas grandes; Poncra los obsequió con más de 2,000 pesos en oro labrado; Tumanamá en dos días les proporcionó 3,500 pesos en oro, y Escaregua 10,000. En Tunja de una urna mortuoria sacaron gran cantidad de esmeraldas, láminas, chagualas, águilas de oro, etc.

Además de las alhajas descritas, los Goajiros traían los brazos recargados con ceñidores de cuentas y perlas (3); los Tamalameques peleaban puestos sus brazaletes de oro (4), especialmente los capitanes; los Guanebucanes llevaban muñecas y molledos rodeados de brazaletes de oro mal labrados (5); en los pueblos de Marubare y Arubare sus pocos moradores abandonaron 15,000 castellanos de oro en adornos de toda especie; los Tayronas llevaban en los brazos y molledos muchas joyas y chagualas: allí recogió García de Lerma en cuatro días 90,000 pesos (6); los Cipacuas "traían por las muñecas cuentas de oro y otros ornamentos" (7); en el pueblo de Carex recogieron "de oro fino seis mil ó poco menos castellanos," además de las joyas de valor que dieron Cocón y Bahaire. Este último les regaló 60,000 pesos en joyuelas; los indios del río Cesar traían ceñidos los brazos y tobillos; los Tolúes adornaban los molledos con cuentas de piedras; patenas, águilas, canutillos ensartados para ceñidores de brazos y piernas usaban los indios de Panamá y Urabá (8); los Popayanes se adornaban con brazaletes de oro (9); los Porces traían planchetas de

(1) Cassani.
(2) Oviedo, T. II, L. XX.
(3) Herrera, D. I, L. III, C. XII.
(4) Castellanos, P. II, E. I, C. II. En sus pueblos recogieron los españoles más de 10.000 ducados en alhajas.
(5) Castellanos, P. II, C. I. Allí también recogieron los conquistadores muchísimas joyuelas de oro.
(6) Castellanos, *Historia de Santa Marta*, C. III.
(7) Id., P. III, *Historia de Cartagena*, C. III.
(8) Herrera, D. I, L. VI, C. I.
(9) Acosta, pág. 167.

oro en la barba (1). Las mujeres cunas llevaban brazales de conchas y de oro (2), fajas y ceñidores de cuentas para las piernas y los brazos (3). Las mujeres de los Payas y Tapalisas se adornan aún las gargantas de los pies, los brazos y puños con ceñidores de cuentas de vidrio que trabajan con primor. Para ello toman un hilo largo en el cual ensartan tantas cuentas de un color, tantas de otro, etc., y luégo envuelven el hilo al rededor de un cilindro de madera ó de trapo y obtienen dibujos simétricos elegantes. Los Chucunaques y los indios del Atrato han conservado la misma costumbre (4).

En algunas de las representaciones de barro de los departamentos del Cauca y Antioquia se ven marcadas las pulseras y más rara vez los ceñidores en los brazos. La figura 104 (5) tiene anchos ceñidores con grecas en los puños, piernas y gargantas de los pies. Casi todas las figuras quimbayas llevan bien delineados estos adornos (6).

Los Moscas usaban brazaletes de piedra y de hueso (7). Sólo hemos visto con brazales, entre las figuras de oro chibcha, la que lleva el número 35; no hemos visto ninguna de barro con estos adornos.

Los Tocaimas llevaban en los molledos cuentas de oro y piedras de diversos colores (8); las mujeres de los Colimas usaban además brazales, pulseras y ceñidores en las gargantas de los pies y pantorrillas (9). Las tribus nómades de los Llanos ataban junto á las rodillas y á los tobillos cuatro esponjadas borlas de hebras de algodón, que al mismo tiempo que les servían de adorno, los protegían contra las picaduras de las garrapatas.

Como se ve por las numerosas citas que hemos hecho de las diversas tribus y de las alhajas que usaban, los indios, mientras más desnudos andaban, más recargaban de adornos su cuerpo.

III

MAURES.—PAMPANILLAS.—MANTAS, ETC.

Pocas eran las tribus que andaban totalmente desnudas, y menos numerosas aún aquellas en que acostumbraban vestirse de una manera decente.

Yá hemos visto que todos, más ó menos, hacían uso de pinturas y de

(1) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 568.
(2) Quintana.
(3) Herrera.
(4) Ringroso.
(5) Colección Cauca.
(6) Véase el *Estudio etnográfico, etc., de la provincia de los Quimbayas*, por Ernesto Restrepo.
(7) Piedrahita.
(8) Fr. Pedro Simón, pág. 629.
(9) Id., T. II, pág. 865.

No se crea que todos los indios se pintaran de una misma manera: unos se hacían dibujos geométricos, otros figuras de animales, caras fantásticas, etc.; éstos rodeaban el ojo derecho con un círculo encarnado, aquéllos circuían los dos ojos con líneas de colores; llevaban aquí parches negros en las dos mejillas, allí una raya negra por el medio de la nariz, etc.

Algunos indios del bajo Chocó hacían una mezcla con cocuyos, y de noche se veían fosforescentes sus cuerpos.

Los habitantes del río Bayano dibujaban el cuerpo, y sobre todo la cara, con figuras humanas, de aves y de árboles. Algunos se hacían primero un croquis con pincel, y luégo con una espina se picaban en todo el contorno del croquis hasta sacarse sangre; frotaban con las manos el color que querían emplear, generalmente amarillo y azul diluídos en aceite, y obtenían dibujos indelebles. En varias tribus hacían lo mismo.

En resumen. Los indios usaban, por lo general, el cabello largo, cortado sobre la frente; cubrían la cabeza con gorros y monteras que en sus fiestas y combates adornaban con plumas; no traían barbas, y sus cuerpos estaban casi siempre surcados por caprichosos dibujos de colores.

II

ALHAJAS USADAS POR LOS INDIOS

NARIGÚERAS, ZARCILLOS, COLLARES, BRAZALES Y CEÑIDORES

El hombre, ya en estado de barbarie, ya civilizado, apenas ha conseguido la satisfacción de sus más urgentes necesidades, se ha preocupado por procurarse aquellos objetos de adorno de su persona que le hagan sobresalir entre sus semejantes. Creen algunos que sólo en el siglo XIX y en las grandes capitales se hacen sacrificios al lujo. Los indios, aun los que andaban desnudos, mortificaban más su cuerpo que lo que puede hacerlo la parisiense más de moda. Las incisiones para obtener una pintura indeleble, la deformación en el cráneo de los niños, la introducción en el cuerpo de plumas de aves, y en las orejas de pedazos de madera esponjosa, las pesadas narigueras que usaban, etc., debían ser un tormento permanente del individuo.

El lujo era acariciado por todas nuestras tribus, aunque no todas ellas lo hacían consistir en unos mismos arreos.

Cada individuo vivía preocupado con la idea de la consecución de objetos de oro, perlas, piedras labradas, etc. Las tribus, aunque en guerra permanente unas con otras, tenían en determinados puntos sus mercados donde cambiaban sus productos. Los Comagres y Sinúes conseguían oro

dando en pago mantas y hamacas; los Quimbayas y Chibchas, cambiándolo por sal.

En el centro de la República encontraron los españoles cuentas de Santa Marta, caracoles, etc.

El vestido no era de uso muy general; en cambio los adornos eran codiciados de todos aquellos bárbaros. Las narigueras, los zarcillos y otras alhajas para las orejas, los collares y los ceñidores eran llevados por casi todos, aun por los más salvajes y pobres.

Desde que el niño nacía le hacían aberturas en las orejas y el cartílago de la nariz, para colocar en ellas las argollas y chagualas. Estas eran muy variadas en sus formas. Las más comúnmente empleadas eran las argollas y planchetas de oro, con una abertura por donde se introducían.

Así eran las usadas por las mujeres Tayronas (1), los Tamalameques (2) y los habitantes del bajo Magdalena. En la isla grande del río acostumbraban argollones de oro bajo, y en tal cantidad los tenían, que los españoles tomaron de éstos y otras alhajas diez cargas, que abandonaron por lo bajo de su ley. Tales adornos los conseguían en sus canjes con las tribus del Nechí. En el istmo de Panamá usaban joyuelas de oro en las narices (3); las llevaban indistintamente hombres y mujeres, y no todas eran muy pequeñas, puesto que dice Wafer que para beber tenían que levantarlas con las manos. Los días de consejo y en sus fiestas cambiaban las narigueras del diario por pesadas y grandes argollas. Balboa y Pedrarias recibieron obsequios de oro riquísimos en los pueblos del Istmo; entre éstos figuran siempre las narigueras. Comagre les regaló 4,000 castellanos en pulseras y narigueras, á Parisa le quitaron más de 30,000 pesos en pectorales y narigueras. Todavía los viajeros que en este siglo han visitado aquellas regiones, dicen que entre las alhajas de oro preferían los pendientes para la nariz (4); cuando nosotros estuvimos en el Darién del Sur, los hombres habían abandonado esta costumbre, pero en cambio las mujeres desde muy niñas llevaban nariguera; al envejecer, el cartílago de la nariz les cae sobre el labio superior afeándoles muchísimo el rostro.

En el golfo de Urabá, cerca de la Antigua, recogieron los españoles en su primera entrada cosa de 10,000 pesos en alhajas de oro, especialmente en narigueras bien labradas.

Casi todas las figuras de barro que hemos estudiado, procedentes de los departamentos de Antioquia y Cauca, tienen en la nariz la abertura para la introducción de la argolla, y aun algunas del Cauca, como las que

[1] Castellanos, P. II, C. I.
[2] Acosta, pág. 102.
[3] Herrera, D. I, L. V, C. 8.
[4] Bancroft, Selfridge, Wise.

nutillo de palma" (1). Los Achaguas, Airicos y Jiraras usaban unos tonelitos tejidos con hoja de palma pintados con vistosos colores (2). Los indios de Porce y de Nechí, aunque poseían alhajas de oro en abundancia, sólo se cubrían con cortezas y hojas (3); los Chancos de ambos sexos, llevaban maures de cortezas de árboles (4).

Cuando marchaban al combate, y en las grandes festividades, casi todos los indios usaban vestidos ó por lo menos maures de plumas; pero muy pocos los llevaban en sus casas, probablemente por la dificultad que tenían para conseguirlos. En los Llanos había parcialidades donde acostumbraban trazar sobre el cuerpo dibujos con caraña y encima colocaban con exquisito gusto líneas regulares de plumas de distintos colores (5); también los Enmascarados adherían á las pinturas del cuerpo plumas y cascabeles de culebra (6).

"Los Chibchas, cuando van al combate, atan al brazo uno de estos idolillos (penates) con una espadilla" (7). La figura 71 de la colección chibcha exhibe un guerrero que lleva atada al brazo la espadilla con que sostiene el ídolo.

Uno de los vestidos más usados por los indios era la pampanilla, llamada también guayuco ó guarruma. Consistía ésta en una pequeña tela que ataban á la cintura con un cordel y les caía hacia adelante. Las había que no tenían más de un palmo, y otras que les caían sobre las rodillas. También se ponían una faja angosta al rededor de la cintura: la llamaban maure. Los Goajiros cubrían las partes secretas con pañuelos labrados como almaizares (8), y los Abibes con pampanillas de algodón (9). Muchos de los habitantes del Istmo tejían largas fajas de algodón que envolvían al rededor de la cintura (10), otros se cubrían con un simple guayuco (11). Las mujeres de los Pastos tapaban escasamente su desnudez con telas angostas (12). Los hombres entre los Chancos (13), y los Pícaras (14) se ponían maures. Los que llevaban los Armas apenas tenían un palmo de largo y dos de ancho (15).

En los lugares fríos y entre las tribus menos bárbaras tejían mantas

(1) Oviedo, L. XXIV.
(2) Cassani.
(3) Castellanos, P. III, *Historia de Antioquia. Introducción.*
(4) Cieza, f. 53.
(5) Cassani.
(6) Castellanos, P. II, E. II, C. II.
(7) Oviedo, T. II.
(8) Herrera, D. I, L. III, C. XII.
(9) Castellanos, P. III. *Historia de Cartagena*, C. IV.
(10) Acosta, pág. 18.
(11) Pérez.
(12) Piedrahita, pág. 78.
(13) Cieza, f. 57.
(14) Id., f. 46.
(15) Id., 42.

de algodón que eran objeto de comercio permanente. Los Paucuras las usaban muy cortas (1), y lo mismo eran las que ceñían la cintura de los Popayanes (2).

Las mujeres de los Nutibaras llevaban al rededor de su talle mantas pintadas, muy galanas, que les caían sobre las piernas (3). Lo mismo hacían los habitantes de los alrededores del Tolú, donde las usaban ya blancas, ya con dibujos de colores (4); les caían á los pies y eran delgadas y finas (5). Las mujeres de los Bondas (6), de los Patías (7), de los Cuarecas (8), los Catíos (9) y los Aburraes (10), vestían con mantas.

Entre los Cunas el traje variaba de una parcialidad á otra. Además ha ido modificándose mucho con el tiempo. Wafer asegura que los hombres apenas se cubrían con una hoja de plátano. Ringrosse dice haber visto venir á él á un jefe con la bata real. Otros viajeros refieren que las mujeres se cubrían con enaguas de algodón (11) que "ceñían con un trapo sobre la barriga (12);" con una túnica encima que les caía desde los hombros hasta las rodillas (13). Herrera dice que aunque tenían mantas andaban desnudos. Por lo general en tiempo de la conquista sólo los principales llevaban túnicas sin mangas, que les cubrían todo el cuerpo; sus súbditos apenas podían usar caracoles de oro ó de mar, y las mujeres angostos maures.

Cuando estuvimos entre los Payas y Tapalizas, aunque yá los hombres habían adoptado la camiseta y los calzones de algodón para andar en el pueblo, iban á sus cacerías con un pañuelo atado á manera de pampanilla, por único vestido. Las mujeres envolvían al rededor de la cintura una ancha faja de algodón y ponían encima una túnica suelta que les caía hasta las rodillas: es de color azul y con una faja de diez centímetros en la parte baja, con adornos colorados y amarillos.

Las mujeres de los Pastos traían túnicas á manera de costales, esto es, sin mangas y muy ceñidas al euerpo. Se envolvían encima una manta. Los indios más acomodados se cubrían con una manta de tres ó cuatro varas, á la cual daban una vuelta por la cintura y otra por la garganta. So-

(1) Cieza, f. 43.
(2) Acosta, pág. 170.
(3) Cieza.
(4) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 145.
(5) Castellanos.
(6) Acosta, pág. 41. Allí encontraron hombres vestidos de mujer y con todos los empleos de éstas.
(7) Id., pág. 50.
(8) Fr. Pedro Simón, 571.
(9) Cieza, f. 67.
(10) Sardella. Las mantas de los Aburraes tenían vara y media de largo por una de ancho.
(11) Enciso y Wafer.
(12) Pérez y Wafer.
(13) Andrés de Ariza.

braba una punta que pasaban encima de la cabeza. Además se ponían un maure que tejían con yerbas secas, cortezas ó algodón. También usaban los Quillancingas pequeños maures y una manta de algodón cosida y abierta sobre los costados. Las mujeres reemplazaban el maure por una pequeña manta, y la de encima llevaba vistosos adornos en el cuello (1).

Algunas parcialidades del Orinoco tenían túnicas de algodón, sin mangas, de hechura como de costales y con pinturas de follajes, lazos, etc., de mucha finura y de una duración á toda prueba (2).

Entre los Bohios, que los conquistadores hallaron á orillas del río San Juan, fueron vistas mantas y telas de algodón con hermosos adornos de plumas (3).

El Cacique Careta vestía con túnicas de manga corta; á Pedrarias regaló una de éstas, entretejida con plumas de diversos colores y dos colchas de la misma hechura y de tan esmerada labor, que por ambos lados parecían de seda (4).

En el caserío de Arubare los castellanos "hallaron mantas de algodón tejidas, pintadas con pincel y coloradas" (5). El Cacique de Buritaca vino á encontrarlos con su corte, todos vestidos con mantas pintadas (6).

En los alrededores de Santa Marta pocas personas acostumbraban vestirse. Entre las mantas que allí vio Oviedo, nos describe con especialidad una que medía de seis á siete varas de largo y tres y media de ancho, con muchas figuras pintadas que se enlazaban formando un gracioso conjunto, realzado por las cornalinas, esmeraldas, calcedonias y jaspes entretejidos en toda la superficie (7). Sus vecinos, los Tayronas, "eran vestidos y galanes (8)."

Como las mujeres tolúes (9), las no menos hermosas del Sinú (10) vestían con telas de algodón curiosamente labradas.

Los indios del Darién del Norte "tenían ropa de algodón mucha." Las mujeres usaban una manta que les cubría hasta los pechos, y otra que de allí les bajaba hasta los pies (11).

Los súbditos de Pariza hacían mantas de hermosas labores (12); las mujeres de las provincias de Acla, Comagre y Pocorosa andaban bien ves-

(1) Cieza, f. 67.
(2) Oviedo, T. II, L. XXIV, Cap. XI.
(3) Herrera D. I, L. X, C. XIII.
(4) Id., T. I, D. I.
(5) Castellanos, P. II, E. IV, C. V.
(6) Fr. Pedro Simón, pág. 221.
(7) L. XXV, C. XI.
(8) Castellanos, *Historia de Santa Marta*, C. II.
(9) Piedrahita.
(10) Acosta, pág. 61.
(11) Cieza, f. 21.
(12) Herrera, D. IV, L. I, C. XI.

tidas de los pechos abajo con telas de algodón (1). En Acla tenían además túnicas con mangas (2), y lo mismo algunos individuos entre los Pocorosas y Escotias; las de éstos últimos se distinguían por los dibujos de vivos tintes con que las engalanaban.

Gruesas mantas de algodón cubrían los cuerpos de las mujeres de los Chancos (3). Los jefes y las mujeres de los Pozos rodeaban con maures la cintura y encima envolvían una manta larga (4). Los caciques Muzos usaban capas. Es para los Catíos "su común manera de vestido largo, tanto que les cubre los extremos" (5).

En la tribu de los Colimas sólo las rameras tenían derecho de vestirse. No importaba que sus esposas y sus hijas vagaran desnudas, como si el ropaje sólo cubriera el vicio. Llevaban una manta desde los pechos hasta la espinilla y otra que cobijaban encima de ésta (6).

Los Guanes, que consideramos como una fracción de los Chibchas, tenían mantas de algodón, tejidas con hilos de varios colores. Se ponían una ancha faja al rededor de la cintura y una larga capa que ataban con un nudo sobre el hombro izquierdo. Las mujeres casadas llevaban además una pampanilla.

Los Chibchas decían que su legislador Bochica había llegado con una almalafa cuyos extremos se juntaban en un nudo sobre el hombro, y que el vestido que ellos usaban lo llevaban como recuerdo de éste (7). Desde que los conquistadores llegaron á sus tierras quedaron admirados de la gran cantidad de mantas que hallaban en todos los bohíos y cercados. Poníanse una túnica ó camiseta cerrada que les caía hasta las rodillas ó hasta los pies, y una manta cuadrada sobre el hombro derecho, cuyos extremos ataban sobre el izquierdo, ya fuera con un nudo, ya con un alfiler de oro. Las mujeres usaban chircate (manta cuadrada), que ceñían á la cintura con una faja que llamaban chumbe, y sobre los hombros una manta pequeña (*ciquira*) prendida en el pecho, que quedaba casi descubierto, con un topo de oro ó tumbaga.

Las mantas eran blancas, y sólo los principales podían pintarlas de rojo ó de negro. Eran tan bien tejidas, que suplían la falta de ropa de los castellanos. El mayor recargo en los didujos indicaba la jerarquía de su posesor.

Yá hemos visto que en algunos puntos, como en Santa Marta y Tora,

(1) Herrera, D. III, L. VII.
(2) Id., D. II, L. III, C. XV.
(3) Cieza, f. 57.
(4) Id., f. 37.
(5) Castellanos, *Historia de Antioquia. Introducción.*
(6) Fr. Pedro Simón, T. II, pág. 866.
(7) Para el vestido de los Chibchas hemos consultado á Piedrahita, pág. 80. Oviedo, Acosta, Herrera, Castellanos, Fr. Pedro Simón.

dibujaban las mantas á pincel; pero en la mayor parte de las tribus lo hacían por medio de cilindros y planchetas de barro con grabados en relieve. Véanse las láminas 52 de la colección quimbaya y 113, etc., de la colección chibcha. También las adornaban con plumas, con cuentas de hueso ó con objetos de oro de poco peso. Las cuentecillas que aparecen en la lámina 47, fueron halladas en un sepulcro, en la que fue provincia de los Armas, y son unas pocas de las muchas que adornaban el vestido del cadáver allí encontrado. Los adornos de oro del número 40 (colección chibcha), procedentes de Sogamoso, hacían parte de un vestido. Todos tienen las dos aberturas por donde pasaba el hilo que debía fijarlos á la tela. Son laminitas de oro sumamente delgadas sobre las cuales se ha obtenido el dibujo por impresión. Hay cinco muy semejantes á los relieves que se observan en las piedras hasta ahora llamadas calendarios. Las otras son, unas mitad pescado y mitad mujer, siete insectos (cocuyos), cada cual con una chagualeta, más ó menos redonda, en la cola; una medialuna, seis pequeñas pirámides de oro, huecas, y formadas por una delgada lámina doblada en dicha forma y soldada en una de las caras, y unos setenta canutillos de oro. Los jefes chibchas adornaban también sus mantas con esmeraldas.

Es muy de sentirse que los indios hicieran siempre desnudas sus representaciones de oro ó barro. En todos los objetos que de ellos hemos examinado, sólo hemos visto uno quimbaya, con la túnica, y unos dos ó tres de Antioquia y Cauca, con algunas líneas que parecen indicar este mismo vestido.

PETROGLIFOS Y PIEDRAS LLAMADAS CALENDARIOS

Ha sido opinión muy general la de considerar las pinturas sobre las rocas como verdaderas inscripciones. Ningún autor ha podido interpretar siquiera uno de aquellos signos, y sin embargo el más atrevido apenas ha llegado á preguntar en tono de duda si serán verdaderos jeroglíficos ó meramente dibujos caprichosos. Casi siempre que hemos tenido en mano reproducciones pictográficas las hemos visto acompañadas del mote: "jeroglíficos hallados en una piedra de tal punto." Negamos rotundamente el hecho de que los indios que habitaban el territorio de la república de Colombia tuvieran conocimiento de una escritura cualquiera, figurativa, simbólica ó ideográfica. Las tribus no desaparecieron inmediatamente después de la conquista, y muchos Jeques é indios principales, convertidos al catolicismo, se hicieron amigos de los españoles y aprendieron nuestro bello idioma; ¿cómo explicamos, pues, que ninguno de ellos les revelara el secreto para descifrar esas páginas de historia ó esos re-

cuerdos de gloriosos hechos estampados en caracteres indelebles sobre el granito? Se nos dirá que callaban por respeto á sus antiguas creencias ó por temor á sus compañeros. En el primer caso, si aun después de recibir el bautismo eran fieles á su idolatría, ¿cómo los enemigos vecinos, los aliados de los españoles, empeñados siempre en hacerles el mayor daño posible en todo sentido, en venganza de pasadas injurias, tampoco dijeron nunca nada? No podía ser por miedo á los de la misma tribu; más temor les inspiraban los castellanos; secretos más sagrados para ellos les revelaban á cada paso.

La ignorancia y el fanatismo de los españoles tendieron un velo espeso sobre estas preciosas reliquias de las civilizaciones americanas, dicen varios autores. Y los que esto aseguran agregan que algunos conquistadores, por avaricia, no paraban en los medios para obligar á los prisioneros y á sus súbditos á revelar dónde tenían enterradas sus riquezas. Entre las gentes del pueblo se ha propagado la idea, idea que debió tomar su fuente en los primeros albores de la conquista, de que los signos en las piedras indican que debajo se esconde un gran tesoro. Debido á esto han destruído muchas de estas reliquias, y siempre han sido burladas sus esperanzas de riquezas sepultadas. Si la avaricia era tanta, ¿podrían explicarnos esos mismos autores por qué nunca se supo lo que en esas piedras se decía? Otra cosa bien rara es que yá que tenían una escritura no se hayan encontrado páginas sueltas en telas de algodón, en cortezas de árboles, etc. Dirán que en las mantas; nosotros aseguramos lo contrario, como lo probaremos más adelante. Agregan que la historia de la nación Chibcha se conservaba archivada en el templo de Sogamoso. ¿Y por qué allí nada más? Si los Jeques de Iraca sabían escribir, no eran menos ilustrados los de Bacatá; y separados como estaban hacía algunos años, era muy natural que estos últimos, cuya gloriosa historia seguía yá una corriente distinta, tuvieran su archivo separado. ¿Quién vio, además, los libros del Suamux, si aquel templo fue presa de las llamas la noche que por primera vez dos soldados de Quesada, adelantándose al ejército que el día siguiente debía apoderarse del recinto sagrado, penetraron en él? Nadie vio aquellos libros, ni cronista alguno dice que existieran; mas como no fueron hallados en ninguna parte, pareció muy cómodo decir que allí estaban depositados y que el fuego los consumió.

Veamos otras opiniones respecto de las pictografías. Como éstas se han hallado generalmente en los puntos en que la geología nos señala el desagüe de algún antiguo lago, y que en ellas se ve representada á cada paso la figura de la rana, que presidía á las cosechas y á los cambios de estación, dicen que con ésta quisieron recordar los primeros habitantes los grandes cataclismos de la naturaleza. En primer lugar, los Chibchas, á quie-

nes consideramos posteriores al desagüe de las altas mesetas, habitaban antes las faldas de la cordillera y los valles bajos de donde fueron empujados por los Panches á la altiplanicie; luego no presenciaron esas perturbaciones. En segundo lugar no estaban tan adelantados en geología para comprender fenómenos que todavía discute la ciencia y á los que ningún sabio ha podido asignar época precisa.

La única tradición, la de Bochica, que manifiesta que los Chibchas tenían conocimiento del desagüe del lago de Bogotá, es una excepción. Lo imponente de aquella enorme masa de agua que recoge todas las fuentes de la altiplanicie para arrojarlas, desprendiéndose de la tierra fría, á un abismo rodeado de las producciones de la tierra templada, tenía que herir su imaginación. Además, el desagüe de la Sabana se hizo paulatinamente, y cuando los Chibchas la ocuparon estaba aún inundada en muchos puntos.

Nos dirán que entonces cómo explicamos la coincidencia de que las más de las pinturas se hallen en las piedras acumuladas por la salida precipitada de las aguas. No es este un problema de muy difícil solución. Casi todas las piedras un poco grandes, dispersas en los valles y llanos, tienen pinturas, y, como son rodadas, es muy natural que los indios aprovecharan su superficie. La misma explicación damos á los que creen que esas pinturas se hacían para señalar las piedras que servían de lindero á las tribus. Los límites de las que poblaban los valles altos eran las faldas de las cordilleras, y allí es donde se hallan acumuladas las masas pedregosas.

Otros han querido ver en estas pinturas los mapas de los dominios de los principales Caciques; las líneas indicarían: unas, las aguas que regaban sus tierras; y otras, las colinas y bosques: los puntos eran los caseríos que estaban bajo sus órdenes. Si aceptamos esta interpretación, tenemos que confesar que pueblos y cercados se levantaban á distancias iguales, con una simetría capaz de desesperar al más práctico arquitecto, y que los ríos y montañas se juntaban y volvían á separarse formando figuras geométricas que nunca ha presentado la naturaleza.

Hay quienes han querido ver escrituras fenicias, jeroglíficos egipcios, caracteres chinos, etc. etc. Nosotros no hemos visto nada de eso, y para que el estudioso lector juzgue sin pasión, le presentaremos algunos de los petroglifos recogidos en distintas regiones.

Yá prevemos una objeción. ¿Con qué objeto hacían los indios aquellas pinturas?. El viajero que logra escalar una empinada cima, los que visitan las maravillas naturales en los distintos países, los que recorren las selvas vírgenes, aun muchos que suben á los monumentos modernos levantados por la mano del hombre, cualquiera que sea su procedencia;

todos, como por instinto, quieren dejar impreso su nombre, ya sobre la roca, ya en la corteza de los árboles, ya en las paredes de los edificios. El que no sabe escribir, ¿qué hace? Graba aquel objeto que le es más familiar ó por el cual tiene más veneración: una bandera, una cruz, etc. Los conquistadores, adondequiera que llegaban, grababan la cruz, y todavía vemos á los arrieros y mineros ignorantes de nuestro país pintar cruces sobre las piedras como para recordar, si alguna vez vuelven por allí, que yá habían estado. Ahora bien: ¿por qué no harían lo mismo los indios? Obsérvese que siempre las inscripciones están sobre hermosas piedras, ya aisladas en los valles, ya acumuladas en preciosos grupos, ya al pie de algún abismo imponente. ¿Qué de raro tendría, pues, que al llegar allí los indios, para conmemorar el día en que habían contemplado semejantes bellezas, pintaran como recuerdo el símbolo que les era más familiar: la rana, que presidía á sus cosechas; la culebra, objeto de su culto y representación de algunos de sus dioses; la espiral, de un simbolismo tan lato, ó bien figuras geométricas caprichosas como las que trazaban en sus mantas, ó las que adornaban sus caras? También podía suceder que en sus cacerías y excursiones, para recordar ó dar las señas á la esposa del punto en que habían depositado la presa, ó donde habían visto algún árbol propio para hacer una canoa y para construír su cercado, pusieran como señal un dibujo en la piedra. ¿O por qué no por mero capricho para ensayar la hija con qde debían pintarse, ó por mero pasatiempo?

En un estudio sobre las tribus del Magdalena, publicado por el señor D. Jorge Isaacs en los *Anales de la Instrucción Pública*, el autor nos presenta una serie de pinturas copiadas por él de las piedras de la Sierra Nevada. Aquellos dibujos primitivos son ensayos de una mano poco diestra, y no se ve en ninguno de ellos nada que pueda indicarnos que el autor haya querido transmitir á la posteridad el recuerdo de un hecho glorioso.

Quien quiera darse cuenta del valor científico y de la autenticidad de estas pictografías, puede leer el interesante artículo *El Darwinismo y las misiones,* publicado por el señor D. Miguel Antonio Caro en las primeras páginas del tomo XIII del *Repertorio Colombiano.*

Persona ilustrada y que ha vivido muchos años en la Goajira y en la Sierra Nevada, consultada por nosotros sobre la autenticidad de estas pictografías, nos contestó en una carta:

"Respecto á las inscripciones indígenas en piedra que trae la obra del señor Isaacs, me parece que es mejor se queden donde están, es decir, en las piedras y en la obra; porque por las que he visto allá y que figuran en dicha obra, no son más que garabatos hechos por los transeúntes no hace mucho tiempo. Si el señor Isaacs hubiera recorrido las cercanías del pueblo del Rosario, en la Nevada, se habría encontrado una inscripción en francés que

hice yo en una piedra cuando de muchacho estudiaba este idioma, y otras muchas que hacen los que van á las fiestas. Las piedras de aquellos lugares se cubren, con las lluvias, de una capa negra, especie de ollín, y á manera de pizarra sirven para escribir en ellas con otra piedra.

"Usted recordará lo que dice el señor Caro de las letras *T. B.* que el señor Isaacs creía fueran escritas en tiempo de San Luis Beltrán, y que apenas son el hierro con que Tomasa Barros marcaba sus ganados."

Creemos, pues, que las pictografías del departamento del Magdalena que nos presentan las láminas I á IV del Catálogo, no merecen mayor estudio.

El señor A. L. Pinart, en su opúsculo *Limite des Civilisations dans l'Isthme américain*, nos presenta una serie de petroglifos que pasaremos á estudiar.

Ni en éstos, ni en los anteriores, ni en los siguientes, verá el lector nada que pueda indicarle que tenemos á la vista una escritura cualquiera. Las figuras diseminadas aquí y allá sobre las piedras, confundidas unas en otras sin orden ni sistema; la falta de coordinación y de unidad, todo nos indica que esos mal trazados garabatos son hechos por manos inexpertas por mero pasatiempo.

Algunas analogías se observan entre estas pinturas y las de la Sierra Nevada, así como se asemejan los ensayos que pueda trazar un niño en nuestra tierra con los que haya trazado otro en Rusia. Esta misma semejanza, que señala Mr. Pinart entre éstas y las del Magdalena y el Orinoco, tienen la misma explicación.

Espirales, curvas, figuras concéntricas, mal delineados animales, entre los cuales ocupan puesto preferente la rana y el mono, algunos semibosquejos de caras con rayos como suelen representar al sol, hé aquí el resumen de lo que contienen las láminas V á XII.

Aparece allí una serie de palotes atravesados por una línea horizontal "muy semejantes á antiguos alfabetos orientales." ¿A cuáles?

Dice el autor, que deja para otros momentos el estudio profundo de estas pinturas; nosotros lo damos por hecho y aconsejamos á los sabios no se devanen los sesos ni pierdan su tiempo en buscar su significación.

En el departamento del Cauca, donde se hallaba una de las naciones más adelantadas, la de los Quimbayas, fueron recogidos los dibujos de la lámina XIII. Unos triángulos con una mancha en el fondo, especies de hachuelas de piedra, fue cuanto nos legaron en materia de escritura aquellos hábiles artistas.

Las láminas XXIX y XXX, tomadas de la Geografía de Antioquia del doctor Uribe Angel, nos traen unas pocas inscripciones. En la piedra en que están unas ranas ó monos en un lado, se ve un letrero borrado:

"Año de 17.... paso...."

Personas ilustradas, como el doctor Ospina y el doctor Camilo A. Echeverri, han querido encontrar allí un recuerdo de la escritura de los chinos. Al Cónsul chino en San Francisco de California, le mostrámos una reproducción de estas piedras, y nos dijo que no hallaba más semejanza con la escritura de su nación que en el color de la tinta. El pueblo, con su buen sentido práctico, llama el punto en que están esas piedras, el *Paso de los Micos.*

Pasemos ahora á las piedras pintadas de los Chibchas, por haber sido éstas más estudiadas y haber hecho cavilar á muchos escritores.

La lámina XIV presenta la piedra de Gámeza, sobre la cual sólo aparecen dos figuras, repetidas cada una algunas veinte veces, con las mismas dimensiones y con alguna línea más ésta que aquélla: la rana y dos espirales unidas por la línea externa y con dos y hasta siete radios sobre el lado de afuera.

Hemos visto cómo la rana en sus distintas posiciones, ya sola, ya con otra que se desprende de la cola ó de una pata, y la espiral, representaban los bienes. Además la rana era animal de un simbolismo muy lato entre los Chibchas: ella presidía á las estaciones, era el primero y el último número de la veintena, base de su numeración; y era su forma tan fácil de dibujar, que tenía que ocurrírseles cada vez que hacían por pasatiempo alguna imagen en las rocas. En esta piedra todas las ranas están en actitud de reposo, y las espirales son dobles (representación de dos orejas); si quisieron estampar una cantidad numérica, ¿cómo se leería? Tendríamos el número 20 (representado por la actitud de la rana), y el número 10 por la doble espiral.

Escriba el lector unos cuantos números de estos al azar sobre un papel, y busque después qué cifra obtiene. Si fuera una página de historia, se leería allí casa y sementera (rana extendida-gueta), y cosa pintada (la oreja-ubchihica).

En la lámina XV los caracteres cambian de aspecto por completo: aquí yá no se ven sino líneas rectas por grupos de seis, líneas en zigzag, más ó menos abiertas, escaleras, etc., y una hoja ó una mano á la izquierda en la parte superior de la piedra.

Bastaría, para probar que los Chibchas no dejaron páginas escritas, comparar unas con otras las piedras pintadas que se encuentran en distintos puntos, y ver que en ellas no hay nunguna raíz común; semejanza entre unos pocos caracteres, pero no la igualdad que requiere la escritura.

La hermosa piedra que en el gran cataclismo producido por el río Sumapaz quedó sobre una colina dominando el precipicio de Pandi y que trae la lámina XXVII, tiene yá líneas y dibujos do otro carácter, aunque

en uno de los costados aparecen unas pocas ranas. Desarrolle el lector algunos de los cilindros que llevan las láminas 113 de la colección chibcha y 52 de la quimbaya, que servían para adornar sus mantas y sus cuerpos, y búsqueles el significado á esas pinturas geométricas, en un todo semejantes á las que se encuentran aquí, dominadas por un sol pequeño colocado sobre la izquierda.

En Facatativá existe un grupo de piedras de aspecto pintoresco, bloques enormes desprendidos sobre un terreno poco inclinado formando aglomeraciones caprichosas y coronadas de vegetación. Hay ahí una pequeña meseta donde dicen que quedaba el cercado del Zipa. La sostienen en todo su contorno, á manera de colosales cariátides de granito, macizos peñascos labrados por la acción constante de las aguas en mil figuras fantásticas. En muchas de aquellas piedras aparecen pinturas, aquí una rana, más adelante uno ó dos zigzags, etc. Hay fechas y letreros en castellano desde épocas remotas; y se hallan tan mezclados los dibujos antiguos con los modernos, que fácilmente se engaña el turista estudioso. Nosotros hemos visitado detenidamente aquellas piedras en dos ocasiones; la última vimos ranas trazadas con líneas rojas que no existían antes. Tenemos una colección de fotografías de cuantas inscripciones vimos, y las hallamos tan insignificantes, que sólo presentamos como muestra las láminas XVI y XVII. Es el mismo conjunto sin armonía que en las otras piedras: ranas aquí y allí, zigzags y líneas geométricas entrelazadas.

En Bojacá se ve otro grupo de piedras no menos pintoresco, con unos pocos dibujos entre los cuales se repiten á cada paso escaleras y líneas rectas. Nos llamaron la atención tres calaveras toscamente talladas en la piedra.

Los indios, en los primeros tiempos de la colonia, apuntaban con nudos en una cuerda ó con muescas que labraban en un palo, los días que trabajaban en las haciendas. ¿Qué de raro tendría que en aquellas piedras marcaran también sus días de trabajo, ó que las inscripciones fueran posteriores y sirvieran para ir anotando los impuestos que cada súbdito iba pagando? Hoy muchos entre nuestros trabajadores llevan así su contabilidad con rayas hechas en las paredes de su habitación.

Las láminas XVIII á XXV representan las piedras de Chinauta y Anacutá, copiadas por D. Lázaro María Girón. Pocos informes hemos visto escritos con tanta moderación en sus apreciaciones como el que dio el autor á la Comisión de las Exposiciones. No se dejó arrastrar por la imaginación, y estuvo muy cuerdo en sus hipótesis.

Nos parece inútil hacer la descripción, lámina por lámina, de los objetos que en ellas se encuentran. En la piedra de Chinauta aparecen una

mano, muchas ranas, espirales, etc.; casi todos estos signos son simbólicos de bienes. No se observa el conjunto que debiera presentar una escritura: la sencillez y poca variedad de las figuras nos indican claramente que sólo el capricho pudo engendrar aquéllo.

Dice el señor Girón que en algunas de estas piedras hay pequeñas cavidades de forma semicircular, y que al pie de una de ellas fue hallada una mano de mortero que se adaptaba perfectamente. Cree el autor que allí molían y preparaban los indios sus colores; si así fuera, la explicación de las pinturas está dada; nada más natural, al fabricar el color, que ensayar su intensidad haciendo dibujos en la misma piedra.

La más importante de todas aquellas inscripciones es la que aparece dibujada en dos láminas. Ella encierra todos los signos que llevan las otras y algunos más. Basta mirar aquel conjunto de puntos, grecas, rectángulos, líneas, círculos y espirales, revueltos en una desesperante confusión con ranas, ya solas, ya prendidas unas de otras, para comprender que en ese caos no puede existir una idea; todo aquello es caprichoso, todo debió salir de las dos cavidades que sobre la misma piedra se observan, y ser simples ensayos del color que allí fabricaban para embijarse.

Una de las piedras más interesantes y que hemos visto reproducida con más frecuencia; una de las pocas bien conocidas por los viajeros que han escrito sobre nuestro país, es la de Aipe, la que nos presenta la lámina XXXI. Se comprende que haya llamado la atención de los sabios y que se hayan preguntado si realmente no era una de las pocas páginas de la historia de los aborígenes que quedaban en pie. Presenta verdaderamente un conjunto engañoso. Allí las figuras están más recogidas, hay orden y cierta simetría que seduce.

Los Chibchas tenían varios mercados donde celebraban ferias anuales y cambiaban sus productos por el oro, las cuentas y caracoles de la Costa. El sitio donde hacían estos cambios estaba siempre marcado por algún bloque de piedra sobre la cual debían arreglarse todos los negocios, so pena de no ser válidos. Uno de estos mercados lo tenían sobre la margen opuesta del río, arriba de las tierras de Neiva. La tradición señala esta piedra de Aipe como uno de los puntos de reunión. Si allí se hacían llos cambios, ¿qué de particular tiene que hayan hecho estas pinturas para llamar más la atención hacia ese sitio? Además, fíjese el lector en los objetos allí representados, y verá los artículos de cambio: una manta pintada, fajas y diademas, dos narigueras exactamente iguales á la que en el Catálogo lleva el número 169, adornos para el pecho de bien conocidas formas, ranas chibchas, monos semejantes á los que fabricaban los indios de Antioquia y á los que usaban los Quimbayas. En fin, una especie de resumen de los artículos que allí eran principal objeto de comercio.

La última de las láminas que estudiamos, número XXXII, es copiada por el señor Girón de la piedra de Seboruco, á seis leguas de Neiva. Las pinturas originales se desarrollan en una superficie de 16 á 20 metros. Entre ellas hay evidentemente muchas trazadas por la mano de los indios, pero las más han sido hechas por transeúntes. Hay muchas letras, hierros para marcar ganado, etc. Sería una coincidencia rara que se encontraran una ó dos letras, pero no que se hallen en tanta abundancia. El cuadrito principal, representación de un baile, es también de mano moderna: bastaría para probarlo el traje que lleva uno de los personajes, pues el que vestían todas las mujeres de aquellos parajes y el de las tribus sus vecinas en nada se parecía al que tiene aquí.

Suplicamos al lector recorra con la mirada las tres series de inscripciones que forman la lámina. En la primera hallará de la izquierda á la derecha una *L.* con una *T.*, una cruz bien pulida, algo como un tintero, un ornamento semejante á una rama con hojas y una letra *F.*; en la segunda una *C.* y una *H.* enlazadas, una escuadra y una mano hecha con esmero; en fin, en la tercera línea cinco cruces, una *L.*, una *J.*, una *Z.*, una *P.*, una *S.*, una *U.* y varias figuras semejantes á reproducciones de hierros para marcar ganado; figuras todas hechas después de la conquista. Y suprimidas éstas ¿qué queda? Algunas ranas y unas pocas líneas que no pueden tener ninguna interpretación.

Si dejando á un lado las inscripciones pasamos á analizar las pinturas de las mantas, hallaremos lo mismo: una serie de grecas y otros dibujos geométricos que se repiten de trecho en trecho. Dice Castellanos que los Catíos escribían la historia en sus vestidos: por el examen de los cilindros de barro con relieves encontrados en sus tierras y con los cuales pintaban sus mantas, vemos claramente que es imposible que haya allí una escritura, y lo mismo decimos de los grabados que llevan los husos donde muchos quieren buscar jeroglíficos. Presentamos los más importantes de éstos á nuestros lectores, y que ellos juzguen. El mayor ó menor recargo de dibujos en las mantas, y especialmente los colores con que los hacían, indicaban, dice Castellanos, la jerarquía de quienes las llevaban; mas esto no quiere decir que tuvieran una heráldica especial, sino simplemente que los jefes, según su rango, tenían derecho á usar de ciertos colores, y les graduaban también el número de pinturas.

No se crea que somos los primeros en negar la existéncia de los jeroglíficos. Castellanos, que vivió en los principios de la colonia, nos dice haber tratado á un mestizo muy conocedor de las costumbres y usos de la nación chibcha, el cual le aseguró que aquéllos no conocían ninguna escritura y que, por consiguiente, no habían dejado á la posteridad ni una página escrita.

De las pictografías pasemos á las figuras grabadas en piedra.

El Padre Duquesne, uno de los hombres más eruditos y que más profundizaron los estudios relativos á los Chibchas, fue el primero en describir una de estas piedras (número 1). Probablemente no consiguió otra para establecer una diferencia entre los signos que aparecen en ellas tan distintos unos de otros. Después de muchos esfuerzos de imaginación y de deducciones finamente sacadas, apoyadas unas veces en ciertas analogías, sin fundamento serio otras (1), presenta un estudio que alucina á primera vista, pero que no resiste el análisis.

En realidad, veamos la explicación que él nos da de este calendario.

"*a*) El sapo en acción de brincar es el signo del principio del año y del siglo.

"*b*) Esta especie de dedo señala en las tres líneas gruesas, tres años.

"Omitiendo, pues, el dedo *c* que está á un lado, cuento en el dedo *d* otros tres años, que juntos con los del dedo *b* producen seis. Lo cual denota la intercalación de *quihicha ata* que sucede puntualmente á los seis años muiscas, como se ve en la tabla; y es de mucha consideración entre los indios por pertenecer al sapo que regla todo el calendario."

Pase que el Padre Duquesne quiera ver dedos en los tres dibujos descritos, y que para mayor comodidad sólo tome las tres líneas gruesas; pero no vemos por qué omita aquí la figura *C*, para un cómputo de nueve años, que más adelante veremos.

En las piedras que figuran en el Catálogo se ven de estos dedos con 7, 29, 5 y 2, etc., líneas gruesas; números que habrá que tener en cuenta también al interpretarlos como calendarios, y que no tienen relación ninguna con el cómputo del tiempo muisca.

"*e*) Es el cuerpo de un sapo de cola y sin patas; es el símbolo de *quihicha ata;* y por carecer de patas es figura muy propia para expresar su intercalación, porque el mes intercalar no se computa para la sementera, y así lo imaginaban sin acción y sin movimiento. Se ve sobre un plano como también el sapo *ata*, para significar que en una y otra parte se habla del sapo."

Que los dos sapos estén ambos en un plano no indica que quisieran con esto llamar la atención para mostrar que son símbolo de la misma figura. En muchas de las otras piedras se ven estos planos, rodeando aquí figuras geométricas, más allá una figura humana ú otra representación.

Sobre muchas de ellas se ven igualmente líneas irregulares, y al rededor de las figuras planos cóncavos, como si el artista hubiera querido dar más relieve al objeto, desprenderlo mejor de la piedra.

"*f*) Esta culebrilla representa el signo Suhusa, que es el que se intercalaba después de *quihicha ata* á los dos años muiscas representados en las dos líneas gruesas que tiene el dorso. Lo que corresponde al año octavo, como se ve en la tabla."

(1) Véase la *Historia de la Nueva Granada*, por el Coronel Acosta.

El mismo autor nos dice que á Suhusa lo representaban el palo y la cuerda; ¿por qué viene á encontrarle aquí un símbolo tan distinto, una *culebrilla*, que tampoco tiene nada de tál? Fíjese el lector en que este signo es el mismo que el descrito anteriormente, un poco menos desarrollado y con tres líneas encima. ¿Cómo, pues, llamar al primero rana y á éste culebrilla? ¿Por qué, además, tomar como simbólicas las dos líneas paralelas y omitir la secante? En todas las piedras aparecen figuras sobre las cuales hay tantas líneas, que sería difícil contarlas.

"Como concluímos con los lados del pentágono, pasemos al plano."

El autor se fija mucho cuando describe la piedra en la forma pentagonal "para significar los cinco intercalares;" y ¿qué habría dicho si hubiera visto que casi todas las demás piedras son de forma cuadrada, que las hay de una cara, de dos, de bordes triangulares, octágonos, etc.?

"La culebra *m* es una representación de *Suhusa*, y como está tendida sobre una especie de triángulo, símbolo de *Hisca*, significa que se intercala inmediatamente después de *Suhusa*, el segundo año, lo que está figurado igualmente en las dos líneas gruesas que tiene el dorso."

Aquí no vemos culebra. Sobre Suhusa y las dos líneas haremos la misma observacion que anteriormente.

"Como el fin principal de esta piedra cronológica es señalar la intercalación del signo de *Hisca*, por ser el término de la primera revolución del siglo muisca; para mayor claridad están contados estos años en los tres dedos, conviene á saber: *b. c. d.*, que juntos producen nueve años, que son los que da puntualmente esta notable intercalación, que sucede á los nueve años, y cinco meses, como se ve en la tabla."

Cuando el autor quiso buscar los seis años que necesitaba, omitió el dedo *C*; ahora que necesita de nueve, toma los tres dedos. El objeto principal de la piedra era la intercalación del signo de *Hisca*, y es este signo el que con menos claridad está representado.

"*g*) Es un templo cerrado; *h*, es la cerradura que hasta el día de hoy usan los indios en las puertas y llaman candado (*cormo*). Los agujeros de las dos orejas sirven á las estacas que les ponen, y los dos ganches interiores para asegurar la puerta. Significa la primera revolución del siglo, cerrada en *hisca*, y para que continuase el tiempo era necesario en su imaginación (es decir, en opinión de los indios) que el guesa abriese la puerta con el sacrificio de que hemos hablado y cuyas circunstancias eran simbólicas, relativas á esta revolución del siglo."

Muy ingeniosa nos parece esta explicación, pero de pura fantasía.

"El círculo menor *K*, con los radios que están en el otro plano, figuran á *Cuhupcua*, esto es, la luna intercalar y sorda y la unión y conjunción particular del sol con la luna, que veneran tan misteriosamente, y á la que se dirigía esta revolución."

¿Por qué tomar radios en otro plano para interpretar la figura *K*? A Cuhupcua la representaban además por las dos orejas tapadas, cuyo signo no nos recuerda en absoluto esta especie de cabeza de ave.

"La culebra *m* es símbolo del tiempo. El ángulo es un número cinco, como el de los romanos; le usaban los indios para explicar cinco, porque contaban por los dedos, levantando el dedo índice y el dedo medio en alto, como todavía practican; esta figura y las líneas del dorso de la culebra, que es una representación de Suhusa, significan que se deben tomar los terminales cinco veces, como yá hemos explicado."

Las cifras que el autor va necesitando las va sacando indistintamente de aquí y de allí, sin razón para ello.

Termina la descripción de este calendario el Padre Duquesne con el siguiente párrafo:

"La culebra, por otra parte, ha sido el símbolo del tiempo en todas las naciones. Esta primera revolución del siglo estaba consagrada principalmente á las nupcias del sol y la luna, simbolizadas en el triángulo, no sólo según los indios, sino según otras naciones."

El Coronel Joaquín Acosta trae en su obra (1) otra piedra de mejores dibujos, que el estudioso autor no se atreve á analizar como calendario, y aun al presentar la primera dice: "piedra.... que se supone ser calendario."

Más tarde el doctor Zerda, quien estudió muy á fondo las observaciones del Padre Duquesne, describió otras dos piedras (2). A este estudio haremos las mismas observaciones que hemos hecho al del Padre Duquesne. El autor va tomando figuras y líneas, según las necesita, para su interpretación, sin fijarse en que en otras piedras las mismas figuras están repetidas cierto número de veces, que las líneas correspondientes son más ó menos numerosas y no pueden servir al cómputo que él hace, y que en cada nueva piedra que se examina se encuentran nuevas representaciones que no se pueden calificar de ranas por mucho que trabaje la imaginación.

Precisaremos un poco: "Los miembros de estas figuras están recogidos como para brincar, actitud que, según Duquesne, caracteriza la entrada del año." Esas figuras (y especialmente la del plano *A*, de la figura 7, á la que se refiere el autor) son figuras humanas, y están en la actitud de reposo, acostrumbrada por los indios; los codos apoyados en las rodillas, en cuya posición, si fueran á brincar, arriesgarían mucho á caer de bruces.

En cuanto al cómputo basado especialmente en las líneas de las túnicas, etc., es muy peligroso. En otras piedras aparecen figuras idénticas á las aquí descritas, pero como son más ó menos grandes, llevan en la túnica mayor ó menor número de estas líneas.

Hablando de la figura 6 dice el autor que el objeto *B* "es muy semejante á un renacuajo pequeño; la *C* es también semejante á un renacuajo pequeño." Estas mismas figuras se reproducen en la piedra, y son *escarabajos* perfecta y elegantemente dibujados.

(1) *Historia de la Nueva Granada*, lámina II.
(2) *Papel Periódico Ilustrado.*

Vea el lector las piedras que le presentamos en las láminas, unas con siete caras, otras con seis, con cinco, con tres, con dos y con una sola. Su forma, como decíamos anteriormente, varía mucho. La rana predomina en todas ellas; era el animal que más acostumbraban reproducir los indios; aparece en casi todas las piedras pintadas, adorna muchas de sus vasijas de loza, las hacían de oro para sus collares, y era su imagen la que más frecuentemente ofrecían en sus templos á los dioses; la culebra, mal representada siempre, aparece rara vez, aunque compartía con la rana los honores sagrados. Caras y figuras humanas se ven á cada paso; estas últimas con distintos vestidos, y casi siempre en actitud de descanso. Muchas de ellas están sentadas sobre duhos bien labrados, en la posición que acostumbraban, con los codos apoyados en las rodillas y las manos sobre las mejillas, lo que las ha hecho confundir con cuerpos de rana en reposo, ó en actitud de saltar; escarabajos, insectos, peces y otros objetos que ofrecían en los templos. Nos ha llamado mucho la atenatención ver en casi todas como un gorrete en alto relieve.

El Barón de Humboldt en su obra sobre los monumentos indígenas de las cordilleras americanas, se deja seducir por la interpretación del calendario hecho por el Padre Duquesne y pasa á hacer una larga disertación de las semejanzas con el modo de hacer el cómputo del tiempo entre los pueblos asiáticos.

El sabio viajero no estudió á fondo nuestras antigüedades y no tuvo ocasión de comparar algunas piedras entre sí. Era, además, muy llevado á estudios comparativos, y en esto, como en otras cosas, anduvo desviado.

Mr. Jomard, célebre arqueólogo y distinguido egiptólogo, poseía una preciosa colección de piedras grabadas de los Muiscas; estudió al Padre Duquesne y las deducciones sacadas por el Barón de Humboldt, y después de hacer el estudio de sus piedras, concluye diciendo:

"Este examen confirma la conjetura de Mr. de Humboldt solamente en cuanto dice relación con el número cinco y sus múltiples; pero si estas piedras son calendarios, ¿cómo es que figuras enteramente semejantes representan días diferentes de la semana? Por otra parte, la semana muisca de tres días no concuerda con los números 5 ni 10, y sería únicamente desde el número 15 y sus múltiples donde podrían conciliarse las divisiones en 3 y en 5; y por lo que hace al número 20, sería preciso llegar hasta 60 para tener á un tiempo un múltiple de 20 y de 3; mas sesenta días no corresponden á división alguna del año solar ó lunar, aunque por otra parte, según Mr. Duquesne, los Muiscas tenían una división ó período de sesenta años rurales, ó veinte años grandes de los Jeques ó Sacerdotes, cada uno de los cuales abrazaba treinta y siete lunas, cuando el año civil no contenía sino veinte."

Muy raro sería que ninguno de los cronistas, ni los más observadores, ni aun aquellos que tuvieron por guía, cuando escribían acerca de los Chibchas, personas entendidas en sus prácticas y tradiciones, que ninguno, decimos, hubiera hecho mención de estos calendarios. También es

de extrañar que no haya dos iguales, y que para interpretarlos de una misma manera, haya que hacer tales esfuerzos de imaginación, que tengamos que buscar los equivalentes del tiempo, ya en las líneas realzadas, ya en las grabadas, y buscar ranas en las representaciones de individuos.

Yá que no encontramos una escritura simbólica, ni un calendario en aquellas piedras, ¿con qué objeto las tallaban los indios con tánto esmero? Tal vez las conservaban como fetiches, pues en ellas grababan objetos simbólicos de sus dioses. Quizás serían distintivo de jerarquías y sólo podrían usarlas los Jeques, Zaques, Uzaques y Capitanes. Nos inclinamos más á creer que estas piedras las grababan con el objeto de sacar los moldes que les servían para hacer sus figuras pequeñas de oro. Se dirá que era muy pesada tarea para hacer un objeto; mas fíjese el lector en las figuritas de oro de la colección Chibcha, y verá ranas, cabezas y figuras simbólicas encontradas en distintos puntos y que parecen haber sido vaciadas ó calcadas sobre muchas de las que se ven en estas piedras. Ellos tenían para adorno de sus mantas y collares, y para ofrendar á sus dioses, ciertas imágenes de convención, que repetían millares de veces; se han visto collares de ranas de más de quinientas piezas, y en las colecciones que se mandan á Madrid podrá ver el lector uno de ochenta insectos, cuya figura exacta se encuentra en una de las piedras. Es muy natural, pues, que para esos objetos simbólicos tuvieran un molde permanente en la piedra, donde se ven marcadas hasta las dos aberturas laterales por donde pasaba el hilo que les servía para colgarlos.

Mucho sentimos contribuír á la destrucción de ficciones tan poéticas é interesantes. ¡Con cuánto más placer no nos dedicaríamos á explicar las diversas piedras que poseemos, y buscar en cada una de ellas una inscripción ó un fragmento de calendario! ¡Cuánto más grato nos sería mostrar á la nación Chibcha, á los ojos del mundo civilizado, como un pueblo tan adelantado que hubiera llegado al conocimiento de la escritura figurativa y á fijar en la piedra la división del tiempo!

INDICE

Págs.

INTRODUCCIÓN..... III

CAPITULO I.—Tribus que habitaban el territorio colombiano á la llegada de los españoles 3

CAPITULO II.—Tradiciones de los aborígenes de Colombia 28

CAPITULO III.—Politeísmo chibcha..... 41

CAPITULO IV.—Simbolismo chibcha..... 49

CAPITULO V.—Prácticas idolátricas de las tribus que habitaban la Tierrafirme..... 58

CAPITULO VI.—Gobierno chibcha..... 69

CAPITULO VII.—El Gobierno de las tribus de Tierrafirme..... 77

CAPITULO VIII.—Fiestas indígenas 83

CAPITULO IX.—La niñez entre los indígenas 88

CAPITULO X.—Matrimonios indígenas..... 96

CAPITULO XI.—Alimentos indígenas..... 105

CAPITULO XII.—Caza y pesca..... 114

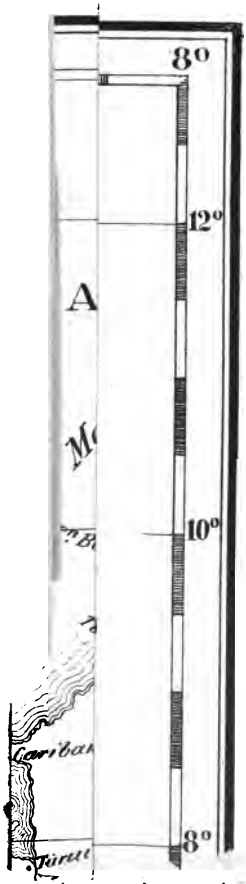
CAPITULO XIII.—Antropofagia..... 122

CAPITULO XIV.—Vestido 130

CAPITULO XV.—Guerras..... 136

CAPITULO XVI.—Entierros..... 141

APÉNDICE.—Desarrollo del capítulo sobre vestido 144


8°
12°
10°
8°

3 2044 019

The borrower must return this item on or before the last date stamped below. If another user places a recall for this item, the borrower will be notified of the need for an earlier return.

*Non-receipt of overdue notices does **not** exempt the borrower from overdue fines.*

Harvard College Widener Library
Cambridge, MA 02138 617-495-2413

WIDENER
APR 07 1999
BOOK DUE

WIDENER
MAY 12 2003
CANCELLED

WIDENER
MAY 27 2002
CANCELLED

WIDENER
MAY 12 2003
CANCELLED

Please handle with care.
Thank you for helping to preserve library collections at Harvard.